

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA

8ª PARTE: LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS **Mateo, Marcos y Lucas**

Celestino Gómez Jaldón

Portada:.

CURSO DE INICIACIÓN A LA BIBLIA
8ª PARTE: LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS
CELESTINO GÓMEZ JALDÓN

AGRADECIMIENTOS

Como de bien nacido es ser agradecido, comienzo agradeciendo las ayudas recibidas en la elaboración de este libro y los sucesivos. En primer lugar gracias a D. Víctor Manuel Bermúdez Bermejo, compañero querido y experto en temas bíblicos, bajo cuya dirección y colaboración han nacido estos libros. A las hermanas Esperanza y Juana Mari González Barrera, de San Juan del Puerto, que se han encargado de corregir, maquetar y dar a luz a estas criaturitas. Igualmente a los colaboradores de nuestras parroquias: Jesús Ruiz Silva, diácono coadjutor y Aurora Espino, su esposa, Marcelino Pérez y su esposa Covadonga Rodríguez, Loly García, Amparo Pulido, Manuel Núñez y el diácono Constantino Díaz. Gracias a todos por su tiempo y por las mejoras introducidas en estos libros.

Celestino

ÍNDICE

Prólogo	
Presentación	
Tema 1. La época del Nuevo Testamento	
Tema 2. Introducción a los Evangelios.....	
Tema 3. Presentación del evangelio de Mateo	
Tema 4. El evangelio de Mateo (I).....	
Tema 5. El evangelio de Mateo (II)	
Tema 6. Presentación del evangelio de Marcos.....	
Tema 7. El evangelio de Marcos	
Tema 8. Presentación del evangelio de Lucas	
Tema 9. El evangelio de Lucas (I)	
Tema 10. El evangelio de Lucas (II)	
Bibliografía	

PRÓLOGO

Estimado lector:

Este libro que tienes en tus manos forma parte del Curso de Iniciación a la Biblia que te estamos haciendo llegar en entregas anuales. Es un instrumento que tu Parroquia te facilita para ayudarte en el conocimiento de la Palabra de Dios, la única que puede salvarnos.

Los tiempos han cambiado una barbaridad. Hasta hace unas décadas vivíamos la fe con un fuerte componente ambiental. La sociedad española era católica y sostenía al creyente en su fe. La gente iba a misa y cumplía con la Iglesia. Frecuentemente se vivía la llamada fe del carbonero, es decir, creíamos lo que creía la Iglesia y listo, aunque no supiéramos muy bien qué era lo que la Iglesia creía.

Los cambios continuos en la sociedad y, sobre todo, la gran renovación que supuso el acontecimiento más importante del siglo XX en el seno de la Iglesia Católica, el Concilio Vaticano II, lo han modificado todo. Las exigencias son otras. Ya no es suficiente la fe sociológica. Es necesaria una respuesta personal a Dios. La *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación*, con que termina el libro primero de este Curso de Iniciación a la Biblia, exige a todos los cristianos que aprendan el sublime conocimiento de Cristo con la lectura frecuente de las Sagradas Escrituras.

Pero la Biblia no es un libro de fácil lectura. Más que de un libro habría que hablar de una biblioteca de 73 libritos, escritos a lo largo de más de mil años, por autores muy distintos y con intenciones muy diversas, expresadas en géneros literarios también dispares. Vamos a recorrer toda la Biblia. Ya sabemos que el Nuevo Testamento es la plenitud de la revelación de Dios en Cristo, pero no podemos olvidar que el Antiguo Testamento es el largo camino por el que se llega a esa revelación plena en Jesús.

El futuro de nuestra Iglesia va a depender de que tengamos en nuestras comunidades cristianos bien preparados que puedan prestar un serio servicio a nuestras familias y grupos parroquiales. Conocer y celebrar la Palabra es el mejor camino para formarnos. Por eso hemos emprendido esta tarea: preparar un material que sea sencillo y, a la vez, lo suficientemente profundo para que, conocido y asimilado, podamos dar razón de los **“sólidos fundamentos de la fe en que hemos creído”** (Lucas 1, 4). Nos mueve una razón tan evangélica como la que animó al médico Lucas a escribir su evangelio tras una minuciosa investigación. Suponemos que, teniendo la misma actitud de servicio que movió al evangelista, también Dios nos echará una mano para suplir nuestras muchas carencias.

Queremos que estos libros estén en la línea de unas charlas familiares, seguidas de diálogo, con nuestro pueblo cristiano. Cada año te entregaremos un libro

de este mismo formato y tamaño. En la **Presentación** que sigue al **Prólogo** de cada libro te iremos explicando su contenido.

Estos libros están dirigidos a todos, pueblo sencillo y personas cultas que, gracias a Dios, cada día son más entre nosotros. Aquí está la gran dificultad a la hora de escribirlos. Por una parte, las palabras que conoce nuestro pueblo sencillo tal vez no lleguen al millar. Y, por otra, resulta difícil precisar bien lo que necesitamos decir utilizando tan pocas palabras. Hemos procurado evitar palabras y frases raras, dando a corregir el borrador de estos libros a personas de nuestras parroquias, que tienen una cultura media. Ellos han eliminado del libro las palabras y frases de mayor dificultad.

Sabedores de que las personas que van a usar estos libros no suelen estar hechas al estudio, nos vamos a repetir mucho, sobre todo los datos históricos y las ideas fundamentales. La repetición les servirá de repaso y, al final, asimilarán lo esencial.

No basta con leer estos libros. Hay que estudiarlos y aprenderlos, ya que es posible que a la primera lectura no te quedes con todos los detalles. Si lo haces, los convertirás en un instrumento de trabajo y tú mismo te vas a sorprender de los resultados.

Nada más, que recibas este libro con el cariño con que se ha escrito para ser una ayuda más en tu formación cristiana.

Un saludo afectuoso de tu párroco.

Celestino Gómez Jaldón.

PRESENTACIÓN

Tienes en tus manos la 8ª **Parte** del *Curso de iniciación a la Biblia*, que comenzamos el año 2001. La 1ª Parte tuvo un carácter introductorio, lo que conllevaba una cierta dosis de aridez, propia de toda introducción. En la segunda edición de aquella primera parte, sacada el año 2005, ya procuramos limar un poco esa aridez. Las demás partes ya te resultaron más amenas.

Te dije el primer año que si yo fuera un guía de la ciudad de Sevilla y tuviera que enseñártela, lo primero que haría sería subirte a la giralda para que, desde arriba, te grabaras en tu mente una postal de la ciudad que te permitiera no perderte posteriormente por sus calles. Ése fue el primer libro que te dio una visión panorámica de la Biblia. A partir del año siguiente comenzamos a callejear por cada libro y empezamos a contemplar desde cerca todas las maravillosas enseñanzas que contiene la Palabra de Dios y que fueron escritas, precisamente, para enseñanza nuestra.

En este octavo tomo ya hemos llegado a los tiempos de plenitud, al centro de la Biblia, a Cristo. La metodología cambia porque, antes de escribir estos libros sobre la Biblia, ya habíamos escrito una trilogía que llamamos **Catequesis Familiar del Día del Señor** en la que explicamos paso a paso las lecturas de cada domingo que nos traen los tres ciclos de la liturgia de la Iglesia, sobre todo los evangelios que son las lecturas más importantes de las tres que nos propone la Iglesia cada fin de semana. Naturalmente no íbamos a repetir en este libro y los siguientes lo ya dicho en aquéllos. Por esto, en el presente libro no nos detenemos a explicar cada evangelio sinóptico (Mateo, Marcos y Lucas), sino a presentarte las claves para su lectura de corrido.

En algunas ocasiones no hemos podido evitar la tentación de citarte algún comentario, sacado de los libros de Catequesis Familiar. La razón que nos ha movido es facilitarte unos textos para la oración y la reflexión. De todas formas ya sabes que en las parroquias de Santa Teresa y San Juan de Ávila de la Orden, Huelva, hay ejemplares del libro de Catequesis Familiar del Día del Señor que se entregan gratuitamente a quienes los piden.

Comenzaremos y terminaremos cada tema con la oración que tienes en la portada posterior de este libro. Este curso son los tres evangelios sinópticos. El año próximo continuaremos el estudio de la Escritura hasta concluirlo. Te recuerdo que en el primer tomo de este *Curso de Iniciación a la Biblia* tienes un extenso vocabulario con explicación de las palabras que pudieran necesitar alguna aclaración, incluidos todos los libros de la Biblia. La segunda edición de ese 1º libro ya está en la calle desde el año 2005.

Tu Parroquia

Tema 1º. – LA ÉPOCA DEL NUEVO TESTAMENTO.

1. - Introducción. A estas alturas del curso todos sabemos que la Biblia se divide en dos grandes partes. Antiguo Testamento, con 46 libros, y Nuevo Testamento con 27. El curso pasado, con el segundo libro sobre los profetas de Israel, terminamos el Antiguo Testamento. Han sido seis años de estudio en los que hemos aprendido muchas cosas sobre la Historia de la Salvación, que se escribió para enseñanza nuestra y como figura de nuestra propia historia.

Hoy comenzamos con el Nuevo Testamento. Van a ser 27 libros, o libritos, más fáciles que los 46 anteriores. ¿Por qué más fáciles? Por muchas razones. Te pongo un par de ellas. Si el Antiguo Testamento se escribió a lo largo de cinco o seis siglos, el Nuevo en menos de cien años. Y otra razón, fácil de comprender. Los autores del Nuevo Testamento no llegaron a la docena, mientras el Antiguo Testamento fue redactado a salto por muchísimas más personas. Hay otras diferencias que tú no puedes percibir, porque sólo tienen importancia para los entendidos, como es la lengua en que se escribieron: el Antiguo Testamento casi todo en hebreo y el Nuevo todo en griego. Nuestras biblias ya están traducidas al castellano y por eso te digo que esta última diferencia a nosotros no nos afecta. Ya irán saliendo otras.

Lo primero va a ser presentarte el Nuevo Testamento en su conjunto. En este tema empalmaremos con los libros anteriores; vamos a contarte las circunstancias históricas y sociales en que surgió el Nuevo Testamento y los personajes que en él te vas a encontrar.

2. - Mirando hacia atrás. Ya conoces la historia de Israel, por los libros anteriores. Te recuerdo sólo y brevemente, sus últimos tiempos. El final de los tiempos de la historia de Israel comienza con Alejandro Magno, que se apodera de toda la zona, desde Egipto hasta más allá de Babilonia, acabando con el imperio persa y apoderándose sin dificultad de Palestina el año 332 antes de Cristo. Diez años más tarde, el año 323 a.C. muere Alejandro a los 32 años de edad en Babilonia. Él mismo había profetizado en vida: “*Mis funerales serán sangrientos*”. Y lo fueron.

Sus generales pelean entre sí por coger la mayor cuota de poder. Nos interesan dos: Tolomeo y Seleuco. El primero se quedó con Egipto y Palestina. Seleuco se apoderó de Babilonia. Durante el siglo que los **tolomeos** dominaron a los judíos, prácticamente no hubo cambios porque ellos siguieron la línea administrativa que habían tenido los persas, respetando las costumbres judías, su religión y sus autoridades. El Sumo Sacerdote dirigía la comunidad, tanto religiosa como políticamente. Los judíos pagaban sus impuestos, fueron sumisos y gozaron de relativa paz. La capital de Egipto pasó a ser Alejandría y en esta época es cuando se hace la traducción de la Biblia del hebreo al griego. Es la Biblia de los LXX, que ya conoces.

Los **seléucidas**, mientras tanto, seguían más bien mal que bien en el oriente (Babilonia), hasta que subió al trono Antíoco III el Grande. Tras varios intentos, el año 198 a. C. venció a los ejércitos egipcios de Tolomeo V y, de camino, se apodera de Palestina, con lo que los judíos pasaron de manos tolomeas a manos seléucidas. Los comienzos de la nueva situación fueron muy buenos y los judíos se alegraron del cambio. Aunque no todo el camino fue de rosas, los judíos iban tirando hasta que el año 175 sube al trono Antíoco IV Epífanes. Éste se propone helenizar Palestina y, para ello, acabar con el judaísmo.

No faltan judíos, incluso sacerdotes que, fascinados por el encanto de la modernidad que representaba la cultura griega, se dejan seducir y se pasan al bando de los seléucidas. La gota que colmó el vaso se produjo en diciembre del año 167 a.C. cuando Antíoco entronizó a Zeus, el padre de los dioses griegos, en el templo de Jerusalén y le ofreció, en sacrificio, carne de cerdo. Fue la “**abominación de la desolación**”, de la que habla Daniel, que cita al “**ídolo abominable**” (Zeus) varias veces (Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11).

Una familia no aguanta más. Son los **Macabeos**, a los que dedicamos el último capítulo del libro 3º de este curso, por lo que no repetimos más lo que ya conoces. El libro de Daniel, el último del Antiguo Testamento, nos describe también la brutal represión que siguió a la rebelión. La lealtad y fidelidad a Dios por parte de los judíos creyentes quedaron bien reflejadas en la historia de los Macabeos, en la que Judas Macabeo es el héroe principal. Fueron un verdadero “martillo” (que es lo que significa la palabra “Macabeo”) para Antíoco.

Le plantaron cara a base de guerrillas y consiguieron purificar el templo, tres años después de su profanación, es decir el año 164 a.C. Todavía celebran cada año, la fiesta de la **Dedicación** para conmemorar el hecho. Los descendientes de esta familia mandaron, con el nombre de los asmoneos, en Palestina hasta el año 40 a.C., si bien ya hacía veinte años que las continuas peleas entre dos hermanos descendientes de los Macabeos, Aristóbulo II e Hircano II, habían hecho intervenir como árbitro al general romano Pompeyo, que entró en Jerusalén el año 61 a.C. y ya nunca más la abandonarían los romanos. El último rey asmoneo fue Matatías, que murió decapitado el año 37 a.C. porque le era incómodo a los romanos. En Roma, por su parte, el año 31 a. C. Octavio, conocido después como César Augusto, derrota a Marco Antonio, terminando la guerra civil entre ambos e inaugurándose un periodo de paz y prosperidad conocido como “Pax Augusta”, en el cual nació Jesucristo. Los romanos pusieron en el trono a **Herodes el Grande**.

Éste es más importante porque durante su reinado nació Jesús y se produjo la matanza de los inocentes. Herodes nació hacia el año 73 a. C. de una princesa árabe llamada Cipro y del idumeo Antípatro. Era el colmo de la crueldad y del servilismo a Roma. Mató a su cuñado, Sumo Sacerdote, Aristóbulo. Como su mujer se enfadó por la muerte de su hermano, la hizo ejecutar también a ella. Igualmente estranguló a sus dos hijos, nacidos de su esposa Mariamme, y a un gran número de fariseos que no le

caían muy bien. Al final de sus días terminó con los inocentes de Belén, como ya sabemos. Fue gobernador de Galilea, rey de Judea y dueño y señor de Jerusalén. Reinó desde el año 37 hasta su muerte, el 4 a.C., que era el 750 desde la fundación de Roma.

Supongo que te habrás dado cuenta de que en la última frase hay algo raro. Si Herodes murió el año 4 antes de Cristo, ¿cómo pudo matar a los inocentes, que murieron a raíz de la visita de los magos a Jesús? Esta pregunta es lógica. ¿Qué pasa? Muy fácil. Hasta el año 523 de nuestra era los años se contaban desde la fundación de Roma. El papa Juan I encargó al monje Dionisio el Exiguo que pasara el calendario de esas fechas paganas a unas fechas cristianas, en las que el año del nacimiento de Jesús fuera el año cero. Fijó el nacimiento de Jesús en el 754 de la fundación de Roma. El religioso se equivocó en siete años, según se ha podido comprobar después. Jesús debió nacer en los meses de marzo-abril del año 7 a. C., conforme a todos los estudios recientes serios (otros autores hablan del año 6 a.C. al fijar el nacimiento de Jesús). Luego, para saber realmente en qué año estamos, habría que sumarle seis o siete años a los que marca tu calendario. ¿No es mejor seguir como estamos? Pero bueno es saberlo.

Tras este paréntesis cultural, sigamos con nuestra explicación. ¿Por qué llaman a Herodes “el Grande”, si fue tan malo? Porque, a pesar de ser un déspota que gobernó con mano de hierro y sin escrúpulos y de ser servil a Roma, fue un gran constructor que hizo grandes obras, tanto en Jerusalén como en otras ciudades de Palestina. Fundó ciudades a las que puso el nombre del emperador. Su obra más importante fue la reconstrucción del templo de Salomón, aunque no pudo terminarlo. Edificó también la torre Antonia, su residencia, y el anfiteatro. Cesarea la marítima, residencia del procurador romano cuando lo había (por ejemplo, Pilatos), también fue reconstruida por él. Fueron tantas sus obras que le consiguieron el título de “Grande”. Fue odiado por déspota, por ser extranjero (era idumeo) y por su servilismo a Roma.

Herodes el Grande, que tuvo diez mujeres, contó con tres hijos herederos por testamento: **Arquelao** (4 a.C al 6 d.C) tan cruel y despótico como su padre, gobernó con el título de etnarca (“jefe del pueblo”, título de más dignidad que el de “tetrarca”, con el que gobernarán sus dos hermanos) en Judea, Samaría e Idumea y los mismos romanos lo depusieron por las muchas quejas que les llegaron de su comportamiento. A partir de este año Judea, Samaría e Idumea fueron agregadas a la provincia romana de Siria y administradas directamente por Roma a través de un procurador, que gozaba de plenos poderes, salvo ciertos privilegios que ya tenían concedidos los judíos. El procurador que más tiempo estuvo en el cargo y el que nosotros conocemos por el evangelio fue Poncio Pilatos (años 26-36). Antes que él había habido otros cuatro.

Su segundo hijo se llamaba **Herodes Antipas** (4 a.C. al 39 d.C.) que, aunque menos cruel que su hermano, tiene en su haber la muerte de Juan el Bautista, que le denunció el concubinato con Herodías, esposa repudiada de su hermano Filipo. Este

Herodes es el que sale en la Pasión de Jesús. Gobernó con el título de tetrarca (“jefe de una cuarta parte del pueblo”) en el norte (Galilea y casi toda Perea). Era avaro y astuto, por lo que Jesús le llamó “raposa, zorro” (Lucas 13, 31). En los días de la pasión, Judea-Samaría estaba gobernada por Pilatos, pero Herodes había bajado por la fiesta de la pascua, como buen judío. Al enterarse Pilatos de que Jesús era galileo, y sabiendo que Herodes estaba en Jerusalén, le manda a Jesús, como sabemos por los relatos de la pasión.

Y el tercer hijo fue **Filipo** (4 a. C. al 34 d.C.), que gobernó, como tetrarca, las regiones de Iturea y Traconítide. Fue un buen gobernante, justo y benevolente. Restauró la antigua Paneas, que fue llamada Cesarea de Filipo, al norte del lago de Tiberíades y en la que tuvo lugar la confesión de Pedro y, después, de Cristo a Pedro: *“Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo... Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”* (Mateo 16, 16-18). Esta Cesarea es distinta de la Cesarea marítima, fundada por Herodes el Grande a 35 kilómetros al sur del monte Carmelo, ciudad marítima, puerto en el Mediterráneo, y donde residían los procuradores (por ejemplo, Pilatos) y las tropas romanas de ocupación. Ya sabemos que su mujer Herodías le dejó para irse con su cuñado Herodes Antipas.

Para que no te confundas, cuando te salga en la Biblia, te advierto que hay un tercer Herodes (Herodes Agripa I), que reinó en Palestina, sustituyendo a los procuradores romanos entre los años 41 y 44 d. C. Ya éste fue perseguidor de los cristianos, haciendo morir a Santiago y encarcelando a Pedro. Pedro huyó de noche y Herodes mando matar a los carceleros. Murió comido de gusanos. Puedes leerlo en Hechos 12. Y, finalmente, otro Herodes (Herodes Agripa II), hijo del anterior que sale en el libro de los Hechos de los Apóstoles, sobre todo en el capítulo 26 en el que Pablo le suelta tal discurso, contándole su experiencia cristiana, que Agripa dice al final del mismo: *“¡Por poco me convences para que me haga cristiano!”*.

Éstos son los gobernantes en tiempos de Jesús. Sobre todos, Herodes Antipas y Pilatos, el procurador romano. Dos palabras sobre Pilatos, ya que fue el que condenó a Jesús a muerte, lavándose las manos y desentendiéndose de él, a pesar de las advertencias de su señora. Filón, un historiador de la época, de origen judío, describe así sus obras, que son por las que se conocen a las personas: *“Extorsión, violencia, rapiñas, brutalidad, torturas, ejecuciones sin juicio, crueldades espantosas e interminables”*. Se dedicó a provocar al pueblo judío continuamente, sin el más mínimo respeto a las tradiciones. Muy pronto cayó en desgracia y el año 36 fue depuesto del cargo y enviado a Roma con acusaciones. Calígula lo condenó al destierro o al suicidio.

Más tarde, años 66-70 d. C. surgen varias revueltas judías y el año 70 Tito, hijo del emperador Vespasiano, llega a Jerusalén y la ciudad y el templo son destruidos. Es suprimido el sanedrín y la liturgia del templo; y los fariseos se tienen que marchar a Yamnia o Yabné, ciudad fenicia de la costa, importante porque pasa a convertirse en el centro del judaísmo sin templo, centrado en la Torá. Fue en Yamnia donde se

decidió, un poco más tarde (en torno al año cien), que los cristianos fueran excluidos de las sinagogas judías, por ser ya algo más que una secta. También allí se fijó el canon judío en un sínodo celebrado en el año 90.

El año 130 el emperador Adriano decide hacer en el lugar de Jerusalén una nueva ciudad a la que llama Aelia Capitolina, con un nuevo templo dedicado a Júpiter, padre de los dioses romanos. Hasta se les prohíbe a los judíos entrar en la ciudad. Así hasta el año 325 en el que el emperador Constantino devuelve la ciudad santa al culto al Dios único. Y, como diariamente nos lo recuerda el telediario, así también hasta hoy, con guerras continuas entre musulmanes y judíos.

3. - Instituciones judías en tiempo de Jesús. Ya conoces la situación política. Ahora vamos a ver las instituciones y, en el punto siguiente, los grupos religiosos. Este punto es importante porque las instituciones nos salen en el Nuevo Testamento. Vamos a ver diez instituciones. Podrían ser más, pero ya las veremos en capítulos sucesivos. Éstas son las más importantes. La institución religiosa más importante es el **sanedrín**. Vamos a detenernos en él.

El sanedrín. Su nombre significa “reunión”. Era el gran consejo o consejo de los ancianos que gobernaba a los judíos. La palabra “governaba” era relativa, pues dependía de la situación política de cada momento. Por ejemplo, en tiempo de Jesús, parece que no podían condenar a muerte sin permiso del gobernador romano. Estaba compuesto por 72 miembros, bajo la autoridad suprema del **Sumo Sacerdote**. El Sumo Sacerdote fue una figura que, a partir de la vuelta a casa desde Babilonia, adquirió mucha importancia como director y responsable de la comunidad judía, en ausencia del rey, que ya no lo tenía. A falta del “Ungido de Dios”, es este Sumo Sacerdote el que hace sus veces, como jefe del pueblo y vicario de Dios. En el relato de la pasión nos encontramos con dos sumos sacerdotes: uno en activo, Caifás, y su suegro Anás, ya retirado. Teóricamente no era un cargo heredado, pero tampoco era raro el nepotismo (favorecer al pariente a la hora de asignar un cargo, como se deduce de ver que Anás colocara a su yerno en el puesto de Sumo Sacerdote).

Bajo este Sumo Sacerdote había tres grupos de personas representadas en el sanedrín. **Los sacerdotes**, que sirven al templo por turnos. No todos los sacerdotes estaban en el sanedrín sino una pequeña representación de las distintas familias sacerdotales. El segundo grupo es el de **los escribas**, que son los entendidos en la ley de Moisés (la Torá). Y decir en la Ley, es decir en todo. Ya que la Ley era lo único importante. Digamos que eran los intelectuales del grupo. Se sabían la Ley de memoria. Procedían de familias religiosas, fariseos y saduceos a los que veremos después, y sólo llegaban a ser reconocidos como tales tras un largo aprendizaje tutelado por un doctor anciano y con prestigio. Y, finalmente, estaban **los ancianos** (senadores), que eran la crema de las familias fuertes e influyentes: terratenientes ricos. Era gente cercana a Roma, sede del poder supremo. El sanedrín condenó a Jesús, en defensa del César, a quien pretendía, según ellos, hacer competencia declarándose rey y hablando de fundar un reino.

Ya conoces el sanedrín. Jesús estaba muy distante de los tres grupos que lo componían, como de todas las capas relevantes de Jerusalén, aunque tenía amigos ricos como José de Arimatea, en cuyo sepulcro fue enterrado, y algunos publicanos, como Zaqueo o Mateo, el apóstol. Antes de pasar a los grupos religiosos, voy a hablarte de otras instituciones claves en la vida social y religiosa que seguían en vigor en tiempos de Jesús.

El templo de Jerusalén. Era el centro religioso y político del país. Antes de Salomón, la “tienda del encuentro” que los acompañó por el desierto hizo sus veces. Ya sabemos que Salomón lo construyó como capilla del palacio real y que era grande y muy respetado por todos. Tras el destierro en Babilonia fue reconstruido, pero ya sin el esplendor del anterior. A lo largo de los siglos tuvo muchas reformas (recordemos a Ezequías y Josías) y también muchas profanaciones (acuérdate de Manasés). El que Jesús conoció fue el que comenzó a reconstruir Herodes el Grande el año 20 a. C. y que se terminó en torno al 64 d.C.

Diariamente se celebraba en él dos funciones de culto, mañana y tarde. Pero cuando más relucía era en las fiestas grandes de la peregrinación, sobre todo en la pascua, donde en una Jerusalén de unos veinte mil habitantes, se concentraban 150.000 judíos, muchos venidos de fuera (judíos de la diáspora), dispuestos a sacrificar 18.000 corderos. Acuérdate del día de Pentecostés que nos describe Lucas en Hechos 2: “*Se hallaban por entonces en Jerusalén judíos piadosos venidos de todas las naciones de la tierra...*” y enumera: “*Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia... etc*”.

Era el orgullo nacional y lo mantenían entre todos, mediante las limosnas, las ofrendas y un impuesto anual, equivalente al jornal de dos días de trabajo al año (dos denarios). Jesús también lo pagaba, aunque no estaba muy convencido de tener que hacerlo (Mateo 17, 24-27). Los sacerdotes que lo servían, por turno, tenían el diezmo para su mantenimiento. El diezmo era la décima parte de la cosecha de vino, trigo y aceite que los productores la tenían que entregar al templo. Recuerda que los fariseos, sin ser productores, la entregaban de todo. Llegó a acumular tales cantidades de oro y dinero que era como nuestro banco nacional. Todo Jerusalén vivía del templo, sobre todo en tiempos de peregrinaciones, en las que hacían “su agosto”. Para que lo comprendas, piensa en el gran negocio que, inevitablemente, se mueve en torno al Rocío o cualquier santuario, tipo Fátima o Lourdes.

La sinagoga. La palabra sinagoga significa “reunión” (de personas). Pero, lo mismo que ha pasado con nosotros que hablamos de la iglesia refiriéndonos al templo, ellos, al hablar de la sinagoga, se referían a la sala donde se reunían las personas. En ella se hacía de todo, siempre bueno. Por ejemplo, los días de diario se daban clases a los niños y jóvenes. Desde luego, el momento central era la oración del sábado que la dirigía el encargado de la sinagoga. Comenzaba con el shemá. Te lo recuerdo: “*Escucha, Israel, el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al*

Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6, 4-5). Seguía con la lectura de la palabra y la homilía. Y terminaba con una bendición, si un sacerdote estaba presente, o, simplemente, con la recitación de la fórmula de la bendición, si sólo estaba el encargado, no sacerdote.

Las lecturas y homilía las podía hacer el encargado o una persona distinta, voluntaria o invitada. ¿Te acuerdas el día que Jesús hizo y explicó la lectura en la sinagoga de Nazaret, su pueblo? Búscalo en Lucas 4, 16-21. Nazaret, entonces, no tenía más de cincuenta vecinos, pero tenía sinagoga. Como entre nosotros, por muy pequeña que sea la aldea, tiene su pequeño templo, dependiendo su tamaño del número de habitantes. Generalmente tenían siempre un jefe, normalmente un anciano del pueblo, y un sacristán-administrador-maestro de niños, según el caso y el tamaño de la población atendida. Igual que nuestros templos y las mezquitas musulmanas.

Los sacerdotes. Eran muchos. En tiempo de Jesús, unos 10.000, divididos en 24 turnos. Como no había sacristías o altares para tantos sacerdotes, tenían que tener esos turnos semanales, aunque todos se presentaban en las tres grandes fiestas anuales: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Tenían que ser físicamente perfectos (hasta 142 defectos físicos se enumeraban como obstáculos a la aptitud) y con todas las garantías de pureza legal para poder ofrecer sacrificios. Ya hemos dicho que vivían, fundamentalmente, del diezmo y de las ofrendas. La mayoría no eran ricos, sino más bien lo contrario. Trabajaban en sus tareas u oficios en los pueblos cercanos y la semana que les tocaba acudir al templo lo hacían. En el capítulo 1º de Lucas tienes al sacerdote Zacarías, padre del Bautista, que nos es muy conocido. Puedes leerlo y no nos alargamos más.

Los levitas eran como un clero inferior, con unas tareas de segundo orden: vigilancia del templo, degollación de los animales que se ofrecían en el culto, limpieza del templo, labor policial en las grandes aglomeraciones, etc. Eran muchos: unos 10.000 en tiempos de Jesús y estaban divididos también en 24 turnos. Eran los ayudantes de los sacerdotes. Descendientes de Leví, como Moisés y Aarón, aunque los descendientes de Aarón, también levitas, no ejercían como levitas sino como sacerdotes. Recuerda que los levitas no recibieron parte de la tierra prometida, a la hora del reparto. Su lote era el Señor y ellos eran el lote del Señor, que vino a sustituir la ofrenda del primogenito de cada casa. Así quedó dicho por el Señor en Números 3, 12-13: ***“Yo he tomado a los levitas de entre los hijos de Israel en sustitución de los primogénitos de los israelitas. Los levitas son, pues, míos, ya que mío es todo primogénito”***.

Como ya hemos visto a los escribas cuando explicamos el sanedrín, vamos a decir unas palabras de la ley y del sábado. Son dos instituciones muy importantes en Israel.

La ley inspiraba la vida y el comportamiento del judío piadoso. La gente pensaba que Jesús venía a destruir la ley y él dejó claro que no era así: ***“No he venido***

a destruir la ley, sino a llevarla hasta sus últimas consecuencias. Porque os aseguro que, mientras duren el cielo y la tierra, no dejará de cumplirse ni un acento de la ley” (Mateo 5, 17-18). La revolución de Jesús fue poner al hombre por encima de la ley y sintetizar los 613 preceptos que contenía la ley en el precepto de amar a Dios y al prójimo. La ley era una carga insostenible por la infinidad de preceptos acerca de la pureza e impureza legales, que hacían interminables las abluciones. Jesús, con un respeto exquisito a la ley, viene a establecer otro tipo de relación entre Dios y el hombre: una relación filial y de amor. Dios era más norma que experiencia. Y Jesús vino a cambiar ese chip.

El sábado. La santificación del sábado era primordial en la vida judía. La misma palabra “sabat” significa “interrupción, cese”. El sábado tenía un doble sentido: negativo, esto es, todo tenía que parar el sábado, en recuerdo e imitación del descanso que Dios hizo al terminar la creación. Pero también tenía un sentido positivo: santificar ese día, consagrándolo al Señor. Era el día de la fe: Dios cuida de su pueblo ese día y el pueblo cuida y atiende a las cosas del Señor, de una manera más especial.

Observarás en los evangelios que la actitud de Jesús ante el sábado es la misma que hemos explicado ante la ley. Que no sea motivo de esclavitud, como lo habían hecho las autoridades, sino de liberación. Sí se puede curar a un ciego en sábado porque *“el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”*. Eran tan radicales en el cumplimiento del sábado que, en una ocasión, se dejaron matar por el enemigo para no coger las armas el día del Señor. La lista de las prohibiciones era tan larga como ridícula: desde no deshacer un nudo hasta no tocar las palmas, o no subirse a un árbol. Estaban enumeradas y al que no las cumplía le podía caer desde la excomunión hasta la muerte, según la gravedad del caso. Por ejemplo, y termino este punto, no podían caminar más de 700 metros el sábado, ni para atender a un herido, salvo en peligro de muerte.

Las fiestas. Aparte de la fiesta semanal del sábado, tenían otra media docena de fiestas durante el año. Las tres más grandes eran la Pascua, Pentecostés y Tabernáculos. Como ya nos han salido, sólo te recuerdo que la **Pascua** recordaba la liberación de Egipto. **Pentecostés**, o fiesta de las Semanas, se celebraba tras una “semana de semanas” (siete por siete, cuarenta y nueve días), es decir, a los cincuenta días de la Pascua y recordaba la celebración de la alianza del Sinaí. Y la fiesta de los **Tabernáculos**, Tiendas o Chozas, que recordaba el tiempo vivido en tiendas de campaña y chozas en el desierto a la vuelta de Egipto. Para no quedarte con la intriga, te diré que las otras tres que completan la media docena eran el Día de la Expiación (Yom Kippur), la fiesta de la Dedicación (acuérdate de los Macabeos) y la de la Suerte o Purim (recordando la salvación de los judíos por Ester).

La tierra. También la tierra era una institución; aunque casi nunca les perteneció, pero la soñaron durante siglos, hasta que Josué los introdujo en ella. En el atlas bíblico de Perego que te cito en la bibliografía puedes estudiar los distintos

mapas de Palestina que se corresponden a las distintas épocas de su historia. De todo esto te hablé en el primer libro, hace siete años, pero te voy a recordar las tres regiones que componían Israel en tiempo de Jesús. El tamaño del país ya lo sabes, como Badajoz, dos veces Huelva.

Al norte Galilea, una gran y fértil llanura, rica en recursos agrícolas y bosques. En ella la pequeña Nazaret, la patria chica de Jesús, y otros muchos nombres que te van a sonar enseguida: Cafarnaún, Cesarea de Filipo, el lago de Tiberíades o mar de Galilea, el monte Tabor, el Carmelo, Caná, Magdala, Betsaida, Naín, etc. Era la más lejana a Jerusalén y al templo, por tanto la más fría desde el punto de vista religioso. La nombran como “Galilea de los gentiles”.

En el centro Samaría. Naturalmente los galileos la tenían que atravesar de parte a parte para ir o regresar de sus peregrinaciones al templo de Jerusalén, salvo que dieran un largo rodeo pasando al otro lado del río Jordán. Y los judíos no se hablaban con los samaritanos. Recuerda que eran mezcla de judío y de colonos extranjeros. Nombres importantes de Samaría son Sicar, por lo del pozo de la samaritana, el monte Garizín, donde tenían un templo para adorar a Dios sin bajar a Jerusalén, Siquén, donde había otro santuario famoso. Para el autor del Eclesiástico los samaritanos son “*El pueblo estúpido que habita en Siquén*” (Eclesiástico 50, 26).

Y, **al sur, Judea**, la preferida de Dios. Con Jerusalén, el templo, el arca y la presencia de Dios en su casa. Belén, Emaús, Hebrón, Jericó, Bersabé, etc. son algunos lugares de Judea que te suenan. Jesús, como buen judío, bajaba por la pascua y subía al templo con frecuencia. De Judea, la antigua tierra de Judá no te explico más, porque la conoces perfectamente. En la antigüedad había estado compuesta por las tribus de Judá, Benjamín y Simeón. Y, prácticamente, la de Leví, que no tenía tierra pero estaba sirviendo al templo como sacerdotes y levitas. Las otras ocho pertenecían al norte, desde la división del reino, tras la muerte de Salomón.

La mujer. Para no dejar nada en el tintero, una palabra sobre la mujer. Era un ser de segunda categoría. Dependía por completo de su marido. Su función no era otra que servir al hombre (cuidar de sus hijos y atender su casa) y dar miembros a la sociedad. El hombre la podía repudiar por cualquier motivo (¡Hasta por encontrarse un pelo en la sopa...!). Uno de los motivos por los que un buen judío debía dar gracias a Dios diariamente era “*por no haber nacido mujer*”. La adúltera era apedreada, al ser sorprendida en flagrante adulterio, el hombre no. No podía ser testigo en el tribunal, ni participar de los cultos en la sinagoga. No se le recomendaba al padre de familia que se le enseñara la Ley, como sí se hacía con los varones. Si daba a luz a un niño quedaba impura 40 días, si era una niña 80. Jesús vino a romper ese humillante papel de la mujer en la sociedad. Se rodeó de mujeres, se dejó querer por la Magdalena, defendió a la adúltera. Y ellas le fueron fieles hasta en la cruz. Murió rodeado de mujeres y con un solo hombre manteniendo el tipo: Juan el evangelista.

4. - Los grupos religiosos y políticos en tiempo de Jesús. Por ejemplo, el más importante era el de **los fariseos**, a quienes Jesús les tenía manía, por falsos. No eran malos, pero sí hipócritas. Fariseos significa “separados”. Ellos se sentían y a ellos los veían así. Hasta en el vestir se distinguían. Consideraban a los demás impuros y los despreciaban. Acuérdate de las palabras del fariseo en la parábola de Lucas 18, 9-14: *“Dios mío, te doy gracias porque no soy como el resto de los hombres”*. Y se pone a enumerar las cosas buenas que hace: *“Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que poseo”*. Él no iba de farol. Digamos que cumplía hasta pasarse, porque ni tenía que pagar el diezmo (ya que él no era productor), ni tenía que pagarlo de todo (sólo había que pagarlo del vino, el trigo y el aceite), ni tenía por qué ayunar dos veces en semana, sino una al año, el día del Yom Kippur, como sabemos. Procedían de la clase media y eran expertos en la Ley. La gente los respetaba y escuchaba. En tiempo de Jesús serían unos 6.000 en Palestina.

Otro grupo que te va a salir en los evangelios es el de **los saduceos**. Es otro grupo. Estaban todo el día peleando con los fariseos porque, al admitir sólo el Pentateuco, no creían en la resurrección ni en la otra vida, doctrina que no sale todavía en esos primeros libros de la Biblia. Éstos fueron los que vinieron a Jesús con la trampa de la ley del levirato. ¿Te acuerdas de la ley del cuñado (levir)? Puedes verla en Mateo 22, 23-33. Tenían una marcada orientación política. Eran oportunistas. Eran menos que los fariseos, pero no menos influyentes, sobre todo en el sanedrín; por ejemplo, Caifás, el Sumo Sacerdote que condenó a Jesús, era saduceo. Tras la destrucción del templo, en los años setenta, desaparecieron del mapa, siendo los fariseos los que se encargaron de mantener la llama de la fe en la comunidad judía de la diáspora (dispersión).

También salen en el evangelio **los herodianos**. Eran judíos partidarios de Herodes el Grande. Funcionaban como grupo político y estaban formados por judíos de distintos grupos. Los más fanáticos llegaron a creer que Herodes el Grande era el Mesías. De todas formas preferían estar bajo un gobierno local que bajo el yugo romano. En el evangelio salen tres veces y las tres con la sana intención de coger a Jesús en algo (Mateo 22, 16 y Marcos 3, 6 y 12, 13).

Aunque sea en honor a la samaritana, que aparece en Juan 4 manteniendo un largo encuentro con Jesús, te voy a decir quiénes son **los samaritanos**. Cuando los asirios acabaron con el reino del norte, el 721 a. C., se llevaron a toda la gente importante de Samaría y en su lugar trajeron colonos de otros lugares, sobre todo de Cuta, ciudad del norte de Babilonia. Estos colonos acabaron casándose con las nativas y sus descendientes son los samaritanos. Ya se quedaron allí para siempre formando un mundo aparte, en el que el culto a Dios en el santuario de Garizim se mezclaba con los cultos paganos traídos por los colonos. Para los judíos eran como raza inferior, o “pobres políticos”. Por eso Jesús mete su dedo en el ojo a los judíos, cuando cuenta la parábola del buen samaritano de Lucas 10, 25. Lee, además, el capítulo 4 de San Juan y allí los tienes. No obstante, ellos apelan a la autoridad de

Moisés y son muy estrictos en la observancia del sábado. Como los saduceos, sólo admitían el Pentateuco.

Los zelotas formaban otro grupo que tienes que conocer. Eran una especie de Macabeos. Patriotas, agresivos, antirromanos. Fueron los que capitanearon, en plan terrorista, la rebelión contra Roma en los años 60-70 después de Cristo. Muchos de ellos, cuando se vieron perdidos, prefirieron un suicidio colectivo antes que entregarse a los romanos. En la lista de los apóstoles aparece un Simón el Zelota (Hechos 1, 13). Pudo haberlo sido en su juventud, pero la mayoría de los autores lo rechazan por su actitud agresiva, incompatible con el mensaje de Jesús.

Los zelotas estaban aliados con otro grupo llamado **los sicarios** (de sicar, puñal). Éstos llevaban un puñal escondido debajo de la ropa y al primer romano o judío colaboracionista con Roma que se ponía a su alcance se lo clavaban. De todas formas, sí eran unos fanáticos nacionalistas y celosos de la ley. Algunos han dicho que el Iscariote de Judas, el traidor, es una derivación de sicario (iscariote = sicariote). No hay pruebas serias para afirmarlo.

Aunque no aparecen en los escritos del Nuevo Testamento, también debemos decir una palabra sobre **los esenios**, es decir, los piadosos, los santos. Muchos de éstos vivían fuera de la ciudad, en el desierto, normalmente en comunidad; la mayoría eran célibes y estrictos en la observancia de la ley, sobre todo en el tema de la pureza legal, por lo que se lavaban continuamente. Los no célibes vivían fuera de la comunidad pero vinculados a ella. Es posible que los manuscritos aparecidos junto al mar Muerto, en las cuevas de Qunram, formaran parte de la biblioteca de los esenios. Eran como nuestros monjes del desierto. Vivían esperando al Mesías. ¿Era Juan el Bautista esenio? Algunos piensan que sí, basándose en esta frase de Lucas 1, 80: **“Vivió en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel”**. Seguro no hay nada.

5. - Las clases sociales en Israel. En las sociedades primitivas, piensa en Abrahán, Isaac y Jacob, en las que había poca división del trabajo y todo el mundo era pastor del ganado, recolector de frutos y cazador, no existían prácticamente las clases sociales. La pobreza igualaba a todos, como pasa todavía en algunas sociedades del tercer mundo en las que todos pasan hambre y nadie destaca sobre nadie. Pero ya en tiempo de Jesús, y mucho antes, la sociedad estaba dividida en clases. Estaban *“los muy ricos, los muy pobres y aquéllos que se encontraban entre estos dos extremos”*, en palabras de Aristóteles.

En tiempo de Jesús, en Palestina, había una **clase alta**, de gente pudiente. Piensa en la aristocracia sacerdotal, escribas, autoridades civiles, recaudadores de impuestos, grandes comerciantes que rodeaban el templo y vivían de las tres oleadas de peregrinos que subían de todo el mundo a las fiestas de la peregrinación. En esta clase alta predominan los saduceos. Estaban las **clases medias**, que no tenían esos grandes comercios sino pequeñas tiendas, o posadas para los peregrinos, o eran

curtidores, artesanos de la madera o del hierro y funcionarios de escalas intermedias. No eran muchos y estaban por lo general en Jerusalén, en un segundo círculo en torno al templo. En esta clase media había muchos fariseos. Mucha gente de clase media se había criado en una situación decorosa, pero como la ley mandaba que sólo el primogénito heredaba el patrimonio paterno, los demás hijos se convertían casi en pobres de solemnidad que tenían que emigrar a buscarse medios de vida donde los hubiera o vivir dependiendo y sirviendo a sus hermanos mayores.

Y estaban también las **clases bajas** o populares. Era la inmensa mayoría de la población. Fundamentalmente integrada por asalariados. Éstos solían ganar un denario al día, incluida la comida, si nos atenemos a la parábola de los trabajadores de la viña de Mateo 22, 2: ***“Después de contratar a los obreros por un denario al día, los envió a su viña”***. Puedes imaginarte que siempre estaban endeudados por los impuestos, tanto los que Roma imponía como los que tenían que entregar al templo. Era frecuente que acabaran en la cárcel por no pagar o, también, metidos a bandoleros para poder vivir (en estos casos eran protegidos por los campesinos ya que normalmente robaban a los ricos, no a ellos. Jesús fue arrestado como un bandolero -Marcos 14, 48- y murió entre dos bandoleros) o servir de esclavos. Naturalmente esta clase baja era carne de cultivo propicia para los zelotas, pues vivían descontentos. También los pescadores como los apóstoles eran de clase baja, aunque no todos, sino en función de la categoría del negocio. Y, todavía por debajo de éstos, estaban los pobres-pobres, como los esclavos, los mendigos, los enfermos (ciegos, paralíticos, leprosos, etc), huérfanos, viudas, es decir, los “sin nada”.

Antes de terminar, te quiero decir una palabra sobre estos pobres-pobres que vivían de la mendicidad. Había muchos en Israel, como en todos lados, y te van a salir continuamente en los evangelios. Piensa en el libro del empobrecido Job. Algo habrán hecho los mendigos para serlo, se pensaba entonces. Acuérdate del ciego de nacimiento que te traigo en la tercera actividad de hoy ***“Maestro, ¿quién pecó, él o sus padres?”*** Porque, se pensaba, alguien tenía que haber pecado para verse así. Los más legalistas, que eran muchos, consideraban que la enfermedad y el empobrecimiento eran un castigo de Dios por los pecados, propios o heredados. Además, como no cuidaban mucho la limpieza personal y de su ropa, la gente marcaba distancia para no contaminarse. Jesús los tocaba, aunque quedara impuro, como cuando tocaba a los leprosos. Y les daba limosnas. Lee Mateo 26, 6-13 y lo comprobarás.

Jesús podía pertenecer a la clase popular, pues era un artesano de la madera y/o del hierro en una aldea pequeña. Normalmente los artesanos como Jesús, no solían estar bien vistos porque, como nuestros afiladores antiguos, frecuentemente tenían que salir del pueblo a trabajar ya que en las pequeñas aldeas, como lo era Nazaret, no solía haber trabajo para el año entero. En una época como aquélla, en que los medios de locomoción no permitían los desplazamientos rápidos, estos artesanos se veían obligados a pernoctar muchos días fuera de casa. Su mujer e hijos se quedaban solos en casa, en una situación de desprotección, en la que corría peligro el honor del

cabeza de familia. En la sociedad de Jesús el tema del honor era clave, como lo era el de la pureza legal. Por esto último, los pescadores de los que se rodeó Jesús, tampoco estaban bien vistos, pues todo el día estaban tocando animales muertos, los peces, por lo que vivían en continuo estado de impureza legal, sin tiempo para purificarse, ya que a la mañana siguiente tenían que volver a salir de pesca.

Yo creo que con lo dicho en este tema tienes ya suficiente para conocer el ambiente en que nació el Nuevo Testamento. No está todo dicho en estas páginas. Cuando vayan saliendo más cosas, ya te las explicaré. *“El conjunto de reflexiones que acabamos de recoger nos muestra que la Palestina de los tiempos de Jesús estaba cargada de antagonismos, odios, diferencias sociales y económicas. En medio de ellos pronunció Jesús su mensaje del amor de Dios que busca a los hombres para su reino próximo, del amor que los salva por completo, del amor que supera el odio y se hace extensivo incluso a los enemigos”* (Sánchez Mielgo, 1998, 33).

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Éxodo 20, 8-11
Romanos 7, 1-13
Juan 4, 1-42

Actividades:

1. - El sábado es antecedente de nuestro domingo. Es bonita la lectura que te he puesto. Con los dos aspectos, positivo y negativo, que tiene el sábado. Lee la cita y piensa si tú cumples ese precepto que sigue en pie.

2.- Toda la carta a los Romanos nos habla de la actitud del cristiano ante la ley. Yo te he escogido los 13 versículos que te cito y medítalos, viendo si en ti son una realidad.

3. - Tú sabes que el evangelista Juan coge un milagro de Jesús y da una larga catequesis apoyándose en él. En este sentido es el evangelio más maduro. Los judíos decían (versículo 16) que Jesús no podía ser un hombre de Dios porque no respetaba el sábado. ¿Tú qué crees después de leer la cita?

Tema 2. - INTRODUCCIÓN A LOS EVANGELIOS.

1. - Introducción. En el tema anterior vimos el ambiente religioso, social y político en que nació y vivió Jesús. Recordamos un poco la historia de Israel, el país donde sucedieron los acontecimientos más importantes de la historia de la salvación; conocimos también las instituciones sociales: el sanedrín, el templo, la sinagoga, etc. Igualmente dimos un repaso a los grupos religiosos, algunos de los cuales molestaron mucho a Jesús durante toda su vida; y, finalmente, nos detuvimos, en estudiar las clases sociales en Israel.

Todo eso es, en líneas generales, el contexto en el que nacieron Jesús y su mensaje. En este tema vamos a presentarte los evangelios. Sin olvidarnos nunca de que éste es un Curso de Iniciación a la Biblia para gente corriente y sencilla, preparado por un párroco para que su gente *“llegue a comprender la autenticidad de las enseñanzas que ha recibido”* (Lucas 1, 4). No busques en este libro, ni en los anteriores o siguientes, más que unas sencillas catequesis sobre la palabra de Dios, frutos de un paciente trabajo de estudio y reflexión sobre aquellas ideas que sabios y entendidos han expuesto en sus libros, que en número de más de cincuenta tienes en la bibliografía final y de los que me he servido al hacer este trabajo.

Evito, pues, las opiniones eruditas y trazo una línea sencilla que nos vaya llevando hacia el centro de los evangelios y de toda la Biblia que es Jesús, una vez que hemos llegado, en nuestro estudio, a la plenitud de los tiempos. Vamos a comenzar, pues, este estudio de los evangelios, explicando el significado de la palabra evangelio. Todo lo que tienes en este libro es importante para acercarte a los evangelios, pero desde ahora te digo que lo más importante es leer y releer directamente el texto tal como lo tienes en la Biblia. Despacio, sin prisa, cinco, diez veces. Cuando lo hayas comprendido perfectamente, podrás hacer oración sobre él.

2. - Significado de la palabra “evangelio”. Se trata de una palabra griega que significa **“buena noticia”** o **“buena nueva”**. En un principio esta palabra griega se utilizaba para referirse a la **“recompensa”** o **“propina”** que se le daba al mensajero que traía la buena noticia, pero poco a poco comenzó a aplicársele a la noticia misma. Aparece, al comienzo, dentro del contexto del culto que se daba al emperador, cuyo nacimiento, proclamado en el imperio, era una buena noticia para todos, un evangelio. Ya el Isaías que está en el destierro de Babilonia con su pueblo tiene unas palabras bellísimas que hablan de buena noticia, de evangelio, de salvación: *“¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la buena nueva y proclama la salvación, que dice a Sión: Ya reina tu Dios!”* (Isaías 52, 7).

En Lucas 4, Jesús dice, entre la admiración de los presentes, que en su persona se cumplen estas palabras de Isaías: *“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres”*. A esto vino Jesús, a traer

una buena noticia a los pobres, un evangelio. Este evangelio o buena noticia es tanto la salvación proclamada por Jesús, como Él mismo, su vida y su historia, desde su nacimiento hasta la ascensión, porque Él es la buena noticia que los hombres hemos recibido de Dios. Él trae la salvación para todos los hombres. También el término se refiere a la predicación que sobre Él hizo, hace y hará la Iglesia hasta el final de los siglos. A partir del siglo II, San Justino habla de “los evangelios” refiriéndose a los libros que guardan los recuerdos de los apóstoles, y “evangelistas” a los autores de esos libros.

Así comienza San Marcos el suyo: *“Comienzo de la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios”*. Y San Pablo nos da muchos testimonios de que el evangelio es la “buena noticia” de la salvación de Dios en Cristo. Así comienza la carta a los Romanos: *“Soy Pablo, siervo de Cristo Jesús, elegido como apóstol y destinado a proclamar el evangelio que Dios había prometido... Este evangelio se refiere a su Hijo, nacido, en cuanto hombre, de la estirpe de David y constituido, por la resurrección de entre los muertos, Hijo poderoso de Dios según el Espíritu santificador: Jesucristo, Señor nuestro”* (Romanos 1, 1-4).

Como ves, Jesús es el evangelio, la buena noticia que Dios nos ha dado a los pobres. La vida de Jesús la conocemos por los evangelios. Nosotros tenemos en nuestra Biblia cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Mateo y Juan fueron apóstoles. Lucas y Marcos, discípulos de los apóstoles. ¿Por qué cuatro evangelios y no uno solo? ¿Por qué cuatro y no ocho? ¿Cómo se escribieron? ¿Cuándo, dónde? Naturalmente, nos podemos hacer estas preguntas y otras muchas. Vamos a continuar el tema y, al final de él, todas tendrán respuesta. El cuándo y el dónde será mejor explicarlo cuando vayamos estudiando cada evangelio en los temas siguientes.

3. - ¿Cómo se formaron “nuestros” evangelios? Lo de “nuestros” lo pongo para indicarte que nos referimos a los escritos que tenemos en nuestra Biblia y llevan ese nombre. Si prácticamente todo lo que sabemos de Jesús, de manera fiable, se lo debemos a ellos, no tengo que decirte que ahora sí que *“pisamos terreno sagrado”*. Este libro que tienes en tus manos es el más importante de cuantos hemos escrito en este curso bíblico, y de los que escribamos en lo sucesivo. La Iglesia venera los santos evangelios de tal manera, por encima de los demás escritos sagrados, que no hay un domingo que no los oigamos en Misa y, además, puestos de pie, como señal de una veneración especial. La razón de esta importancia es que la Iglesia cree que podemos llegar al conocimiento de Jesús, de sus dichos y de sus hechos, a través de los evangelios. Vamos, pues, a acercarnos a ellos con una veneración especial.

Antes de hablarte del proceso de formación del libro de los evangelios, dos palabras para decirte que evangelio sólo hay uno: el evangelio de Jesucristo. Cuando hablamos del evangelio de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, lo que estamos queriendo decir es evangelio **según** Mateo, **según** Marcos, **según** Lucas y **según** Juan. Los cuatro eran responsables de sus comunidades y escribieron los dichos, recuerdos y predicación apostólica sobre Jesús, pensando en la comunidad a la que se dirigían y

cuya fe habían de fortalecer. Los escribieron a su manera, según sus conocimientos bien directos, como Mateo y Juan, bien por las referencias de los que fueron testigos directos, como Lucas y Marcos. En su momento veremos cómo tienen partes en común (fruto de recuerdos comunes o fuentes comunes) y cosas originales, que sólo uno o varios de ellos recogieron y los otros no. Estas ideas las continuaremos en el punto 4º de este tema.

Por tanto un solo evangelio: Jesús, su vida, sus hechos, sus dichos, narrados según distintas personas. ¿Sólo se escribieron cuatro evangelios? No, muchos más. ¿No te acuerdas del evangelio de Taciano, del de Pedro, del de Tomás y otros más que vimos el primer curso, al estudiar lo que significaba aquello de “**apócrifo**”? De todos los que se escribieron, la Iglesia reconoció como inspirados por Dios sólo los cuatro que tenemos en nuestra Biblia y los incluyó en el canon (en la lista) de los libros inspirados que vimos en el tema 7º del primer curso. Te recuerdo que la lista definitiva de los libros inspirados (el canon) no la fijó la Iglesia hasta el concilio de Trento. Hasta entonces no había habido unanimidad. Y hubo momentos históricos en que unos libros se consideraron inspirados y otros no. La presión realizada por los protestantes, que abogaban por un canon corto, fue la que hizo reaccionar a la Iglesia y fijar la lista que hoy tenemos. Los demás los “retiró” de su lectura en las iglesias, es decir, los calificó de “apócrifos”. ¿Te acuerdas de lo que significa la palabra apócrifo? Pues, precisamente eso, “retirado”. Por tanto, nuestra madre la Iglesia nos ha entregado estos cuatro como los únicos totalmente fiables. Y así los recibimos nosotros.

Ya están respondidas algunas de las preguntas que nos hicimos hace un momento. Ahora vamos ya al punto central de este tema. Cómo se formaron nuestros evangelios, los que tenemos en nuestra Biblia. Y vamos a hacerlo de la mano de la Iglesia. Recordarás que en el primer libro te pusimos el documento más importante de la doctrina de la Iglesia sobre la Biblia. Es el documento del Concilio Vaticano II llamado “la Palabra de Dios” (Dei Verbum, en latín, que es como se nombra en todo el mundo). Los cuatro números (17-20) del capítulo V están dedicados al Nuevo Testamento. El número 19 es el que nos habla del proceso de formación de los evangelios. Te lo cito primero y después te lo explico. Los subrayados y los puntos y aparte los pongo yo para señalarte mejor los tres momentos, etapas o fases en que se formaron. Ahí está todo dicho:

“La Santa Madre Iglesia firme y constantemente ha creído y cree que estos cuatro Evangelios, cuya historicidad afirma sin vacilar,

.. comunican fielmente lo que Jesús, Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente para la salvación de ellos, hasta el día que fue levantado al cielo.

.. Los Apóstoles, ciertamente, después de la ascensión del Señor, predicaron a sus oyentes lo que Él había dicho y obrado, con aquella crecida inteligencia de que

ellos gozaban, amaestrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad.

Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se transmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las iglesias, reteniendo por fin la forma de proclamación de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron, pues, sacándolo bien de su memoria o recuerdos, bien del testimonio de quienes "desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra" para que conozcamos "la verdad" de las palabras que nos enseñan" (Lucas 1, 2-4).

Por tanto, **primera etapa:** *“Lo que Jesús hizo y enseñó”*. Jesús es el primer predicador del evangelio. Predicó con hechos y dichos, gestos y palabras. No había grabadoras, ni periodistas, ni cámaras para recoger las palabras y los hechos de Jesús, que fueron tantos que, según nos dice el evangelista Juan, exagerando, *“si se recogieran uno por uno, pienso que ni en el mundo entero cabrían los libros que podrían escribirse”* (Juan 21, 25). En esta etapa no se escribió ni una letra. Todo quedó en la memoria y en la retina de los testigos presentes. Esta etapa alcanza de los años 0 al 30.

Segunda etapa: Los apóstoles, tras la resurrección, *“predicaron a sus oyentes lo que Él había dicho y obrado”*. Era lo lógico. Todo había sido tan maravilloso que no pudieron callar. Y, después de la ascensión del Señor, se repartieron el mundo y se pusieron a predicar. ¿Qué predicaron? Lo que habían visto y oído, siempre inspirados por el Espíritu Santo. Esta etapa abarca de los años 30 a 60 de nuestra era. El Concilio dice: *“Amaestrados por los acontecimientos gloriosos de Cristo y por la luz del Espíritu de verdad”*. Es la etapa de la predicación de la comunidad apostólica, fundamentalmente los apóstoles y los discípulos que estaban al frente de las primeras comunidades. El predicador de la primera etapa, Jesús, ahora se convierte en predicado, objeto de la predicación.

Son fieles a la predicación, no inventan nada, pero sí predicán esa vida de Jesús, que tienen guardada en la memoria y grabada en sus pupilas, a la luz de la fe pascual que les ha hecho comprender cosas que antes no entendían. **Es una etapa de enriquecimiento de los recuerdos a la luz de la experiencia.** Conservan fielmente el mensaje de Jesús, aunque no siempre conserven sus mismas palabras: unas veces usarían las mismas palabras de Jesús y otras palabras propias de cada comunidad. No caigamos nunca en lo que se ha llamado “literalismo”, es decir, pensar que los evangelios tienen que conservar al pie de la letra todas las palabras de Jesús. No es necesario. Conservan todo el mensaje, enriquecido además por la experiencia de la comunidad. Es posible que en esta etapa surgieran los primeros relatos por escrito, sobre todo de la pasión que, como veremos, después Marcos utilizaría al escribir su evangelio.

Hay un ejemplo muy bonito que ilustra esto que te acabo de decir. El día de la entrada de Jesús en Jerusalén, que nosotros celebramos el domingo de Ramos, Juan, el evangelista, cita a Zacarías 9, 9: **“No temas, hija de Sión, mira: tu Rey llega montado sobre una cría de asna”**. Y dice Juan 12, 16: **“Esto no lo entendieron los discípulos al principio, sino que, cuando fue glorificado Jesús, recordaron estas palabras y cayeron en la cuenta de que aquellas palabras de las escrituras se referían a él y se habían cumplido en él”**.

Tercera etapa: Los evangelistas ponen por escrito la predicación de la segunda etapa y lo que recuerdan de Jesús. Fíjate bien lo que dice el concilio. Te lo repito: **“Los autores sagrados escribieron los cuatro Evangelios escogiendo algunas cosas de las muchas que ya se trasmitían de palabra o por escrito, sintetizando otras, o explicándolas atendiendo a la condición de las iglesias, reteniendo por fin la forma de proclamación de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús. Escribieron, pues, sacándolo bien de su memoria o recuerdos, bien del testimonio de quienes “desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra” para que conozcamos “la verdad” de las palabras que nos enseñan”**.

Cada evangelista seleccionó de la predicación de la comunidad apostólica lo que creyó conveniente, atendiendo a las necesidades de las comunidades destinatarias de su evangelio. Esta etapa abarcaría los años 60 a 90 de nuestra era, siempre redondeando. Naturalmente hubo un trabajo de síntesis o resumen de todo lo predicado sobre Jesús. Juan y Mateo hicieron el esfuerzo de recordar lo vivido directamente. Marcos y Lucas se agarraron al testimonio de quienes **“desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra”**. Lucas nos dice expresamente que lo hizo así. Y lo hizo con la intención expresa de catequizar a Teófilo, sea Teófilo una persona concreta y singular, sea una comunidad, como dicen algunos. Como la palabra Teófilo significa “amado de Dios”, lo mismo podría referirse a un individuo que a la comunidad, lo que a nosotros nos da igual. Dice Lucas:

“Ilustre Teófilo: Ya que muchos se han propuesto componer un relato de los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros, según nos lo transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, me ha parecido también a mí escribírtelos por su orden, después de comprobarlo todo exactamente desde el principio, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido” (Lucas 1, 1-4).

Hay que conocer bien que existieron estas tres etapas, que se complementan y enriquecen entre sí. A lo visto y oído en la **primera** etapa, se le añade en la **segunda** la experiencia pascual de la comunidad primitiva y la iluminación del Espíritu que los llevó a la verdad completa. Mediante un método de trabajo, llamado **método de la historia de las formas**, los entendidos han estudiado en profundidad la forma en que los apóstoles transmiten lo dicho y hecho por Jesús y que, antes que escritura, fue predicación. Este método acomete una empresa literaria: estudiar la forma en que se predicó lo dicho y hecho por Jesús (segunda etapa de formación de los evangelios).

Después los escritores evangelistas, protagonistas de la **tercera** etapa, nos dejan por escrito *tanto* los dichos y hechos de Jesús *como* la predicación apostólica que enriquece lo recibido de las dos etapas anteriores. En esta etapa no se crea nada nuevo. Es, simplemente, el proceso o trabajo de editar lo recibido de la segunda etapa (casi todo oral, aunque es posible que también algo escrito). Lo dicho en “nuestros” evangelios es la verdad que nos transmitieron la comunidad apostólica y los evangelistas de lo dicho y hecho por Jesús. También aquí los estudiosos se han afanado siempre por conocer, mediante el llamado **método de la historia de la redacción**, cómo los evangelistas redactaron o escribieron sus evangelios.

Naturalmente, cada uno de los cuatro evangelios refleja las intenciones del que escribe. Mateo, por ejemplo, escribe para judíos convertidos al cristianismo y eso se nota en las referencias constantes que hace a detalles que conocen bien los judíos y que Mateo no les explica porque el público destinatario no necesita que se les expliquen. Y, al escribir, recoge todas las enseñanzas que nos quiere dejar en cinco grandes discursos. Uno de estos discursos es el de las parábolas del Reino. Mateo las pone todas seguidas. Esto es cosa suya. No creo que Jesús las predicara todas seguidas, sino que Mateo, al escribir el evangelio, las agrupa a todas. Igual el sermón de la montaña, discurso en el que Mateo nos transmite las enseñanzas de Jesús sobre cómo quería Él que fueran sus discípulos, los ciudadanos del nuevo Reino. No creo que Jesús dijera el sermón de la montaña todo seguido, sino que fue Mateo el que recopiló todo lo oído en distintas ocasiones, poniéndolo en forma de discurso, de corrido.

Por tanto, como conclusión de este punto: los evangelios se formaron en **tres etapas** perfectamente diferenciadas y los protagonistas de cada una de ellas fueron: Jesús, la comunidad apostólica y los evangelistas, sucesivamente. Sin tener esto muy claro no podemos entender los evangelios en toda su realidad. Por el contrario, teniendo esto en cuenta podemos llegar a la persona de Jesús de manera totalmente fiable.

4. - Los evangelios sinópticos. En nuestras biblias tenemos cuatro evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. A los tres primeros se les llaman, desde el siglo XVIII, los sinópticos. ¿Qué significa “**sinópticos**”? La palabra sinopsis significa “visión de conjunto, simultánea”. Se indica con este adjetivo que los tres evangelios se parecen mucho entre sí, que muestran una visión de los dichos y hechos de Jesús casi paralela. Se parecen tanto que podríamos leerlos simultáneamente, esto es a la vez, si colocáramos el texto en tres columnas. Te voy a demostrar estas afirmaciones, basándonos en los versículos iguales que tienen los tres primeros evangelios (los sinópticos). El cuarto, el de Juan, no es sinóptico y lo veremos aparte.

El evangelio según Mateo tiene 1.068 versículos, Marcos 661 y Lucas 1.160. Pues bien, los tres tienen iguales 330 versículos, lo que supone la mitad del evangelio de Marcos y casi un tercio de cada uno de los otros dos. Además de en estos 330 versículos, Mateo y Marcos coinciden en otros 178; Mateo y Lucas en 230; y Marcos y Lucas en 100. Estas cifras, aunque no coinciden de forma exacta en los distintos

autores, nos pueden sugerir varias preguntas. La primera es por qué siendo tan parecidos no se hizo un solo evangelio, en vez de cuatro. Y segunda pregunta ¿a qué se deben estas coincidencias? Las discrepancias (los versículos distintos) que hay entre ellos tienen fácil explicación: cada uno contó la feria como le fue y cada uno tenía distintos objetivos cuando escribió su evangelio, teniendo en cuenta a los destinatarios para quienes escribía.

Vamos a responder a la primera pregunta y después intentaremos la segunda. Ya te dije antes que, en realidad no fueron cuatro, sino muchísimos más pero que la Iglesia los retiró (apócrifos) porque no le ofrecían garantías. Hacia el año 125 se reúnen los cuatro evangelios en una colección. Venían sin firmar. Es en este momento en el que, basándose en viejas tradiciones totalmente fiables por su proximidad en el tiempo, le pusieron a cada uno de ellos el “según” + el nombre de aquel evangelista a quien se lo atribuían. En los primeros años de la Iglesia hubo un intento serio de hacer, de los cuatro evangelios, uno sólo; un evangelio concordado. Fue el año 170 y Taciano su autor, que probablemente se inspiró en otra concordancia hecha veinte años antes por su maestro, el mártir Justino. La llamó el **Diatesaron**. A lo largo de la historia, e incluso hoy, se siguen editando evangelios concordados. Por ejemplo, el año 405 San Agustín escribió su “**Concordancia de los evangelistas**”. En la bibliografía final de este libro, te cito varias concordancias de Codesal.

¿Por qué no se impuso este único evangelio concordado? Para San Ireneo de Lyon (muerto hacia el año 200) por una razón muy peregrina: porque los puntos cardinales son cuatro y la Iglesia está extendida por todos ellos. Y por tanto los evangelios tienen que ser cuatro. Otra razón de un poco más de peso que he podido encontrar es que el pueblo de Dios había de ser edificado en contextos culturales diferentes y los cuatro evangelios dan respuesta a esas necesidades culturales distintas. Clemente de Alejandría estableció “**una regla de la fe**” que tenía que aplicar la Iglesia para incluir en el canon a un evangelio determinado y a otro no: “*La concordancia y armonía entre la Ley y los profetas y la alianza realizada por Jesucristo*”. Los apócrifos no se adaptaban a esta regla y por eso fueron rechazados. Ya sabemos, desde el primer curso, que el canon oficial no se fijó hasta el año 1.546 en Trento, por la movida de Lutero y su gente que obligó a la Iglesia a afinar y precisar en su contrarreforma (Concilio de Trento). En definitiva, que estos cuatro son los que la Iglesia, aplicando su “la regla de fe”, nos ha dado como inspirados y, lo mismo que podían ser tres o cinco, son cuatro desde el comienzo.

La segunda pregunta es más importante. ¿De dónde proceden las coincidencias entre ellos, sobre todo esos 330 versículos que los tres sinópticos tienen en común y los otros versículos comunes a cada dos evangelistas? ¿Quién copió de quién? ¿O copiaron todos de otro? A este problema se le ha llamado “**la cuestión sinóptica**” y ha traído de cabeza a los expertos durante mucho tiempo. Nosotros no somos expertos y, por lo tanto, vamos a intentar responder a estas preguntas de forma sencilla y clara, de mano de ellos.

Hay varias respuestas, todas probables y ninguna demostrada al cien por cien. Son hipótesis de trabajo, no teorías ya probadas. Después de estudiarlas todas, yo me quedo para ofrecértela con la llamada **“hipótesis de las fuentes o documentos”**. Según esta hipótesis, el primer evangelio escrito sería el de Marcos. Mateo y Lucas lo utilizaron al escribir los suyos, lo que explicaría las coincidencias que tienen con él, al haberle copiado. Así Marcos sería la primera fuente, de la que se sirvieron Mateo y Lucas. Pero hay otra cosa que explicar: los 230 que Mateo y Lucas tienen en común y no los tiene Marcos. Pensemos en el sermón de la montaña y las diatribas contra los fariseos (¡Ay de vosotros, escribas y fariseos...!), que no están de manera explícita en Marcos y sí en los otros dos.

Para esta coincidencia de Mateo y Lucas, se habla de la segunda fuente o documento. Los entendidos la nombran con la letra inicial de la palabra alemana Quelle, que significa “fuente”. Es el documento “Q”. Esta fuente no la conocería Marcos y estaría compuesta por un conjunto, sobre todo pero no sólo, de dichos de Jesús, que circulaban en tradición oral y escrita por la Iglesia primitiva y que Mateo y Lucas conocieron y utilizaron. Este documento o fuente “Q” fue encontrado “enterrado”, dentro de los evangelios de Mateo y Lucas, por los autores que investigaban las coincidencias de ambos, al margen de las que derivaban del de Marcos, primera fuente. Mateo y Lucas tienen, además, los dos primeros capítulos de sus evangelios dedicados a la infancia de Jesús, de la que Marcos no habla. Para estos **“evangelios de la infancia”**, y para las genealogías de Jesús, hay que pensar en fuentes propias de cada uno de los dos. Lucas dice cuál fue su fuente en el prólogo de su obra: **“Los que fueron testigos oculares desde el principio”**. Mateo no la dice pero también la tendría. Pudo ser la virgen María y su entorno.

Hay muchas más hipótesis, pero nosotros nos quedamos con ésta, que ha sido la más aplaudida aunque hoy no faltan quienes la ponen en entredicho. Los entendidos, que dedican su vida a la investigación de estas cosas, seguirán estudiando éstas y otras hipótesis que se manejan en la actualidad. Por ejemplo, la que dice que los evangelios se escribieron en este orden: Marcos, Mateo y Lucas. Mateo copió de Marcos y Lucas de los dos. O que se escribieron Mateo-Marcos-Lucas. Y cada uno copió del anterior o anteriores. Nos quedamos con la que hemos explicado, la de las dos fuentes, con la esperanza de que se demuestre totalmente la existencia de ese quinto evangelio “Q”, dentro o fuera de Mateo y Lucas.

5. - ¿Para qué se escribieron los evangelios? La respuesta a esta pregunta es interesante y no es difícil darla. ¿Qué movió a los evangelistas a recoger los recuerdos de Jesús, del Jesús histórico, y de la predicación apostólica? En los mismos evangelios tenemos dos testimonios, dados por dos evangelistas distintos, que nos explican el “para qué escribieron”. Vamos a ver estos dos testimonios.

El primero es de Lucas. Él escribe y dedica su obra a Teófilo **“para que llegues a comprender la autenticidad de las enseñanzas que has recibido”**. La obra de Lucas está compuesta por su evangelio y por el libro de los Hechos de los Apóstoles,

que forman una misma obra, aunque se dividió por razón práctica (para hacer más fácil el manejo del rollo en que estaba escrita esa obra). Es decir, Teófilo, sea individuo o comunidad, ha sido catequizado durante la predicación apostólica entre los años 30 y 60. Ahora Lucas, que es su amigo, quiere consolidar la fe de su amigo o comunidad. Investiga y narra lo investigado. Por tanto, el para qué de Lucas hace referencia a la cimentación de la fe de Teófilo.

El segundo testimonio es de Juan, el cuarto evangelista. Dice así: ***“Jesús hizo en presencia de sus discípulos muchos más signos de los que han sido recogidos en este libro. Éstos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo tengáis en él vida eterna”*** (Juan 20, 30-31). Los evangelios están escritos para que creamos que Jesús es el Mesías y así tengamos vida en nosotros. Ésta es la finalidad primera y fundamental para la que fueron escritos los evangelios, según este doble testimonio de sus autores. Proclamar a los cuatro vientos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. Los evangelios son una proclamación de Jesús, objeto de la predicación. Y este testimonio de Jesús es el rasgo fundamental de los evangelios.

Tienen una forma de expresión propia; su género literario es original, precisamente porque esta finalidad lo hace distinto de cualquier otro. Participa del género literario del historiador, cuenta algunos detalles de la historia de Jesús, pero de pasada, y sin gran precisión. Si el autor hubiera seguido un método histórico, seguro que no habría tantas lagunas como hay en la vida de Jesús. También tiene algo de biográfico. Pero les faltan notas esenciales para poderlos encuadrar dentro de este género literario. Fundamentalmente, que no muestran un interés especial por la vida de Jesús, sino por su persona. Ni tampoco precisan detalles biográficos que sería lo primero que tendrían que hacer si sus autores se hubieran propuesto hacer una biografía, siguiendo el método biográfico.

Marcos comienza su evangelio con estas palabras: ***“Comienzo del evangelio de Jesús, Mesías, Hijo de Dios”*** (Marcos 1, 1). El evangelista va a proclamar el evangelio de Jesús para llevar a sus fieles, a su comunidad, a la fe en Jesús, Mesías, Hijo de Dios. El número 19 de la Verbum Dei, del Concilio Vaticano II que te cité antes, dice que los evangelistas redactores utilizaron ***“una forma (o estilo o género literario nuevo) de proclamación de manera que siempre nos comunicaban la verdad sincera acerca de Jesús”***.

Para no alargarnos más, terminamos este punto con un testimonio de Pablo. Pablo no escribió evangelio alguno, pero fue un predicador, un proclamador incansable del mismo. Y nos dice una cosa más: la muerte y resurrección de Cristo es el centro de su evangelio, de la proclamación de su evangelio: ***“Os recuerdo, hermanos, el evangelio que os anuncié, que recibisteis y en el que habéis perseverado. Es el evangelio que os está salvando, si lo retenéis tal y como os lo anuncié; de no ser así habéis creído en vano. Porque yo os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las***

escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día, según las escrituras” (I Corintios 15, 1-4). El evangelio es un anuncio, una proclamación.

6. – Los milagros de Jesús. Veintisiete relatos distintos de milagros nos recogen los cuatro evangelistas. Vamos a decir una palabra sobre ellos en esta introducción general. La palabra “milagro” es latina y significa “admirable”, “asombroso”. Utilizamos esta palabra cuando nos encontramos ante un hecho cuya causa nos permanece oculta, la desconocemos. No tenemos explicación para eso. En los evangelios, como hemos dicho, aparecen muchas clases de milagros: unas veces curaciones, otras resurrecciones, algunos exorcismos, incluso milagros sobre la naturaleza, como la multiplicación de los panes y los peces o la conversión del agua en vino en las bodas de Caná. He leído mucho sobre los milagros de Jesús, pero no nos podemos explicar mucho a estas alturas de tema. Sólo unas ideas sencillas, sobre los milagros, prodigios, signos, poder, obras, que con todos estos nombres se citan.

La primera pregunta que nos podemos hacer es si realmente Jesús hizo milagros o son narraciones legendarias añadidas por los evangelistas. La respuesta a esta pregunta del millón, va a estar en función de la persona a la que se la hagamos. Si es ateo te va a admitir, como máximo, que son fenómenos inexplicables porque todavía la ciencia no ha llegado a dar con la explicación. Si te responde un creyente, sea de hoy, sea contemporáneo de Jesús, te dirá que esos hechos admirables realizados por Jesús están fuera del alcance de las posibilidades de un ser humano. Son obras sobrenaturales, sea Dios o Beelzebul quien dé el poder a quien las realiza. Por tanto la fe es previa, tanto para la realización del milagro (recuerda cómo en su pueblo Jesús no pudo realizar milagros por la falta de fe de sus paisanos) como para aceptar ese poder en Jesús. La palabra “milagro” pertenece “*al vocabulario de la fe*” (Quesnel, 2002, página 119).

La segunda pregunta podría ser ésta: ¿Para qué hizo Jesús los milagros? No hay un motivo único, aunque sí podamos descubrir uno fundamental: para ayudar a la gente que lo necesitaba. Forman parte del “*pasó haciendo el bien*”, que nos dirá San Pedro. El Jesús de los milagros fue y es la esperanza de los pobres. Aunque hemos dicho que suponen la fe, también es cierto que la fortalece. Dice Juan evangelista que, a partir del milagro de la boda de Caná, “*sus discípulos empezaron a creer en Él*” (2, 11). El milagro confirma y aumenta la fe que ya se tiene. Milagro y fe van unidos de la mano. Desde luego Jesús no buscaba con los milagros probar su divinidad ni llamar la atención de sus paisanos, como lo demuestra el hecho de mandar callar a los demonios que daban testimonio de su divinidad y a la gente que quería divulgar su fama.

Nosotros somos creyentes y vemos los milagros como obras de la misericordia de Jesús que, ante el dolor ajeno, se enternece y utiliza su poder para ayudar y mostrar la misericordia del Padre sobre sus hijos necesitados. Realizar milagros no es algo nuevo que traiga Jesús. Recuerda en el Antiguo Testamento al profeta Elías y Eliseo. Son dones que Dios concede a ciertas personas con una finalidad

determinada. Digamos, finalmente, que tenemos que evitar caer en la tentación del milagro, como la evitó Jesús, cuando el demonio lo sometió a las tentaciones. El milagro no es el camino ordinario por el que Dios actúa, es más bien un camino extraordinario. No podemos estar pidiendo todos los días el milagro, ni ver milagros por todas partes. No podemos domesticar a Dios para que modifique el gran milagro de la creación y sus sabias leyes, para nuestra particular conveniencia.

7. - Las parábolas de Jesús. En el primer libro de esta colección ya hablamos sobre las parábolas. Te recuerdo lo que allí dijimos: ¿Qué es una parábola? El Diccionario de la Lengua Española la define como la “*narración de un suceso fingido, del que se deduce, por comparación o semejanza, una verdad importante o una enseñanza moral*”. Naturalmente, es una definición perfecta hecha por los académicos de la lengua. Las dos palabras que están en letra negrilla, las he señalado yo. Son las dos notas más importantes de la definición: el suceso, lo que se cuenta en la parábola, es *fingido*, no es real, es inventado, pero no digo que sea mentira. Es verdad. Lo que se cuenta es verdad, pero la forma, el envoltorio en que se envuelve esa verdad es una historia inventada al servicio de esa enseñanza que se quiere impartir con la parábola. Por ejemplo, recuerda la parábola del padre bueno y el hijo pródigo: “*Un hombre tenía dos hijos...*”. Jesús no se refiere a ningún hombre concreto e histórico, sino que se inventa una historia que no es real, que no pasó, pero que podía haber pasado, para **enseñarnos** una verdad importante: cómo es Dios con el pecador arrepentido.

Y es precisamente esta intención de **enseñar** que mueve al autor la segunda nota importante de la parábola. Es un género didáctico, esto es, para enseñar. Los evangelios están llenos de ellas; unas cuarenta parábolas distintas nos cuentan. El evangelio dice que Jesús siempre enseñaba a la gente con parábolas, acomodándose a la capacidad de entender del pueblo. Los temas están al alcance de todos: una oveja que se aleja del rebaño, un hijo que se va de casa, un banquete de boda que se celebra, una moneda que se pierde, etc. Hoy se dice que la educación tiene que ser “**recurrente**”, es decir, tiene que partir de lo que se conoce bien para ir ampliando los conocimientos poco a poco a enseñanzas menos conocidas. Ya hace veinte siglos que Jesús y la Iglesia vienen utilizando esta forma de enseñar recurrente, esto es en espiral, como una rueda de churros que comienza por un pegote en el centro y se va ampliando.

Marcos 4, 34 dice que Jesús “*No les decía nada sin parábolas*” porque, mediante las parábolas, se acomodaba a la forma de entender del pueblo sencillo. Y es verdad, porque este género literario dice pero, sobre todo, sugiere, favorece la reflexión. No lo inventó Jesús, ni la literatura bíblica: es un patrimonio de la humanidad presente en todas las culturas. En el Antiguo Testamento tenemos muestras preciosas. ¿Te acuerdas del profeta Natán y la parábola que le dice al rey David, tras el adulterio y asesinato de Urías? Ésta de Natán, como todas las de Jesús, parten de la vida real: la oveja que se pierde, el hijo que se va de casa, la red que se echa al mar, etc. Te las vas a encontrar continuamente en los evangelios. Te gustarán.

8. - Mirando al presente: algunas fechas contemporáneas al Nuevo Testamento. El punto segundo del tema primero de este libro lo titulamos “**Mirando hacia atrás**” y en él dimos fechas y contamos un poco la historia de los tres siglos anteriores a Jesucristo. En este punto, vamos a situar el presente del Nuevo Testamento, siempre con un grado variable de precisión, según los distintos autores que utilizo. Sólo pongo algunas fechas, las que me parecen más probables de las que tengo en los distintos manuales. Ya, más adelante, cuando expliquemos cada libro, lo situaremos cronológicamente. Tener fechas como puntos de referencia nos pueden ayudar a situar los distintos acontecimientos. Veamos, pues.

Año 6-7 antes de Cristo, nace Jesús en Belén de Judá. Ya esto de que Jesús nazca seis o siete años antes de la era cristiana, te lo expliqué en el tema anterior. Su vida transcurrió en Nazaret, el pueblo de su padre, y en Cafarnaún, un pueblo costero del mar de Galilea.

Año 4 antes de Cristo, muere Herodes el Grande. Poco antes, la matanza de los inocentes. Sus tres hijos heredan a Herodes, como ya explicamos. Era el año 750 de la era romana (desde la fundación de Roma).

Año 6, después de Cristo. Arquelao es destituido como etnarca de Judea y ésta pasa a ser provincia romana, con capital en Cesarea Marítima y gobernada por un procurador. Por esta fecha nace Pablo en Tarso, sin que haya acuerdo en la fecha.

Año 14, ya siempre después de Cristo, muere el emperador Augusto. Había subido al trono el año 27 antes de Cristo. Reinando él en Roma y Herodes el Grande en Palestina, había nacido Jesús.

Año 18. Caifás, que participó en los acontecimientos de la pasión de Cristo, es nombrado Sumo Sacerdote. Su suegro Anás lo había sido entre los años 6-15.

Año 26. Poncio Pilatos, otro protagonista de la pasión, es nombrado procurador romano en Judea, viviendo en Cesarea Marítima. Estuvo hasta el año 36.

Año 27. Herodes Antipas casa con Herodías, su cuñada. Juan el Bautista predica y bautiza en el Jordán. Jesús comienza también su predicación. Otros la retrasan al año 28.

Año 28. Juan es encarcelado y muere por las presiones de Herodías ante Herodes, encantado por el baile de Salomé. Otros autores hablan de los años 29-30.

Año 32. Muere Jesús la víspera de pascua, probablemente el 8 de abril. Otros la adelantan al 30.

Año 34. Muere el diácono Esteban apedreado. Es el protomártir, el primer mártir del que tengamos noticia. Las persecuciones no faltaron desde el primer momento.

Año 36. Pilatos es destituido. Camino de Damasco se produce la caída del caballo de Pablo y su conversión.

Año 46. Primer viaje apostólico de Pablo. Otros lo sitúan entre el 37 y el 45. Ya veremos su recorrido.

Año 49. Segundo viaje de Pablo. Otros lo sitúan entre los años 46-51. Durante este viaje, estando en Corinto, escribe Pablo la 1ª carta a los Tesalonicenses, que es considerada el primer escrito de San Pablo y del Nuevo Testamento. Asamblea de Jerusalén.

Año 53. Tercer viaje de Pablo. Estando en Éfeso escribe Pablo muchas cartas, como las dos a los corintios. Pero ya las fecharemos todas, cuando lleguemos a ellas. Casi nunca hay acuerdo de los distintos autores en las fechas.

Año 54. Nerón es nombrado emperador, hasta el año 68 en que le sucede Vespasiano. El 64 incendia Roma y les echa la culpa a los cristianos.

9. - Claves para leer los evangelios. Vamos a terminar este tema con un punto de orden práctico. ¿Te acuerdas que en el primer libro de este curso dedicamos el capítulo 5º a dar diez claves para leer la Biblia? Recuerda algunas: “Más vale poco y bien que mucho y mal”, “la Biblia hay que leerla en voz alta”, “leer la Biblia con respeto: es terreno sagrado”, etc. Así hasta diez claves. Por supuesto, como el Nuevo Testamento también es parte de la Biblia, lo que dijimos allí sigue en pie. Esas claves siguen sirviendo, pero vamos a dar algunas más, recogidas de los distintos autores de que nos estamos ayudando.

Una clave para leer y meditar con provecho lo leído es conocer la intención del autor, que lógicamente está en función de los destinatarios a quienes se dirige. ¿Y yo cómo sé eso? Muy sencillo. En este libro te voy a explicar, uno por uno, los evangelios. Quién los escribió, para quiénes los escribió, cuándo, dónde, qué problemas había en la comunidad de destino, etc. Todo esto te lo voy a explicar en los capítulos siguientes. Cuando te pongas a leer el evangelio, ten todo esto en cuenta. Así no será una lectura fría, sino conectada con la mente del que lo escribió y con la comunidad que lo recibió. Todo tendrá más explicación.

Otra clave, también muy fácil de seguir, es leer los paralelos en los demás evangelios sinópticos, y, si el texto que estás leyendo viene en el de Juan, lo lees también. Me explico. En todas las biblias cuando comienzan una perícopa (es decir, un trocito del evangelio, sean dichos o hechos de Jesús), suelen ponerte las citas de los otros evangelios donde se encuentra esa misma narración. Lee despacio una

narración y, después, la completas con la lectura de las demás. Un ejemplo: te encuentras con la narración de la curación del paralítico que estaba junto a la piscina de Betesda, en el capítulo 5, 1-18 de Juan. Lo lees despacio y aprendes las muchas lecciones que Juan te da. Al comienzo de este capítulo 5, pone los paralelos que son: Mateo 9, 1-8; Marcos 2, 1-12; Lucas 5, 17-26. Sin prisas, completas la meditación de las cuatro narraciones. Habrás descubierto en ellas actitudes y formas de pensar de Jesús que son las que, asimilándolas, te hacen cristiano. Sólo es cristiano el que tiene las actitudes de Cristo, dice San Pablo.

Otra clave es conocer el contexto, la cultura en que nació. Hay muchos libros que hablan de la cultura mediterránea en el siglo I de nuestra era. Yo los he tenido muy en cuenta al escribir los comentarios a los tres ciclos litúrgicos (libros amarillo, verde y azul). Estos libros se te regalan en la Parroquia y en ellos encontrarás mucho del contexto cultural y social en el que se originó el cristianismo. También en éste hablaremos del ambiente cultural que rodea a los evangelios.

Y recordarte las claves del primer curso. Sobre todo la de “Más vale poco y bien que mucho y mal”. No hay prisa. Machaca cada pensamiento, hasta hacerlo tuyo. Además de la experiencia de la predicación posterior a la pascua, los evangelios contienen muchas de las mismas palabras pronunciadas por Jesús, por tanto, descálzate de todo prejuicio: *“El lugar que pisas es terreno sagrado”*, como Moisés cuando se acercó a la zarza ardiendo.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Isaías 52, 7-10

Iª Corintios 9, 19-23

Lucas 1, 1-5

Actividades:

1. - El evangelio es proclamación a los cuatro vientos de la salvación recibida en Cristo. Todos estamos llamados a proclamar el evangelio a toda la creación. Resulta reconfortante el pasaje de Isaías que te cito hoy. Si llevas un mensaje de paz a quienes te rodean, dichosos son tus pies porque ese mensaje es una buena noticia, un evangelio. Lee y medita la primera lectura.

2. - Pablo se hace todo a todos, con tal de ganar a algunos para el evangelio de Cristo que él predica. Lee la cita y piensa si te pareces a Pablo en algo.

3. - El prólogo de Lucas, que así se llama la cita que te he puesto del evangelio, es muy bonito y debes de conocerlo bien. Nos explica el origen del evangelio escrito y la finalidad para la que se escribió. Léelo una y otra vez hasta comprenderlo bien.

Tema 3. - PRESENTACIÓN DEL EVANGELIO DE SAN MATEO

1. - Introducción. Renán, el gran filósofo francés del siglo XIX dijo en una ocasión que el evangelio de Mateo ha sido considerado siempre como el primer evangelio y ha sido el más leído, el más conocido y el más comentado de todos. Decía que situarse ante él era como plantarse ante un palacio encantado, construido por entero de piedras luminosas. Y la verdad es que uno siente esa sensación y da la razón, una vez más, al filósofo. La sensación ante Lucas es otra, también maravillosa, pero distinta. Lucas es pintor. Mateo es constructor. Son sensaciones distintas, pero ambas de plenitud: un palacio de Gaudí o un cuadro de Velázquez.

No todos, pero sí la mayoría de los autores que estoy estudiando, comienzan sus comentarios por Marcos. Ya dijimos que las hipótesis sobre las que trabajan los estudiosos suelen colocarlo el primero en el tiempo y, además, como fuente de inspiración de Mateo y Lucas. Por esto comentan primero a Marcos y, después, a Mateo y Lucas. Pero no todos lo hacen así. Además, como en todos los libros hemos seguido el orden de nuestras biblias, seguimos con ese orden. Primero Mateo, que es como un puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Hasta el siglo XIX, en que aparece **la teoría de las fuentes**, que ya veremos, todos consideraban a Mateo el primer evangelista, según la tradición recibida de los Santos Padres de la Iglesia. Nosotros seguiremos, en cuanto al orden, a los Santos Padres y la tradición. Continuaremos con Marcos y Lucas. Finalmente veremos a Juan.

Otra nota más para esta introducción. Esta presentación de los evangelios la podemos hacer de dos maneras distintas. **Una** sería comentando perícopa por perícopa, es decir, explicando cada dicho y hecho de Jesús, y **otra** haciendo una presentación por bloques, es decir, de manera más global y general, dándote las claves de lectura para que tengas el esquema y las aclaraciones necesarias para entender cada evangelio. Optamos por la segunda forma por una razón muy sencilla: en los tres libros de Catequesis Familiar del Día del Señor te hemos explicado los tres evangelios sinópticos desmenuzando cada domingo la perícopa que te ofrecía la liturgia. En concreto, Mateo en el ciclo A, o libro amarillo. No vamos a repetir, innecesariamente, lo dicho allí, porque estos libros están a tu disposición en la Parroquia para que, semana a semana, recorras la vida de Cristo de mano de la liturgia de la Iglesia.

Vamos a comenzar primero haciéndonos las preguntas que haremos con todos: ¿Quién fue Mateo? ¿Cómo escribió su evangelio? ¿Cuándo lo escribió? ¿Dónde lo redactó? ¿Para quiénes lo escribió? Así lo situaremos y después analizaremos la estructura interna del libro.

2. - Situar el evangelio de Mateo. ¿Quién escribió el evangelio según San Mateo? Ya dijimos en el tema anterior que, a comienzos del siglo II, aparecieron los evangelios reunidos, pero que no venían firmados. Una tradición muy antigua, tan

antigua que la hace fiable, atribuye a Mateo este evangelio. ¿Y quién es Mateo? Uno de los doce apóstoles de Jesús. Parece ser que es el mismo que es nombrado como Leví, que pudo ser un segundo nombre recibido, como Simón recibió el de Pedro. Aunque no está totalmente demostrado que se trate de la misma persona (Mateo y Leví), la mayoría de los autores se inclinan porque sí lo eran y nosotros seguimos esta hipótesis, incluso con las dudas. Trabajaba como recaudador de impuestos para Roma, potencia militar ocupante de Palestina, en la ciudad de Carfanaún. Para ocupar este cargo tenía que ser un hombre culto, en cultura general, en idiomas y en política, porque era un cargo de designación política. Por supuesto, era persona considerada de mal vivir porque, al fin y al cabo, era colaboracionista con Roma, para quien trabajaba y de quien cobraba.

Que Mateo es un hombre culto, lo demuestra en su evangelio. Su estilo es claro y sus expresiones son precisas. Ya veremos que su evangelio está perfectamente estructurado: un prólogo y presentación de Jesús, cinco grandes discursos y una conclusión. Otros autores, en vez de hablar de los cinco discursos, prefieren hablar de los cinco libros. Y está mejor ya que cada bloque está compuesto de un discurso y una sección narrativa que lo precede y que también es muy importante. Esto lo veremos en el próximo punto. Didácticamente es el mejor estructurado y claro de los cuatro. Su evangelio está montado sobre dos ideas claras: Jesús es el Mesías, el esperado desde siglos y rechazado por su pueblo cuando vino. Y la otra idea es el Reino: Jesús viene a fundar un Reino, la Iglesia, sobre la roca de Pedro. Más de cincuenta veces nombra Mateo la expresión del Reino que Jesús vino a fundar.

Que era un judío convertido al cristianismo está también muy claro: conocía perfectamente el Antiguo Testamento, que cita más de cuarenta veces, normalmente con un estribillo que justifica la cita: *“Para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por el profeta”*. Muchos autores justifican con este conocimiento de Mateo sobre el Antiguo Testamento, el hecho de que sea el primero: es como un puente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Fíjate las palabras con que comienza: *“Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán...”* Y comienza a nombrar personajes célebres del Antiguo Testamento para terminar entroncándolos en el Nuevo: *“Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo”*.

Nosotros nos quedamos con la narración que él mismo hace de su vocación en Mateo 9, 9-13 y, si quieres, la completas con la narración de Lucas 5, 27-32. Prácticamente iguales, pero Lucas lo nombra como Leví. Marcos 2, 13-17 exactamente igual, pero añade que era hijo de Alfeo. Aquí tienes un ejemplo claro de cómo los tres sinópticos se parecen mucho. Ya sabes que Mateo es igual que Leví, el hijo de Alfeo. Y si lees las tres narraciones, tienes que admitir que copiaron unos de otros o que todos tuvieron una fuente común, en que se inspiraron.

¿Cómo lo escribió? Ya lo explicamos en el tema anterior cuando hablamos de la cuestión sinóptica. Recuerda **la hipótesis** de las fuentes, surgida en el siglo XIX.

No vamos a repetir lo mismo, pero antes de seguir te voy a explicar qué significa la palabra **hipótesis**, porque nos va a salir más de una vez. Una hipótesis es una afirmación cuya comprobación o veracidad está en estudio. Si se demuestra su veracidad se convierte en teoría; mientras no se demuestre sigue siendo hipótesis y, por tanto, algo que se está estudiando. Una cosa más, fácil de entender: la ciencia moderna, que es como se estudian hoy las hipótesis que plantean los escrituristas, tiene dos características esenciales, la probabilidad y la provisionalidad. Para ser precisos, cuando hablamos de estas cosas, siempre habría que decir: **de momento** (provisionalidad) **parece ser** (probabilidad) que esto es así, pero si se descubre un detalle nuevo, todo puede cambiar.

Perdona que me haya salido la vena de viejo profesor, pero esto es muy importante para que, quienes investigamos primero y después escribimos lo investigado, seamos siempre humildes. Te voy a poner un ejemplo, porque éste es el momento, que confirma la parrafada anterior. Este estudio crítico de los evangelios parte del siglo XVIII con la llegada de la Ilustración (movimiento cultural del siglo XVIII que acentúa el predominio de la razón humana y la ciencia en el progreso de la humanidad). Anteriormente nada de nada. La Iglesia poseía los evangelios y no había críticas. Afortunadamente surgió la Ilustración y el afán de criticarlo todo y de justificar científicamente toda afirmación.

También en el punto que tratamos surgieron hipótesis y teorías más o menos probables y siempre provisionales. Los investigadores acudieron a las fuentes para investigar. Una fuente fue Papías, obispo que vivió hacia el año 110. Se sabe que este Papías era oyente de Juan el Presbítero, a quien muchos consideran el apóstol Juan. Por tanto estamos casi en “primera fuente”. ¿Y qué dijo Papías? **“Mateo puso en orden los dichos (de Jesús) en lengua hebrea, y cada uno los tradujo como pudo”**. De aquí todo el mundo deduce, y es lógico, que hubo una 1ª edición del evangelio de Mateo, escrita en torno a los años 40, que recogía los dichos de Jesús, escrito por Mateo en hebreo (o en arameo, que era el hebreo que se hablaba en aquella época) y que este evangelio se perdió, puesto que no ha quedado ningún rastro de él.

Sobre esta frase de Papías se han montado muchas líneas de investigación y muchas conclusiones. Así te lo aseguro yo a la vista de más de una docena de los libros que estoy utilizando en este estudio del evangelio de Mateo. Pero tengo también cinco o seis testimonios de autores modernos muy serios que niegan el fundamento de estas investigaciones diciendo que la frase de Papías está mal traducida. Papías, según éstos, no dice que se escribieran esos dichos **“en lengua hebrea”** sino **“según el modo hebreo de exponer”**. La frase cambia totalmente y lo cambia todo. La existencia del primitivo evangelio de Mateo en hebreo-araméo que se pensaba perdido y del que no existía ninguna referencia, hay que ponerla en duda. Y lo curioso es que, leyendo el evangelio de Mateo, esto parece resultar más verosímil o probable porque su forma de exponer los dichos de Jesús se parece mucho a la forma de exponerlos los rabinos.

Te he puesto sólo un ejemplito para demostrarte lo dicho antes: la ciencia bíblica es muy joven, lo mismo que las demás ciencias modernas. Los estudiosos bíblicos son muy honestos y buscan continuamente la verdad. Trabajan hilando siempre muy fino. A veces más que datos, se apoyan en indicios de datos y sobre ellos construyen afirmaciones provisionales que, de pronto, pueden caerse. Creo que me has entendido. Por tanto, seguimos dando datos con toda humildad, ateniéndonos siempre a la opinión de la mayoría y advirtiéndolo cuando no coincidan o surjan hipótesis interesantes.

¿Cuándo lo escribió? La inmensa mayoría lo cree posterior a los años 70, es decir, entre los años 70-110. El límite inferior de los setenta pretenden apoyarlo en que Mateo ya conocía la destrucción del templo: *“Jesús salió del templo y, cuando se alejaba, se acercaron sus discípulos para mostrarle las construcciones del templo. Él les dijo: ¿Veis todo esto? Os aseguro que no quedará aquí piedra sobre piedra. ¡Todo será destruido!”* (Mateo 24, 1). Otros autores piensan que, de haber sucedido la destrucción del templo antes de escribir su evangelio, Mateo hubiera hecho alusiones más explícitas a la misma, con lo que rebajan la fecha a antes de los setenta. Mateo, dicen éstos, no necesitaba conocer el templo destruido para escribir este discurso apocalíptico. Pudo inspirarse en otros textos de este mismo género que tanto abundan en el Antiguo Testamento (Por ejemplo en Malaquías 3, 19 o Isaías 5, 24-25).

Otros, en cambio, elevan el límite inferior a los 80-85, años en que las tensiones judeo-cristianas alcanzaron mayor virulencia, con la exclusión de los cristianos de las sinagogas por parte de los fariseos ortodoxos en el sínodo de Yamnia, tensiones que se reflejan en el evangelio. Y **el límite superior** viene marcado porque ya en esa fecha Ignacio de Antioquía lo cita en sus cartas. En ese 110 ya estaba divulgado el evangelio, por tanto hay que rebajar la fecha del 110, aunque, si el evangelio se escribió en Antioquía, no mucho. Yo creo que podemos dar por buena la fecha que piensa la mayoría de los autores: década de los 80-90.

El concilio de Yamnia es muy importante tenerlo siempre en cuenta. Fue el año 80. Los rabinos (maestros) judíos se reúnen allí para ver qué orientación le daban al judaísmo, una vez destruido el apoyo que tenían en el templo. La Torá, la Ley, será el fundamento del nuevo judaísmo. Ya verás que el Jesús que presenta Mateo es ante todo Maestro. Es posible que pretenda con ello dar una respuesta a las conclusiones de Yamnia, elaboradas por los maestros judíos y una de las cuales fue expulsar a los cristianos de la sinagoga por herejes. Recuerda este pensamiento de Jesús a sus discípulos: *“Si vuestra justicia (santidad) no supera a los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos”* (Mateo 5, 20). ¿Cuál es la justicia de los escribas? Cumplir la ley al milímetro. ¿Y la de los fariseos? Cumplir las prácticas al milímetro (oración, ayuno y limosna). Difícil lo tenían los pobres. Volveremos sobre esto al explicar el primer discurso de Mateo, capítulos 5 y siguientes, para ver qué piensa Jesús sobre estos cumplimientos.

¿Dónde se escribió? Tampoco existe unanimidad. Si se sostiene la hipótesis de que hubo un original en hebreo (araméo), podemos pensar incluso en Jerusalén. Muchos piensan en el norte de Palestina, en Galilea. Pero la mayoría suele localizarlo en Antioquía de Siria, donde había una pujante comunidad de cristianos convertidos del judaísmo. Si seguimos el criterio de la mayoría, nos quedamos con la ciudad del sur de Siria, Antioquía.

¿Para quiénes escribe? Parece claro que escribe para una comunidad cristiana procedente del judaísmo. Razones para pensar esto, las tenemos a montones: hay continuas referencias a tradiciones exclusivamente judías que Mateo no tiene que explicar porque sabe que sus lectores las conocen (por ejemplo referencias al sábado, al ayuno, a la limosna, la larga genealogía con que comienza el evangelio, etc). Estos judíos son ya cristianos y el evangelio de Mateo se convierte en una gran catequesis para afianzar la fe de estos creyentes en Jesús, Mesías, hijo de David. En Jesús se cumplen las escrituras anteriores.

Ya no son los fariseos el modelo, y de ellos se distancia Mateo, sino Jesús que interpreta de forma muy distinta la Ley de Moisés, sin quitarle ni una coma ni un acento. Recuerda que Jesús les insiste: *“Se os dijo... pero yo os digo”*. La visita de los magos extranjeros y el envío final a todos los pueblos con que concluye su evangelio (*“Id y haced discípulos de todos los pueblos”*, Mateo 28, 19) dejan claro también en Mateo que el deseo salvífico de Dios es universal.

Muchos piensan que esta comunidad, a la que Mateo se dirige, ya ha sido rechazada por el judaísmo oficial en Yamnia, representado por los fariseos, a tenor de cómo habla de ellos Mateo en su evangelio. Incluso piensan éstos que el evangelio de Mateo es posterior al concilio de Yamnia, celebrado en torno a los noventa. Los cristianos no cumplían las condiciones que ponían los fariseos para poder asistir a las sinagogas, por lo que fueron expulsados de ellas. Tuvo que ser una ruptura dolorosa, una pelea de familia, porque tenían en común todo el Antiguo Testamento y la fe en un mismo Dios, aunque los fariseos no creyeran en su enviado.

Quizás por esto, el evangelio de Mateo no es polémico contra nadie. Simplemente se dirige a su comunidad sin polemizar más de lo necesario para servir a la verdad, que no es otra que su fe en Jesús, el Mesías, Hijo de Dios. Estas líneas te aclaran lo que te vengo explicando: *“Convencido de que el futuro del judaísmo reposa sobre el mensaje de Jesús, Mesías de Israel, Mateo interpela a sus hermanos judíos que confían en el renacimiento que se está produciendo en el ámbito de los sabios de Yebné (Yamnia). Su virulencia, (sobre todo en Mateo 23) indica un sentimiento de decepción”* (La Biblia y su cultura, página 305).

3. - Los grandes temas del evangelio de Mateo. ¿Cuál es la teología del evangelio de San Mateo? ¿De qué trata? ¿Cuáles son sus grandes temas? Vamos a verlos en este punto. Como *“con cuerda de tres nudos, ni el tiempo pudo”*, nos

vamos a fijar sólo en tres temas: **Jesús**, la **Iglesia** y la **Escatología**. Así también conjugamos los tres tiempos: **pasado** (Jesús), **presente** (la Iglesia), y **futuro**, (lo que está por venir, la parusía, la segunda venida del Señor a nuestras vidas y al mundo). Posteriormente, en el tema siguiente, haremos referencia a otros muchos temas, también importantes. Vamos a comenzar por Jesús.

Jesús es el Mesías. Ésta es la idea central y más importante del evangelio de Mateo. El Mesías esperado por los judíos. Como la comunidad a la que se dirige Mateo es judía, convertida al cristianismo, esta idea les cayó como agua de abril. Por esto Mateo utiliza, como ningún otro, el testimonio de las escrituras. Además no tenía que explicar sus citas porque su auditorio conocía las escrituras. *“Genealogía de Jesús, Mesías, Hijo de David, Hijo de Abrahán”* (Mateo 1, 1). Jesús entroncado con David y con nuestro padre Abrahán. Jesús es el Ungido que esperaban los mismos fariseos que lo rechazaron. *“Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”*, le preguntó el Sumo Sacerdote Caifás, durante el interrogatorio de la Pasión; *“Sí, tú lo has dicho”*, le respondió Jesús (la palabra Cristo es la traducción griega de Mesías, unguido).

Todas las esperanzas que tenían desde siglos se han cumplido en Jesús, pero a las autoridades religiosas se les fue de las manos la oportunidad de aceptarlo como tal. La gente sí veía en Jesús el cumplimiento de todo lo anterior. Por eso lo llama **“El Hijo de David”**: *“Hosanna al Hijo de David”*, aclama el pueblo en la entrada triunfal en Jerusalén. Incluso los niños aclaman a Jesús con la misma expresión. Y Jesús acepta el título, mientras *“los sumos sacerdotes y los escribas, al oír a los niños se indignaron”* y protestan ante Jesús que los calla citándoles el salmo 8, 3: *“De la boca de los niños y de los que aún maman te preparaste alabanza”*.

Jesús es el Señor. Los pobres, los enfermos, los ciegos, la cananea, el centurión creyente, todos se dirigen a Él como Señor. Resulta curioso que sus enemigos no utilizan este nombre. Es un tratamiento personal que le dirigen sólo los discípulos y quienes se acercan a Él a pedirle ante una necesidad. También la utiliza Mateo en su narrativa; por ejemplo, en la parábola del discurso escatológico: *“Señor, Señor, ábrenos”*, decían las vírgenes necias. *“Señor, sé que eres un hombre duro”*, le dijo el siervo perezoso. *“Señor, cuándo te vimos con hambre o con sed...”*, le dicen, sorprendidos, los presentes en el juicio final. Parece que Mateo, con este “Señor”, está pensando en Cristo resucitado, Señor de vivos y muertos, juez de toda la creación.

Jesús es el “Emmanuel”, es decir, **“Dios con nosotros”** que, siendo Siervo Sufriente, apacentará al pueblo de Israel. Estando en Egipto, como Israel, es llamado por Dios para volver a casa: *“De Egipto llamé a mi hijo”*, dice Mateo 2, 15, citando a Oseas 11, 1. Esta idea de Jesús, Siervo de Yavé Sufriente, queda muy clara en la cita que Mateo 12, 18 hace de Isaías 42, 1-4: *“He aquí mi Siervo, a quien elegí, mi amado en quien mi alma se complace. Pondré mi espíritu sobre él y anunciará el juicio a todas las naciones. No disputará, no gritará, no oírán nadie en las plazas su*

voz”. *“Para Mateo, desde el punto de vista cristológico, no hay distinción entre el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia; es una misma época de la historia de la salvación caracterizada por la presencia de Jesús en medio de los suyos”* (Rafael Aguirre, 239). Para reforzar esta cita, te pongo otra de Mateo 18, 20: ***“Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”***. Emmanuel, Dios con nosotros, Dios en su Iglesia.

Jesús es el Hijo de Dios. Naturalmente es el título más importante de Jesús y fundamento de los demás. En todos los momentos claves de su vida, está presente este título. Recuerda la confesión de Pedro: ***“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”*** (Mateo 16, 16). Las tres tentaciones en la cruz le vinieron por este título: ***“Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz”***, le dice el pueblo que contempla el espectáculo al pasar. Igualmente, los sumos sacerdotes, los escribas y los ancianos, se burlaban de él diciéndole: ***“Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere, ya que dijo: Soy Hijo de Dios”***. Incluso los dos delincuentes que estaban siendo crucificados con él ***“le injuriaban de la misma manera”***. El centurión romano, que contempló estas tres tentaciones de Cristo en la cruz y todos los signos que sucedieron tras su muerte, reconoció lo que estaba viendo con estas palabras: ***“Verdaderamente éste era Hijo de Dios”*** (Mateo 27, 54).

Jesús es el Hijo del hombre, expresión sacada de Daniel 7, 13 (***“Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre”***), que gustaba a Jesús aplicársela a sí mismo: ***“Os lo aseguro: entre los aquí presentes hay algunos que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del hombre venir en su Reino”*** (Mateo 16, 28). El misionero Jesús, que va predicando de pueblo en pueblo, le advierte a un escriba que quiere seguirlo: ***“El Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza”*** (Mateo 8, 20). En las parábolas del Reino, es él quien siembra la buena semilla: ***“El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre”*** y será ***“El Hijo del hombre el que enviará a sus ángeles a recoger a los hijos de la iniquidad”*** (Mateo 13, 37 y 41). No te multiplico más las citas. Tampoco sabemos si Jesús, que lo utiliza hablando en tercera persona, asumió el título o fue cosa de Mateo.

Jesús, Mesías, Hijo de Dios, Emmanuel, Siervo de Yavé, Hijo del hombre, Señor, es la primera idea que vamos a encontrar esparcida a lo largo de todo el evangelio de Mateo. Así, en la persona de Jesús, se va a dar cumplimiento mesiánico a todo lo dicho por los profetas, a todo el Antiguo Testamento, y desempeñará en su vida el papel de verdadero Israel, que estuvo y volvió de Egipto y que desinteresadamente se ofreció a dar su vida en la cruz por la salvación de los demás (esto es lo que significa la expresión Siervo de Yavé).

La Iglesia. Con razón, el evangelio de Mateo ha sido llamado “El evangelio de la Iglesia”. Sólo Mateo utiliza la palabra **“iglesia”**. Lo hace en dos ocasiones: una cuando habla de la corrección fraterna en Mateo 18, 17: ***“Si tu hermano no te escucha cuando lo corriges, díselo a la Iglesia”***. Y la otra, que recordarás mejor, es con motivo de la confesión de Pedro, cuando éste le dice a Jesús ***“Tú eres el Mesías,***

el Hijo de Dios vivo”, y Jesús le responde: **“Dichoso tú, Simón, hijo de Juan, porque eso no te lo ha revelado ningún mortal, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Y el poder del abismo no la hará perecer. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo; y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo”** (Mateo 16, 18-19).

Jesús comienza llamando a su amigo “Simón”: **“Dichoso tú, Simón, hijo de Juan...”** En la frase siguiente le llama Pedro: le cambia el nombre porque le cambia la vida. Pedro significa roca, piedra. Pedro es ya la roca firme sobre la que Jesús va a construir su comunidad de fieles, el nuevo Israel, el Israel de Dios, que sustituye al viejo Israel a quien Dios había rechazado porque renegó de su misión, negando a Jesús. El poder del infierno, del abismo, no podrá contra esta Iglesia porque Dios ha hecho con ella una nueva alianza. Al recibir las llaves, Pedro se convierte en el mayordomo supremo y administrador de la Iglesia. Al entregarle el poder de “atar y desatar” le confiere la potestad de interpretar la ley con autoridad. Lo que Pedro “ate y desate” aquí, Dios lo atará y desatará en el cielo. **“La Iglesia no se identifica con el Reino futuro, pero en Mateo la relación entre ambos es muy estrecha”** (C.B.I. Página 1186). Pedro (el Papa) es mayordomo y supervisor de la Iglesia.

Mateo, judío que escribe para judíos, generalmente no habla de “Reino de Dios”, sino de “Reino de los Cielos” para no mencionar el nombre de Dios, que los judíos piadosos no utilizaban por respeto. (¿Recuerdas que la expresión aramea **“¡Hosanna en el cielo!”** quería decir **“¡Oh Dios, sálvanos!”** Hosanna = sálvanos, “en el cielo” = Dios?). En la persona de Jesús está ya presente el reinado de Dios. Dios ha decidido intervenir más directamente en la historia de la humanidad enviando a su Hijo, Jesús, que predicará el Reino, ya prometido en el Antiguo Testamento, y grabará en el corazón de los suyos la nueva alianza, expresada en su Palabra. Éste es el Reino que Jesús anuncia. La Iglesia continúa esta misión.

“Jesús describió el Reino de los Cielos como una familia, en la que los hijos se relacionan con Dios, no como juez severo, sino como su Padre celestial, con confianza y amor. Así, el Reino de los Cielos existe dondequiera que uno se relaciona con Dios de esta manera familiar en la comunidad congregada por Jesús, en esta vida y en la siguiente” (C.B.I. Página 1143). 50 veces utiliza Mateo la expresión Reino de los Cielos, por tanto podemos decir que está en él de forma omnipresente. Algunas veces sí dijo la expresión “El Reino de Dios”, como en Mateo 12, 28, pero sólo cuatro veces.

Este Reino de los Cielos ha sido inaugurado en la tierra con la venida del Mesías y los cristianos serán los seguidores de los profetas anunciando y formando la Iglesia de Jesús. El Reino es la meta de los cristianos, como la tierra prometida lo fue para Israel, figura de la Iglesia. Iglesia y Reino no se identifican: **“La Iglesia no es ni se identifica con el Reino de los cielos. El “ya, pero todavía no” tiene en este campo una aplicación rigurosa”** (Laboa, página 6) La Iglesia es una institución terrena; el

Reino es la soberanía de Dios sobre todo y todos. Pero la Iglesia, con el poder de “atar y desatar” ofrece la posibilidad de acceder al Reino. Por tanto, *“la Iglesia es aquel espacio en el que, en el momento presente, se predica, se enseña y se vive el anuncio del Reino de Dios que está por venir”* (Marconcini, 1998, página 166).

Para que entiendas un poco mejor la expresión **“El reino de los cielos”**, o de Dios, yo te diría que en él hay que distinguir tres momentos: **Primero**, en cuanto al origen, es divino: Reino de Dios, algo celestial. **Segundo**, ese reino de Dios es realizado por nosotros en la tierra cuando vivimos según el plan de Dios sobre nosotros. Y, **tercero**, ese Reino será consumado en plenitud de nuevo en el cielo. Diríamos: ya está aquí, pero viene. Ya está, pero todavía no en plenitud. El Reino es un don y pertenecen a ese reino los que aceptan ese don por la fe. El Reino de Dios, el reinado de Dios, es su voluntad cumplida en todas sus criaturas.

En el evangelio de Mateo se encuentran referencias de que el Reino de los Cielos (de Dios) ya está cerca (***“Id y proclamad que el Reino de los Cielos está cerca”***, Mateo 10, 7) y en el discurso parábólico del capítulo trece encontramos a ese Reino presente en la buena semilla que el Hijo del hombre sembró en el campo. Fíjate que en los versículos 24, 31 y 47 se repite la misma expresión: ***“El Reino de los Cielos se parece...”***. Y habla de realidades presentes: la semilla, el grano de mostaza, la red que se echa al mar y recoge toda clase de peces. El Reino está presente, aunque su plenitud la alcanzará en el cielo (*“Ya, pero todavía no”*, hemos dicho).

La escatología. ¿Qué significa esta palabra? Ya te lo dije en el vocabulario del 1º libro: *“La Escatología es la parte de la Teología que estudia las últimas cosas, es decir, el destino final del hombre y del universo. La palabra griega **escatología** significa **último**. Los capítulos 24 y 25 de San Mateo son escatológicos”*. No son estos dos capítulos de Mateo los únicos escatológicos, pero sí es cierto que dentro del evangelio de Mateo, conviene atender a este tema como muy importante en su evangelio. Te voy a explicar otra palabra que hace referencia al tema y que tienes que conocer.

Es la palabra **parusía**. Parusía es una palabra griega que significa “venida”. Mateo es el único evangelista que la utiliza, Tres veces en el capítulo 24: ***“Porque como el relámpago sale de oriente y brilla hasta occidente, así será la venida (parusía) del Hijo del hombre”*** (versículo 27); ***“Cuando venga (parusía) el Hijo del hombre sucederá como en tiempos de Noé”*** (versículo 37); ***“Pues así será también la venida (parusía) del Hijo del hombre”*** (versículo 39). Las tres parusías las hará “el Hijo del hombre”, o sea Jesús, a quien le ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra, también el poder de juzgar y a eso vendrá, a juzgar a vivos y muertos.

Su venida, en poder y majestad, está descrita en términos apocalípticos, es decir, Jesús vendrá entre nubes del cielo y rodeado de gran aparato cósmico. Las estrellas caerán del cielo y el sol y la luna cambiarán su luz en tinieblas. ¿Cuándo

sucedirá esto? es una incógnita, sólo Dios lo sabe. Por eso los textos aconsejan la vigilancia: **“Vigilad, porque no sabéis el día ni la hora”** (Mateo 25, 13). ¿Qué es vigilar? Edificar la casa sobre roca, para que no se derrumbe (Mateo 7, 24-27), escoger el camino estrecho, que lleva a la vida (Mateo 7, 13-14). Y no ser como el mayordomo infiel, que se tiró a la bartola, porque pensó **“Mi dueño tarda”** (Mateo 24, 48). No alargamos más el tema. En el punto siguiente diremos algo más al describir el discurso escatológico y cuando estudiemos estos capítulos 24 y 25 lo completaremos del todo.

4. - Estructura o división interna del evangelio de Mateo. La presentación del evangelio de Mateo es muy sencilla. Parece que está hecha por un maestro de escuela para sus niños. La prueba más evidente de esta afirmación es que hay casi unanimidad en los autores a la hora de presentarnos este evangelio. El núcleo central son los cinco discursos (o mejor, cinco libros, como dijimos antes) en que reunió toda la enseñanza de Jesús. Son discursos o libros largos y bien contruidos. Es la nueva Torah (Pentateuco = cinco libros, atribuidos a Moisés, como ya sabes). Jesús sería así el nuevo Moisés. Este recurso de Mateo de poner todas las enseñanzas de Jesús en forma de discursos no es nuevo. Precisamente ése es el recurso del autor de Deuteronomio que pone toda la ley en boca de Moisés, como un gran discurso.

Ya te dije en otra ocasión que no es que Jesús los hubiera pronunciado de seguido, sino que todo lo dicho por Jesús fue predicado por la comunidad, después de digerirlo, y fue redactado por los evangelistas, seleccionando, ordenando y matizando tanto los recuerdos directos de las mismísimas palabras de Jesús, en el caso de Mateo y Juan que fueron apóstoles, como de la experiencia pascual vivida por él con su comunidad.

Veamos la estructura de Mateo. Sólo la presentación. En el capítulo siguiente entraremos en ella. Explicaremos los detalles más importantes, sin bajar a una explicación pormenorizada porque ya la tienes en los comentarios de la Catequesis Familiar del Día del Señor. No vamos a repetir lo mismo que te hemos explicado en las catequesis semanales de los tres ciclos litúrgicos. Sólo nos detendremos en explicarte las claves necesarias para comprender una lectura continua de los evangelios. Por esto puedes aprovechar este punto para ir comprobando por tu Biblia lo que en él te digo. Así das un primer repaso al evangelio de Mateo y te servirá para irte familiarizando con él.

Comienza con un preámbulo, que es la infancia de Jesús, narrada en dos capítulos (1º y 2º). En este prólogo, que ha sido llamado con razón **“El evangelio de la infancia según San Mateo”**, tenemos la genealogía de Jesús, su nacimiento virginal de María, la visita de los magos, la huída a Egipto por la matanza de los inocentes decretada por Herodes y el regreso para establecerse en Nazaret, donde se crió. Termina Mateo su prólogo haciendo una referencia al Antiguo Testamento: **“Todo sucedió para que se cumpliera lo anunciado por los profetas”**. Ya lo dijimos

antes: Mateo recalcará continuamente que en Jesús se cumple todo lo dicho por el Señor por boca de sus profetas.

Primer libro. El tema de este libro es **el discipulado**, es decir, características que debe tener el discípulo de Jesús. Es de los libros más largos, con cinco capítulos: del 3 al 7. Y el más bonito porque es el programa de Jesús, dado ante los discípulos y la gente en el sermón del monte. Yo diría que es como la siembra. El 5º será la siega, (el juicio final, el apocalíptico). Entre ambos, está el crecimiento (los demás discursos). Este primero tiene dos partes: en los capítulos 3 y 4 narra el comienzo del ministerio de Jesús y los tres restantes el gran **“sermón de la montaña”**. Ya verás que lo de “la montaña” es cosa de Mateo, por las connotaciones y recuerdos que tenía el monte para los judíos, a quienes dirige su evangelio. Lucas 6, 20-23 lo sitúa en un llano porque su evangelio no está escrito para judíos. Dice Lucas 6, 17: **“Bajando del monte, se detuvo en un llano”**. Y allí colocó Lucas su **“sermón del llano”**. ¿Qué más me da a mí que fuera en un llano o en un monte? Lo que me interesa es el contenido. ¿Lo comprendes? Ya lo veremos.

En el comienzo del ministerio de Jesús, capítulos 3 y 4, tenemos a Juan Bautista, el Precursor, bautizándolo con la gran teofanía trinitaria. Las tentaciones de Jesús, la elección de los primeros cuatro discípulos, (dos parejas de hermanos: Simón y Andrés, Santiago y Juan), y sus primeras actividades. Los cinco discursos terminan con la misma o parecida conclusión: **“Cuando Jesús terminó este discurso o estas parábolas, o estas instrucciones...”**. Puedes comprobarlo en las siguientes citas: 7, 28; 11, 1; 13, 53; 19, 1; 26, 1.

El **segundo libro** trata sobre **el apostolado**. Tres capítulos 8-10, aunque en el primer versículo del capítulo 11 nos pone la conclusión. Ya sabes que la división en capítulos no viene de Mateo, ni mucho menos. Fue hecha por un tal Esteban Langton el año 1.226 y dejó, inexplicablemente, colgado este versículo que tenía que haber sido el último del capítulo 10, con lo que hubiera quedado mejor hecha la división. No tiene importancia. También podemos dividir este libro en una primera parte narrativa y una segunda parte que es el segundo discurso. En la parte narrativa, el mismo Jesús comienza la predicación del evangelio con obras: llama a Mateo, y hace milagros que confirman sus palabras (cura un paralítico, a la hemorroisa, a dos ciegos, a un mudo y resucita a la hija de Jairo).

Este segundo discurso comienza con un breve resumen de la actividad de Jesús: **“Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando la buena noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias”**. E inicia el discurso sobre la misión de los discípulos en el mundo. Da la lista completa de los doce, los manda a proclamar la cercanía del Reino y les avisa de las persecuciones que han de sufrir en casa y fuera de ella. El mismo Jesús es bandera discutida y signo de contradicción: **“El que quiera salvar su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará”**. No le faltará recompensa a quien acoja al enviado.

El tercer libro. Comprende casi tres capítulos, del 11, 2 al 13, 53. Como en los demás, una parte narrativa y un discurso. La parte narrativa, que abarca desde 11, 2 al 12 entero, la podríamos encuadrar bajo el título de **“Las actitudes ante Jesús”**. Te recuerdo sus momentos principales: Juan está en la cárcel y manda a sus discípulos que le pregunten a Jesús si es el Mesías. Recrimina a las ciudades que no le quisieron oír. Son los pequeños quienes mejor acogen el evangelio. Y, en el capítulo doce, sigue Jesús curando, adoctrinando y explicando quién es Él y quiénes son su madre y sus hermanos.

El discurso o sermón va a ser en parábolas: las parábolas del Reino. La manera misteriosa de cómo el Reino crece entre nosotros. Ya te dije que más de cincuenta veces habla Mateo del Reino y que las siete parábolas, que aquí aparecen seguidas, no las dijo Jesús de corrido sino que fue Mateo quien las reunió en su discurso. En ellas recogió Mateo lo que Jesús pensaba de esa misteriosa realidad que llama el Reino y que Él vino a fundar. Ya sabes que las parábolas son narraciones cortas, especie de cuento pero que no pretenden entretener sino enseñar, y que procuran atraer la atención de la gente sencilla y hacerla reflexionar sobre un punto importante de la doctrina que se pretende exponer. Ya las vimos el primer año y las volveremos a explicar en este libro.

El cuarto libro. Trata sobre la Iglesia, sobre su administración. Como siempre, narración primero y después discurso. Abarca los capítulos 13, 53 al 18, 35. La parte narrativa llega hasta el final del 17 y el discurso sólo los 35 versículos del capítulo 18. La parte narrativa es larga. La narrativa la podemos dividir en dos bloques: el primero desde 13, 53 a 16, 12 y el segundo desde el 16, 13 al final del 17. El primero comienza con el rechazo de Jesús en su patria chica, Nazaret. Sigue con la muerte de Juan el Bautista y la primera multiplicación de los panes y los peces. Se suceden los milagros y las curaciones. Buena parte de los capítulos 15 y 16 se centra en rebatir las trampas que le ponen los fariseos y saduceos, y en advertir a sus discípulos que se guarden de ellos. Igualmente pone una segunda versión de la misma multiplicación de los panes y peces.

El segundo bloque de esta extensa parte narrativa del libro cuarto (16, 13-17, 27) está centrado en la persona de Jesús, Mesías y Siervo de Yavé sufriente. Comienza con la célebre profesión de fe de Pedro: **“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo”**. Siguen también en este bloque los dos anuncios de la pasión, la transfiguración y las difíciles condiciones del discípulo que acepta seguir a Jesús, que es perder la vida aquí para ganarla después.

Y el tema de este cuarto discurso es la vida de la comunidad cristiana. Naturalmente, refleja el discurso los problemas y situaciones que vivía la comunidad de Mateo, pero que son idénticos a los que cualquiera de nuestras comunidades puede vivir. Lo primero es la preocupación por los más pequeños de la comunidad, con unas recomendaciones y con la parábola de la oveja perdida. Y la segunda idea es el

perdón al hermano con la parábola del siervo sin entrañas, que no estaba dispuesto al perdón de la pequeña deuda de su amigo.

Y, finalmente, **el quinto libro**, que trata sobre **el juicio final**. Abarca siete capítulos de los que cinco incluyen la parte narrativa, y los capítulos 24-25 el gran discurso escatológico, es decir, sobre el final de los tiempos y de nuestro tiempo. De la parte narrativa, capítulos 19-23, los dos primeros están dedicados a la bajada de Jesús desde Galilea a Judea, a Jerusalén, donde va a vivir su pasión: ***“Cuando Jesús terminó este discurso, se marchó de Galilea y se dirigió a la región de Judea”*** (Mateo 19, 1). Ya sabemos que Jesús aprovechaba estos largos viajes de unos cien kilómetros para adoctrinar a sus discípulos sobre el Reino que había venido a fundar, la Iglesia. Todo a base de gestos y dichos, es decir, milagros, parábolas y exhortaciones. En este viaje les habla sobre el amor verdadero, sobre las riquezas auténticas, sobre las exigencias de seguirle. Y abundancia de gestos: muchos milagros y bendición de los niños.

Y el resto de esta sección narrativa, capítulos 21-23, está dedicada a la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, entre la alegría de los suyos y del pueblo sencillo, y el rechazo de los dirigentes: fariseos, herodianos y saduceos. El nuevo Reino se va a parecer en estas parábolas a una familia, a una viña, a un banquete de bodas. En todas ellas, que ya te explicaré en su día y que tú puedes leer hoy, quedan mal los dirigentes, porque se ven señalados con el dedo, ***“los fariseos se pusieron de acuerdo para buscar algún motivo de acusación en sus palabras, y le enviaron discípulos suyos con los herodianos”*** para intentar cogerlo con esta trampa: ***“¿Estamos obligados a pagar el tributo al César o no?”*** Y ya sabes la respuesta de Jesús: ***“Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”***. Al rato se presentan los saduceos, que no creían en la resurrección, a cogerlo con “la ley del cuñado” (Levirato), dictada por Moisés y de la que ya hemos hablado en cursos anteriores. El capítulo 23 es especialmente duro contra los escribas y fariseos: ***“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos...!”***

Y llegamos al gran discurso escatológico sobre el juicio final y el final de los tiempos (ya sabes que la escatología es la ciencia que estudia el final de los tiempos). Son los capítulos 24 y 25. El 24 son advertencias apocalípticas: unos, los más, dicen que teniendo presente la ruina del templo de Jerusalén, otros autores modernos dicen que no necesariamente tuvo que tener presente y vista la ruina del templo para escribir este discurso sino que pudo inspirarse en textos apocalípticos que hay en el Antiguo Testamento y que Mateo, sin duda, conocía a la perfección.

“Los cristianos sabemos que la muerte y resurrección de Jesús ha inaugurado ya los últimos tiempos y que éstos se acabarán con la segunda venida de Cristo en majestad. Por eso un cristiano trata de mantener el equilibrio entre estas dos realidades. El Reino ya ha venido, pero todavía no ha llegado a su plenitud. San Mateo afirma claramente las dos verdades. Por un lado insiste en lo ya realizado. Por otro recomienda, como ningún otro evangelista, la espera vigilante de la

parusía, nombre dado en la comunidad primitiva a la segunda venida de Cristo, al final de los tiempos, en gloria y majestad” (B.I.C. II tomo, página 76).

Y a esta espera vigilante dedica Mateo las tres parábolas más impresionantes de su evangelio: las diez vírgenes, los talentos y el juicio final. Todos las conocéis bien porque se leen mucho en las misas de difunto, además de los domingos que les corresponde: los tres últimos domingos del tiempo ordinario del ciclo A, que es el ciclo que caminamos en la liturgia de la mano de Mateo. En el libro amarillo las tenéis explicadas.

Y, finalmente, la conclusión. Tres capítulos, 26-28. En los dos primeros vive Jesús su pasión y en el 28 su resurrección. Todo comienza con una conspiración en toda regla en el palacio del sumo sacerdote, autoridad suprema del pueblo judío: ***“Entonces se reunieron los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo en el palacio de Caifás, que era el sumo sacerdote, y acordaron en consejo prender a Jesús con engaño y darle muerte”*** (Mateo 26, 3). Judas, uno de los doce íntimos, lo entregó por dinero. Jesús cena con sus discípulos y, al terminar la cena se marcha al huerto de Getsemaní, donde comienza la pasión propiamente dicha con el prendimiento de Jesús. Ya conocéis el proceso y ejecución que termina con Jesús en el sepulcro y la guardia custodiándole.

El capítulo 28 es el triunfo de Cristo. Todos los evangelistas coinciden en que correspondió a María Magdalena el honor de ser la primera en enterarse de la noticia: ***“No está aquí, ha resucitado, como os había dicho”*** (Mateo 28, 6). Ésta fue la noticia. Ya, en el libro de los Hechos de los Apóstoles y en los demás escritos posteriores a los evangelios, veremos las consecuencias de esta noticia. Dependemos de ella, del sepulcro vacío de José de Arimatea, donde colocaron el cuerpo de Jesús.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Daniel 12, 5-13

IIª Timoteo 1, 6-14

Mateo 9, 9-13

Actividades:

1. - Sin lugar a duda, el texto más impresionante de Mateo es el juicio final. En la primera lectura tienes un texto de Daniel, en lenguaje apocalíptico, que también nos habla del final de los tiempos. Se salvarán los que se mantengan fieles. Léelo y entenderás lo que significa el lenguaje apocalíptico y la importancia de mantenerse fieles a Dios para conseguir el premio final.

2. - Timoteo y Pablo son discípulos de Jesús y predicadores del evangelio. Pablo, aconseja a su discípulo que sea siempre fiel al evangelio que ha recibido. Hoy nos lo aconseja a nosotros, con esas mismas palabras.

3. - Como conclusión de este tema, te presento a Mateo. Que él mismo te cuente la llamada que Jesús le hizo.

Tema 4. - EL EVANGELIO DE SAN MATEO (I)

1. - Introducción. En el tema tercero te hemos presentado el evangelio de San Mateo. Ése es el marco en el que nos vamos a mover. Ahora, en este tema, bajamos al libro para ayudarte en su lectura, estudio y oración. No vamos a ir perícopa a perícopa, es decir, pedacito a pedacito, por dos razones: **una** porque ya lo hicimos en los libros de **Catequesis Familiar del Día del Señor**, y **otra** porque haría interminable este estudio. Iremos viendo cada bloque y explicaremos de él lo que necesite aclaración, como hemos hecho en los libros del Antiguo Testamento. De vez en cuando pondremos una cita larga y la explicaremos para intercalar así el estudio y la oración. Unas veces nos detendremos más y otras te diremos que leas en casa ése o esos capítulos. Vamos a comenzar con lo que podemos llamar la presentación de Jesús en escena, que es como el prólogo del evangelio: **El evangelio de la infancia de Jesús**, según San Mateo.

2. - El evangelio de la infancia de Jesús, según San Mateo (capítulos 1 y 2). Abrimos el evangelio y seguimos el método de siempre: primero leer sin detenerse mucho, como una prelectura o lectura rápida; después lees este comentario y, finalmente, vuelves al texto evangélico para hacer una lectura comprensiva y meditada del texto, tal como nos lo ha entregado la Iglesia. Ya esta segunda lectura es estudio y oración.

Lo primero que te encuentras es ***“la genealogía de Jesús, Mesías, hijo de David, hijo de Abrahán”***. Ya sabes la importancia de las genealogías en tiempos de Jesús por la cantidad de listas (**toledot**, decían ellos) que te has encontrado en los libros anteriores. El grupo de pertenencia de un individuo era el que le daba su categoría social y el individuo era el depositario del honor (o deshonor) de todos sus antepasados. En este caso, las promesas y bendiciones de Abrahán, David y sus descendientes confluyen en Jesús. Mateo nos quiere decir: el artesano de Nazaret tiene un origen regio, que lo sitúa en la escala más alta del honor. La genealogía es presentada en tres bloques de catorce generaciones cada uno partiendo de Abrahán, el segundo bloque con David, el tercero con el destierro en Babilonia, cerrándose con Jesús. Los tres momentos claves de la historia del pueblo de Dios: los patriarcas (1º bloque), la monarquía (2º bloque) y la experiencia de Babilonia y posterior judaísmo (3º bloque).

Por qué catorce y no más o menos. He encontrado dos explicaciones que me convencen. La primera es que en Israel las letras tenían un valor numérico (como si entre nosotros la **a** significara **uno**, la **b** **dos**, la **c** **tres**, etc) y las letras del nombre de David suman catorce (la **d** equivalía al 4 y la **v** al 6, por tanto 4+6+4=14). Las vocales no existían. David se escribía así DVD. Sería como recalcar la procedencia davídica de Jesús. La segunda: fíjate que tres veces catorce es seis veces siete, número que significa plenitud o totalidad; así Jesús inaugura el séptimo siete, es decir, el tiempo

de la plenitud de plenitudes: siete veces siete, la era mesiánica. Pueden valer las dos explicaciones.

Destaca en la genealogía la presencia de cinco mujeres, cosa poco corriente entre ellos. Y es que además de las cinco mujeres, cuatro tienen uno o más “peros”, que decimos entre nosotros. Sólo la quinta mujer, María de Nazaret, salva limpiamente su expediente. Veamos las otras cuatro. Todas, menos María, son extranjeras, lo cual ya es el primer “pero”, la primera objeción, desde el punto de vista judío. Veamos otros “peros” en ellas. La primera es Tamar. ¿Te acuerdas de ella? Su historia está en Génesis 38. Era nuera de Judá, hijo de Jacob, y viuda de Er, su primogénito. Tamar engañó a Judá, disfrazándose de prostituta a las puertas de la ciudad y acostándose con su suegro para que la dejara embarazada. La siguiente es Rajab, la prostituta de Jericó, que ayudó a los espías de Josué (Josué 2). Ya la conoces porque hablamos de ella. Su casa se convirtió para los espías de Josué en casa de salvación y figura de la Iglesia, donde encuentran la salvación quienes se refugian en ella.

La tercera es Rut, una buena mujer, que sólo tenía el “pero” de ser extranjera, aunque acabó incorporada al pueblo de Dios por su boda con Booz. Ya conoces su libro. Y la cuarta, Betsabé, la mujer de Urías **el hitita**, adúltera con David. Mateo nos quiere decir que lo que cuenta no es la pureza de la raza, sino la acción imprevisible de Dios. Y estas mujeres son instrumentos de Dios en momentos claves de la historia de su pueblo: la continuación de la casa de Judá en la viuda de su primogénito (Tamar), la entrada en la tierra prometida (Rajab), el nacimiento de David (Rut fue la bisabuela que lo hizo posible) y Salomón (hijo de la adúltera Betsabé, como sabes). Además, con que las cuatro sean extranjeras, Mateo enseña a su comunidad que también los extranjeros están en los planes de Dios. Seguimos con el anuncio del nacimiento de Jesús.

El nacimiento de Jesús. Resto del capítulo primero. Son siete versículos, sin ninguna dificultad. María estaba desposada, es decir prometida, con José. Era como nuestra toma de dichos, pero un poco más. Ya se pertenecían mutuamente. Ese compromiso sólo se podía romper por muerte o divorcio (hoy la toma de dichos no significa tanto). Todo fue en sueños, forma normal en que Dios hablaba a los patriarcas y profetas; Dios le dice a José que no despida a María, sino que adopte al niño, imponiéndole José el nombre de Jesús, salvador.

Fíjate que el ángel le da a José, a quien llama hijo de David, el nombre y la misión de Jesús: ser salvador. José obedece a Dios. Por esto es justo, porque cumple la voluntad de Dios. La justicia de la ley hubiera sido denunciar a María y que la apedrearán por adúltera o cargar con un niño que no era suyo. Las relaciones sexuales con la desposada no estaban muy mal vistas, por eso las pasaban por alto y si un niño nacía en ese año de desposados era hijo legítimo. Pero la situación dura de José no viene de lo que él pensara sobre la culpabilidad de María. Él no dudaba de la inocencia de María, que es de suponer que le tenía al corriente de todo. Lo que

desconcierta a José es pensar qué papel había de jugar en aquel matrimonio singular que iba a contraer. De momento, la adopción de Jesús por parte de José convierte al niño en hijo de David, pues era José, y no María, el descendiente de David. Por vía de José se cumplen las escrituras sobre Jesús. Dios se lo va a aclarar todo. Dice Mateo:

“Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había anunciado el Señor por el profeta: La virgen concebirá y dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros. Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado; recibió a su esposa, pero no tuvo relaciones conyugales con ella hasta que dio a luz un hijo, al que puso por nombre Jesús” (Mateo 1, 22-25).

Mateo subraya la virginidad de María antes del parto. El **“hasta que”** nos habla del antes, no del **“después de”**. Nada dice sobre sus relaciones después del parto. Es doctrina de la Iglesia católica que María permaneció virgen toda su vida porque tuvo un papel único en la historia de la salvación: **“Antes, en y después del parto”**. Nosotros creemos en una virginidad perpetua de María. Nuestros hermanos Protestantes, sólo en una virginidad temporal. María en este punto fue un caso excepcional, como lo somos los sacerdotes y las vírgenes consagradas en la vida religiosa o en el mundo.

Los Reyes Magos, como nosotros les decimos. Ni eran reyes, ni eran tres. Éstas son cosas de la tradición, que hasta les pone nombres y venera sus restos en la catedral de Colonia (Alemania). Bonita tradición, que hay que conservar, sobre todo pensando en nuestros niños. Pero vamos a atenernos al texto del evangelio. Nuestras biblias hablan de magos o de sabios. Podían ser sabios astrólogos, dedicados a estudiar las estrellas. Ésta que sale aquí pudo ser un cometa, de los que se pensaban que traían desgracias sin fin. Plinio el viejo la llama **“estrella aterradora”** porque se consideraba señal de mal agüero.

Es posible que fuera una de las causas de que Herodes y todo Jerusalén perdieran su compostura. Además de que peligraba su trono y eso lo puso nervioso, como veremos por la matanza de los inocentes. También había la creencia, y sin duda ésta es la idea de Mateo, de que el nacimiento de los grandes personajes venía acompañado de una nueva estrella: así tenía que ser en el caso del Mesías. Además estaba profetizado desde antiguo: **“Lo veo, pero no para ahora; lo contemplo, pero no de cerca: una estrella sale de Jacob, un cetro surge de Israel”** (Números 24, 17). Éstas son algunas de las explicaciones que dan los entendidos. Otros no hablan de cometa sino de aproximación de planetas, Júpiter y Saturno, que se sabe históricamente que ocurrió tres veces en el año 7 a. de Cristo. Son explicaciones muy interesantes y curiosas, pero no tenemos espacio para darlas todas.

Vamos a detenemos sólo en la cita del versículo 6, ya que en los comentarios de los tres ciclos de la **Catequesis Familiar del Día del Señor** tienes el texto ampliamente explicado en la fiesta de la Epifanía del Señor. **“Y tú, Belén, tierra de**

Judá (Judea)...”. El texto destaca que era en Belén de Judá donde había de nacer Jesús. Tiene su razón. Jesús era conocido como el nazareno, porque se crió en Nazaret. Pero Nazaret tenía mala fama. (Recuerda la respuesta de Natanael a Felipe: *“¿De Nazaret puede salir algo bueno?”*, en Juan 1, 46). El pasado de Nazaret no debía ser muy bueno y con los pueblos pasaba como con las familias, que la buena y mala fama la heredaban los habitantes. Mateo está destacando a su gente que Jesús era de “buena casta”, al ser de la ciudad de David, además de ser descendiente en la ley, como vimos en la genealogía.

Fíjate también en la segunda parte de la cita: *“Porque de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel”*. Esta cita está tomada de las palabras que dijeron los ancianos de Israel, el reino del norte, cuando vinieron a ver a David para pedirle que fuera su rey: *“Tú apacentarás a mi pueblo, tú serás el pastor de Israel”* (II Samuel 5, 2). Mateo nos está queriendo indicar que Jesús, como David, no sólo va a ser “Rey de los judíos”, sino también de los creyentes de otros lugares menos religiosos que Judea, del mundo entero. Le ofrecieron oro, incienso y mirra. Los Santos Padres de la Iglesia ven simbolizados en ellos la realeza, la divinidad y el sufrimiento de la pasión, respectivamente. Este texto de los magos, el de la huida a Egipto y el de la matanza de los inocentes son exclusivos de Mateo. Ningún otro evangelista los trae.

El resto del capítulo 2 está dedicado a **la matanza de los inocentes y la ida y regreso de Egipto**. En estos once versículos te voy a destacar el parecido del inicio de la vida de Jesús con la de Moisés. En los dos casos hubo matanza de niños inocentes. Moisés se salvó en las aguas del Nilo (¿Te acuerdas que su madre lo metió en una cestita de mimbre?). José, otra vez avisado en sueños, salva a Jesús huyendo a Egipto. También Moisés tuvo que huir del faraón, otro tirano que quería matarlo. Más tarde volvió a casa, como su pueblo Israel volvió guiado por Moisés. José, avisado de nuevo en sueños, regresa a Nazaret con Jesús, el Moisés del nuevo pueblo de Dios.

La cita del versículo 18 es de Jeremías 31, 15: *“Se oyen gritos en Ramá, mucho llanto y lamento: es Raquel que llora por sus hijos”*. Raquel es la esposa amada de Jacob (la otra era Lía, la fea) que llora su falta de hijos por su esterilidad. Posiblemente Mateo traiga aquí a Raquel porque una tradición judía creía que su sepulcro estaba en Belén. Ahora Raquel llora desde el sepulcro la muerte de sus hijos. Ramá es una ciudad de triste recuerdo porque allí reunieron a los israelitas antes de salir deportados para Siria. Ya sabes, por el primer tema de este año, que los evangelistas redactaron los evangelios tras leer las escrituras desde la óptica de Jesús resucitado. Mateo, más que nadie, llena su evangelio de citas del Antiguo Testamento porque lo dirige a judíos que conocen las escrituras perfectamente. Raquel es una matriarca, esposa del patriarca Jacob; Ramá es un lugar de muy triste recuerdo.

Los judíos que leían esta cita comprendieron perfectamente que todo Belén lloró la muerte de sus hijos. Algunos dudan si esta matanza forma parte de la leyenda sobre la crueldad de Herodes o si fue un hecho histórico. Dentro del contexto de

cómo se las había gastado Herodes con su propia familia, a muchos de cuyos miembros había asesinado, y de la necesidad de dar un escarmiento a sus opositores no hay que descartar en absoluto, sino más bien lo contrario, la historicidad del hecho. De ser así, podemos pensar en 20 ó 30 niños, como mucho, ya que Belén era un pueblecito que no pasaría de unos cientos de habitantes. De todas formas, es cierto que en el mundo romano había una manía persecutoria para todo descendiente de David. El emperador Vespasiano había matado a muchos de ellos, ante la gran expectativa del pueblo sobre el Mesías, descendiente de David. Algunos autores piensan que es posible que Mateo trasladara esta situación de persecución a la vida de Jesús. Es posible, pero como no lo sabemos, apostamos por la historicidad.

Este acontecimiento de la matanza de los inocentes fue el que hizo que José huyera a Egipto para salvar al niño. A la vuelta, como hemos dicho, se instaló en Nazaret, *“de esta manera se cumplió lo anunciado por los profetas: que sería llamado nazareno”* (Mateo 2, 23). Otras biblias no dicen “nazareno”, sino **“nazoreo”**, que significa **“retoño”**, dándose cumplimiento a la profecía mesiánica de Isaías: *“Saldrá un retoño (un nazoreo) del tronco de Jesé, un vástago brotará de sus raíces”* (Isaías 11, 1). Las dos traducciones están bien. Quizás la de **“nazoreo”** esté más forzada por el afán de Mateo de dejar claro a su gente que Jesús es el Mesías esperado. Menos probable es una tercera traducción que utilizaría la palabra **“nazireo”**, de **“nazir”**. ¿Te acuerdas lo que era un **“nazir”**? Ya te lo expliqué: un consagrado a Dios bien de por vida, como Sansón, bien por un tiempo, como parece que lo fue Pablo, según vimos en su momento.

3. - Primer libro o bloque del evangelio de San Mateo (capítulos 3 al 7). Ya dijimos en el tema anterior que cada uno de los cinco libros o bloques del evangelio de San Mateo se dividía en **dos partes** perfectamente diferenciadas: una introducción **narrativa** y el **discurso** propiamente dicho. En este primer bloque la parte narrativa es la presentación de Jesús, capítulos 3 y 4. El 5, 6 y 7 forman el sermón de la montaña. Comenzamos por la parte narrativa que tiene cuatro puntos: la predicación del Bautista, el bautismo de Jesús, las tentaciones y la llamada de los primeros apóstoles. En primer lugar léete los capítulos 3 y 4, sin detenerte: una prelectura, para que te suenen. Ahora te los explico y, después, los lees y meditas tranquilamente.

La predicación de Juan, el Bautista. Lucas da muchas noticias sobre Juan. Ya las veremos cuando lleguemos a él. Mateo lo presenta simplemente como un predicador que invita a la conversión. *“Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos”*. Usa un lenguaje muy duro y amenazador, sobre todo cuando se presentan los fariseos y saduceos que pensaban en una salvación heredada por ser hijos de Abrahán. A éstos los llama **“Raza, camada de víboras o bastardos”**. Ya hemos dicho en este mismo libro que el honor viene heredado de los padres. Juan está degradando por completo en su honor a fariseos y saduceos, al llamarlos hijos de serpientes.

El bautismo de Juan no tiene nada que ver con el nuestro: era más bien una confesión de los pecados del que la pedía arrepentido. Este arrepentimiento lo expresaban con el rito de meterse en el agua, mientras hacía esa confesión pública de sus pecados. El agua purifica, limpia el cuerpo por fuera. Ese baño y esa limpieza eran símbolos de la purificación interior del alma. Juan se presenta como el precursor de Jesús: *“El que viene detrás de mí puede más que yo”*. En su vestimenta y alimentación empalma con los antiguos profetas.

El bautismo de Jesús. Humanamente hablando, el bautismo de conversión de Jesús es tan absurdo como la fiesta de la purificación de la Virgen. ¿De qué pecados se va a purificar Jesús, que no hizo a lo largo de su vida sino la voluntad del Padre? ¿De qué se tenía que purificar la Purísima? Y así lo entendió Juan cuando lo vio en la fila de pecadores. Pero Jesús le da una explicación convincente: Esto lo hago para cumplir la voluntad del Padre que quiere que en todo sea semejante a los hombres. La paloma era considerada en la antigüedad como un ave sagrada. Padre y Espíritu Santo apoyan a Jesús en su presentación pública.

Las tentaciones de Jesús. Comenzamos el capítulo 4º. Fíjate que el demonio tiene un solo objetivo, el mismo que con nosotros: apartar a Jesús del plan de Dios, ofreciéndole un mesianismo de triunfo temporal, cuando el plan del Padre pasaba por la cruz. Las tentaciones nos muestran la lucha interior de Cristo que sabe que viene a cumplir una misión a la que se opone el diablo. Cuando Jesús está en Getsemaní y reza *“que pase de mí este cáliz”*, estamos ante la última tentación de Cristo.

Estamos ante una composición literaria, paralela a la de Lucas 4, 1-13 y mucho más desarrollada que la de Marcos 1, 12-13, que es muy escueto. El evangelista pretende explicar a su comunidad, de una forma sencilla, que toda la vida de Jesús fue una continua tentación del maligno para que repitiera en su vida las mismas infidelidades que su pueblo había cometido en el desierto. Pero Jesús no cayó en ellas:

“En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al final sintió hambre. Y el tentador se le acercó y le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes. Pero él le contestó diciendo: Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces el diablo lo lleva a la Ciudad Santa, lo pone en el alero del templo y le dice: Si eres Hijo de Dios, tírate abajo porque está escrito: Encargaré a los ángeles que cuiden de ti y te sostendrán en sus manos para que tu pie no tropiece con las piedras. Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios. Después el diablo lo llevó a una montaña altísima y mostrándole todos los reinos del mundo y su esplendor le dijo: Todo esto te daré, si te postras y me adoras. Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás, porque está escrito: Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto. Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían”.

En los siguientes versículos Mateo presenta a este Jesús triunfante del maligno como luz de las naciones: *“El pueblo que habitaba en tinieblas vio una gran luz, a los que vivían en una región de sombras de muerte una luz les brilló”*.

Los primeros discípulos. Léete el resto del capítulo 4º que no tiene ninguna dificultad. Te vas a encontrar a un Jesús que *“Desde entonces empezó a predicar diciendo: arrepentíos porque está llegando el Reino de los Cielos”*. Jesús acompaña esta palabra de predicación con continuos milagros. A toda Palestina llega su predicación y su fama se extendió hasta Siria, lugar donde posiblemente se escribió este evangelio, si es que fue en Antioquía, que es lo más probable. Jesús escoge a unos discípulos que estarán llamados a continuar su obra, como **“pescadores de hombres”**, es decir, predicadores de la Palabra.

Tras esta parte narrativa, entramos en **el Sermón de la Montaña**. El mayor y mejor discurso de Jesús. Los tres capítulos que lo componen son igualmente importantes. Imposibles de explicar, pero lo vamos a intentar. Lo primero es recordarte, una vez más, que los evangelios son fruto de la predicación directa de Jesús, en primer lugar; de la predicación y vivencia de la comunidad apostólica, en segundo lugar; y finalmente, en un tercer momento, del esfuerzo de los evangelistas que resumieron, explicaron y ordenaron a su conveniencia pastoral tanto sus propios recuerdos (en el caso de los que eran apóstoles, como Mateo y Juan) como el testimonio de quienes fueron testigos oculares, y de la comunidad apostólica (en el caso de Lucas y Marcos).

Por tanto **el contenido** de estos tres capítulos procede de Jesús. **La forma** de discurso que Mateo le da es del evangelista. Jesús no pronunció el discurso de corrida, sino que estas enseñanzas las dio en distintas ocasiones. Mateo, judío que escribe para cristianos en su mayoría procedentes del judaísmo, nos presenta a Jesús como el nuevo Moisés que nos va a dar su doctrina sobre cómo quiere Él que sean sus discípulos. Es el discurso de la ética, del comportamiento cristiano. Vamos a ayudarte en su lectura y meditación, pero la mejor explicación es leerlos una y otra vez, hasta que cale del todo dentro de nosotros. Cada día un poquito, sin atragantarse.

Comienza con **las bienaventuranzas**. Mateo, repito, judío que escribe para judíos, las introduce subiendo a Jesús **al monte** y sentándolo para hablar. No dice **a un monte**, sino **al monte** en singular. El monte en singular es el Sinaí. Como Moisés, Jesús sube al monte y sienta cátedra. Lucas tiene otros destinatarios y coloca a Jesús en un llano. Para un judío el monte trae muchos recuerdos. Piensa en el Sinaí, (el monte santo de la alianza) o en Sión (el del templo del Señor) o en el monte Carmelo (el del profeta Elías). Aunque se habla de las bienaventuranzas, hoy los traductores de la Biblia prefieren utilizar las palabras “Dichosos” o “Felices”. Las tres palabras significan lo mismo. La idea es que Dios restituye el honor y la dignidad de quienes, humanamente hablando, no lo tienen. Los que en el mundo no son nadie, en el Reino son felices porque Dios está con ellos y nos pide a los suyos que también lo estemos. Te cito el texto para que no tengas que ir al evangelio:

“En aquel tiempo, al ver Jesús al gentío subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos, y él se puso a hablar enseñándoles: Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos los sufridos, porque ellos heredarán la tierra. Dichosos los que lloran, porque ellos serán consolados. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos quedarán saciados. Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque ellos se llamarán los hijos de Dios. Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Dichosos vosotros cuando os insulten, y os persigan, y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo” (Mateo 5, 1-12).

Fíjate que las dos únicas bienaventuranzas que están en presente son la primera y la última. Las demás están en futuro. Puede ser como una inclusión literaria. La última la comenta porque es lo normal en una comunidad que ya estaba siendo perseguida. Las bienaventuranzas no son unos preceptos que tengamos que cumplir, sino evangelio, buena noticia. Ya dijimos que el versículo central de todo el discurso es el 20: *“Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos”*. Para los escribas la justicia o santidad estaba en cumplir la ley al milímetro, lo cual era imposible, si tenemos en cuenta que los preceptos se acercaban al millar. Y la justicia de los fariseos era hacer las obras buenas, pero para que la gente los admirara. Jesús nos va a explicar cómo tienen que ser las tres grandes obras de la piedad: la oración, el ayuno y la limosna.

Jesús, sólo Jesús, encarnó perfectamente el espíritu de las bienaventuranzas. Él fue el bienaventurado. Los demás lo intentamos. Por ejemplo, Mateo en la primera habla de los pobres **“de espíritu”**. Lucas habla de los pobres a secas. El pobre de espíritu es el que sólo confía en Dios. Un rico puede ser pobre de espíritu si no tiene su corazón en las riquezas. Y un pobre puede ser rico de espíritu si pone su esperanza en el cupón que compra todas las semanas, esperando su salvación. La vida de Jesús era el cumplimiento de la voluntad del Padre, en quien confió siempre. No es cuestión de dinero, sino de actitud del corazón. Es el hambre y sed “de justicia” de la cuarta bienaventuranza, que algunas biblias traducen como hambre y sed de **“hacer la voluntad de Dios”**. O cuando dice, en la octava y última bienaventuranza: *“Dichosos los perseguidos por causa de la justicia”*, que otros traducen *“Dichosos los perseguidos por hacer “la voluntad de Dios”*. La justicia, la santidad es hacer siempre y en todas partes la voluntad de Dios sobre nosotros.

En el resto del capítulo 5º se suceden lecciones de Jesús a sus discípulos. Primero las conocidas comparaciones del cristiano con la sal y la luz y, a continuación, nos dice Jesús que Él no vino *“a abolir las enseñanzas de la ley y los profetas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias”* y dedica el resto del capítulo a explicar cuáles son las últimas consecuencias de esta afirmación. Este

llevar la ley hasta sus últimas consecuencias lo explica con cinco ejemplos: las relaciones fraternas, el adulterio y el divorcio, la verdad en lo que hablamos, la venganza y el amor al enemigo. El esquema en que enseña es muy sencillo: **“Se os ha dicho esto... pero yo os añado esto otro”**. Por ejemplo, **“Se os ha dicho: no matarás”** y está bien dicho: no se puede matar. **Pero yo os añado** que cualquier ofensa al hermano es condenable.

Fíjate que los cinco ejemplos que pone Jesús para **“darle su plenitud a la ley”**, se refieren a las relaciones interpersonales de sus discípulos, la segunda tabla del Decálogo, no la primera que mira a las relaciones con Dios. En este capítulo 5º puede chocarte un poco lo de sacarse el ojo **derecho** y cortarse la mano **derecha**. Es una forma de hablar. Lo que quiere decir es que, en estas relaciones interpersonales de que está Jesús hablando, conseguir la paz con el prójimo es tan importante que uno tiene que estar dispuesto a todo por conseguirlo. El ojo es el órgano de los malos deseos, la mano de las malas acciones. Esta exageración está sacada de la realidad física: si te sale un cáncer en el ojo, te sacan el ojo para que no se extienda el cáncer.

¿Por qué el derecho y no el izquierdo? Porque en aquella cultura el ojo derecho era el de honor y como está hablando de las relaciones interpersonales del discípulo, Jesús quiere decir que, por salvar esas relaciones con el prójimo, hay que estar dispuesto a ceder el propio honor, la propia dignidad, rebajarse, humillarse. Es el precio de la paz, que no siempre estamos dispuestos a pagar. Lee I Samuel 11, 1-2 y verás que la condición que pone Najas, el amonita, a los hijos de Israel es **“Sacaros a todos el ojo derecho. Así afrentaré a todo Israel”**. En Zacarías 11, 17 el Señor le desea al mal pastor: **“Que la espada le saque el ojo derecho”**, es decir, que pierda el honor, la dignidad. Lo del **“Ojo por ojo y diente por diente”** del versículo 38 ya lo sabes: es poner un límite a la venganza. Al que te saque un ojo, tú le puedes sacar otro, pero no matarlo, que era lo que se hacía hasta entonces, siguiendo el modelo de Lamec (Génesis 4, 23).

El capítulo 6º no tiene nada nuevo que explicar. Jesús quiere que nuestra justicia, nuestra santidad, sea distinta de la de los fariseos y nos habla del ayuno, la limosna, la pobreza y la oración que él quiere que hagamos. Que nada sea por aparentar y lucirse, sino que todo sea de corazón y pensando en Dios. Léelos despacio. Aquí está el Padrenuestro. Imposible comentarlo entero, pero te comento el versículo 11: **“Danos hoy el pan que necesitamos”**. Otros traducen **“El pan del mañana”**. Esta última traducción tendría un sentido escatológico, es el pan del cielo, la Eucaristía. Sería decir: ¡Adelántanos, Señor, el pan del cielo! Ambas traducciones serían válidas: la que nosotros hacemos y la escatológica. ¡Danos, Señor, la Eucaristía cada domingo!

Del **capítulo 7º** sólo he encontrado un versículo que te quiero explicar. Lo demás no tiene ningún problema. Dice así: **“No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen, se vuelvan contra vosotros y os destrocen”**. Los perros y los cerdos eran animales impuros. Los perros porque

comían toda clase de carne, hasta la humana, y los cerdos porque así se dice en Levítico 11. “**Lo santo**” o la cosa santa era para los judíos la parte del animal sacrificado en el templo y que sólo podían comer los sacerdotes: “*Ningún extraño podrá comerlo porque es cosa santa*” (Éxodo 29, 33). “**Lo santo y las perlas**” aquí son los secretos del Reino, que no se pueden confiar a quienes sabemos que, con toda seguridad, los van a rechazar. En las parábolas del Reino se compara a éste con una piedra preciosa (Mateo 13, 45-46). Lee este capítulo 7°.

Termino este bloque con palabras del evangelio: “*Cuando Jesús terminó este discurso, la gente se quedó admirada de sus enseñanzas, porque les enseñaba con autoridad y no como sus maestros de la ley*” (Mateo 7, 28-29).

4. - Segundo libro o bloque del evangelio de San Mateo (capítulos 8 al 10).

Este segundo libro se compone de tres capítulos. De ellos, dos lo ocupan la parte narrativa y sólo el capítulo 10 está dedicado al **discurso apostólico**, como suelen llamarlo. El contenido de la parte narrativa nos lo muestra el mismo Mateo con un resumen que hace al final de los dos capítulos: “*Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando la buena noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias*”. En el estudio de estos dos capítulos, vamos a seguir con el mismo método. Primero lee de corrida los dos capítulos de la parte narrativa (8° y 9°), despacio pero sin detenerte mucho: sólo para conocerlos y entenderlos. Después lee la explicación que te voy a dar de ellos y, posteriormente, vuelve a su lectura ya detenida y meditada, un pedacito cada día, siguiendo la misma división en perícopas (trozos) que trae tu Biblia. Te voy a ir destacando y explicando lo que pueda tener alguna dificultad, que no es mucho.

Capítulo 8°. Comienza con tres curaciones: la del leproso, la del criado del centurión y la de la suegra de Pedro. **La lepra** era lo peor que podía venirle a un judío. Si te quieres hacer una idea, lee los capítulos 13 y 14 del Levítico. Es terrible. Al considerarse contagiosa, nadie se podía acercar a un leproso. Más aún, tenía que ir gritando su impureza para que nadie se le acercara o tocara. Vivían solos, fuera de la ciudad, con la ropa rota y el cabello suelto. A Jesús no le importa quedar impuro y toca a aquel hombre, que al decirle “*Señor, si quieres, puedes limpiarme*” está haciendo una profesión de fe absoluta en la persona y el poder de Jesús. En caso de curación, el Levítico manda que sea certificada por los sacerdotes y que ofrezcan sacrificios por su curación. Sin ese certificado del sacerdote seguían oficialmente impuros.

El siguiente milagro es **la curación del criado del centurión**. El centurión es un extranjero: un militar romano al mando de una centuria, (un grupo de cien soldados) que estaba en Cafarnaún para mantener el orden y la sumisión a Roma. Naturalmente no estaban bien vistos por el pueblo, de tal manera que entrar en sus casas era motivo de impureza legal. Por eso este centurión, que tiene una fe ciega en Jesús, no quiere comprometerlo y le dice que él no se merece tanto. Sus palabras son

tan sinceras y bonitas que Jesús se derrumba ante ellas y hace unos elogios preciosos sobre el centurión.

Sus palabras las ha recogido la liturgia y las pone exactamente antes de comulgar, con las modificaciones lógicas: *“Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero di una sola palabra y mi alma quedará sana”*. Jesús cura el alma, cuando se le pide la curación con la fe y humildad con que se la pidió el centurión. ¿Por qué tantos no comulgan, si ahí está la solución? Nosotros somos esos muchos que dice Jesús que *“vendrán de oriente y occidente a sentarse en el banquete del Reino”*, que es la Eucaristía. Sentarse en el banquete y no comer de lo que sirven a la mesa, es absurdo. Vamos a pensarlo y a cambiar.

De la curación de **la suegra de Pedro** poca cosa que explicar. Si acaso que una vez curada se reintegra a la comunidad a hacer sus funciones propias: servir a los demás. Sí llaman la atención los dos versículos que siguen: *“Al atardecer le trajeron muchos endemoniados; expulsó a los espíritus con su palabra y curó a todos los enfermos. Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías: Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades”* (Mateo 8, 16-17). Aquí hay dos cosas importantes que quiere destacar Mateo: la fuerza de la palabra de Jesús y la aplicación a Jesús de la figura del Siervo de Yavé, que cargó con nuestras flaquezas y enfermedades.

Pero hay otras cosas más a explicar: ¿Quiénes son **los endemoniados** o los poseídos por espíritus inmundos, que tantas veces salen en los evangelios? Cuando una persona estaba enferma, física y más todavía síquica, y no se conocían las causas de esa enfermedad o qué tipo de enfermedad era, ese mal se atribuía a seres no humanos. A Dios no se la iban a atribuir, naturalmente. Se la atribuían al demonio. Era la única explicación que se encontraban a casos muy raros de enfermedad: esa persona, se pensaba, estaba poseída por el demonio. Incluso se le excluía de la comunidad, hasta que el demonio saliera de ella.

Ellos mismos acababan convencidos de que estaban endemoniados y no es de extrañar que en este mismo capítulo (versículos 28-32) nos encontremos con dos endemoniados que viven entre sepulcros, dialogan con Jesús reconociéndolo como Hijo de Dios y pidiéndole permiso para reencarnarse en una piara de cerdos, con la pérdida de la piara que acabó ahogada en el lago, lo que lleva a la gente a pedirle a Jesús que se marche de allí, por puro temor. Es lógico que cuando Jesús cura a esas personas con el poder de su palabra, estos demonios salgan despotricando de Jesús, o simplemente dialogando con él o reconociendo su divinidad, lo que implica un reconocimiento de la superioridad de Jesús sobre ellos. El resto del capítulo 8º puedes leerlo que no ofrece ninguna dificultad.

Capítulo 9º. Este capítulo comienza con la curación del paralítico. En ella se da una situación que se va a repetir mucho en los evangelios: el perdón de los pecados por parte de Jesús. Unos amigos del enfermo lo traen ante Jesús. Éste,

movido por la fe de estos muchachos, va a hacer el milagro. Pero antes de curar la enfermedad, Jesús va a perdonarle sus pecados, que se creían causa de la enfermedad: **“Ánimo, hijo, tus pecados quedan perdonados”**. Unos entendidos en la ley que estaban presentes se escandalizan. El perdón de los pecados es una gracia de Dios, que concede una vez al año, el Día del Perdón o Yom Kippur. Jesús está, sin duda, blasfemando, porque se atribuye un poder que sólo a Dios corresponde. Ante este desafío, Jesús responde curando al enfermo y callando así a sus detractores y **“La gente se llenó de temor y daba gloria a Dios por haber dado tal poder a los hombres”**. Jesús actúa como intermediario de Dios en el perdón.

Sigue **la llamada a Mateo** para el apostolado. Ya vimos algo de ella. Mateo, Leví para Lucas y Marcos, es recaudador de impuestos, por lo tanto mal visto por los maestros de la ley. Estos recaudadores estaban catalogados a la altura de los ladrones, asesinos y gente impura. Hasta mentirles estaba permitido, si era para librarse de pagar algún impuesto. Jesús va a su casa a comer con él. En aquella cultura, comer con una persona significaba compartir con ella ideas y sentimientos. **“Muchos publicanos y pecadores vinieron y se sentaron a la mesa con él y sus discípulos”**. A los que se escandalizaron por el comportamiento de Jesús, éste sólo responde: **“Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”**. Esta escena es muy importante, tanto para los cristianos de Mateo, la mayoría puritanos provenientes del judaísmo, como para nosotros, que tan puritanos somos a la hora de acercarnos a la mesa de la Eucaristía. Se ha inaugurado un tiempo nuevo: el paso del judaísmo a la Iglesia.

Lee el resto del capítulo. Mateo nos presenta a un Jesús obrador de milagros. Sólo con acercarse a él y tocarle el manto, queda curada la mujer que tenía hemorragias. Era impura, como la niña muerta: son marginados y Jesús quiere estar cerca de ellos. Los duelos se animaban con música y llantos apropiados. En Jeremías 9, 16-20 hay una descripción de los duelos en Israel. Hasta el más pobre debía contratar a flautistas y plañideras. En síntesis, Mateo va dejando claro cómo Jesús cumple en su persona las expectativas que todo el Antiguo Testamento había despertado sobre Él. A pesar de las críticas continuas de los fariseos, escribas y saduceos, la gente sencilla reconoce a Jesús cuando dice: **“Jamás se vio cosa igual en Israel”** (Mateo 9, 33).

Capítulo 10. Comienza el discurso **apostólico**. El mismo Jesús ha puesto en práctica la misión apostólica que ahora va a encomendar a sus discípulos. El discipulado no consiste sólo en escuchar al maestro y aceptar su doctrina, sino también en compartir su suerte y su destino. Así veremos cómo los apóstoles se hacen discípulos en la práctica diaria. Jesús tiene un corazón compasivo y misericordioso y, en su recorrido apostólico, ha sentido lástima de la gente y les va a enviar sus discípulos. Te cito el final del capítulo 9 que prepara el envío. **“Jesús recorría todos los pueblos y aldeas, enseñando en sus sinagogas, anunciando la buena noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias. Al ver a la gente sintió**

compasión de ellos porque estaban cansados y abatidos como ovejas sin pastor” (Mateo 9, 35-36).

El discurso lo podemos dividir en cinco apartados y una conclusión que, en síntesis, son éstos: Comienza llamando a los doce apóstoles (1º). Sigue el envío (2º), pero antes de partir les advierte que no van a faltar las persecuciones (3º). No tengáis miedo a quienes os persigan (4º). El no tener miedo no procede de tu valentía, sino de saber en quién se apoya; el apóstol no combate el miedo con valor, sino con confianza. Yo soy la causa del conflicto (5º). **Conclusión:** Tendréis vuestra recompensa. Te repito el método de trabajo: prelectura rápida de todo el texto, lectura de esta explicación y vuelta al evangelio, ahora poco a poco y sin prisa. Comenzamos.

La llamada a los doce (versículos 1-4). El mismo número que las tribus de Israel. El número doce significa la universalidad. Abarca a todas las tribus. El nuevo Israel, la Iglesia, también va a tener esa característica de la universalidad: abarcará a todos los pueblos de la tierra. Los apóstoles son los patriarcas del nuevo pueblo de Dios. Decimos que la Iglesia es apostólica porque se fundamenta en estos doce. En todas las listas aparece Pedro el primero y Judas Iscariote el último. Pedro porque es la cabeza de la Iglesia y Judas porque entregó a Jesús. Esto parece indicarnos que Mateo siguió el criterio de categoría. La tradición identifica al Bartolomé de esta lista con el Natanael de Juan 1, 44. Jesús los convoca para darles una autoridad que consistirá en el poder sobre las fuerzas del mal que machaca a la gente.

El envío (versículo 5-15). A estos doce los envió a anunciar la cercanía del Reino. Sin nada. Son jornaleros de Dios. Ganarán el salario de cada día, en forma de sustento, como los pájaros del cielo *“porque el obrero tiene derecho a su sustento”*. Van pobres y seguirán pobres. Llevan la paz y el poder de hacer milagros. Si en algún sitio no los reciben, deben sacudir el polvo de sus zapatos indicando que no tienen parte con esa gente. Lo hacían siempre los judíos antes de entrar en Israel cuando venían del extranjero: los gentiles no tenían parte en el pueblo de Dios. Nos choca a todos la misión tan restringida: *“No vayáis a los paganos ni entréis en Samaría. Id a las ovejas perdidas del pueblo de Israel”*. Parece que chocan estas palabras en Mateo, tan universalista como es él. Posiblemente refleja tensiones internas de su comunidad, que era judía y prefiere Mateo que marquen distancias antes de que se peleen. Al final de su evangelio, Mateo 28, 19, ya universaliza la misión: *“Id y haced discípulos a todos los pueblos”*.

Las persecuciones (versículos 6-25). La tarea de evangelizar es difícil y les va a acarrear muchas dificultades. Se tienen que armar de la prudencia y astucia de la serpiente, acompañada de la sencillez de la paloma. Este rechazo vendrá tanto de fuera como de la propia familia, *“pero el que persevere hasta el fin, ése se salvará”* (versículo 22). Beelzebul o Belcebú, que sale en el versículo 25, era el nombre de un ídolo filisteo. Su nombre significa, para unos, “príncipe de las inmundicias”, es decir de los ídolos. Para otros, simplemente, Baal el Príncipe. Incluso Baal, dios de las

moscas. Mateo lo usa como príncipe de los demonios. En Mateo 12, 22-28 nos lo encontraremos de nuevo.

No tengáis miedo a quienes os persigan (versículos 26-33). Este trocito (perícopa) no tiene ninguna dificultad. Léelo. No tengas miedo a las críticas: Dios y una conciencia rectamente formada, a la luz de la Palabra y de la sana doctrina de la Iglesia, son quienes tienen que guiar tu comportamiento. Pasa de las críticas porque *“hasta los cabellos de vuestras cabezas están contados”*. Supera el miedo y la angustia. Sólo interesa el juicio de Dios, no el de los hombres. Y en el juicio de Dios, Jesús dará la cara por ti, si tú aquí la has dado por Él ante los hombres.

Jesús, causa de división (versículos 34-39). Sólo media docena de versículos pero muy fuertes. Ya el anciano Simeón le había profetizado a María en Lucas 2, 34-35 que Jesús sería signo de contradicción: *“Mira, este niño va a ser motivo de que muchos caigan o se levanten en Israel. Será signo de contradicción... así quedarán al descubierto las intenciones de muchos”*. ¿Por qué es Jesús signo de contradicción? Muy sencillo, porque estamos con Él o contra Él. No hay término medio. Jesús no declara la guerra, sino que su mensaje provoca en quienes no quieren aceptarlo, el ataque a la Iglesia, la guerra contra ella y contra el cristiano. Nuestros obispos saben mucho de estos ataques, cada vez que predicán. Si te entregas a Jesús, hasta tu misma familia se situará frente a ti, aunque tú no quieras.

Conclusión (versículos 40-42). No podría ser otra que enumerar la recompensa que espera al discípulo: *“El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe a un profeta por ser profeta, recibirá recompensa de profeta; el que recibe a un justo por ser justo, recibirá recompensa de justo; y quien dé un vaso de agua a uno de estos pequeños por ser discípulo mío, os aseguro que no quedará sin recompensa”*. Todos somos profetas, enviados a nuestros hermanos a predicar el Reino.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

I Reyes 17, 9-24

IIª Corintios 11, 21-33

Mateo 10

Actividades:

1. - *“El que recibe a un profeta, tendrá paga de profeta”*. Recuerda, en la primera lectura, el caso de Elías con la viuda de Sarepta, cuyas orza de harina y alcuza de aceite, nunca se vaciaron, porque dio al profeta lo que tenía.
2. - Pablo, en la cita que te pongo, se ve obligado a gloriarse en las persecuciones sufridas. Se gloria en su debilidad. Es un buen ejemplo para nosotros.
3. - Como eres cristiano, tienes que ser apóstol. Lee el discurso apostólico e intenta verte reflejado en él.

Tema 5. - EL EVANGELIO DE SAN MATEO (IIª Parte)

1. - Introducción. Sólo con el fin de no alargar el tema cuarto, hemos cortado el tema anterior en el segundo libro o bloque, que terminó en el capítulo 11, 1, y vamos a seguir en este tema la explicación de las dificultades que puedas encontrar en el resto del evangelio. Ya sabes cómo seguir este curso de iniciación: lees un capítulo de corrido, te vienes a este libro y lees la explicación de ese capítulo que yo te vaya explicando. Después vuelves a tu Biblia y meditas sin prisa cada pedacito (perícopa), siguiendo la división que tienes en tu Biblia.

2. - Tercer libro o bloque del evangelio de Mateo (capítulos 11, 2 a 13, 53). El contenido general del bloque es Jesús y el Reino: actitudes ante Jesús (capítulos 11 y 12) y parábolas del Reino (capítulo 13). Las actitudes ante Jesús van a ser el rechazo y la incompreensión, como consecuencia lógica de esa bandera discutida que profetizó Simeón a María que sería Jesús y de lo que vimos en el bloque anterior cuando decía a sus discípulos que por su causa sufrirían persecución de sus mismos padres y hermanos. El primero que no entiende a Jesús es el Bautista. Menos mal que los pequeños sí aceptan la revelación del Reino, hecha por el Padre.

Juan el Bautista no comprende a Jesús (Mateo 11, 2-19). Recuerda la pregunta que les mandó hacer: *“¿Eres tú el que tenía que venir o hemos de esperar a otro?”* Choca esto, pues Juan sabía de más quién era Jesús. ¿Qué le pasó al bueno de Juan? Simplemente, un problema de imagen. Esperaba otro Jesús muy distinto del que le vienen contando a la cárcel. Las obras de Jesús no se corresponden con la idea que tenía Juan de lo que había de ser el Mesías. Juan lo había presentado con el bieldo en la mano para hacer un juicio y quemar la paja. Un Mesías duro y justiciero. Y le van hablando de un Jesús que busca la oveja perdida y proclama el amor a los cuatro vientos. Jesús intenta calmar a Juan apelando a sus obras. Son las anunciadas por los profetas para el Mesías: *“Entonces se despegarán los ojos de los ciegos, los oídos de los sordos se abrirán. Saltará el cojo como un ciervo, y la lengua del mudo lanzará gritos de júbilo”* (Isaías 35, 5-6). *“Y a los pobres se les anuncia la buena noticia”* (Mateo 11, 5). Muy distinto de lo que el Juan del hacha en mano esperaba.

Otra cosilla a explicar. Cuando se marchan los discípulos de Juan, Jesús se pone a elogiar al Bautista, al que atribuye el papel de Elías como precursor del Reino, no como persona física. Juan no es Elías físicamente sino que representa el mismo papel o espíritu de Elías. Pero dice: *“Os aseguro que entre los hijos de mujer no ha habido uno mayor que Juan; sin embargo, el más pequeño en el Reino es mayor que él”*. Esto quiere decir que como persona, no ha habido otro igual, pero él todavía no entró en el Reino porque éste no había llegado; se quedó en puertas. En este sentido, cualquiera de nosotros es mayor que él, porque ya pertenecemos al Reino de Jesús. Jesús acaba defendiéndose de los insultos atacando a sus enemigos a quienes degrada poniéndolos de críos, que tampoco se enteran del papel de Jesús.

El resto del capítulo 11 lo puedes leer que no tiene ninguna dificultad: Ni Corozáin, ni Betsaida, ni Cafarnaún, donde tantos milagros había hecho se rindieron ante la evidencia. Tiro, Sidón y Sodoma tenían fama de ciudades pecadoras. Jesús alude a ellas para resaltar la infidelidad de las anteriores. Jesús sufre con esta tozudez y se refugia en el Padre al que eleva una emotiva oración, dándole gracias porque, por los menos, los pequeños sí lo entienden, a Él y a su mensaje. Éste es el texto:

“En aquel tiempo, Jesús exclamó: Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, así te ha parecido mejor. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mateo 11, 25-30).

El capítulo 12 no tiene dificultades especiales. Sólo un par de cosas que quiero explicarte. Hasta el versículo 31, nada nuevo. Siguen las incomprensiones ante Jesús. Ahora son los fariseos quienes se enfrentan a Él a cuenta del precepto del sábado. Jesús los conoce y les responde que *“El Hijo del hombre es señor del sábado”*. Y se lo demuestra curando a un tullido en sábado y argumentando contra la afirmación de los fariseos de que Jesús hacía los milagros con el poder de Belcebú, de quien ya te hablé. Y ahora viene la primera cita que te quiero explicar de este capítulo. Veamos.

“Por eso os digo que se perdonará a los hombres todo pecado y toda blasfemia; pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no se les perdonará. Al que diga algo contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que lo diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará en este mundo ni en el otro” (Mateo 12, 31-32). Blasfemar contra el Espíritu es negarlo y negarse a su acción en nosotros. Es como cortar una rama de un árbol. Esa rama no puede dar fruto, porque le han cortado su unión con el tronco, de donde le viene la savia. Es como ir a buscar agua a la fuente y negarse a quitarle el tapón al cántaro: no puede recibir el agua. Agua hay en la fuente, pero ése se ha negado a recibirla. Lo mismo es negarse al Espíritu.

Como ya sabes que cuando se hablaba de los “hermanos de Jesús” en aquella cultura abarcaba también a los primos hermanos e incluso a los paisanos, sólo me resta explicarte esta cita, un poco rara: *“Cuando un espíritu inmundo sale del hombre anda por lugares áridos buscando descanso y, al no encontrarlo, dice: Volveré a mi casa de donde salí; al llegar la encuentra vacía, barrida y adornada. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él, y se instalan allí, con lo que el estado de ese hombre resulta peor al final que al principio. Así ocurrirá también a esta generación perversa”* (Mateo 12, 43-45).

Es una parábola un tanto oscura y enigmática. De todo lo que he leído sobre ella deduzco que se trata de una advertencia del peligro que entrañan los fariseos. En aquella época se creía que el mundo estaba lleno de malos espíritus. También los fariseos que lo rechazaban tenían esos espíritus satánicos. Él ha curado a muchos poseídos por estos espíritus, es decir, ha dejado sus corazones como una casa **“barrida y adornada”**. Pero los curados tienen que estar vigilantes porque ese mismo mal puede volver, corregido y aumentado, por la influencia de sus acusadores; de esta forma la situación final puede llegar a ser peor que la primera. La recaída es peor que la enfermedad. Como no veo ninguna cosa más para explicar pasamos al discurso parabólico.

El discurso de las siete parábolas (capítulo 13). Ya hemos visto en la parte narrativa las actitudes ante Jesús y ahora va Él a explicarnos qué es esa realidad misteriosa llamada el Reino de los Cielos. Lo va a hacer en siete parábolas para que todo el mundo, sobre todo la gente sencilla, lo entienda y reflexione. Recuerda que una parábola es un relato corto, siempre basado en cosas o hechos de la vida real, que tienen una finalidad didáctica, no de entretenimiento, y en la que su autor pretende llamar la atención y el interés de los oyentes para que reflexionen sobre un punto concreto de la parábola, el que pretende quien la dice. Jesús cultivó como nadie este género literario y todo lo enseñaba en parábolas adaptándose a la manera sencilla de comprender del público que le rodeaba.

Jesús, algunas veces, explicaba las parábolas a sus discípulos, otras ni lo necesitaban. Tú las puedes leer todas y reflexionar sobre ellas. Yo he leído detenidamente todo el capítulo y tiene poco que explicar. Por ejemplo, te explico Mateo 13, 11-13. Dicen así: ***“A vosotros Dios os ha dado conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra; pero al que no tiene, aún aquello que tiene se le quitará. Por eso les hablo por medio de parábolas, porque aunque miran no ven, y aunque oyen no escuchan ni entienden”***. Estas palabras resultan casi chocantes o, por lo menos, duras. Veamos.

Esas mismas palabras de darle al que tiene para que le sobre y quitarle al que no tiene o tiene poco para dejarlo sin nada, las repite Mateo 28, 29. Se trata de un refrán de tipo económico, equivalente a nuestro *“el dinero llama al dinero”*. Fíjate que el contexto en que venimos moviéndonos es en el de rechazo o aceptación de Jesús. El que acepta a Jesús tiene fe y a ése se le dará y le sobrarán; el que no quiera aceptar, el que no tenga fe en Jesús, se quedará sin nada. La ceguera y sordera espiritual del individuo concreto no dependen de Dios, sino de la libertad del que oyendo y viendo no quiere aceptar la palabra de Jesús. Ya lo profetizó Isaías de ellos en la cita que pone Mateo. Dios no te fuerza a que aceptes ni rechaces, aunque le gustaría que aceptaras. Eres tú, en tu libertad, el que decide. En el texto, parece como si Mateo atribuyera a Dios la decisión del hombre, pero ya te expliqué que era costumbre de la época atribuir todo a Dios, lo bueno y lo malo.

Ya te dije que eran siete las parábolas de este capítulo 13. Fíjate que la primera (el sembrador) es la más larga y explicativa. Además está explicada por el mismo Jesús. Es la parábola del realismo. Somos los que somos y nada más. ¡Maldito afán por el número, que nos lleva a dar demasiadas facilidades, sobre todo en los sacramentos! La mayor parte de la siembra se pierde siempre. La segunda (la cizaña) y la séptima (la red) son escatológicas, es decir, se refieren al final de los tiempos. Termina Mateo con un diálogo en el que se ve cómo los buenos discípulos lo entienden todo (Jesús pregunta: ¿Lo habéis entendido todo? Respuesta tajante: Sí). A esta condición del buen discípulo, de oír y entender, Jesús añade otra: saber vivir de lo viejo (la promesa, el Antiguo Testamento) y lo nuevo (el cumplimiento, el Nuevo Testamento).

La de la cizaña, la del tesoro, la perla y la red que se echa al mar son exclusivas de Mateo. Sólo él las ha recogido. Vamos a hacer un ratito de oración sobre la parábola de la cizaña. Es la parábola de la paciencia y la tolerancia de Dios. Una maravilla. Primero te la pongo y, después, te la comento.

“En aquel tiempo, Jesús propuso esta parábola a la gente: El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo pero, mientras su gente dormía, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña? Él les dijo: El enemigo lo ha hecho. Los criados le preguntaron: ¿Quieres que vayamos a arrancarla? Pero él les respondió: No, que podríais arrancar también el trigo. Dejadlos crecer juntos hasta la siega, y cuando llegue la siega diré a los segadores: Arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero.

Los discípulos se le acercaron a decirle: Acláranos la parábola de la cizaña en el campo. Él les contestó: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre, el campo es el mundo; la buena semilla son los ciudadanos del Reino; la cizaña, los partidarios del Maligno, el enemigo que la siembra es el diablo; la cosecha es el fin del tiempo, y los segadores los ángeles. Lo mismo que se arranca la cizaña y se quema, así será el fin del tiempo: el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y arrancarán de su Reino a todos los corruptores y malvados y los arrojarán al horno encendido; allí será el llanto y el rechinar de dientes. Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga”.

Explicación de la parábola. Viene dada en la segunda parte: **La buena semilla:** lo bueno que hay en los hombres. **La cizaña:** lo que siembra el Maligno en nosotros. **El campo:** el mundo, nosotros, tu corazón. **El dueño:** Dios. **El enemigo:** el Maligno. **El sembrador:** el Espíritu de Jesús, alma de la Iglesia.

El enemigo siembra y se va. A escondidas, de noche. Pendiente de que uno se duerma. ¿Por qué sembró el enemigo? ¿Por qué hay mal en el corazón humano? Porque los que tenían que vigilar se dejaron dormir y porque el enemigo es muy listo. Las dos cosas. La segunda no tiene arreglo: siempre el enemigo sembrará mal en el corazón del hombre. La de la vigilancia es muy importante, porque cuanto más vigilancia, menos siembra mala. Hay que **prevenir la siembra mala** y evitarla. Educar es no llegar tarde. Hay que quitarle espacio al enemigo. Cizaña habrá siempre, pero hay que procurar que sea la menos posible. Los padres son los principales educadores, que tienen que estar vigilantes. También los catequistas, sacerdotes y la sociedad entera. ¿Quién vigila? ¿No tiene el Maligno demasiadas facilidades? ¿No ha aprendido la familia a no defenderse? Vamos a pensar todo esto.

Enseñanzas de la parábola. A cada uno se le ocurrirán muchas. La primera es que la **presencia del mal** es normal. Siempre habrá trigo y cizaña, también en la Iglesia, santa y pecadora. La comunidad parroquial no es un colegio en el que se expulsa al niño malo o incordiante. La parroquia tiene que ser necesariamente sucia y en ella tiene que haber de todo: ovejas blancas y negras, trigo y cizaña. No es que tengamos que acomodarnos a vivir con el mal, sino que tenemos que comprender que tiene que estar ahí, aunque no queramos. La **línea divisoria** entre el bien y el mal, entre el trigo y la cizaña, no pasa entre los hombres: no existe el hombre absolutamente bueno (nadie es trigo limpio), ni el hombre absolutamente malo (siempre hay algo bueno en el hombre). La línea divisoria está **en el corazón de cada hombre**. Nadie está en un bando u otro. Dentro de nosotros están los dos bandos: hay trigo y cizaña.

La cizaña es una planta que se parece mucho al trigo, tanto que es preciso esperar a que el trigo esté totalmente granado para distinguirlo de la cizaña. No tenemos, pues, capacidad para juzgar el mal, sobre todo a distancia, en los otros. Nos podríamos confundir peligrosamente. "El día de la siega" vendrán los segadores. Sentido escatológico de la parábola. El día de la siega es el día del juicio final. No tenemos derecho a anticipar ese día con nuestro juicio sobre los demás. En nosotros sí es posible, estamos muy cerca de nosotros y nos conocemos bien. Dos maneras equivocadas de ver el campo serían: ver sólo trigo o sólo cizaña. "*De todo hay en la viña del Señor*". Decimos con frecuencia: ¿cómo puede ser la gente así? Pues así somos tú y yo para la gente. El bien que queremos hacer no nos sale y, en cambio, cuando menos lo esperamos nos sale el mal que odiamos. Somos así.

Lo más bonito de la parábola es la respuesta del dueño: "**No arranquéis la cizaña, que podríais arrancar también el trigo**". Contrasta con la impetuosidad de los trabajadores: "**¿Quieres que vayamos a arrancarla?**". Estaban dispuestos a cortar por lo sano con el mal. Ellos decidirían qué era trigo y qué cizaña, porque en la realidad no se podía distinguir. **El herbicida de Dios es la esperanza**. Me recuerda el himno a la caridad de San Pablo: "**El amor espera sin límite**". Dios es amor, es paciencia. ¿Cuánto trigo no habremos arrancado en nuestra juventud al querer limpiar el mundo de cizaña? Ahora, de mayores, entendemos la dificultad de distinguirlos.

Es la parábola de la **tolerancia**. No hay cosa que haya hecho más daño a la Iglesia que la intolerancia. Que el otro opine de modo distinto al mío, no significa que esté en el error. En una sociedad pluralista, como la nuestra, la tolerancia es absolutamente necesaria. Nuestra verdad no nos da derecho a imponérsela a nadie por la fuerza. Los más intolerantes son los pequeños grupos que hacen ghettos para defenderse del gran grupo. Jesús se mezcló con todos.

3. - Cuarto libro o bloque del evangelio de San Mateo: (capítulos 13, 53 al 18, 35). Podemos decir que este libro trata sobre la Iglesia y su administración. El discurso sólo ocupa los 35 versículos del capítulo 18. Hasta allí es la sección narrativa. Podemos dividirla en dos partes. La **primera** que sigue dedicada a la aceptación y rechazo de Jesús, abarcando hasta el capítulo 16, 12. Y la **segunda**, hasta el final del 17, que pretende revelarnos quién es la persona de Jesús.

Como ejemplo de rechazo podemos poner la visita a Nazaret, su pueblo, y el desconcierto de sus paisanos: *“Y los tenía desconcertados... y no hizo allí muchos milagros por su falta de fe”* (Posiblemente, Mateo dice que no hizo “muchos milagros” por no rebajar el poder de Jesús; Marcos 6, 5 dice que no hizo allí “ningún milagro”). Un ejemplo de aceptación, lo tenemos en esta cita: *“Se le acercó mucha gente trayendo cojos, ciegos, sordos, mancos y otros muchos enfermos; los pusieron a sus pies y Jesús los curó. La gente se maravillaba al ver que los mudos hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos caminaban y los ciegos recobraban la vista; y se pusieron a alabar al Dios de Israel”* (Mateo 15, 30-31).

Capítulos 14, 15 y 16 (hasta el versículo 12). No tienen ninguna dificultad. Puedes leerlos y meditarlos en casa. La multiplicación de los panes es símbolo de la multiplicación del pan del altar en cada misa, anticipo del banquete del Reino. Por supuesto, el número de comensales (*“cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños”*) es simbólico; posiblemente, entre todos los pueblos de alrededor no llegarían a esa cifra. Los cuatro evangelistas nos cuentan este milagro, incluso Mateo y Marcos lo hacen por duplicado. Fíjate cómo en los dos relatos de la multiplicación de los panes y los peces salen las tres palabras claves de la consagración del pan en la Santa Misa: *bendecir, partir y repartir el pan*. Los milagros se suceden: *“Al reconocerlo los hombres del lugar, propagaron la noticia por toda aquella comarca y le trajeron todos los enfermos. Le suplicaban que les dejara tocar siquiera la orla de su manto; y todos los que la tocaban quedaban sanos”* (Mateo 14, 35-36).

El resto de esta parte narrativa (**capítulos 16, 13 a 17**) tiene como objetivo revelarnos quién es la persona de Jesús. Pedro es el primero en testimoniar quién es Jesús: El Mesías, el Cristo, el Ungido, el Hijo de Dios. A cambio de su confesión, Jesús le dice que él será la roca, sobre la que edificará su Iglesia, dándole poder para atar y desatar en el Reino de los Cielos. Siguiendo el relato, el pobre de Pedro va a recibir un varapalo por querer apartar a Jesús del camino de la cruz, que el Padre le ha trazado. El testimonio siguiente lo da el Padre en la transfiguración: *“Éste es mi Hijo amado, en quien me complace, escuchadlo”*. Y, a continuación, no es Pedro

sino el mismo Jesús el que sufre el varapalo al constatar la falta de fe de su gente, que le impide poder realizar milagros. Su fe no llega ni al tamaño de un diminuto granito de mostaza. Termina con un texto exclusivo de Mateo: el pago del impuesto anual al templo que ya te expliqué: había que pagar dos denarios al año por persona. Un estater valía en Palestina (no en todos los sitios valía lo mismo) cuatro denarios, dos por Pedro y dos por Él. Lee tú el resto del capítulo 17.

Capítulo 18 (el discurso sobre la Iglesia, sobre la vida de la comunidad cristiana). No hay duda de que ya en la comunidad de Mateo había problemas de convivencia, sobre todo porque unos querían ponerse por encima de otros y ocupar puestos de poder, como ha pasado y pasará siempre. Todos quieren ser los primeros, mandar sobre los demás. Mateo va a responder a la pregunta de *“¿Quién va a ser el primero?”* diciendo: *“El que se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos”*. Nuestra grandeza nos viene de ser hijos de Dios. En vivir esta relación de hijo está el secreto del cristiano. No hay más grandeza.

Como cuando habló de sacarse el ojo derecho y arrojarlo lejos, si era motivo de escándalo, aquí Jesús vuelve a utilizar otra exageración para indicarnos que el escándalo a un pequeño es cuestión de vida o muerte. Hay que evitarlo: *“Si tu mano o tu pie es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo”* (Mateo 18, 8). Frente al escándalo, Jesús propone la toma de conciencia de que somos comunidad: hay que salvar al hermano corrigiéndolo con delicadeza y, por supuesto, perdonándolo *“No te digo siete veces, sino hasta setenta veces siete”*, es decir, siempre. Así reflejaremos en nuestras vidas la misericordia de Dios que siempre perdona. La parábola del perdón con que termina este discurso es la mejor explicación de todo esto. Como es exclusiva de Mateo, te la pongo para que la medites.

“En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces le tengo que perdonar? ¿Hasta siete veces? Jesús le contesta: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Y les propuso esta parábola: Se parece el Reino de los Cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus empleados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El empleado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: Ten paciencia conmigo y te lo pagaré todo. El señor tuvo lástima de aquel empleado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda.

Pero al salir, el empleado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándolo lo estrangulaba diciendo: Págame lo que me debes. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba diciendo: Ten paciencia conmigo y te lo pagaré. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: ¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo pediste. ¿No

debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti? Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre del cielo, si cada cual no perdona de corazón a su hermano” (Mateo 18, 21-35).

Un par de capítulos antes de éste, (en el 16, 21-27) Pedro quería apartar a Jesús de su camino, el de la cruz. Hoy va a volver a intervenir queriendo reglamentar, organizar el perdón, ponerle un límite al corazón de Dios. Jesús le dice que en el tema del perdón no puede haber “la última vez”. Nosotros, en cambio, solemos decir: “Te perdono, pero es **la última vez** que me lo haces”. Si tú eres capaz de garantizar que es la última vez que ofendes a Dios con el pecado, vale. Si no eres capaz de garantizarlo, mejor es que tampoco le pongas límite a tu perdón, o suprime el padrenuestro de tus oraciones. Jesús usa esta parábola para invitarnos al perdón sin límite. Vamos a explicarla un poco para entenderla mejor.

Los números tienen en el pueblo judío, en su sabiduría, un significado simbólico. El siete significa mucho. Siete veces, ya estaría bien. Setenta veces siete significa absolutamente siempre. En el libro del Génesis 4, 24, sale también esta expresión pero referida a la venganza: “***Caín será vengado siete veces, Lamek setenta y siete***”. Era un canto bárbaro, testimonio de la ferocidad creciente de los hijos de Caín. Frente a aquella espiral de la violencia de los hijos de Caín, Jesús propone la espiral del perdón para el cristiano.

Ésta es la parábola de la **exageración**. La distancia que hay entre las cantidades manejadas es tan enorme que parecen un anticipo de las que Isaías nos dice: “***La distancia que hay entre mis caminos y los vuestros, es la que hay entre el cielo y la tierra***”. O sea, una distancia infinita. La misma hay entre las dos cantidades. Los **cient denarios** que reclama al compañero vienen a ser unos 8 euros. En cambio, **los diez mil talentos** perdonados por aquel señor que representa a Dios en la parábola, son difíciles de traducir a euros. “*Una idea aproximada nos la puede dar el hecho de que la renta anual de Herodes el Grande alcanzaba los novecientos talentos*” (Eucaristía, 1.990). Podemos hablar de **seis millones** de euros. Naturalmente impagable, como nuestra deuda con Dios. Jesús y los evangelistas parecen andaluces: el evangelio está lleno de exageraciones como las que nosotros acostumbramos a decir en nuestra vida diaria.

La conclusión de la parábola es muy dura. No podemos dejar para luego el perdón. El tiempo de perdonar se acaba. Y se acaba cualquier día. Recuerdo las lágrimas desesperadas de una amiga que se acostó seriamente peleada con su marido. Éste murió aquella noche de repente y todavía no hay quien la consuele. Y ha llovido mucho desde entonces. En las familias se crean rencores que no acaban ni con la muerte. En las empresas, igual. Siempre ha sido así, y vemos como lógico que lo siga siendo. Un cristiano no puede vivir así.

4. - El quinto libro o bloque del evangelio de San Mateo (capítulos 19 a 25). Siete capítulos, divididos como siempre en dos partes: la narrativa (capítulos 19 al

23) y el discurso escatológico propiamente dicho (capítulos 24 y 25). Como en los demás, ya te adelanté su esquema en el capítulo 3º de este libro. Vamos a ver las dificultades que puede tener este bloque en el texto del evangelio para resolverlas y que lo puedas leer sin dificultad. La parte narrativa se compone de cinco capítulos. En los dos primeros (19 y 20) narra la bajada de Jesús desde Galilea, al norte, hasta Jerusalén, capital de Judea, donde se van a desarrollar los acontecimientos finales de su vida. Y en los otros tres (21-23) veremos la entrada de Jesús en Jerusalén y su posterior rechazo con la terrible consecuencia del abandono de Dios a su pueblo.

Capítulos 19 y 20. Comienza empalmado con el discurso anterior: *“Cuando Jesús terminó este discurso, se marchó de Galilea y se dirigió a la región de Judea, a la otra orilla del Jordán y los curó allí”*. Fíjate cómo, para evitar pasar por Samaría, atraviesan el Jordán y bajan por Perea (a los samaritanos no les hacía gracia que fueran al templo de Jerusalén, dejando de lado el suyo de Garizín y, por esto, no recibían bien a los que iban al sur). Milagros y enseñanzas se suceden tanto por el camino como en Perea. Y los fariseos siempre a la caza de Jesús. Apoyándose en Moisés quieren, más o menos, que justifique el comportamiento adúltero de Herodes con Herodías. Jesús les dice que no. Moisés sólo permitió el divorcio cuando había **“infidelidad persistente”** por parte de la mujer (¿Te acuerdas del caso de Oseas cuya esposa Gomer le salió ligerita, rompiendo irremediablemente la alianza del vínculo matrimonial? Eso es infidelidad persistente. Oseas, cuya vida es imagen de la relación de Dios con Israel, aguantó las afrentas). *“Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”*.

Ante esta claridad de doctrina, uno de los presentes salta diciendo que entonces *“no merece la pena casarse”*. Jesús le responde que comprender el misterio del matrimonio es un don de Dios; y Pablo compara el misterio del matrimonio a la unión de Cristo con su Iglesia. Por el camino del matrimonio está llamada la mayoría, aunque no todos. De hecho, *“Algunos no se casan porque nacieron incapacitados para ello; otros porque los hombres los incapacitaron; y otros porque eligieron no casarse por causa del Reino de los Cielos* (Mateo 19, 11-12). Entre los judíos, los testículos era la parte masculina que simbolizaba el honor del varón y, consecuentemente, de su familia. Ser eunuco de nacimiento era una deshonra. Ser castrado por los hombres, exactamente igual. Se castraba, como castigo público, a un esclavo o a alguien que tenía que servir a la reina en ausencia del rey. En el tercer grupo hay una elección personal, por lo tanto no hay deshonra (así el célibe o virgen por el Reino). Sólo Mateo nos recoge esta enseñanza de Jesús.

Siguen los capítulos 19 y 20 con instrucciones de Jesús a sus discípulos: bendice a los niños, advierte del peligro de las riquezas y atiende la reivindicación salarial de Pedro, que no deja escapar la ocasión de exigir su parte a cambio del seguimiento (*“¿Qué nos espera?”*). Continúa con la parábola de la extraña justicia de Dios: los jornaleros llamados a horas distintas y que, sin embargo, reciben la misma paga. Es la bondad y el amor de Dios quien nos da la paga de la vida eterna, por encima de los derechos adquiridos y los méritos de los que tanto presumimos los

hombres. No podemos detenernos a explicar esta parábola, exclusiva de Mateo. La tienes explicada en el domingo 25° del Tiempo Ordinario del libro de Catequesis Familiar del Día del Señor, ciclo A o libro amarillo.

Un poco más adelante, después del tercer anuncio de su pasión, nos encontramos a la esposa de Zebedeo ante Jesús, buscando recomendaciones para sus hijos en el futuro reino que se espera que Jesús inaugure pronto. Jesús les dice: **“¿Podéis beber la copa de la amargura que yo he de beber?”** Esa copa de la amargura o cáliz es la pasión, el martirio. Todos vivieron su pasión particular, tras la ascensión de Jesús, como cualquiera de nosotros. Pasamos a los capítulos 21 al 23 para ver la entrada de Jesús en Jerusalén y sus consecuencias.

Capítulos 21 al 23. Esta segunda parte de la sección narrativa, previa al discurso escatológico, la puedes leer que no presenta problema alguno. Te explico algunos detalles. Comienza con un día de triunfo: la entrada en Jerusalén, que nosotros celebramos el Domingo de Ramos, como un rey humilde que no monta un caballo, que era el animal de la guerra, sino un burrito y sin espada en mano. Y sigue con la entrada en el templo para purificarlo de los vendedores que hacían en él sus negocios. Las actitudes se van clarificando: la gente sencilla ve en Jesús a un profeta, mientras que las autoridades se indignaron por los gestos simbólicos de Jesús. Tras un día tan ajetreado, Jesús **“se fue a Betania, donde pasó la noche”**. Betania era la aldea de Marta, María y Lázaro.

“Por la mañana temprano, cuando volvía a la ciudad sintió hambre”, se acercó a una higuera que estaba junto al camino. Tenía muchas hojas pero sin higos. Esta higuera es símbolo de Israel y de Jerusalén: mucha apariencia de vida religiosa, pero poco contenido. También es símbolo de cada uno de nosotros: cuando el Señor venga a nuestra vida tenemos que tener el fruto preparado. No vale decir que nos ha cogido en un mal momento. Cae fulminada por la maldición de Jesús. Igual le pasará a Jerusalén. El asombro de sus discípulos le servirá para animarlos a tener fe. Jesús se presenta en el templo y allí continúan los enfrentamientos con las autoridades. Termina el capítulo 21 con dos parábolas dirigidas a los responsables de Israel que van a colmar el vaso de la paciencia de éstos con Jesús. Las palabras de Jesús son fuertes: **“Os aseguro que los publicanos y las prostitutas entrarán antes que vosotros en el Reino de Dios”** (Versículo 31) y en el 43 les dice **“Por eso os digo que se os quitará el Reino de Dios y se le entregará a un pueblo que dé a su tiempo los frutos que al Reino corresponden”**.

El capítulo 22 comienza con otra parábola dirigida a los responsables del pueblo. Dios ha preparado el banquete de la boda de su Hijo y ellos no quisieron asistir, rechazando y matando a los enviados del rey (los profetas). De todas formas, el banquete se va a celebrar. Gente de todas partes son invitadas a la boda y aceptan la invitación. A éstos se les exige, además de aceptar la invitación, un cambio de vestimenta, es decir, un nuevo estilo de vida, un nuevo comportamiento. Para entender este añadido a la parábola es necesario saber que el que invitaba al banquete

siempre tenía trajes apropiados para ofrecérselos a quienes venían sin él. Tan directas iban estas parábolas que *“Entonces los fariseos se pusieron de acuerdo para buscar algún motivo de acusación en sus palabras”*.

Y van primero los fariseos y herodianos con el tema del tributo al César y, después, los saduceos con el tema de la resurrección y la ley de levirato (del cuñado), que ya conoces. Todo el capítulo 22 está lleno de acosos a Jesús, que los calla a todos: *“Y desde aquel día nadie se atrevió a hacerle más preguntas”*.

En el capítulo 23, que puedes leerlo sin problema, Jesús pasa a la ofensiva en **tres** fases: la **primera** advirtiendo a la comunidad del peligro que entrañan los fariseos que se han adueñado de la cátedra de Moisés, como si fueran los únicos maestros e intérpretes de la ley. En la **segunda** proclamando siete denuncias contra los escribas y fariseos. Y en la **tercera**, lanza Jesús un lamento sobre Jerusalén, anunciando la ruina del templo. Y fíjate que Mateo termina esta parte narrativa citando el mismo salmo 118, 26 que citó en la entrada triunfal en Jerusalén: *“Bendito el que viene en el nombre del Señor”*. Puedes leer y meditar este duro discurso de Jesús contra los responsables de la fe de Israel. Piensa que también nosotros, sacerdotes, catequistas, padres de familia, somos responsables del crecimiento de la fe de los nuestros. Mira a ver si no te toca algo del discurso.

Capítulos 24 y 25. Es el gran discurso escatológico, el juicio final. Todo judío se sentía orgulloso del templo, cuya reconstrucción inició Herodes el Grande el año 20 a. C., y así se lo comentan a Jesús y éste les dice: *“¿Veis todo esto? Os aseguro que no quedará aquí piedra sobre piedra. Todo será destruido”*. Jesús convierte la caída de Jerusalén y la destrucción del templo, en la gran metáfora de lo que sucederá al final de los tiempos. *“¿Cuál será la señal de tu venida y del fin de este mundo?”*, preguntan sus discípulos. El tiempo de la primera venida, la del Hijo del hombre en su Reino, acontece tras la resurrección, momento en que recibirán la misión de predicar el Reino en todo el mundo. Entre esta venida y la segunda, al final de los tiempos, tendrán que pasar muchas pruebas y tribulaciones y luego, cuando *“Esta buena noticia del Reino se anuncie en el mundo entero, como testimonio para todas las naciones, vendrá al fin”* (Mateo 24, 14).

“En cuanto al día y la hora, nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre” (Mateo 24, 36). Con palabras y con parábolas, en un lenguaje apocalíptico, críptico, oculto, difícil, Jesús va advirtiendo a sus discípulos y a nosotros de la gran tribulación que, entre su primera y segunda venida, hemos de padecer. Puedes leer este capítulo 24. Lo importante en él es la invitación a velar *“porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor”*: la hora de la muerte siempre es inesperada. A pesar de la dificultad de entendimiento que tiene el estilo apocalíptico, no veo casi nada que tenga que explicarte. Si acaso, recordarte que *“el ídolo abominable”* de que habla en el versículo 15 es la estatua de Zeus con la que Antíoco Epífanes profanó el templo de Jerusalén el año 167 antes de Cristo.

El capítulo 25 está compuesto de tres importantes y conocidas parábolas: las diez vírgenes, los talentos y el juicio final a todas las naciones. La primera y la tercera son exclusivas de Mateo. Las tienes explicadas en el libro de Catequesis Familiar del Día del Señor, domingos 32 y 34 del ciclo A. De la primera, la de las vírgenes, choca la insolidaridad de las prudentes que no dieron de su aceite a las otras. Esto nos quiere indicar que la responsabilidad en el negocio de la salvación es personal. Aquí no valen las recomendaciones. Choca también el **“y se cerró la puerta”**. Una puerta que, una vez cerrada, no se abre más. Tenemos un tiempo, el tiempo de merecer. Cuando se acaba el tiempo, viene la eternidad y ya será tarde. Entre los dos tiempos, está la muerte que es la puerta que nos cierra el tiempo de merecer, el tiempo de aquí abajo. No hay pasos atrás. Por eso termina repitiendo la consigna: **“Así pues, vigilad, porque no sabéis el día ni la hora”** (Mateo 25, 13).

En este tiempo de merecer, en nuestra vida en la tierra, no basta con no ser malo: hay que ser bueno. A explicarnos esto viene la parábola de los talentos. El mundo es de Dios y lo arrienda a los hombres. Tenemos que dejarlo mejorado. Ésa es la renta. Tenemos que trabajar por mejorar el mundo. Al que se conforme con devolver estrictamente lo recibido, le vendrá un fuerte castigo **“porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra; pero al que no tiene, aun aquello que tiene, se le quitará”**. Ya explicamos este refrán en el punto segundo de este mismo tema.

¿Y qué tenemos que hacer para mejorar ese mundo? ¿Qué obras se nos piden? Actos de amor y misericordia para con los necesitados. Las cabras, que van a un lado, y las ovejas que van a otro en un contexto de juicio, nos recuerdan a Ezequiel 34, 17: **“Yo juzgaré entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío”**. Es una parábola tan clara para nosotros los cristianos que, el día del juicio, no podremos alegar ignorancia. Es curioso comprobar cómo las biblias antiguas colocaban a la derecha a los buenos y a la izquierda a los malos. Para evitar connotaciones políticas, las biblias modernas hablan de **“un lado y otro lado”**, sin mencionar la izquierda ni la derecha. **“El gato escaldado, del agua fría huye”**, dicen en mi pueblo. Demasiado se ha insistido en que los malos estaban en la izquierda.

5. - Conclusión del evangelio de San Mateo (capítulos 26-28). La conclusión se divide en dos partes: la pasión y muerte, por un lado, y la resurrección, por otro. Los capítulos 26 y 27 nos narran la pasión y muerte. El 28 la resurrección. El 26 comienza cerrando los cinco discursos anteriores y adelantando lo que se le viene encima a Jesús: **“Cuando acabó Jesús estos discursos, dijo a sus discípulos: Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua; y el Hijo del hombre va a ser entregado para ser crucificado. Entonces los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el palacio del Sumo Sacerdote, llamado Caifás; y resolvieron prender a Jesús con engaño y darle muerte”**. Deja ahora este libro, haz una lectura rápida de los capítulos 26 y 27 y, después, lee este apartado donde te aclararé lo que pueda tener alguna dificultad. Finalmente medita el texto evangélico.

Capítulo 26. En todo el relato de la pasión Mateo va a dejar claro que Jesús está cumpliendo lo predicho sobre Él en las Escrituras, como siervo de Yavé que ofrece su vida en cumplimiento de la voluntad del Padre para, con su resurrección, inaugurar un tiempo nuevo en un nuevo Israel, la Iglesia. Aparte de las citas que te encontrarás, fíjate que en el momento del prendimiento Mateo recalca: ***“Esto ha ocurrido para que se cumpla lo que escribieron los profetas”***.

Estando en Betania, una mujer desconocida se acerca y le derrama un frasco caro de perfume en su cabeza. Los discípulos critican el gasto. El evangelista Juan dice que fue Judas y que ***“si dijo esto no fue porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón y, como tenía a su cargo la bolsa del dinero común, robaba de lo que echaban en ella”*** (Juan 12, 4-6). Es tanto el interés de Judas por el dinero que entrega a su amigo por el precio del rescate de un esclavo: treinta monedas de plata. No había pecado más ruin en aquella sociedad que vender a un amigo. Tenía que pasar así, en cumplimiento de las Escrituras, pero ***“¡Ay de aquél que entrega al Hijo del hombre! ¡Más le valdría no haber nacido!”***. Ya ves que Judas se ahorcó.

Jesús celebra la cena pascual con sus discípulos. Dice Mateo que hicieron los preparativos para esta cena ***“El primer día de la fiesta de los panes sin levadura (ázimos)”*** (versículo 17). Ese día es el 14 de Nisán, nuestro marzo-abril, día en que sacaban toda la levadura de las casas en cumplimiento de la ley: ***“Durante siete días comeréis panes ázimos; desde el primer día eliminaréis la levadura de vuestras casas”*** (Deuteronomio 16, 3-4). Todo en la cena pascual, que se celebraba en las primeras horas del día 15, tenía que recordar la liberación de Egipto. En este contexto instituye la Eucaristía. El pan es su cuerpo y la copa es el signo de la nueva alianza: la sangre derramada de Jesús, según el plan de Dios.

Como Jesús sabe perfectamente lo que se está tramando, camino del huerto de Getsemaní, advierte a sus discípulos de la que se les viene encima y de cómo todos le abandonarán, incluido Pedro que fanfarronea de fidelidad. Ya en el huerto, Jesús se lleva a sus tres hombres de confianza, los que estuvieron en la transfiguración, para no sentirse más solo todavía, pero todos duermen. El Padre no duerme, pero calla. Se produce el arresto y lo llevan a casa de Caifás donde éste, cansado de hacer preguntas a Jesús sin obtener respuesta, le obliga a responderle al utilizar el juramento por Dios: ***“Te conjuro por Dios vivo: dinos si eres el Mesías, el Hijo de Dios”***. Así podrían acusarlo, además de por blasfemo, de sublevación ante el César, ya que el Mesías que esperaban era de tipo político. Jesús asiente y se produce la sentencia (***“Es reo de muerte”***) y las tres negaciones de Pedro. Nada necesita explicación, sólo meditación.

Capítulo 27. Comienza con el suicidio de Judas, recogido sólo por Mateo. Después llevan a Jesús ante Pilatos que, nada más interrogarle, ***“se dio cuenta de que lo habían entregado por envidia”*** incluso su mujer le envió este mensaje: ***“No te metas con ese justo, porque esta noche he tenido pesadillas horribles por su causa”***. Pilatos no quiere líos con los responsables judíos y se lava las manos, desentendiéndose cobardemente de su responsabilidad. El gesto es conocido por los

jefes judíos porque ya sale en el Deuteronomio 21, 6 con esa misma intención. Mientras los jefes afirman: **“¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de esta muerte!”**. Jesús ha caído en manos de los judíos. Se suceden las burlas, la crucifixión, la muerte y el entierro.

Algunas aclaraciones sobre la crucifixión para que la entiendas bien. El reo, Jesús en este caso, estaba obligado a cargar con el palo pequeño de la cruz, pero si el condenado estaba débil, en el caso de Jesús por los latigazos, podían obligar a cualquier transeúnte a cargar con él. Simón de Cirene tuvo esa suerte. Este Simón de Cirene debía ser conocido en la comunidad de Marcos, porque él lo nombra como padre de Alejandro y Rufo (Marcos 15, 21). Encima de la cruz ponían un letrero con la causa civil de la condena: Jesús había cometido la insurrección de declararse rey de los judíos. El vino con hiel lo utilizaban para drogar al crucificado, pero Jesús no quiso perder su estado de conciencia. Los bandidos que le acompañan pudieron ser salteadores de caminos, tal vez compañeros de Barrabás. Así, entre bandidos, sólo crucificaban a los esclavos, no a los hombres libres.

La muerte de Jesús. Para Mateo es el momento más importante de la historia de la salvación. Junto con la gran queja de Jesús: **“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”**, común con Marcos, utiliza para el momento final esta expresión: **“Y Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, entregó su espíritu”**. Marcos es más seco en la expresión: **“Jesús dando un fuerte grito, expiró”**. En Mateo se nos presenta la muerte de Jesús como un acto voluntario de obediencia a la voluntad del Padre. Lucas coincide en esta voluntariedad del acto con Mateo, pero recogiendo palabras del mismo Jesús: **“Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu”**. Esta idea de entrega voluntaria de su vida, como obediencia a la voluntad del Padre, la expresa muy bien el evangelio de Juan cuando pone en boca de Jesús estas palabras finales: **“Todo está cumplido”**. Nada ha quedado por hacer. El Padre puede estar contento.

Esta importancia de la muerte de Jesús queda subrayada por la cantidad de signos de que Mateo la hace acompañar. Si, como dicen la mayoría, Marcos es fuente de donde bebe Mateo, recoge de él la rotura del velo del templo de arriba abajo y, además, añade: **“La tierra tembló y las piedras se resquebrajaron; se abrieron los sepulcros y muchos santos que habían muerto resucitaron, y, después de que Jesús resucitó, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos”** (Mateo 27, 52-53). El testimonio del centurión romano dando fe de que **“Verdaderamente este hombre es Hijo de Dios”** es común a los tres sinópticos, aunque con algunas diferencias.

Dice el Deuteronomio 21, 22-23: **“Si un hombre es condenado a muerte por su pecado y muere colgado de un madero, su cadáver no quedará sobre el madero durante la noche, sino que lo enterrarás el mismo día, pues el que cuelga del madero es maldito de Dios, y tú no debes manchar la tierra que el Señor tu Dios te da en heredad”**. En cumplimiento de esta ley, José de Arimatea, amigo de Jesús, pide el cadáver a Pilatos y lo deposita en un sepulcro nuevo suyo, bajo la atenta mirada de

María Magdalena y la “otra María”, que posiblemente era la Madre de Santiago y José, tía de Jesús, según vemos en Mateo 13, 55. Ellas serán las primeras en recibir la noticia de la resurrección de Jesús, el domingo por la mañana.

Como Mateo escribe para judíos convertidos, es el único que añade la custodia del sepulcro por parte de un piquete de soldados. Quería con esto refutar el bulo, corrido por los jefes judíos, de que Jesús había sido robado para montar sobre este robo todo el hecho de la resurrección. El sepulcro quedó sellado y custodiado, para tranquilidad y garantía de quienes lo llevaron a la muerte.

Capítulo 28. Mateo, como Marcos, sólo dedica 20 versículos a la resurrección de Jesús. Lucas y Juan le dedican más del doble. Yo te dividiría estos veinte versículos en cuatro pequeños bloques: primero, la resurrección (1-8); segundo, la aparición a las dos mujeres (9-10); tercero, el soborno a los guardias (11-15), texto exclusivo de Mateo que escribe para judíos convertidos; y, finalmente, el encuentro en Galilea (16-20). Su lectura es muy sencilla y la puedes comprender sin dificultad. Antes dijimos que Mateo se empeña en señalar la muerte de Cristo como el acontecimiento más importante de la historia de la salvación, pero entendiendo que esa muerte está unida a una posterior resurrección. Si no es así, nuestra fe no tiene sentido, dice San Pablo. Te digo una palabrita sobre cada bloque.

Lo mismo que hizo con la muerte, describe la resurrección en un clima apocalíptico: *“Un gran terremoto... Un ángel bajado del cielo, con aspecto de relámpago y vestido blanco como la nieve... el temblor de los guardias que quedan como muertos”*. Es mucho lo que está sucediendo y Mateo lo expresa así. El mismo ángel que deja como muertos a los guardianes, tranquiliza a las mujeres: *“Vosotras no temáis...”*. Las invita a comprobar el sitio y les da un recado para sus discípulos: *“Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis”*. Y a esto nos agarramos. Frente a tanto guardia custodiando y, después mintiendo con el soborno, nosotros nos agarramos a nuestra fe pascual: el testimonio de quienes comprobaron una y mil veces la resurrección.

Las primeras que lo comprobaron fueron estas dos mujeres. Ya no necesitan el testimonio del ángel. Ellas mismas, como un premio a su fidelidad en los momentos difíciles, reciben el *“No temáis”* de boca del mismo Jesús. Llevan la noticia de la resurrección a los apóstoles y así se convierten en **“apóstoles de los apóstoles”**. Mientras, los guardianes han despertado y van corriendo a comunicar lo ocurrido a los jefes de los judíos, pero éstos no quieren ver y, ya sabemos, *“para el que no ama, mil pruebas no constituyen una certeza”*. Con la garantía de su seguridad y con un buen dinero en el bolsillo, corren la voz de que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús durante la noche. Mateo aclara este soborno porque *“ésta es la versión que ha corrido entre los judíos hasta el día de hoy”*. Y sus fieles son judíos, como sabemos.

Los cinco últimos versículos del evangelio están dedicados al envío universal de los discípulos. Mateo sólo nos da testimonio de dos apariciones: la de las dos mujeres que hemos comentado y la de los once en Galilea. Mateo coloca a Jesús resucitado en la Galilea de los gentiles, donde comenzó su ministerio. Dice el evangelio que cuando Jesús se presentó, ellos lo adoraron y *“algunos dudaron”*. Otras biblias traducen *“ellos, que habían dudado”*. Me gusta más esta traducción. Dudaron todos, no algunos. En la hora de la prueba no quedó ni uno. Salvo Juan, que se quedó distante, y Pedro, que mejor hubiera hecho con irse y no negarlo.

Podemos empalmar las dos traducciones: **“Ellos que dudaron y siguen dudando”**, se quedaron petrificados. Las mujeres, que nunca dudaron, *“se acercaron a Jesús y se echaron a sus pies”* (versículo 9). Ahora es Jesús el que *“se acercó y se dirigió a ellos”*. Jesús comprende que encontrarse con un muerto así de golpe era muy fuerte, que se dice hoy, y busca tranquilizarlos. Fíjate que en los tres últimos versículos hay **tres ideas** claves.

Primera (versículo 18): Cristo resucitado está ya sentado *“a la diestra del poder de Dios”*, como le dijo a Caifás (Mateo 26, 64). *“Me ha sido dado pleno poder en el cielo y en la tierra”*. Jesús glorioso, el Señor, el Kirios que decían los griegos, tiene autoridad a escala universal y, con esta autoridad, envía a sus discípulos; en el evangelio de Mateo se aprecia que, hasta la Pascua, el Mesías y su salvación parecen destinadas sólo al pueblo de Israel; a partir de la Pascua, la salvación del resucitado adquiere proyección universal. Son dos perspectivas distintas que están presentes en la vida de la comunidad primitiva (compuesta de judíos y gentiles). Mateo distingue tiempos y el punto de inflexión es la Pascua.

Segunda idea (versículo 19), para que hagan discípulos de todos los pueblos, los bauticen en nombre de la Trinidad y los catequicen. A esto vino Jesús a la tierra y, ahora, los discípulos han de prestarle su humanidad para, a través de su cuerpo místico que es la Iglesia, realizar ese deseo del Padre.

Tercera idea (versículo 20) es la garantía de su presencia en medio de la Iglesia. Cristo sigue y seguirá vivo entre nosotros *“hasta el final de este mundo”*. Buena garantía final.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Isaías 42, 1-17

Hechos de los Apóstoles 2, 14-41

Mateo 28, 16-20

Actividades:

1. - Nos hemos encontrado en Mateo con tres anuncios de su pasión, hechos por Jesús. El primer canto del siervo de Yavé, nos presenta a ese Jesús doliente. Medítalo despacio.

2. - Una idea clave en Mateo es el primado de Pedro que vimos al explicar el capítulo 16. En el libro de los Hechos de los Apóstoles (“el evangelio de la Iglesia primitiva”) nos lo encontramos ejerciendo su ministerio, dando el primer discurso apostólico.

3. - A la hora de escoger un trocito para reflexionar, no he dudado en fijarme en la resurrección. Es muy cortito, pero amplía tú las reflexiones que te he puesto al final del tema.

Tema 6º. - PRESENTACIÓN DEL EVANGELIO DE MARCOS.

1. - Introducción. Vamos a hacer lo mismo que hicimos con Mateo: presentarte el evangelio. Naturalmente aquí todo va a ser más corto. Y lo va a ser por dos razones. La primera porque el evangelio de Marcos es casi la mitad de los otros (661 versículos frente a los 1.068 de Mateo y a los 1.160 de Lucas). Y la segunda razón porque lo que allí se dijo no lo vamos a repetir aquí, aunque esta segunda razón afecta más al tema siguiente que a éste. Pero el esquema de exposición será exactamente el mismo ya que estás familiarizado con él. Empezamos, como en Mateo, situando el evangelio, después veremos los grandes temas y, finalmente, la estructura interna del evangelio. Todo en Marcos va a ser más breve.

2. - Situar el evangelio de Marcos. A lo largo de la historia de la Iglesia este evangelio ha pasado por distintas apreciaciones: de ser el último y el patito feo de los tres a ser considerado el primero y fuente de inspiración de los demás. Hasta el siglo XIX la tradición lo tuvo en poco aprecio porque lo consideraban como un apéndice, o una copia de Mateo. San Agustín dice que Marcos copia a Mateo. Por esto, decía, no tiene sentido acudir a él, cuando tenemos a nuestra disposición el original (Mateo). Posiblemente pensaba así San Agustín porque en todo el evangelio sólo hay unos 50 versículos que sean originales, es decir que no estén en Mateo y/o en Lucas. Clemente de Alejandría (nacido el año 150) consideraba que los evangelios que tienen genealogía fueron los primeros en escribirse (Mateo y Lucas).

Hay también un testimonio antiquísimo de Papías, de principio del siglo II, que creía a Marcos simple intérprete de Pedro, a quien acompañó en sus viajes apostólicos, como también a Pablo y a su primo Bernabé. Este testimonio de Papías fechado en torno al año 110, lo recoge él del Presbítero Juan, a quien algunos identifican con Juan el evangelista, como hemos dicho en alguna ocasión. En ese testimonio afirma el obispo Papías que Marcos se preocupó cuidadosamente de recoger las palabras de Pedro tal como habían sido pronunciadas, sin quitar ni añadir nada.

En los pasados siglos XIX y XX las actitudes cambiaron, pasando a ser considerado no sólo el primero en escribirse sino, como hemos dicho, fuente de inspiración de los otros dos sinópticos. Desde entonces, se le ha venido dando preferencia a la hora de comentarlos y se ha considerado a Marcos como creador del género literario llamado “**evangelios**”, inexistente hasta entonces. Este género literario se distingue por establecer una relación recíproca entre historia y teología. Marcos trata de recuperar la historia de Jesús. Jesús no es un mito, ni un símbolo sino una persona histórica y en ella se fundamenta la fe cristiana. Pero Marcos no es historiador, sino teólogo. Por esto no hace una historia completa de Jesús, sino que recupera sólo los datos que necesita para hacer su teología.

En las últimas décadas se está poniendo en entredicho esta prioridad del evangelio de Marcos, volviéndose a las antiguas teorías. Y la razón de este nuevo cambio de actitud respecto a Marcos es que bastantes autores de prestigio en este campo restan validez a los antiguos testimonios y a las traducciones, no siempre correctas, que se hicieron de sus palabras, como recordarás de temas anteriores, cuando hablamos del evangelio “perdido de Mateo” (que algunos creen que nunca se perdió sino que no existió). Las opiniones sobre el lugar y la importancia de Marcos, como vemos, no son hoy unánimes entre los exegetas.

¿Quién lo escribió? No sabemos pero se le atribuye a Marcos, desde un primer momento. Este Marcos, de nombre Juan, era un viajero incansable, a quien se nombra muchas veces en el libro de los Hechos de los Apóstoles y en algunas cartas de Pablo y Pedro. Por ejemplo: *“Cuando (Pedro) cayó en la cuenta de lo sucedido, fue a casa de María, la madre de Juan, llamado Marcos, donde había bastante gente reunida en oración”* (Hechos 12, 12). En Iª Pedro 5, 13 nos lo encontramos acompañándolo en un viaje apostólico: *“Os saluda Marcos, mi hijo”*. Esta vinculación filial con Pedro es garantía para su evangelio que así es considerado “apostólico”, aunque Juan Marcos no fuera testigo directo de Jesús. Lo importante del texto evangélico no es quién lo escribió sino quién lo asumió. La comunidad cristiana asumió el texto sin preocuparse de quién lo había escrito. Es como el informe final de un congreso. No importa quién lo ha redactado, sino que el congreso lo asume y aprueba como propio.

¿Cómo lo escribió? Marcos escribió un evangelio muy sencillo en griego. Frases cortas, separadas por punto o unidas por conjunciones copulativas. Esto lo hace monótono, esquemático y seco. Un lenguaje casi infantil. No existen en él grandes parrafadas, ni muchas oraciones subordinadas sino yuxtapuestas. Su exposición es clara, sencilla, lineal, popular, concreta, sugestiva. Va contando hechos sencillos que componen un cuadro significativo. Muy pocas parábolas y no tiene los grandes discursos del evangelio de Mateo, por ejemplo. El vocabulario es pobre porque Marcos no es un buen escritor, aunque sea un gran narrador. Sea o no interprete de Pedro, su forma de narrar sí se parece a la del apóstol, sencillo pescador del mar de Galilea. Marcos, como los demás evangelistas, pone a veces en boca de Jesús palabras que son de la comunidad, como fruto de la reelaboración del mensaje de que hablamos antes, a la luz de las experiencias vividas. Marcos escribió su evangelio tomando como base documentos muy antiguos, sobre todo relatos de la pasión, que son casi contemporáneos a Jesús, recién ocurridos los hechos.

¿Cuándo lo escribió? Desde luego en un momento difícil, en una época de persecuciones. A los cristianos les llovían las críticas y los palos de todos lados, del mundo judío y del romano. Marcos invita a los suyos a volver la mirada a Jesús. Jesús es el Mesías, el esperado, y es Mesías mediante su muerte en la cruz, esto es, mediante el sufrimiento y el rechazo que vivió en su propia carne, como ellos lo están viviendo ahora: no se puede ser discípulo sin persecuciones. Los autores que estudio no dan fecha concreta de forma unánime. Muchos se inclinan por los últimos años de la década de los sesenta, después de la muerte de Pedro, pero no faltan quienes la

atrasan hasta antes de los cincuenta, porque se le cita en un papiro que se cree anterior a esa fecha.

Posiblemente, cuando Marcos escribe su evangelio había dos corrientes dentro de su comunidad. **Una** que ponía el énfasis en los milagros, en el poder de Jesús (Cristo glorioso). Y otra que lo ponía en el relato de la pasión, de su muerte y del significado redentor de ésta. Puede ser que hubiera algunos documentos entre los fieles que avalaran ambas posiciones. Marcos los tuvo en cuenta y viene a decirnos: tan evangelio es que Jesús hace milagros (poder de Jesús), como que muere en la cruz (Jesús salvador).

Las persecuciones de Nerón fueron en torno al año 64. Es otra fecha que se da como referencia. Cuando damos fechas siempre nos referimos a la última redacción, ya que siempre circularon algunos pequeños escritos anteriores que se leían por la comunidad y que los evangelistas recogen y amplían una y otra vez. Ya esto lo explicamos cuando hablamos del tercer paso en el momento de redacción de los evangelios, en el segundo tema de este mismo libro: en la segunda fase de composición de los evangelios, la de la predicación apostólica, ya corrían algunos escritos, por ejemplo relatos de la pasión o algunos dichos de Jesús. Todo eso lo recogieron y usaron los redactores evangelistas. De todos modos, el tema de la fecha de composición sigue en estudio.

¿Dónde lo escribió? Tampoco se sabe con seguridad. Las viejas tradiciones lo sitúan escrito en Italia y, más concretamente en Roma. Otras tradiciones dicen que fue escrito en Alejandría, siendo Marcos el primer obispo de aquella ciudad. Roma tiene más a su favor. Marcos no explica palabras romanas que un extraño a Roma difícilmente comprendería. Por ejemplo centurión, cuadrante, legión. E, igualmente, de haberse escrito en Alejandría no hubiera tenido que explicar palabras judías como Boanerges (trueno), Effata (ábrete), Abba (Padre), Talitha kumi (niña, levántate), etc. que Marcos explica. Alejandría estaba muy cerca de Palestina y, además, llena de judíos, muchos de ellos conversos al cristianismo. Luego, en principio, nos inclinamos por Roma.

¿Para quiénes lo escribió? Los destinatarios son cristianos, de origen judío o gentil, aunque los gentiles romanos debían ser mayoría porque se ve obligado a explicar costumbres y expresiones judías que desconocían. Por ejemplo, cuando los fariseos critican el que los discípulos de Jesús no se laven las manos para comer, Marcos 7, 3-4 aclara: *“Es de saber que los fariseos y los judíos en general no comen sin antes haberse lavado las manos meticulosamente, aferrándose a la tradición de sus antepasados; y observan por tradición muchas otras costumbres, como la purificación de vasos, jarros y bandejas”*. Si todos, o al menos la mayoría de los destinatarios, hubieran sido judíos esta aclaración sobraría.

3. - Los grandes temas del evangelio de Marcos. El gran tema de este evangelio es la persona de Jesús, Mesías, Hijo de Dios. Jesús mismo es Evangelio,

buen noticia. ¿Y cómo es Jesús Mesías? Respuesta: muriendo en la cruz. Ésta es la síntesis de todo el evangelio de Marcos. Ya veremos cómo la estructura misma del evangelio responde a esta idea central. El título que prefiere Marcos para Jesús es el de Hijo de Dios, incluso más que el de Mesías. Y la razón es fácil de entender: la condición de hijo es la que define la divinidad de Jesús. Fíjate que este título de Hijo de Dios sólo aparece tres veces en el evangelio de Marcos, pero en momentos claves: en el bautismo y en los demonios y el centurión romano que lo reconocen como tal. Si te das cuenta es proclamado como tal en el cielo (en el bautismo la voz baja desde el cielo) en la tierra (el centurión) y en el infierno (lugar de los demonios). Jesús a sí mismo no se da el título de Hijo de Dios, sino de Hijo del hombre.

Ya verás cómo todo el mundo se interesa a lo largo del evangelio por esta identidad de Jesús, comenzando el interés por los mismos discípulos, los demonios, el pueblo en general y las autoridades (Pilatos, Herodes, el Sumo Sacerdote) hasta que el mismo centurión, que presencia su muerte en la Cruz, firma públicamente el final del evangelio reconociendo que aquel hombre crucificado era el Hijo de Dios. Decir Hijo de Dios era decirlo todo, porque expresa su origen divino y su vinculación total a Dios y a la humanidad.

Y decirlo no en el momento de euforia que sigue a un milagro sino después de verlo morir en la cruz, tiene mayor importancia. En ese centurión pagano, de alguna forma, estamos presentes todos los que, a lo largo de la historia, hemos repetido esa confesión de fe delante de la cruz de Cristo, de Dios “derrotado” en el madero; o delante de nuestra cruz, cuando viene el dolor o el Señor nos pone a prueba. En esos momentos es cuando damos la talla de auténticos discípulos de Cristo. La confesión final del centurión es el punto de llegada de todo un recorrido hecho a lo largo del evangelio.

Sin embargo, Marcos parece jugar al escondite con el lector, haciendo que Jesús imponga silencio sobre su personalidad: es “**el secreto mesiánico**”. Jesús manda callar a quienes entreven su secreto. Es otra característica del evangelio de Marcos. No deja hablar a los demonios, “*porque sabían quién era Él*” (1, 34); “*No se lo digas a nadie*”, le dice al leproso que acaba de curar (1, 44). “*Tú eres el Hijo de Dios*”, le dicen en otra ocasión los demonios que se postran delante de Él, “*pero Él les prohibía enérgicamente que lo descubriesen*” (3,12). “*Él les insistió mucho en que nadie se enterase de aquello*” (5, 43); “*Él les mandó que no se lo dijeran a nadie*” (7, 36), etc.

La razón de este “**secreto mesiánico**” es fácil de entender. Marcos quiere indicar con ello que Jesús para ser Mesías, tiene que ser antes “**Hijo del hombre**”, título que se utiliza preferentemente con referencia a la pasión y la cruz. Por eso este título de Hijo del hombre, que sólo se utiliza dos veces en la primera parte, en la segunda se utiliza por lo menos una docena, porque la segunda parte está orientada a la pasión, que se anuncia continuamente y a la que Jesús se acerca poco a poco, entre las tramas de los poderosos de turno. Había que pasar por la muerte para llegar a la

resurrección. Así Marcos da forma a la realidad histórica de Jesús, frente al deseo de Pedro que intenta disuadirlo y coger el camino del triunfo directo, sin humillación. Primero Hijo del hombre, después Mesías y, siempre, Hijo de Dios.

Hay quien apunta a otras razones para este secreto mesiánico: es posible que responda a una estrategia de Marcos que quiere decir a sus cristianos perseguidos que oculten su identidad hasta que llegue el momento de dar la cara (si los descubren), indicándoles con esto que no son ellos los que escogen el martirio, sino el martirio el que los escoge a ellos. También hay quien piensa que la orden de silencio de Jesús responde a la incapacidad de los discípulos de entender el significado de Mesías en su persona. Viene a decirles: *“No digáis que soy el Mesías porque no sabéis lo que estáis diciendo”*. No conocen su identidad porque están bloqueados por intereses materialistas. Como ves, cada autor apunta a una razón, todas válidas.

Otro tema importante en Marcos, junto con éste de la personalidad de Jesús, es **el discipulado**. Jesús los llama personalmente, les enseña continuamente y les marca una misión, haciéndoles ver que esta misión pasa por la cruz y el sufrimiento. En la intimidad con ellos, Jesús les va a desvelar el misterio de su ser. Fíjate que la llamada a los primeros discípulos se produce en el primer capítulo, casi antes de comenzar la predicación. Es como si Jesús no pudiera estar sin ellos. Ya veremos, cuando entremos en el texto evangélico, cómo resalta el hecho de que Jesús no hace nada sin ellos, forman parte de su vida. A todos los sitios le acompañan, salvo cuando los manda a predicar y cuando lo dejan solo con la cruz.

Observa cómo, cuando los manda a predicar (capítulo 6, 7-13), Marcos interrumpe la acción pastoral de Jesús, intercalando la muerte del Bautista, y sólo cuando vuelven del recorrido apostólico, reinicia Jesús su actividad con el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, previo un pequeño paréntesis en el que se los lleva aparte a descansar: *“Venid vosotros solos a un lugar solitario, para descansar un poco”* (6, 31). Marcos parece dar a entender que, sin sus discípulos, Jesús no tiene nada que hacer ni decir.

¿Y quién es el discípulo? El que sigue a Jesús, aceptando su destino, sobre todo en el camino de la cruz. Allí estuvo María, su madre, aguantando el tipo como la primera y mejor discípula; y las otras marías; y el apóstol Juan; y el centurión, que hizo uno de los actos de fe más bonitos que nos deja el evangelio: *“Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”*. Aquí está la gran lección del evangelio para los que queremos ser cristianos. Sí a Dios en el momento de la prueba, cuando todos se marchan. El que se pone detrás de Él y sigue sus pasos, ése es el verdadero discípulo de Cristo.

Recuerda cómo, cuando Pedro intenta apartar a Jesús del camino de la Cruz en el primer anuncio de la pasión, Jesús le dice a Pedro: *“¡Ponte detrás de mí, Satanás! Porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”*. Pedro tiene que ponerse detrás de Jesús y seguir sus pasos, si quiere ser discípulo. Y en los

versículos siguientes le explica lo que significa coger la cruz: perder la vida en servicio de los demás. No se trata de sufrir por sufrir, sino de sufrir en el servicio. Jesús no es un masoquista, ni un sádico. Es un servidor de la humanidad. La vida se gana cuando se da, especialmente a los pobres y excluidos de la tierra.

4. - Estructura o división interna del evangelio de Marcos. Como es tan cortito, su estructura es muy sencilla. Un prólogo al comienzo, una conclusión al final, sirviendo ambas de paréntesis a dos partes de igual tamaño. Además, para más claridad, en la primera parte desarrolla su ministerio en Galilea y en la segunda en Judea. **Primera** parte: Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios. La historia de Jesús en esta primera parte es la historia de un fracaso: no lo entiende nadie. **Segunda** parte: lo es muriendo en la cruz y resucitando. Más o menos, ocho capítulos la primera mitad y otros ocho la segunda.

En los versículos 27-33 del capítulo 8º está, sirviendo de bisagra entre ambos bloques, la confesión de Pedro (*“Tú eres el Mesías”*) y, seguidamente, el primer anuncio de la pasión: *“Jesús empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho... y a los tres días resucitaría”* (versículos 29 y 31). Esta expresión **“Hijo del hombre”** es característica de la segunda parte, orientada toda ella a la pasión. Pedro da respuesta a la primera parte: ¿Quién es Jesús? **El Mesías**. Y Jesús inicia la segunda modificando el concepto que Pedro, y los demás, tenían sobre el Mesías.

Los dirigentes religiosos del pueblo no quieren conocerlo como Mesías y lo rechazan. Y a Jesús le duele la dureza de sus corazones: *“Mirándolos con indignación y apenado por la dureza de sus corazones, dijo al hombre...”* (Marcos 3, 5). El rechazo es tal que ya, al inicio de este tercer capítulo, Marcos señala: *“En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para buscar la forma de acabar con Él”* (3, 6).

Tres capítulos más adelante nos encontramos con un nuevo rechazo: ahora son sus paisanos que se encuentran desconcertados ante las palabras del carpintero del pueblo. Jesús está sorprendido de su falta de fe. Sólo los demonios y algunos directamente beneficiados por las acciones de Jesús parecen reconocerlo, pero Jesús impone el silencio sobre su persona. Es **“el silencio mesiánico”** de que hemos hablado antes y que es característico de esta primera parte, en la que se repite continuamente, mientras que en la segunda sólo se impone una vez.

La razón de esta desproporción es fácil de comprender. El imperativo de silencio de Jesús solía seguir a la realización de un milagro y en la segunda parte apenas hay un par de ellos, mientras que en la primera superan la decena. Los discípulos van progresivamente conociéndolo hasta culminar en la confesión de Pedro. Pero ¿qué entiende Pedro por Mesías? A tenor de lo que vemos en los versículos siguientes, vemos que sus *“pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres”* (8, 33).

La segunda parte comienza en 8, 31, con esta frase: “**Jesús comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que padecer mucho...**”. El “comenzó” indica el nuevo rumbo que, a partir de ahora, van a tomar los acontecimientos. Esta segunda parte va a estar destinada a hacer comprender a Pedro y los suyos que no es el Mesías de sus pensamientos, sino el de los pensamientos de Dios. La voluntad de Dios pasa por la cruz y Jesús va a ser obediente a esa voluntad hasta el final.

Todo está orientado a la pasión. Se suceden tres anuncios: “**El Hijo del hombre debe padecer mucho**” (8, 31); “**El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres**” (9, 31); “**El Hijo del hombre va a ser entregado a los jefes de los sacerdotes**” (10, 33). Y Él, que ha hecho de su vida un acto de obediencia al Padre, camina firme hacia Jerusalén. Su vida, como la nuestra, no tenía otro sentido que hacer la voluntad del Padre. Ser obedientes al Padre es nuestra razón de ser. Como ves, la segunda parte busca toda ella revelar el secreto de la primera: el misterio de la persona de Jesús.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Isaías 50, 4-11

Iª Corintios 1, 10-17

Marcos 8, 27-33

Actividades:

1. - El tercer poema del Siervo de Yavé nos presenta a Jesús aceptando el sufrimiento con confianza. Es la voluntad de Dios.

2. - Pablo sí comprendió que Jesús crucificado es la fuerza y sabiduría de Dios. Lo podríamos ver en muchos textos. Éste es uno de tantos.

3. - La cita que te he puesto es la más importante porque cierra la primera parte del evangelio de Marcos y abre la segunda. Su meditación reposada te ayudará a comprender todo el evangelio.

Tema 7º. - EL EVANGELIO DE MARCOS.

1. - Introducción. Vamos a explicar el evangelio de Marcos. Sobre todo nos vamos a detener en las dificultades. Lo que ya hayamos explicado en Mateo, no lo repetimos ahora. Te recuerdo que la estructura del evangelio es muy simple. Un pequeño prólogo, dos bloques centrales y una conclusión amplia, de tres capítulos, dedicados a la pasión, muerte y resurrección de Jesús.

2. - Prólogo (capítulo 1, 1-13). En el prólogo, que ocupa los primeros trece versículos, Marcos te va a presentar todo el evangelio: *“Comienzo de la buena noticia de Jesús, Mesías, Hijo de Dios”*. La “buena noticia” es Jesús. Él es evangelio. En Él actúa Dios para salvar al hombre y ésta es una buena noticia. El evangelio de Marcos es un evangelio contra el evangelio del imperio romano de la época que proclamaba al emperador Vespasiano como el Mesías prometido a Israel por instigación del historiador Flavio Josefo que presentaba al emperador como el Mesías prometido a Israel. Por esto Marcos comienza proclamando el evangelio de Jesús como Mesías e Hijo de Dios.

La palabra “comienzo” nos indica que en Jesús comienza una nueva creación, un tiempo nuevo. Por eso, Juan Bautista subraya la fuerza de Jesús. Cuando dice *“Yo no soy digno ni de postrarme delante de él para desatarle la correa de las sandalias”*, no se trata de un gesto de humildad, sino de sustitución. ¿Te acuerdas de la ley del levirato o cuñado? Cuando un cuñado se negaba a casarse con la cuñada viuda, otro pretendiente de la muchacha se agachaba y le desataba la correa de la sandalia a ese tal. De esta forma indicaba que estaba dispuesto a sustituirlo en el matrimonio con la viuda. A esto se refiere Juan: él no es digno de sustituir a Jesús en su misión. Lo que está diciendo es *“yo no soy digno de sustituirle”*. Él va a bautizar con Espíritu Santo, dice Juan, indicando así el carácter mesiánico de Jesús, como lo habían anunciado los profetas: *“Sobre él reposará el espíritu del Señor”* y *“He puesto sobre él mi espíritu, para que traiga el derecho a las naciones”* (Isaías 11, 2 y 42, 1).

Es el mismo Espíritu el que se hace presente en el bautismo, en forma de paloma, y el que lo impulsa, lo “arroja” al desierto para que Satanás lo ponga a prueba. El desierto, lugar inseguro por su soledad, es por eso mismo un lugar de encuentro con Dios y de prueba, como nos dice toda la experiencia de cuarenta años de Israel en el desierto: Israel, que había tomado la conciencia de pueblo en la esclavitud de Egipto, adquirió su conciencia de pueblo de Dios en la soledad del desierto, donde Dios lo sacó de todos sus apuros y también lo puso a prueba.

3. - Primera parte (1, 14-8, 30). Tras este breve prólogo, comienza la primera parte. Ocho capítulos divididos en **tres bloques** perfectamente diferenciados. En el **primero** vemos la actividad de Jesús y la ceguera de los **fariseos** que no quieren reconocerlo (capítulos 1, 14-3, 6). En el **segundo** bloque son el **pueblo** y los parientes

de Jesús quienes no le comprenden (capítulos 3, 7-6, 6). Y en el **tercer** bloque se nos muestra la dureza del corazón de los apóstoles, aunque Jesús acabará siendo reconocido por sus **discípulos**, con la confesión de Pedro. Vamos a ver esta primera parte, siguiendo las tres respuestas que recibe Jesús a su actividad por parte de los fariseos, el pueblo y los discípulos.

Primer bloque (capítulos 1, 14-3, 6). *“Después de que Juan fue arrestado, Jesús se fue a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios”*. Ya todo el ministerio de esta primera parte se va a desarrollar en Galilea, su tierra, y, dentro de Galilea, Cafarnaún y sus alrededores. En la segunda parte bajará a Judea para sufrir la pasión en Jerusalén. Ve leyendo el primer capítulo, que no presenta ninguna dificultad. Te vas a encontrar por un lado con que *“pronto se extendió su fama por todas partes”* y, por otra parte, con que Jesús impone *“el secreto mesiánico”* por dos veces, en los versículos 34 y 44 de este primer capítulo: *“A los demonios no les dejó hablar, pues sabían quién era Jesús”* y al leproso le dijo: *“No se lo digas a nadie”*.

Jesús comienza a formar una comunidad de discípulos en torno a él. Llama a cuatro juntos (Simón, Andrés, Santiago y Juan) y, en el capítulo 2, 14, a Mateo. Ya te expliqué la importancia del discipulado para Jesús. Sin ellos no hace nada. En el capítulo 2, 18-20 se compara a sí mismo con un novio y a los apóstoles con los amigos del novio. En estos primeros capítulos nos presenta Marcos a un Jesús muy milagrero. En el resto del evangelio también, pero algo menos.

El sentido de estos milagros no es resaltar el poder personal de Jesús. Son signos de la presencia del Reino predicado por Él. Un Reino que comporta la supresión del mal y del pecado, que es su raíz; es decir, el Reino no es una realidad abstracta y fuera del tiempo, sino encarnada en la historia: salva *“aquí y ya”* liberando al hombre y devolviéndole su equilibrio físico y psíquico. Como prueba de este párrafo puedes leer el capítulo primero y el segundo hasta el versículo doce. La gente contempla admirada las acciones de Jesús: *“Nunca hemos visto cosa igual”*. Los fariseos no piensan igual: le atribuyen al demonio el poder de Jesús. En aquella cultura el hombre enfermo es alguien de quien el diablo ha tomado posesión. La enfermedad es consecuencia del castigo divino. El mismo poder que cura es el poder que perdona. El perdón es arrancar al hombre de las garras del diablo. Ya no domina el diablo en ese ámbito humano que es la persona.

Sigue la llamada a Leví (Mateo) y la comida en casa de éste. Los fariseos critican a Jesús por comer con un publicano, un recaudador de Roma, un colaboracionista, un ladrón del pueblo. Tres veces repite Marcos que Jesús estaba sentado con *“publicanos y pecadores”*, como queriendo indicar que a Jesús no le importa pasar la raya que separa lo puro de lo impuro, con tal de rescatar a Mateo de las garras de Mammón, dios del dinero y rival de Dios, como tampoco le importa tocar a un leproso para curarlo (1, 41), aunque eso le cueste no poder *“entrar abiertamente en ninguna ciudad”*. Pero los fariseos están ciegos; son puritanos, legalistas y dogmáticos. No quieren comprender que *“No necesitan médico los*

sanos, sino los enfermos". Y un leproso era más que un enfermo: era un muerto en vida, excluido total. Además, como a la enfermedad la consideraban fruto del pecado, era como si le perteneciera al demonio, estaba empecatado, como abandonado por Dios. Curarlo era tanto como resucitarlo, poder reintegrarlo a la sociedad de los vivos.

En 2, 21-22 tienes dos parábolas sobre el Reino, basadas en la imposibilidad de compaginar lo nuevo y lo viejo. El Reino es el paño nuevo y el vino nuevo, que Él encarna y hace presente en su actuación y en su palabra. No es compatible con las viejas formas. *"Todo es nuevo"*, dice San Pablo. Sin embargo los fariseos se agarran a lo viejo: el ayuno y la observancia del sábado, que no observan los discípulos de Jesús. De hecho, no tenían por qué ayunar, ya que sólo era obligatorio hacerlo una vez al año, el día del Yom Kippur, pero los fariseos, que ayunaban los lunes y jueves, quieren que todo el mundo haga lo que ellos. *"El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Así es que el Hijo del hombre es también señor del sábado"*. El hombre por encima de las instituciones, incluso de una tan sagrada como era el sábado. Más sagrado es el hombre, que es imagen de Dios. Por eso cura a un paralítico que le traen un sábado. Te pongo el diálogo de Jesús y la reacción de los fariseos, como terminación de este primer bloque de la primera parte:

"Jesús les preguntó (a los fariseos presentes): ¿Qué está permitido en sábado: hacer el bien o el mal; salvar una vida o destruirla? Ellos permanecieron callados. Mirándolos con indignación y apenado por la dureza del corazón, dijo al hombre: Extiende tu mano. Él la extendió y su mano quedó restablecida. En cuanto salieron, los fariseos se confabularon con los herodianos para planear el modo de acabar con Él" (Marcos 3, 4-6).

Este afán de los fariseos y herodianos de acabar con Jesús tan pronto es lógico, porque Jesús es un trasgresor de la ley y las costumbres. Realmente no era así: la misma normativa legal permitía hacer el bien el sábado, pero ellos se agarran a la letra de la primitiva ley. También hoy los hay legalistas cien por cien, como si el hombre no fuera señor del sábado. Los domingos no se puede trabajar y hay que ir a Misa, pero si a la hora de salir se presenta una visita, no la vas a echar a la calle, o si tienes que estar con un enfermo y no lo puedes dejar solo, o si tienes que ayudarle a alguien con tu trabajo, no servil ni remunerado, no pasa nada. Dios no pasa lista, le digo yo a mi gente. Tu conciencia, rectamente formada, te dirá en cada momento lo que puedes y tienes que hacer.

Segundo bloque (capítulos 3, 7 al 6, 6a). El pueblo, incluidos sus parientes, rechaza a Jesús. Al comenzar este segundo bloque te recuerdo el método de trabajo. Una primera lectura, sin detenerse mucho; le sigue el estudio de este comentario y, finalmente, una lectura reposada perícopa a perícopa (trocito a trocito) según la división que trae tu misma Biblia. Si has hecho la lectura rápida, se te habrá quedado en la mente, el rechazo a Jesús, incluso de sus familiares, que lo consideran trastornado. Igualmente **"el secreto mesiánico"** que impone Jesús a los espíritus

inmundos y a Jairo. Y siempre mucha gente y a todas horas siguiendo a Jesús, sin dejarle tiempo para comer. Vamos a verlo todo detenidamente.

En Marcos 3, 13 sale por primera vez la referencia al “monte”, donde Él elige a los doce, les va a dar su misma autoridad frente al mal y los va a enviar a predicar. El “monte”, como dijimos del desierto, es un lugar sagrado porque en él se producen encuentros con Dios. Recuerda el Sinaí, donde Moisés tuvo su gran encuentro con Dios, o el monte Sión, sobre el que estaba edificado el templo de Jerusalén, lugar privilegiado de la presencia de Dios en medio de su pueblo. En este lugar sagrado escoge a su comunidad, ya al completo.

En el evangelio de Marcos están muy bien definidos los dos grupos de personas seguidoras de Jesús: los **discípulos** y los **apóstoles**. Los discípulos son un grupo amplio, mientras que los apóstoles son un pequeño grupo de doce. Éstos viven muy unidos a Jesús y Jesús los une entre ellos. Esta unión con Jesús es la que los capacita para la misión. La base de esta unión es el conocimiento del Maestro. Son como hermanos de Jesús, sus testigos predilectos. Dentro del grupo de los doce hay un pequeño grupo de tres: Pedro, Santiago y Juan. La relación entre todos no quiere Jesús que sea una estructura de poder, sino de servicio, como les insiste continuamente en los evangelios. La Iglesia que Jesús quiso se tiene que fundamentar en el servicio, no en el poder, ni en la mayor dignidad de unos sobre otros.

Jesús vuelve a casa, posiblemente a la casa de Pedro, y se reúne **“tanta gente que no podía ni comer”**. Marcos tiene interés en este detalle y lo volverá a señalar en el tercer bloque: **“Porque eran tantos los que iban y venían que no tenían tiempo ni para comer”** (Marcos 6, 31). Vienen sus parientes a buscarlo porque lo consideraban trastornado y vienen unos maestros desde Jerusalén a acusarlo de actuar en nombre del demonio. Jesús contraataca a estos últimos diciendo que son ellos los blasfemos, ya que Él actúa con el Espíritu de Dios. Los maestros de la ley, al negar la acción del Espíritu en los milagros de Jesús, están cayendo en una blasfemia y no tienen perdón porque precisamente se han cerrado a la gracia, a Dios. Y esto les imposibilita para el perdón.

Y llegamos al capítulo 4, escrito en parábolas. Ya las conoces de Mateo. La más amplia es la del sembrador. Pero hoy vamos a fijarnos en una que es exclusiva de Marcos 4, 26-29: **“Sucede con el Reino de Dios lo que con el grano que un hombre echa en tierra. Duerma o vele, de noche o de día, el grano germina y crece, sin que él sepa cómo. La tierra da su fruto por sí misma: primero un tallo, luego espiga, después trigo abundante en la espiga. Y cuando el fruto está a punto, enseguida se mete la hoz, porque ha llegado la siega”**.

La frase fundamental que tenemos que aprendernos hoy de memoria es esta: **“La semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo”**. Son los caminos de Dios y nuestros caminos. Parece como si Dios jugara con sus profetas, con todos nosotros. Todo el día sembrando y esperando que nazca donde sembramos y el tallo aparece

donde menos lo esperamos, donde creíamos que no habíamos puesto semilla. Y es que nunca comprenderemos cómo aquella semilla que debía germinar no germina, y aquella otra, que en principio no podía germinar, produce un fruto maravilloso. No sabemos por qué en aquel terreno, malo a nuestros ojos, una semilla mal tirada, mal cultivada, ha despuntado con facilidad, y por qué en otra parte, a pesar de las predicaciones, los planes pastorales, los esfuerzos sinceros, todo ha ido a la ruina.

No lo entenderemos nunca porque no es cosa nuestra. Al final, lo **único que queda claro en la parábola es el enorme poder de la semilla** porque ella puede germinar donde nada debería crecer. A veces te encuentras un niño, un joven cuyos padres y ambiente son “atípicos”. ¿De dónde ha salido éste?, te preguntas. Y otras veces ves a unos padres estupendos y la semilla no germinó en sus hijos. **Son los misterios del Reino, los caminos de la gracia que nunca entenderemos.**

Las parábolas iban dirigidas a todos, pero después *“a sus discípulos se las explicaba a solas”*. Y es allí donde los apóstoles comprenderían la razón que subyace en el Reino: los caminos de Dios, el misterio de la gracia. Dios conoce el corazón del hombre y sus razones y sabe lo que hay dentro de cada uno. Su juicio sobre el hombre es distinto al nuestro: un juicio de amor. Donde nosotros, por ejemplo, vemos a una prostituta, él ve otra cosa. El amor es lo que puede cambiar el Sahara en un jardín. Y lo que hace posible lo imposible. El amor es incomprendible. No sabemos nunca de dónde viene, ni adónde va. El amor es como el viento de Dios: se mueve a su gusto, sin control por nuestra parte.

Los hombres de todos los tiempos sentimos la tentación de reducir a Dios a nuestros cálculos, intereses, necesidades y expectativas. Y si el juicio de Dios no coincide con el nuestro, nos surgen mil dudas y cuestiones: ¿Qué hace Dios? ¿No da la impresión de que la marcha de su Iglesia da saltos y giros imprevistos? El Espíritu Santo nos sorprende continuamente. Segamos donde no sembramos, mientras se pierde nuestra semilla. Parece que Dios está poco pendiente de sus sembradores y, a veces, hasta quedamos en ridículo. Todas estas quejas las había expresado ya mucho antes el salmista: *“¿Por qué han de decir los paganos: dónde está tu Dios?”* (Salmo 79, 10).

Jesús responde diciendo que, pese a todo, confiemos en Dios y su palabra y no seremos defraudados. Aunque de forma oculta y callada, siempre está presente y opera a favor de su Reino, que es tanto como decir, a favor de la humanidad. No debemos reducir el misterio y la acción de Dios a lo que nosotros vemos y percibimos. El mensaje de la parábola es éste: *“¡Tú siembra! Todo lo demás lo hace Dios. No lo midas con tu patrón de medida. Ten confianza. La cosecha está segura, aunque no la veas en tu entorno”*.

Como ves, la parábola es bellísima. La cosecha es segura, porque no depende de ti, sino de la fuerza del grano, del Reino de Dios. La Palabra sembrada nunca vuelve de vacío, sin cumplir su encargo. Todo sin violencia, espontáneamente, duermas o veles. *“La tierra (tu corazón) va a producir la cosecha ella sola, sin que*

tú sepas cómo". Es la eficacia irresistible de la Palabra, como espada de doble filo que penetra hasta la médula de los huesos, dice Isaías. El Reino de Dios llegará, a cada uno de nosotros y a la humanidad entera, por encima de obstáculos y dificultades. A ti sólo se te pide que prestes el terreno, tu corazón, y hagas la labranza, escuchar la palabra con un corazón bien dispuesto. La fuerza está en la semilla y esa fuerza la pone Dios en ella. Lee tú las demás parábolas que ya te son conocidas.

El resto del capítulo **cuarto** y todo el **quinto** están dedicados a actuaciones prodigiosas de Jesús. Calma una tempestad, libra al endemoniado de Gerasa y resucita a la hija de Jairo, curando en el camino a la mujer que padecía hemorragias. Todo lo vimos en Mateo y no necesita muchas explicaciones. El endemoniado vivía entre sepulcros y por los montes, lugares de muerte, soledad y peligro. El demonio se llama Legión, es decir, es muy poderoso, como una legión romana. La mujer era legalmente impura porque sangraba. Jesús no sólo se deja tocar por aquella mujer impura y trasgresora de la ley, que le prohibía tocar a nadie estando impura, sino que le da el evangelio, la buena noticia de que su fe la ha curado. Jairo pide a Jesús que vaya a poner la mano sobre su niña. Era la fórmula que utilizaban los curanderos de la época.

Fíjate que ante estas tres actuaciones prodigiosas de Jesús, siempre hay la misma reacción de los presentes, la admiración ante Jesús: *“¿Quién es éste, que hasta el viento y la mar le obedecen?”* (4, 41). *“Y todos se quedaron maravillados”* (5, 20). *“Ellos se quedaron atónitos”* (5, 42). El rechazo del pueblo, propio de este bloque, nos lo encontramos tras la cura del endemoniado: *“Entonces comenzaron a suplicarle que se alejara de su territorio”* (5, 17). Y el *“secreto mesiánico”* al terminar la resurrección de la niña: *“Y Él les insistió mucho en que nadie se enterara de aquello”* (5, 42).

Como símbolo del rechazo del pueblo, tenemos el de sus paisanos en los seis versículos del capítulo **sexto** que corresponde todavía a este segundo bloque. Estamos en Nazaret y, ya sabemos, *“en el pueblo nos conocemos todos”*. Cada uno es hijo de su padre y a cada uno le corresponde el honor de su familia, no más. Antiguamente, si un hijo de familia muy humilde sacaba una carrera con mucho esfuerzo, lo mejor que hacía era irse a ejercerla a otro pueblo, porque en el suyo siempre le acompañaría el poco honor de su linaje y sería rechazado por los caciques de siempre, nunca dispuestos a compartir clase con el nuevo intruso. Y esto último porque en nuestra sociedad, antiguamente, se entendía, como en la judía, que el honor era un bien limitado, como una manta en la cama de matrimonio: si uno tira de ella más de lo que le corresponde, los pies del otro quedan fuera. Si uno se atribuía un honor que no le correspondía por linaje, otro podía perder ese honor. No podían darle el honor de profeta a un cualquiera y menos al carpintero del pueblo, que era el oficio de Jesús, oficio, por cierto, no bien mirado.

“La gente de la sinagoga se está preguntando cómo es posible que tan sorprendente doctrina pueda provenir de un artesano manual. En tiempos de Jesús, tales artesanos eran frecuentemente itinerantes, especialmente los que vivían en pueblos o aldeas. Como todas las personas itinerantes que no permanecían en casa para proteger a sus esposas y el honor de su familia, eran consideradas personas “sin vergüenza” (Bruce J. Malina 1996). Éste es el caso de Jesús, pero Él, que está sorprendido de su falta de fe, contraataca dándoles a entender que fuera es más reconocido que en su patria chica. Y no hizo allí ningún milagro. La fe no surge del milagro, es el milagro el que surge de la fe: “Se maravilló de su falta de fe”. Recuerda el camino que le traza el diablo en las tentaciones: vamos a hacer milagros para que la gente crea. El camino de Dios es el contrario: vamos a creer y moveremos montañas.

Tercer bloque (6, 6b-8, 30). Este bloque está dedicado a describir la actitud de los discípulos ante la persona de Jesús, manifestada en sus palabras y acciones. Como siempre: primero la prelectura, después este libro y, finalmente, vuelta a la Palabra, poco a poco. La mejor forma de entender la actitud de los discípulos es comenzar por la curación del ciego de 8, 22-26, texto exclusivo de Mateo. Es un milagro de un profundo valor simbólico. Este ciego es símbolo del proceso interior que están viviendo los apóstoles. Siguen ciegos, no aceptan el anuncio de la pasión, pero Jesús los puede curar de su ceguera. Te pongo el milagro y después te lo comento:

“Llegaron a Betsaida y le presentaron un ciego, pidiéndole que lo tocara. Jesús tomó de la mano al ciego, lo sacó de la aldea y, después de haber echado saliva en sus ojos, le impuso las manos y le preguntó: ¿Ves algo? Él, abriendo los ojos dijo: Veo hombres, son como árboles que caminan. Jesús volvió a poner las manos sobre sus ojos; entonces el ciego comenzó a ver ya con claridad y quedó curado, de suerte que hasta de lejos veía ya todas las cosas. Después lo mandó a su casa, diciéndole: No entres ni siquiera en la aldea”.

Piensa en el milagro y piensa en los apóstoles. El ciego no tiene nombre porque representa a cada apóstol. La curación es progresiva, como la incorporación a la fe. El ciego es duro de curar y la curación lenta: dos veces tiene que intervenir Jesús para que vea. En un primer momento sólo ve a hombres que son como árboles que caminan. Duro como nuestro corazón y lento como nuestra conversión. Al final ve hasta de lejos y con claridad. Sus ojos se han llenado de luz, como el corazón de Pedro se va a llenar de luz para ver a Jesús con toda claridad: *“Tú eres el Mesías”*. Pero esto al final, ya que el proceso anterior ha sido lento. Este ciego sintetiza los tres capítulos de este bloque.

Comienza el bloque con un Jesús misionero, *“recorriendo las aldeas y enseñando”*. Sigue con el envío de los doce a predicar: *“Ellos marcharon y predicaban la conversión. Expulsaban muchos demonios, ungián con aceite a muchos enfermos y los curaban”*. Esta misión popular organizada por el Maestro tiene su efecto: Jesús se convierte en tema de conversación y la gente se pregunta

quién es Jesús. A Herodes le llegan rumores y se posiciona entre los que creen que Jesús es Juan Bautista, que ha resucitado. Marcos aprovecha ese pretexto para interrumpir la actividad de Jesús e introducir el relato de la muerte del Bautista, como anuncio de lo que le espera a Jesús y a sus apóstoles, ahora itinerantes. Puedes leer el relato que no tiene ninguna dificultad.

Sigue leyendo tranquilamente el evangelio. No tiene dificultades especiales. Regresan los discípulos de su misión apostólica y, en seguida, presenta la primera multiplicación de los panes y los peces. Están en terreno desértico, se está haciendo de noche y los discípulos piden a Jesús que despida a la gente para que vayan a comprar comida. ***“Dadles vosotros de comer”***. Jesús, contando con lo poco que tenían, multiplica los panes. Todos comieron y se saciaron. Aquello fue como nuestra Eucaristía de cada domingo. Sobró pan como sobró maná en el desierto y como sobra pan en cada Eucaristía. Doce cestas, una por cada tribu de Israel. Puedes continuar la lectura: se suceden curaciones y obras portentosas de Jesús, encaminadas a suscitar la fe de los suyos, cuyas mentes ***“seguían embotadas”*** (6, 52).

En el capítulo **séptimo**, Jesús continúa con las instrucciones a sus discípulos que se encuentran tan sorprendidos y desconcertados como los escribas y fariseos y piden explicaciones a Jesús. Éste, extrañado, les dice ***“¿De modo que tampoco vosotros entendéis?”***. Como ves, el proceso de comprender a Jesús es lento. Esto de no comprender a Jesús nos pasa un poco a todos. Pero Jesús tiene paciencia y tras explicarles todo lo dicho, se retira a la región de Tiro y Sidón y ***“Una mujer, cuya hija estaba poseída por un espíritu inmundo, oyó hablar de Él, e inmediatamente vino y se postró a sus pies”***. Como siempre, un catequista anónimo catequiza a aquella mujer valiente y provoca el encuentro con Jesús. Una vez más, Jesús se deja vencer por la fe y humildad de aquella mujer y se produce el milagro. Léelo y fíjate cómo la fe le permite acercarse a comer en la mesa de Jesús: tú ten fe y acércate a la mesa de la Eucaristía.

De regreso a casa, le presentan un sordomudo. Jesús lo cura y ***“les mandó que no se lo dijeran a nadie, pero cuanto más insistía, más lo pregonaban y en el colmo de la admiración decían: Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos”*** (Marcos 7, 36). Otra vez sale aquí el **“secreto mesiánico”** y la admiración ante las obras de Jesús. El ***“Todo lo ha hecho bien”*** recuerda al ***“Y vio que todo estaba bien hecho y todo era muy bueno”*** de Génesis 1, 31, cuando Dios repasa la creación. A esto vino Jesús, a restaurar el orden de la creación, roto por el pecado. Este sordomudo es también signo del proceso interior que están siguiendo los discípulos a quienes sus oídos lentos y duros se les van abriendo por la acción de Jesús.

En el capítulo **octavo** seguimos igual. Una segunda multiplicación de los panes o una segunda versión de la misma multiplicación, encabeza el capítulo. En este caso no están sólo los doce, sino todos los discípulos. Ahora están en territorio pagano y fíjate que sobran siete cestas y no doce, como en la primera multiplicación. El siete

en el Antiguo Testamento es el número de las naciones paganas y el número de lo completo y perfecto, el número de la plenitud, porque 4 es el número que representa lo humano y 3 lo divino: es todo lo humano más todo lo divino. Podemos ver en estos detalles la dimensión universal del mensaje de Jesús y de la Eucaristía. Primero fue enviado al pueblo de Israel, pero después lo sería a todo el mundo. Si sigues la lectura, verás que Marcos nos muestra a un Jesús triste y preocupado por la falta de comprensión de sus discípulos: **“¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Es que tenéis embotada vuestra mente? Tenéis ojos y no veis; tenéis oídos y no oís”** (8, 17-18). Y más adelante **“¿Aún no entendéis?”** (8, 21).

Esto nos viene muy bien a nosotros, que solemos ser también lentos en el entendimiento de Jesús y su Palabra. Paciencia: no te desanimes. Fíjate cómo, al final, todo va a terminar bien, confesando los apóstoles a Jesús como Mesías, por boca de Pedro. Bien es cierto que el concepto de Mesías de Pedro no coincide con el de Jesús, pero el Maestro nunca se cansa y la segunda parte va a comenzar explicándoles qué significa ser Mesías y, sobre todo, ser discípulo. Cuando venga el Espíritu Santo, los llevará a la verdad completa.

4. - Segunda parte (8, 31-13, 37). La primera parte terminó bien. **“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Pedro le respondió: Tú eres el Mesías”**. Jesús les pide que guarden el secreto mesiánico y todo quedó perfecto. Sin duda, como dice el refrán, al mejor cazador se le va una liebre. Y a Jesús, en esta ocasión, se le fue la liebre en forma de segunda pregunta, que hubiera sido ésta: **“Pedro, ¿y para ti ser Mesías qué es?”**. Porque la pregunta del millón no es ¿crees en Jesús? sino ¿en qué Jesús crees?, que es muy distinto. Pedro creía, por lo que vamos a ver, en un Mesías triunfante sobre la marcha, por vía directa. Y no dando un rodeo por el calvario. Pedro no entendió que para vivir el Domingo de Resurrección, había que adorar la cruz y cargar con ella el Viernes Santo. Jesús se arma de paciencia con ellos.

“Jesús empezó a enseñarles que el Hijo del hombre debía padecer mucho, que sería rechazado por los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, que lo matarían, y a los tres días resucitaría. Les hablaba con toda claridad” (Marcos 8, 31-33). Un verdadero jarro de agua fría para Pedro, que actúa rápidamente: **“Lo cogió aparte y se puso a increparlo”**. El cariño que le tenía le daba autoridad, y ahora que las cosas empezaban a aclararse con su confesión, no iba a permitir ni un solo paso atrás. Es **el escándalo de la cruz** el que vive Pedro. Jesús, con paciencia, le dice, más o menos: **“¡Cállate ya!, ponte detrás de mí y sigue mis pasos, que te estás pareciendo a Satanás, queriendo apartarme del plan de Dios para que siga tu plan”**.

La idea fundamental de toda la segunda parte, cuya explicación iniciamos, va a ser ésta: Efectivamente, yo soy el Mesías, pero lo soy en el sufrimiento, en la cruz, muriendo primero para resucitar después, porque ésta es la voluntad del Padre y yo he venido a hacer la voluntad del que me envió. En el resto del tema, ten esta idea en la cabeza porque es el telón de fondo de todo. Los seis capítulos de esta segunda parte

los vamos a dividir para su estudio en dos bloques de tres capítulos cada uno. El primero, el camino hacia Jerusalén y el segundo, Jesús en Jerusalén.

Primer bloque (8, 31 al 10, 52). Tras el primer anuncio de la pasión que hemos visto, *“Jesús reunió a la gente y sus discípulos, y les dijo: Si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, pero el que pierda su vida por mí y por el evangelio, la salvará”*. La fe no se impone, se propone: *“Si alguno quiere...”*. Jesús es claro: esto es lo que hay. Nosotros andamos con muchas componendas, pero Jesús no. A un cristianismo fácil, de espectáculo triunfal, se apuntan todos. Basta pensar en las procesiones de Semana Santa o en el número de quienes se confiesan creyentes en Jesús. Comparativamente, qué pocos viven el misterio de la cruz en la liturgia del Viernes Santo o, semanalmente, el Día del Señor.

El escándalo de la cruz no es fácil de digerir. Y Jesús lo comprende. Por eso, pasados unos días para que intenten asimilar sus palabras, coge al grupo de los íntimos (Pedro, Santiago y Juan, los mismos que se quedaron “dormidos” en Getsemaní), se los lleva a un monte y se transfigura delante de ellos, permitiéndoles mirar un momento, como por el ojo de una cerradura, lo que será el final: *“El Hijo del hombre resucitado de entre los muertos”*. Así con éste *“de entre los muertos”* no rebaja lo dicho sobre la verdad de su vida y, sin embargo, les levanta el ánimo con la experiencia vivida en presencia de Moisés y Elías, junto con el testimonio del Padre de que *“Éste es mi Hijo amado; escuchadlo”* (Marcos 9, 2-13). Te cito el texto y te lo comento, siguiendo el libro de Catequesis Familiar: 2º de Cuaresma, ciclo C.

“En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente, dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria y hablaban de su muerte, que iba a consumir en Jerusalén. Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: Maestro, qué bien se está aquí. Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. No sabía lo que decía. Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: Éste es mi Hijo, el escogido, escuchadle. Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaban silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto”.

“La transfiguración es la antítesis, lo contrario, de las tentaciones. Allí el Jesús-hombre es tentado por el diablo en la aridez del desierto. Aquí es el Jesús-Dios el que se hace presente a los tres afortunados apóstoles, contando además con el testimonio del Padre. No se puede hablar del milagro de la transfiguración porque, más que de un milagro, se trata de presentar Jesús su otro rostro, el de Dios. Es más bien la suspensión del milagro de la encarnación. Una prefiguración de lo que será el cielo, de Cristo glorioso y resucitado. Es el cuerpo glorioso de Cristo resucitado lo que Pedro y

sus amigos tienen delante. Es un anticipo de la resurrección.

Hay una cosa común con el evangelio de las tentaciones: el clima de oración. Dentro de ese clima, unas veces parece que Dios nos deja solos con el diablo, para que aprendamos a luchar, otras se nos hace muy presente. Es para recordarnos que, después de la lucha, vendrá el cielo, que es lo nuestro.

Pedro, siempre impetuoso, no quiere dejar el ratito de cielo que ha contemplado como por un agujero. Se quiere quedar allí: “¡Qué bien se está aquí!”. Y es verdad, qué bien se está en Misa el domingo. El monte Tabor, que según la opinión de la tradición fue donde se produjeron los hechos de este evangelio, equivale a nuestra Misa dominical. ¡Qué bien se está en Misa! Algunas veces la gente dice: “Padre, yo vengo al templo temprano para descansar. Yo me quedaría aquí siempre”. Pero la Pascua no estaba en el Tabor. Había que seguir a Jerusalén, la ciudad santa por la presencia de Dios en el templo. La ciudad maldita que mataba a los profetas.

Pedro y los otros tuvieron que descender, sin decir palabra, para seguir el camino de Jerusalén, el camino de la cruz. También nosotros tenemos que descender los domingos a nuestras casas, después de la transfiguración de la Eucaristía dominical, para seguir el camino de cada día. El final será el Tabor, el cielo, pero hay que recorrer el camino que el Padre nos tiene trazado, el paso por el Calvario, el otro monte, sin el que no habría habido resurrección.

Vivir en la esperanza de un cielo que tenemos prometido, pero con los pies bien puestos en la tierra a la que tenemos que bajar para transformarla en más habitable. La esperanza del cielo nos mantiene en la lucha en la tierra. “Ni Abrahán pudo contar las estrellas del cielo... Ni el corazón humano sabe lo que Dios nos tiene preparado”. Es la esperanza la que hace correr a los perros perdidos por el camino. Aunque sea muy pequeña, siempre tenemos que llevarla de la mano, como una niña, porque ella es la única que sabe el camino del cielo.

La esperanza es el Tabor, la lucha diaria es el desierto. Hoy, por un día, la Palabra nos habla de Tabor, de esperanza: Esperanza de Pedro, Santiago y Juan, que recibieron un pequeño adelanto de lo bien que se estará en el cielo; esperanza del mismo Jesús que tuvo un ratito de cielo y el respaldo del Padre, antes de bajar a Jerusalén; esperanza tuya y mía, que tenemos nuestros ratos de Tabor como un anticipo de lo que nos espera, si estamos dispuestos a bajar a Jerusalén y subir al calvario, como hicieron Jesús, Pedro, Santiago y los demás. Moisés y Elías hacen presente el Antiguo Testamento”.

Cuando bajan del monte, se encuentran con un follón. Un hombre ha traído a su hijo poseído por un demonio (epiléptico) a los apóstoles y éstos no lo han podido curar. Es una catequesis preciosa sobre la fe. El padre del muchacho le dice a Jesús: “Si puedes, compadécete de nosotros”. Y Jesús le responde: “¡Cómo si puedo...! ¡Si tienes fe...!”. Es la fe en el poder de Jesús la que nos salva. Jesús lo cura, tras la

confesión humilde de fe de su padre: **“Señor, yo creo, pero aumenta mi fe”**. Y cuando llegan a casa, los discípulos le preguntaron: **“¿Por qué nosotros no pudimos expulsar al demonio? Jesús les contestó: Esta clase de demonios no puede ser expulsada sino con la oración”**. ¿Qué quiere decir esta respuesta de Jesús? Que es la oración, desde la fe, la que conquista el corazón de Dios y hace innegable la petición humilde del necesitado. A ellos les faltó la fe suficiente para orar bien, pidiendo al Padre el milagro. Podía haber añadido a la oración, y **“el ayuno”** como práctica purificadora.

Continúa la lectura y verás el contraste entre Jesús, **“dedicado a instruir a sus discípulos”** sobre la próxima pasión, muerte y resurrección, y sus discípulos, que **“no entendían lo que les quería decir”**. En el mundo judío el órgano de conocimiento es el corazón. Cuando Marcos dice **“no entendían”** está queriendo decir que no aceptaban. Comprendían de más, pero no estaban por el camino de la cruz, como se deduce de los versículos siguientes en los que los vemos discutiendo **“quién de ellos era el más importante”**. Jesús les dice que el que quiera ser el primero, que se ponga el último, como servidor de todos, sobre todo de los más pequeños de la comunidad. Tan importantes son los pequeños en el Reino que los discípulos deben tener un cuidado exquisito para evitar que, con su mal ejemplo, flaquee su fe. No escandalizar es más importante que conservar la propia integridad.

En el capítulo **décimo** continúa Jesús enseñando a todos **“como tenía por costumbre”** (versículo 1º) sobre el camino del cristiano. Comienza hablándoles de las características del matrimonio cristiano; sigue defendiendo a los más indefensos y vulnerables de la sociedad, los niños, e incluso poniéndolos de modelo de ciudadanos del Reino, frente a la actitud de los apóstoles que los rechazaban precisamente por su pequeñez: **“Os aseguro que el que no reciba el Reino como un niño, no entrará en él”** (versículo 15).

Finalmente, el encuentro con el joven rico: **“Ve, vende cuanto tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme”** (versículo 21). El muchacho se retiró triste. La actitud del joven rico es lógica, porque no puede comprender la propuesta de Jesús de venderlo todo. Tengamos en cuenta que en aquella cultura la riqueza material era un signo de la bendición de Dios. ¿Cómo le pide ahora el maestro de Galilea que retire de su vida la bendición recibida de Dios, precisamente por ser un obstáculo a la salvación? ¿Tenía que despreciar el don de Dios precisamente para salvarse? Lo que Jesús le pide es de locos. El muchacho da gracias a Dios todos los días, precisamente por las riquezas recibidas y ahora se le pide que las abandone. Ahora se entiende la pregunta que hacen los apóstoles en el versículo 26: **“Entonces ¿quién podrá salvarse?”**, es decir, si los ricos, que están bendecidos por Dios, lo van a tener tan difícil ¿cómo lo vamos a tener los que no estamos bendecidos?

El capítulo va a terminar con la curación de un ciego estratégicamente colocado (Marcos 10, 46-52). Exactamente detrás del joven rico y de la petición, por

parte de Santiago y Juan, de un puesto de prestigio en el nuevo Reino, señal inequívoca de que no se han enterado de por dónde va Jesús. Éste instruye a sus dos primos sobre los puestos en el Reino: **“El que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el esclavo de todos. Pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir”**. Este ciego, Bartimeo, es un símbolo de los futuros discípulos: tiene fe en Jesús (Hijo de David, lo llama), pide con perseverancia (dos veces), se desprende de lo que tiene (sólo su manto), va a su búsqueda (de un salto) y, una vez curado, él **“que estaba sentado al borde del camino”**, sin esperanza alguna, **“le siguió por el camino”**, feliz y contento. Muy distinto del ciego de Betsaida de Marcos 8, 22-26, que tan duro fue de curar. Éste es lo contrario. Te lo cito para que los compares y te ponga el comentario del libro de Catequesis Familiar:

“En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: Hijo de David, ten compasión de mí. Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: Hijo de David, ten compasión de mí. Jesús se detuvo y dijo: Llamadlo. Llamaron al ciego diciéndole: Ánimo, levántate, que te llama. Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: ¿Qué quieres que haga por ti? El ciego le contestó: Maestro, que vea. Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha curado. Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino”.

“El ciego de Jericó nos representa a todos. En su camino hacia Jerusalén, Jesús y sus discípulos llegan a Jericó, la más antigua de las ciudades de Israel. Está en medio del desierto de Judá. Famosa por sus palmeras y rosas. Un oasis en la hondonada del río Jordán situado a 250 metros bajo el nivel del mar.

El relato es una catequesis construida por Marcos sobre la base de un acontecimiento real. Lucas y Mateo también recogen el hecho. Tenemos que hacer dos lecturas de este pasaje: una literal, lo que dice, y otra simbólica, lo que nos quiere enseñar. Ésta es más importante y por ello nos vamos a centrar en esta lectura simbólica.

Sentado al borde del camino por donde pasa Jesús está un ciego. Se trata de un hombre que conoce muy bien lo que es el dolor de la vida y el rechazo de la sociedad. Es la situación de tantos hombres marginados material o psicológicamente. Jesús pasa por allí camino de Jerusalén. Paradójicamente es el ciego el que llega a ver que Jesús es el hijo de David, es decir, el Mesías. Y esa luz interior del hombre que tiene fe le impulsa a gritar, desde lo hondo de su impotencia, cada vez con más fuerza: ¡Ten compasión de mí! La fe es el presupuesto indispensable de la oración.

La oración del ciego es preciosa. Reconoce en Jesús al Mesías, al hijo de David; en cierto modo, este profundo acto de fe le da derecho a insistir ante Jesús, pidiendo el milagro. Y Jesús atiende su demanda. Es nuestro ¡Señor, ten piedad! de la Eucaristía del domingo. Fue la que conmovió el corazón de Jesús, pero para que el domingo nos

salga bien necesita tres cosas: Primero, fe en Jesús que pasa cada domingo. En segundo lugar, conciencia de nuestra situación de ceguera, de impotencia para seguir a Jesús por el camino. Y en tercer lugar deseo de salir de ella, rezando a gritos. Vamos a vernos reflejados en el ciego:

La oración del ciego provoca dos reacciones muy distintas. La gente le manda callar, sin mucho éxito porque él grita más, reza más fuerte. Y Jesús se interesa por él y lo manda llamar. A Jesús no le molestan los gritos del ciego porque ha venido a escuchar la oración del que sufre y a salvar a los hombres.

La pregunta de Jesús parece ingenua: “¿Qué quieres que haga por ti?” Y este hombre que utilizaba la compasión ajena para sacar unas perras, ahora se atreve a pedir lo que a nadie hubiera pedido: “Señor, que vea”. La fe es un atrevimiento. Y esa fe le cura. Y con la curación, la salvación entra en él. Sigue a Jesús, camino de Jerusalén, alabando a Dios. San Lucas (18, 43) es más detallista, como siempre. Termina diciendo: "Enseguida recobró la vista y lo seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alababa a Dios".

Segundo bloque: Jesús en Jerusalén (capítulos 11 al 13). La entrada triunfal en Jerusalén tiene para los judíos referencias mesiánicas, tanto por el lugar donde suceden los hechos: **“Aquel día pondrá sus pies en el monte de los olivos”** (Zacarías 14, 4), como por la cabalgadura elegida: **“Salta de alegría, Sión, lanza gritos de júbilo, Jerusalén, porque se acerca tu rey, justo y victorioso, humilde y montado en un asno, en un joven borriquillo”** (Zacarías 9, 9). Al asumir Jesús ese papel que señaló Zacarías para el Mesías y formar la que formó purificando el templo de vendedores, Jesús se sale de un comportamiento normal en el mismo terreno de la oposición (en el templo). Ésta se le acerca a pedirle cuentas de por qué actúa así. Jesús acepta el desafío que le plantean y responde al estilo de la época, haciendo una pregunta a sus detractores sobre la procedencia del bautismo de Juan. Como no saben contestarle, él se niega a contestarles, de momento. Jesús viene a decirle: os habéis apoderado del templo, algo que no os pertenece, como veremos a continuación.

En el capítulo **doce** les va a dar una dura respuesta en forma de parábola, que ellos, sin duda, entendieron porque ya Isaías les había dicho: **“La viña del Señor es la casa de Israel”** y como el mismo Marcos lo indica al terminar la parábola: **“Sus adversarios estaban deseando echarle mano, porque se dieron cuenta de que Jesús había dicho la parábola por ellos”** (12, 12). Esta parábola refleja perfectamente la actitud de las autoridades judías respecto a Jesús, pero también podemos pensarla en clave de hoy. La Iglesia es el nuevo Israel, la nueva viña del Señor. Aquellos arrendatarios no fueron dignos y les fue quitada la viña. Se nos ha dado a nosotros, la vieja Europa de las catedrales y el Vaticano. ¿Estamos dando los frutos que Dios esperaba de nosotros? ¿No está Dios cansado de esperar unos frutos que son suyos y nosotros le negamos? Frutos de justicia, solidaridad, compasión, etc. Te pongo la parábola para que pienses un poco. La Iglesia es el nuevo Israel.

“Un hombre plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó un lagar y edificó una torre. Después la arrendó a unos labradores y se ausentó. A su debido tiempo envió un siervo a los labradores para que le dieran la parte correspondiente de los frutos de la viña. Pero ellos lo agarraron, lo golpearon y lo despidieron con las manos vacías. Volvió a enviarles otro siervo. A éste lo descalabraron y lo ultrajaron. Todavía les envió otro, y lo mataron. Y otros muchos a los que golpearon o mataron.

Finalmente, cuando ya sólo le quedaba su hijo querido, se lo envió pensando: “A mi hijo lo respetarán”. Pero aquellos labradores se dijeron: “Éste es el heredero. Matémoslo y será nuestra la herencia” Y, echándole mano, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña. ¿Qué hará, pues, el dueño de la viña? Vendrá, acabará con los labradores y dará la viña a otros. ¿No habéis leído este texto de la Escritura: La piedra que rechazaron los constructores se ha convertido en piedra angular: esto es obra del Señor, y es realmente admirable?” (Marcos 12, 1-11).

En el resto del capítulo doce las autoridades siguen desafiando abiertamente a Jesús, con distintos pretextos: el impuesto al César, la resurrección de los muertos, el mandamiento principal: ***“Le enviaron entonces unos fariseos y unos herodianos con el fin de cazarlo en alguna palabra”*** (Marcos 12, 13). Jesús se defiende sin dificultad e, incluso, contraataca entre el agrado del personal: ***“Esta respuesta los dejó asombrados”*** (12, 17) y ***“La multitud lo escuchaba con agrado”*** (12, 37). Puedes leerlo. Todo tiene sus paralelos en Mateo y Lucas. Jesús termina el capítulo 12 defendiendo la generosidad de una pobre viuda que ***“echó dos monedas de muy poco valor”*** en el cepillo del templo, mientras los ricos echaban cantidades considerables. Parece ser que en el templo había distintos cepillos y, según el valor de la moneda, la echaban en uno u otro. La mujer se dirigió al de las monedas más pequeñas y por eso se dio cuenta Jesús, no porque viera la moneda. La mujer echó ***“todo lo que tenía para vivir”***, dio su propia vida. Los ricos no, porque dieron de lo que les sobraba.

El capítulo **trece** concluye esta segunda parte. Todo él forma el gran discurso escatológico o apocalíptico de Marcos. Tiene su paralelo en Mateo y allí lo explicamos bien. No vamos a repetir lo mismo. Siempre que hablamos de escatología, del final de los tiempos, hemos de pensar en dos realidades: el final del mundo y el final de mi mundo, el final de mi vida. Jesús no quiere alarmismos, a los que somos tan propicios. Marcos avisa a sus cristianos con esta frase: ***“Cuidado de que nadie os engañe. Muchos vendrán usurpando mi nombre diciendo: Yo soy, y engañarán a muchos”***. Esa frase respondía a la realidad que estaban viviendo. Para todos los judíos, con la ayuda del historiador judío Flavio Josefo, el emperador Vespasiano se presentaba como el Mesías esperado. Marcos avisa a los suyos de que el emperador no es el Mesías, por mucho que se presente diciendo: ***“Yo soy”***.

Jesús nos pide paciencia y perseverancia: ***“El que persevera hasta el fin, ése se salvará”*** (13, 13). Vivir siempre la suave tensión de la espera: el final de nuestro

mundo será el encuentro con Jesús. Antes del fin, de nuestro fin, tenemos que sufrir tribulaciones, enfermedades, sufrimiento, persecuciones. El estilo es apocalíptico: abundan los imperativos, seguidos de explicación, y también expresiones que indican necesidad, como “tiene que ocurrir”, “es preciso”. Léelo.

5. - Conclusión: Pasión, muerte y resurrección de Jesús (capítulos 14-16). Tres capítulos, que tienen sus paralelos en Mateo y Lucas, salvo los dos últimos versículos del final, dedicados a la ascensión, que recoge Lucas y Mateo no. Como verás más tarde estos versículos, y algunos más, son un añadido del siglo II. Vamos a ver lo más significativo de Marcos y a explicar lo que pueda resultarte oscuro. Seguimos el orden de los capítulos para que puedas ir leyéndolos a la vez que te explico.

Capítulo **catorce**. Comienza por lo que podemos considerar preparativos a la pasión. Fíjate que los fariseos desaparecen a partir de ahora y toman el protagonismo los sacerdotes, el sanedrín y los maestros de la ley: gente toda del templo. El ambiente, la traición de Judas y la unción en Betania. El ambiente es éste: **“Los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley andaban buscando el modo de prender a Jesús con engaño y darle muerte”** (14, 1). Judas tenía que hacer su papel, como estaba escrito: **“Judas fue a hablar con los jefes de los sacerdotes para entregarles a Jesús. Ellos se alegraron al oírle y prometieron darle dinero. Así que andaban buscando una oportunidad para entregarlo”** (12, 10-11). Y en la unción en Betania, Jesús interpreta que aquella mujer **“Se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura”** (12, 8). Todo y todos, hasta el mismo Jesús, están preparados para lo que se acerca.

Jesús quiere despedirse de los suyos y, como buen judío, aprovecha la fecha en que están para hacerlo en una cena pascual, en la que actúa como anfitrión. Marcos sitúa la institución de la Eucaristía en plena pascua: **“Cuando se sacrificaba el cordero pascual”** (Marcos 14, 12). En cambio Juan lo sitúa antes: como mucho el martes santo. Juan y los sinópticos no coinciden en la fecha de la celebración. Lo importante no es el contexto en que surge la institución, sino el nuevo significado que le da al pan y al vino y el **“Haced esto en conmemoración mía”**. Cuatro momentos: los preparativos de la cena, el anuncio de la traición de Judas, la institución de la Eucaristía y la traición de Pedro.

Vamos a fijarnos en esta última. Recuerda que la última intervención de Pedro fue el desafortunado intento de apartar a Jesús de la cruz. Como Jesús le dijo **“Ponte detrás de mí”**, ahora Pedro se va a limitar a prometerle fidelidad: **“Aunque todos te abandonen, yo no”, “Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré”**. No entraba en los planes de Pedro, pero la pregunta de la criada (**“¿Tú no eres de ellos?”**), vino en el peor momento y el pobre cometió el error de su vida. Todos caemos en el momento más inoportuno. Al maligno le pagan para eso y se sabe muy bien su oficio porque es muy viejo. ¡Ojo...! En defensa de Pedro, digamos que **“Todos decían lo mismo”** y todos huyeron.

De la mesa pasan al huerto de Getsemaní, donde Jesús va a vivir una terrible agonía. Tiene miedo y pide compañía a los tres que estuvieron en la transfiguración. Les dice **“Velad y orad”**, que significa “velad orando”: si no es orando es imposible el velar cristiano. Pero de nada les sirvieron estas recomendaciones del maestro. **“Sus ojos estaban cargados de sueño”** (14, 40). Lee estos once versículos: las expresiones son patéticas y definen perfectamente la situación. Marcos es el único que utiliza la expresión **“Abba, Padre”**, que es más familiar y afectuosa que Padre a secas. Esta expresión es importante porque introduce en la oración cristiana un lenguaje coloquial, terminando así con la tradición rígida de la oración ritual. Viene a significar “padre mío” o “padrecito”.

Jesús busca refugio en el Padre y el Padre marca distancias. Es el terrible momento del silencio de Dios que todos conocemos. Jesús acepta su cruz porque se prepara en la oración. Nadie es capaz de aceptar su cruz, si no ha buscado la fuerza para llevarla en quien es capaz de dársela (Dios). Es el Señor quien da fuerza para aceptar nuestra cruz. Jesús llega a Getsemaní derrotado y en la oración se levanta y saca fuerzas para seguir hasta el calvario. No se trata de aceptar la cruz a la fuerza: eso sería un inútil voluntarismo, una prepotencia. Hay que pedirle fuerza a Dios, que es el que nos la puede dar. Con esa fuerza podremos cargar con nuestra cruz de cada día. Fíjate que, cuando Pedro se quedó dormido y Jesús lo va a despertar, no lo llama Pedro, sino Simón; es como si el que se quedó dormido no fuera el discípulo, sino el personaje anterior a que Pedro fuera llamado para ser discípulo.

Se presenta Judas y, con un cariñoso “Rabí”, que significa “mi maestro” o “mi señor”, y con un beso entrega a Jesús, mientras los suyos huyen despavoridos. Aquí hay dos versículos originales de Marcos, que algunos Santos Padres dicen que el protagonista es el mismo Marcos, como si firmara su evangelio. Aunque no hay pruebas contundentes, puede que sea así, ya que sólo él recoge el hecho. Dice: **“Un joven lo iba siguiendo, cubierto sólo con una sábana. Le echaron mano, pero él, soltando la sábana, se escapó desnudo”** (Marcos 14, 51-52). Ya sabemos que el miedo es libre y, cuando entra, no hay pudor que valga, con tal de marcar distancias con los perseguidores.

Llevan a Jesús preso ante el sanedrín, mientras Pedro **“lo siguió de lejos, entró en el patio y se quedó sentado con los guardias, junto al fuego”** (14, 54). Los dos, Jesús y Pedro, van a ser entrevistados. Las preguntas a Pedro le vendrán de una criada y de los guardias que le acompañaban. A Jesús de dos testigos falsos y del sumo sacerdote. Mientras Pedro negó siempre, Jesús no respondió a los falsos testimonios y sí al sumo sacerdote que le pregunta si es el Mesías, el Hijo del Bendito: **“Yo soy”**. Pedro, por su parte, **“se acordó de lo que Jesús le había dicho... y rompió a llorar”**. A Jesús **“Todos lo juzgaron reo de muerte”** y **“comenzaron a escupirle y golpearle”**. Como ves, más que hablar de juicio, se trata de una reunión informal, organizada con la intención premeditada de condenar al reo, sin la más mínima garantía procesal.

El capítulo **quince** comienza con la decisión tomada de llevar a Jesús ante Pilatos para que lo condene a muerte, ya que sólo la autoridad romana podía hacerlo. La dignidad de Jesús está por el suelo: pasa de manos de Judas a las del sanedrín, de las de éste a las de Pilatos, que lo entrega a los soldados y éstos a los verdugos. Pilatos sabe de la inocencia de Jesús, pero, como político, es oportunista, y *“queriendo complacer a la gente... entregó a Jesús para que lo azotaran y, después, lo crucificaran”* (Marcos 15, 15). Entre la burla de muchos de los presentes y el consuelo de algunas mujeres acompañantes, Jesús muere en la cruz. Si en los milagros se manifestó el poder de Dios, ahora en la cruz se manifiesta el amor de Dios.

Y es enterrado, ante la atenta mirada de María Magdalena y otra María, en un sepulcro que le presta José de Arimatea, que *“tuvo el valor de presentarse ante Pilatos para pedirle el cuerpo de Jesús”* (15, 43). Normalmente se enterraban a los difuntos el día de su muerte. No hacerlo era una deshonra. Después, durante tres días, iban a la tumba a llorar porque creían que el alma no abandonaba al cuerpo hasta los tres días. No había cementerios, sino tumbas familiares. Unos se enterraban en cuevas y otros en el suelo. Las tumbas hechas en el suelo se blanqueaban bien para señalarlas, no fuera a pisarlas alguien y quedara impuro.

El capítulo **dieciséis** está dedicado a la resurrección. Marcos dedica muy poco espacio al tema de la resurrección. Tu Biblia trae 20 versículos, los mismos que Mateo, pero se sabe que los doce últimos son un añadido o apéndice del siglo II, puestos para darle a Marcos un final más feliz y, sobre todo, más completo, con algunas apariciones de Jesús, sobre todo a los once a quienes *“echó en cara su incredulidad y su terquedad, por no haber creído a quienes le habían visto resucitado”* (16, 14). Muchos piensan que Jesús resucitado se aparece a aquéllos que más necesitan incrementar su fe (Pedro, Tomás, los de Emaús). Por esto, quizás, no nos dejan los evangelios ninguna aparición a María, su madre. Este apéndice tardío de doce versículos está autorizado por la Iglesia y reconocido como inspirando y canónico, es decir, oficial. Forma parte del evangelio, aunque no lo escribiera Marcos o el autor del evangelio, si no se llamaba Marcos. Mateo sigue a Marcos hasta el versículo 8. Más adelante no porque no lo conocía, naturalmente.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Isaías 52, 13-53, 12

Iª Timoteo 1, 12-17

Marcos 4, 26-29

Actividades:

1. - La primera lectura que te he propuesto es el cuarto canto del siervo de Yavé. Nos presenta a un Jesús desfigurado por el dolor de la pasión. Es el camino que recorre en el evangelio de Marcos: Mesías, pero sufriendo.

2. - Un tema importante del evangelio de Marcos es el discipulado. Has estudiado en el tema el proceso de transformación que fueron experimentando los apóstoles en contacto con Jesús. En la segunda lectura Pablo te cuenta el suyo.

3. - Ya te dije en su momento que esta parábola es original de Marcos. Son cuatro versículos, pero constituyen una verdadera joya. Medítala despacio.

Tema 8º. - PRESENTACIÓN DEL EVANGELIO DE SAN LUCAS.

1. - Introducción. Aunque vamos a comenzar por el evangelio de Lucas, lo primero que tenemos que tener en cuenta es que su obra tiene una segunda parte: el libro de los Hechos de los Apóstoles, que lleva el mensaje de Jesús desde Jerusalén hasta Roma, capital del imperio. Él mismo, en el prólogo de los Hechos, habla de su “**primer libro**” refiriéndose a su evangelio. En nuestras biblias se interpone entre ambos el evangelio de Juan. Nosotros, fieles al criterio seguido hasta ahora, iremos explicando libro por libro, según el orden de nuestras biblias. Este curso vamos a explicar sin prisa el evangelio y, otro año, hablaremos del libro de los Hechos de los Apóstoles.

El evangelio de Lucas es, posiblemente, el más largo y bonito de los cuatro. A él y a su evangelio se le han echado todo tipo de piropos y definiciones. Es “**El evangelio de la gracia**”: Lucas conoce la predicación de Pablo sobre el poder de Dios y sobre la incapacidad del hombre para conseguir la salvación por sus propias fuerzas. “**El evangelio de la misericordia y el perdón**”: sus parábolas sobre la misericordia de Dios para con el hombre son preciosas. Y Lucas es “**el evangelista pintor**”. Parece que más que escribir, dibuja lo que está diciendo. Para facilitarte la presentación de este evangelio, vamos a seguir el mismo esquema que utilizamos en los anteriores, a los que se parece bastante tanto en los hechos que narra como en la forma de presentarlos.

2. - Situar el evangelio de Lucas. ¿Quién escribió el evangelio según San Lucas? Ya sabes, atribuido a Lucas, porque ninguno vino firmado. Ireneo, obispo de Lyon, es el primero en atestiguarlo en el siglo II: “*Lucas, discípulo de Pablo, compuso el evangelio por él predicado*”. También del siglo II se conservan estas líneas biográficas en el llamado “Prólogo antimarcionista”: “*Lucas, antioqueno de Siria, de profesión médico, fue discípulo de los apóstoles; más tarde siguió a Pablo hasta el martirio de éste. Sirvió al Señor sin falta, no tuvo mujer ni engendró hijos; murió en Boecia lleno de Espíritu Santo, a la edad de 80 años*”. Según el Martirologio Romano, sus restos descansan en Padua. Lucas era un pagano convertido al cristianismo. Lo más probable es que acompañara a Pablo en sus 2º y 3º viajes, como también cuando estuvo preso en Roma. Aquí pudo conocer a Marcos y su evangelio, que le sirvió de inspiración.

Un hombre muy culto, médico de profesión; escribió su evangelio en griego, en el mejor griego de todos los evangelios, tal vez porque era su lengua materna. Tiene una definida vocación de historiador y periodista y, por encima de ambas, de evangelista. Es decir, toda su investigación la orienta a presentarnos a Jesús como el Señor, el Salvador. Pudo nacer en Antioquía de Siria o por lo menos en Siria, en el primer tercio del siglo I. Parece ser que no convivió con Jesús, no lo conoció, sino que se valió de lo que le “*transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra*” (Lucas 1, 2).

Su vena de historiador le empuja a escribir siguiendo el estilo de los historiadores griegos y a conectar con la historia pagana en la que está inmerso como ciudadano de su época. Por ejemplo, cuando presenta a Juan Bautista en sociedad, lo hace de esta guisa: ***“El año quince del reinado del emperador Tiberio, siendo Poncio Pilatos gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisania tetrarca de Abilene, en tiempos de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, la palabra de Dios vino sobre Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto”*** (Lucas 3, 1-2). Como ves, da pelos y señales del momento histórico de la aparición de Juan.

¿Cómo lo escribió? Hay opiniones para todos los gustos, pero la mayoría opina que se sirvió de Marcos y de la otra fuente “Q”, de la que hablamos al presentar los evangelios en el tema 2º y que los investigadores alemanes encontraron como enterrada dentro de este evangelio y del de Mateo. Además, Lucas tiene sus fuentes propias de las que saca algunos trozos que no tienen paralelos en los demás y que constituyen casi la mitad de su evangelio (los entendidos llaman a esta fuente propia la fuente “L”. L de Lucas).

Así tenemos, de la fuente “L”, el evangelio de la infancia; bastantes milagros, como la resurrección del hijo de la viuda de Naín, los diez leprosos y otros; parábolas preciosas, en las que Lucas es insuperable, como el buen samaritano, el hijo pródigo, la de Lázaro y la del fariseo y el publicano que subieron juntos a orar al templo, y otras. Y también narraciones, como el envío de los setenta y, en esto también es original Lucas, muchas narraciones referidas a mujeres, como Marta y María, el elogio referido a María, la madre de Jesús, (Lucas 11, 27-28), y algunas otras. Aunque en algunos trozos escribe en griego clásico, culto, su evangelio está escrito en griego popular, llamado “coiné”, pero evitando en todo momento expresiones que puedan resultar excesivamente vulgares. Sencillez, sin vulgaridad.

¿Cuándo lo escribió? La mayoría lo sitúa escrito entre los años 80-85, sobre todo si aceptamos la hipótesis de su inspiración en Marcos y que él mismo dice en su prólogo que ya ***“ha habido muchos que se han propuesto componer un relato de lo ocurrido entre nosotros”***. No es que esta frase sea definitiva, pero sí apoya la tesis de una escritura tardía, por lo menos no fue de los primeros, sino que ya muchos otros habían escrito antes que él. Pero no faltan quienes hablan de los años 75-80.

Me he encontrado también un autor que dice que “lo esencial” lo escribió entre los años 54-57. No descarto tampoco esta fecha, si tenemos en cuenta lo que hemos dicho de casi todos los libros de la Biblia: que no se escribieron de corrido, sino con añadidos sobre un núcleo originario y esencial. De todas formas, la mayoría de los autores consultados habla de los años 80-90 y, si quieres aquilatar un poco más, entre los años 75-90. Recuerda que en el tema 2º, punto 3º, hablamos de las tres etapas en que se formaron los evangelios. Dijimos allí que la tercera, la redacción, fue entre los años 60 y 90. Vale, por tanto, lo dicho. Ya habían pasado cincuenta años desde los

sucesos que originaron el cristianismo y era necesario que alguien echase la vista atrás para garantizar la continuidad de estas tradiciones sobre Jesús. Lucas lo hizo.

¿Dónde se escribió? La tradición lo sitúa escrito en Acaya, una pequeña región de la antigua Grecia, situada al norte del Peloponeso, o en algunas de las comunidades donde predicó Pablo, a quien acompañó en algunos de sus viajes, como el mismo Pablo da testimonio en sus cartas, pero siempre en el entorno griego. Otros prefieren inclinarse por Antioquía, en Siria, como lugar de origen.

¿Para quiénes escribe? Para cristianos procedentes del paganismo, no del judaísmo, que viven fuera de Palestina y, por tanto, en contacto con un mundo muy diverso del que vivió Jesús y la primera generación cristiana. Ya estos destinatarios son gentes de la segunda generación, a quienes ha de infundir ánimos porque los cincuenta años transcurridos desde la muerte de Cristo los ha relajado bastante y, en parte, están cansados y apáticos, corriendo un grave peligro de volver a la antigua vida pagana. Algunos incluso han perdido la fe “*¿Nos habrán dicho la verdad?*”, se preguntan. Necesitan convertirse, volver a su entusiasmo primero. 14 veces sale en el evangelio la palabra “conversión”. Lucas piensa en la frase de Jesús: “***Cuando vuelva el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra?***”. La respuesta a esta pregunta inquieta a Lucas que, en el prólogo de su evangelio, testifica que escribe “***para que lleguen a comprender la autenticidad de las enseñanzas que han recibido***”. Es como decirle: “*¡Ánimo, que todo lo dicho es verdad!*”.

Lucas lo dedica a un tal Teófilo, que, para unos, es un hombre concreto y, para otros, una comunidad de creyentes. Ya te dije que Teófilo significa, simplemente, “**amado de Dios**”, por tanto que puede ser un individuo o un grupo. Este hecho de dedicar el libro a un personaje era frecuente en Grecia. ¿Sería el nombre del obispo de la comunidad para la que lo escribe? No lo sabemos. Quesnel nos muestra esta dedicatoria que te cito ahora para que veas el parecido con la de Lucas: “*Aunque muchos escritores tanto antiguos como recientes han compuesto tratados sobre la preparación, el poder y la verificación de los alimentos, intentaré mostrarte, querido Ario, que no me movió un impulso baldío ni sin sentido a esta empresa*” (Pág. 353).

3. - Los grandes temas del evangelio de Lucas. ¿Cuál es la teología del evangelio de San Lucas? ¿De qué trata? ¿Cuáles son sus grandes temas? Como evangelista, el tema central es el anuncio de Jesús. Jesús es el tema central de todos los evangelistas. Como hemos dicho que Lucas es historiador, a Jesús lo coloca como centro de la historia. En este evangelista se cumple lo que decíamos al comienzo de este curso bíblico: Jesús es el centro de la Biblia, de la historia de la salvación. Esta historia de la salvación, como sabemos, tiene un “**antecedente**” en Israel, el pueblo elegido, tiempo de promesa y espera; tiene un “**presente**” en la persona de Jesús que es cumplimiento y plenitud de todo lo prometido, y tiene un “**después**”, que es el tiempo de la Iglesia, continuadora de la misión de Jesús, su cuerpo místico.

Jesús es presentado desde su nacimiento a los pastores como el Salvador, el Mesías, el Señor: ***“Os anuncio una gran alegría, que lo será también para todo el pueblo. Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Mesías, el Señor”*** (Lucas 2, 11). En Lucas “ya” está presente la salvación en el mundo, en la persona de Jesús, pero no está menos presente el “todavía no” de la salvación, la tensión hacia el cumplimiento total, que se hace patente en las continuas invitaciones a la vigilancia y la espera de la venida del Señor, sobre todo en el camino hacia Jerusalén. Todos estos títulos de Jesús, y la alegría de la salvación que nos trae, van a estar presentes en el evangelio de Lucas. También el título de **“Hijo de Dios”**, como le anunció Gabriel a María: ***“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios”*** (Lucas 1, 35). Igualmente es presentado como “Profeta”, servidor de la Palabra. Y Siervo de Yavé, por su papel mediador en la salvación. También Jesús es presentado como “justo”, “santo”, “autor de la vida”, “grande”.

Otro tema evidente en Lucas es la misericordia y el perdón de Dios hacia los pecadores. Y el gozo que sigue al perdón. Basta recordar la parábola del Padre bueno y el hijo pródigo, tanto en la acogida que el padre tributa al hijo macarra que vuelve derrotado como en el banquete que le sigue para celebrar con gozo la vuelta del que ***“estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo hemos encontrado”*** (Lucas 15, 32). Son varias las parábolas de la misericordia en Lucas: la oveja perdida, el hijo pródigo, la moneda perdida. Un Dios siempre compasivo con el que se aleja, con los extranjeros, con las viudas, con los pecadores, con los pobres, que son el nuevo rostro de Jesús. En vez de citártelas ahora todas, ya las iremos viendo en el próximo tema. El amor universal de Jesús a todos, pero especialmente a los necesitados, llega a su cumbre en el ofrecimiento en la cruz, obedeciendo la voluntad del Padre.

Otro año veremos el futuro de esta predicación evangélica, es decir, cómo, una vez que Jesús ha resucitado de entre los muertos, en el tiempo de la Iglesia y los discípulos, éstos predicán que es Él el único que puede dar la salvación a todos los hombres: ***“Nadie más que Él puede salvarnos, pues sólo a través de Él nos concede Dios a los hombres la salvación sobre la tierra”*** (Hechos 4, 12). Lo hace a través de su Iglesia, sacramento de salvación para todos los hombres. La salvación es universal en Lucas, y todos los hombres están llamados a ella, incluso los paganos.

También podemos destacar en Lucas la presencia del Espíritu en toda su obra, desde la encarnación hasta el final de sus escritos, en el libro de los Hechos que, con razón, ha sido llamado **“El evangelio del Espíritu Santo”**. El Espíritu de Jesús actúa en la Iglesia naciente como uno más. Cuando veamos el libro de los Hechos nos encontraremos con frases parecidas a ésta: ***“Nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros...”***. No sólo está presente el Espíritu en los Hechos, también en su evangelio, pero menos. En su evangelio destaca más la presencia del Padre con quien Jesús está en oración permanente y en contacto con Él; la oración más impresionante de todas es sin duda la que hizo en la cruz por quienes lo estaban machacando: ***“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*** (Lucas 23, 34).

Y, si quieres que te destaque otro tema más en Lucas, es el protagonismo que tiene la mujer a lo largo de su obra. La primera María, su madre y miembro de la comunidad naciente. En el libro de los Hechos nos encontramos con que *“Todos perseveraban unánimes en la oración con algunas mujeres, con María la madre de Jesús”* (Hechos 1, 14). Pero hay muchas más mujeres en la obra de Lucas: Isabel, la madre del Bautista; la piadosa anciana Ana, que daba gloria a Dios en el templo por haber conocido al niño a sus 84 años; Marta y María, las dos célebres hermanas de Lázaro; la viuda de Naín; la pecadora María de Magdala; la Verónica y sus compañeras que sienten lástima por Él en el camino de la cruz, etc.

La Verónica no sale en el evangelio; es un añadido de la tradición. La palabra verónica significa **“imagen verdadera”**. Cuenta la leyenda que una de estas mujeres, que nombra Lucas, limpió el rostro de Jesús con un lienzo y se quedó grabado en él el rostro de Jesús en la tela. Siempre se veneró este lienzo en la Iglesia de San Silvestre, de Roma, pero en el siglo XIX pasó a la Basílica de San Pedro donde actualmente se venera este santo sudario, santa faz o “velo de la Verónica”, que ya sabes que es fruto de esta leyenda, surgida en torno al siglo VI, no antes. En tiempos de Jesús era costumbre que mujeres piadosas prepararan bebidas calmantes y se las ofrecieran a los condenados para mitigar sus dolores y bajar su nivel de conciencia. Éste es el fundamento histórico de las palabras de Lucas

4. - Estructura o división interna del evangelio de Lucas. Este evangelio está dividido en 24 capítulos, frente a los 28 de Mateo, pero tiene 92 versículos más que éste: 1.160 de Lucas, frente a los 1.068 de Mateo. ¿Cómo lo dividimos para su estudio? Naturalmente, los autores no son unánimes pero las diferencias tampoco son grandes. Vamos a seguir el criterio que nos parece más sencillo, como siempre. Todo el mundo habla de un prólogo y casi todos de un epílogo o conclusión. Entre ambos, cuatro o cinco partes, según que separemos la actividad de Jesús en Jerusalén de su pasión, muerte y resurrección o tomemos ambos momentos como un todo unido. Nosotros nos inclinamos por esta última opción. Veamos:

El prólogo, capítulo 1, 1-4. En el tema siguiente lo veremos detenidamente. Cuatro versículos para presentar el libro. En el libro de los Hechos también lo hará Lucas, pero sólo con dos versículos. En el prólogo tenemos la dedicación. En Teófilo están representados los paganos convertidos al cristianismo. Personas que conocen mal las Escrituras y las costumbres judías, lo que mueve a Lucas a explicárselas en su obra.

Primera parte: Presentación de Jesús, capítulos 1, 5 al 4, 13. Otros autores prefieren llamar a estos capítulos **“Jesús y el Bautista”**. Y está bien porque se exponen, alternativamente, ambas vidas desde antes de sus nacimientos: anuncio del nacimiento de Juan junto al anuncio del nacimiento de Jesús; nacimiento de Juan y, a continuación, el nacimiento de Jesús. Después la presentación de Jesús, de pequeño en el templo y con doce años en su primera pascua, y, seguidamente la presentación

de Juan predicando en el desierto. Completan esta primera parte la presentación de Jesús como Hijo amado de Dios en el bautismo, la genealogía y las tentaciones en el desierto. Haz una primera lectura de estos capítulos. Destacan en ellos, además de la sencillez de su estilo, los tres himnos con que se adornan: el de María, el de Zacarías y el de Simeón. Ya veremos todo esto, de forma detenida, en el tema próximo.

Segunda parte: La actividad de Jesús en Galilea, capítulos 4, 14 al 9, 50, para presentar a Jesús y su obra. Podríamos dividir estos seis capítulos en tres bloques: El primero comienza con la manifestación de Jesús en su pueblo y termina con el rechazo rabioso de los fariseos: ***“Ellos, llenos de rabia, discutían qué podrían hacer contra Jesús”*** (Lucas 6, 11). En el segundo bloque Jesús instruye a sus discípulos y realiza varios milagros, entre ellos la resurrección del hijo de la viuda de Naín, que es exclusivo de Lucas y lo veremos en el tema siguiente. Termina con el capítulo 8°. Los primeros cincuenta versículos del capítulo 9° forman el tercer bloque: Jesús se revela a sus tres discípulos predilectos en la transfiguración, donde se sienten felices pero cuando les anuncia la pasión ***“No entendían lo que les quería decir: les resultaba tan oscuro que no llegaban a comprenderlo”***. (Lucas 9, 45).

Tercera Parte: La subida a Jerusalén, capítulos 9, 51 al 19, 28. Es la parte más amplia, propia de Lucas, sin paralelos en los otros sinópticos. Abarca diez capítulos. El comienzo de esta sección es solemne: ***“Cuando llegó el tiempo de su partida de este mundo, Jesús tomó la decisión de subir a Jerusalén”*** (9, 51). El centro de la mirada de Lucas es Jerusalén, ***“que mata a los profetas y apedrea a los que Dios le envía”*** (13, 34). En ella se consuma la salvación y, desde Jerusalén, se extiende al fin del mundo (Hechos de los apóstoles): su evangelio comienza en Jerusalén ***“En tiempos de Herodes, rey de Judea...”*** (1, 5), y en Jerusalén acabará la vida de Jesús, y sus discípulos se quedarán en ***“la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza que viene de lo alto”*** (24, 49) para salir al mundo entero.

Podríamos decir que la obra de Lucas tiene dos partes: la primera, el Evangelio, es un camino de ida a Jerusalén; la segunda parte, Hechos de los apóstoles, es la salida de Jerusalén hacia el mundo entero. Dicho de otra forma: durante el tiempo del Mesías, Jerusalén será el punto hacia el que todo confluya. Después de Pentecostés, Jerusalén se convierte en el punto de origen, siendo el mundo entero el punto de destino.

Esta subida a Jerusalén más que un viaje geográfico es un camino teológico, es la parte más doctrinal de su evangelio. Jesús va a instruir a sus discípulos sobre cómo tienen que ser y lo que espera de ellos: el seguimiento, con los anuncios de la pasión al fondo, y la necesidad de que la respuesta sea muy decidida: ***“Si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser discípulo mío”*** (Lucas 14, 26). En Lucas 18, 15 se vuelve a empalmar con Marcos, probablemente su primera fuente de inspiración como lo fue de Mateo.

Cuarta Parte: Estancia en Jerusalén, capítulos 19, 29 al 24, 49, punto de destino de todo el evangelio. En la ciudad santa se va a presentar el acontecimiento central de la salvación, con dos momentos: la humillación de la cruz y la exaltación del sepulcro vacío. También podemos dividir esta parte en tres bloques, como hicimos en Mateo: **entrada** triunfal en Jerusalén, enfrentamiento con los vendedores del templo y con las autoridades, un **discurso** escatológico, más corto que el de Mateo, y **la pasión**, muerte y resurrección; todo fundamentalmente paralelo con Mateo. Los testimonios de la resurrección, que en Mateo son en Galilea, en Lucas se dan en torno a Jerusalén, sobre todo la gran aparición a Cleofás y su amigo, camino de Emaús. Institucionalmente es más importante la aparición a los once, con Pedro a la cabeza, pero en Jerusalén, no en Galilea. Desde Jerusalén los mandará a todas las naciones. En Hechos, Roma, capital del mundo conocido, será también protagonista.

Epílogo, versículos 50-53 del capítulo 28. Es la despedida de Jesús, antes de la ascensión a los cielos que Lucas repetirá al comenzar su segundo libro. *“Ellos se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría. Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios”* (Lucas 28, 52-53). Así termina Lucas su evangelio.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Isaías 40, 1-11

Efesios 2, 1-10

Lucas 1, 46-55

Actividades:

1. - Juan Bautista ocupa un lugar muy importante en el evangelio de Lucas porque anuncia a Jesús. Las palabras de la primera lectura se las aplica Lucas a Juan, como precursor. Léelas completas en la cita que te pongo.

2. - Hemos dicho que el evangelio de Lucas es el de la misericordia de Dios. Pablo nos presenta en la segunda actividad, a un “Dios rico en misericordia” que nos salva. Léela y medítala.

3. - Hemos dicho que Lucas es el evangelista de las mujeres. Y de María, bendita entre todas las mujeres. Como lectura evangélica, te ofrezco el Magníficat.

Tema 9. - EL EVANGELIO DE SAN LUCAS (Iª Parte)

1. - Introducción. Ya sabemos que el evangelio de Lucas es muy sencillo. En el tema anterior te hice su presentación general. Ahora vamos a ir parte por parte. Te recuerdo que, además del prólogo, el evangelio tiene cuatro partes. La presentación de Jesús, su ministerio en su tierra (Galilea), la subida a Jerusalén y el ministerio en la ciudad santa (Jerusalén), que termina con las apariciones tras la resurrección y con el epílogo o conclusión de la ascensión al cielo. Vayamos parte por parte.

2. - El prólogo de Lucas. Es tan bonito que lo mejor es recordártelo una vez más. *“Excelentísimo Teófilo: Muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros, siguiendo las tradiciones transmitidas por los que primero fueron testigos oculares y luego predicadores de la Palabra. Yo también, después de comprobarlo todo exactamente desde el principio, he resuelto escribírtelos por su orden, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido”.*

¿Quién es Teófilo? Teófilo significa en griego **“amado de Dios”**. Al ir acompañado de **“Excelentísimo”** podemos pensar en alguien de la nobleza a quien estaba reservado ese título. También podría referirse a los cristianos en general, que son amados de Dios. Fíjate que el prólogo podría firmarlo cualquier historiador clásico: dedicatoria, método de trabajo y objetivo. El método es ir a las fuentes donde se produjeron las noticias (**“Los testigos oculares”**, porque sabemos que él no lo fue) y el objetivo es **“para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido”**. No busca Lucas, con su trabajo de investigación, hacer historia profana con un orden cronológico sino catequética para confirmar a los suyos en la fe, es decir, hacer historia sagrada, que se sucede en tres tiempos: Israel-Jesús-Iglesia.

Este prólogo es muy importante porque da credibilidad a todo el evangelio. Se ve que el que lo ha escrito lo ha trabajado y se ha ido a las fuentes de la noticia. Lucas no es el primero en narrar los hechos, pero lo que había ya escrito o no le gustaba o no respondía a las necesidades de su comunidad. Ya dijimos que, además del testimonio de los testigos directos y predicadores que tenían por misión conservar y preservar los dichos y hechos de Jesús, Lucas utiliza en la redacción final de su evangelio otras fuentes: los escritos que ya corrían por las comunidades cristianas (sobre todo Marcos y la llamada fuente **“Q”**, fuente de inspiración también de Mateo) y fuentes propias de escritos anteriores suyos. Casi la mitad del evangelio es original suyo (unos 500 versículos de los 1.151 de que consta su evangelio. Sería la fuente **“L”** -de Lucas-, de que algunos hablan, sin que haya unanimidad en esto).

3. - La presentación de Jesús (capítulos 1, 5 al 4, 13). También podemos llamar a este bloque **“Juan y Jesús”**, por orden de edad. Juan era seis meses mayor que Jesús porque Isabel, su madre, **“estaba de seis meses”** cuando Jesús fue concebido. Lo que más va a llamar la atención en este bloque es que se trata de dos vidas paralelas. Vamos a dividir el bloque en tres partes, por aquello de que *“con cuerda de tres nudos, ni el tiempo pudo”*: el anuncio del nacimiento de ambos, el

nacimiento propiamente dicho y sus presentaciones en sociedad, ya adultos. Los dos primeros capítulos de Lucas son casi exclusivos suyos.

El anuncio de los nacimientos (Lucas 1, 5-56). Todo es de tal belleza que resultará difícil explicártelo en pocas páginas. Vamos a ver **el anuncio a Zacarías** del nacimiento de Juan y, después, el de Jesús a María. Lee los versículos 5 al 25. Zacarías era uno de los diez mil sacerdotes que, por turno, servían al templo. Vivía con su señora, Isabel, en un pueblecito cercano a Jerusalén, donde trabajaba en el campo. Eran buenos y se habían pasado la vida pidiéndole al Señor un hijo. Ya habían perdido la esperanza, por la edad de Isabel. Cuando le tocaba el turno subía a Jerusalén a cumplir su servicio. En su turno, el de Abías, había 800 sacerdotes. Como eran tantos, por sorteo, se elegía uno para entrar en el “Santo”, es decir, en el lugar reservado sólo a los sacerdotes. Naturalmente, tocaba muy de tarde en tarde, ya que el agraciado no entraba en el sorteo hasta que todos los de su turno lo habían hecho.

En esta ocasión le tocó a Zacarías. Entró, quemó el incienso y se puso a hacer una oración, como siempre. Es el momento en que el ángel Gabriel, el mismo que lo hizo con María, se presenta a hacerle el anuncio del nacimiento de Juan. El anuncio es en el templo, el corazón del judaísmo. Zacarías duda por la edad de Isabel. Y Dios lo corrige: *“Te quedarás mudo hasta que se verifiquen estas cosas, por no haber creído mis palabras que se cumplirán a su tiempo”* (Lucas 1, 20). Tras el nacimiento recuperará el habla, como veremos. Supongo que habrás percibido un cierto paralelismo con anuncios similares del Antiguo Testamento, sobre todo con el anuncio a Abrahán y Sara, también justos y buenos. Hay una diferencia importante: lo que allí fue una risa inoportuna de Sara, dentro de la tienda, aquí es *“Te llenarás de gozo y alegría, y muchos se alegrarán de su nacimiento”* (versículo 14). Estamos entrando en otro tiempo, superior al de Israel, el tiempo de Jesús.

Juan es precursor de Jesús: *“Trá delante del Señor para prepararle un pueblo bien dispuesto”*. Está lleno del Espíritu Santo, será un nuevo Elías, el mayor de los profetas de Israel, del que Malaquías había dicho: *“Yo os enviaré al profeta Elías, antes que llegue el día del Señor, grande y terrible”*. Será nazireo (¿Te acuerdas?, nazireo significa “consagrado”: *“Jamás beberá vino, ni bebida embriagante”*). En estas narraciones paralelas de los anuncios siempre quedará clara la superioridad de Jesús. Cuando María vaya a visitar a su prima Isabel, ésta le dirá: *“¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a visitarme?”* (1, 43).

Casi paralelamente en el tiempo, con seis meses de diferencia, baja otra vez del cielo el ángel Gabriel (Gabriel significa “varón de Dios”. Es el más importante de los ángeles del cielo y sale varias veces en el libro de Daniel). Ahora no va a Judea, sino a Galilea. No va a ser en el gran templo, lugar exclusivo de la presencia de Dios, sino en una aldea desconocida, como en silencio, sin que nadie se entere. Concretamente a Nazaret, donde una niña de catorce años se va a ver envuelta en un lío maravilloso: la aventura de Dios. La niña se llama María. Está rezando una oración de esperanza. Como toda buena judía pide a Dios que envíe al Mesías prometido. Hay una llamada

de Dios y una respuesta en blanco de María: ***“Hágase en mí según tu palabra”***. Ésta es la respuesta de María a la palabra, a la vocación, a la llamada que Dios le hace.

El saludo del ángel se va a convertir en la oración más repetida: ***“¿Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor está contigo!”***. Después veremos cómo su prima Isabel completa el avemaría. También el Espíritu Santo va a estar presente: ***“El Espíritu Santo vendrá sobre ti...”***, le dice Gabriel a María. La afirmación principal del relato sigue a ésta: ***“El niño que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios”***. El nombre de Jesús, que le pone el ángel, significa “el Señor es redentor” o, simplemente, “salvador”. Aunque hayas oído mil veces este relato, ahora puedes releerlo despacio. No te olvides de José, aunque la protagonista sea María. Gracias a él, Jesús entronca con David, un descendiente del cual sería el Mesías de Israel, según había sido prometido desde antiguo. Te pongo el relato que es uno de los más bellos de Lucas:

“A los seis meses el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. La virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia dijo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo. Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué significaba tal saludo. El ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin.

Y María dijo al ángel; ¿Cómo será eso, si yo no conozco varón? El ángel le contestó: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el santo que va a nacer se llamará Hijo de Dios. Ahí tienes a tu pariente Isabel que, a pesar de sus años, ha concebido un hijo y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible. María contestó: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Y el ángel la dejó”.

Yo sé que has oído muchas veces este anuncio. Es el esquema de siempre: aparición del ángel, mensaje, objeción por parte del que lo recibe, signo para confirmar el mensaje. Recuerda la Biblia que ya has estudiado y verás que este esquema se repite. En el centro del mensaje está Jesús, como protagonista. Él es el Salvador. Sólo Él es el Salvador. María es otra figura central. No estaba todavía casada con José, sólo desposada (digamos en nuestro lenguaje actual que estaban arreglando los papeles mientras José hacía la casa y ella el ajuar). Por eso pregunta: ***“¿Cómo será eso, si no conozco varón?”*** Ya sabes que el verbo “conocer” en el mundo judío significa “tener relaciones sexuales”. Todavía María no las había tenido con José. El sí de María la hizo modelo de todos los cristianos, que muchas veces regateamos el sí a Dios o le ponemos condiciones. No puedo destacártelo todo. Fíjate cómo el Espíritu cubre a María: ***“El Espíritu Santo vendrá sobre ti”*** (Lucas 1, 35),

como cubrió al mundo en la creación: ***“El espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas”*** (Génesis 1, 2) y como cubrirá a la Iglesia el día de Pentecostés: ***“Todos se sintieron llenos del Espíritu Santo”*** (Hechos 2, 4).

Este sí de María a Dios, pasa necesariamente por el sí al prójimo. Dice el evangelio que cuando se marchó el ángel María ***“se puso en camino y fue de prisa hacia la región de Judá”*** a visitar a su prima Isabel que estaba de seis meses y era mayor. Esta decisión de María de irse sola a la montaña estaría acompañada de críticas e, incluso, de resistencia de sus padres. No era lo propio que una niña hiciese sola un viaje de más de cien kilómetros. La leyenda dice que Zacarías vivía en Ain-Karín, una aldea a 8 kilómetros al suroeste de Jerusalén. Se uniría a alguna de las frecuentes caravanas que bajaban a Jerusalén desde Galilea, pero de las críticas y comentarios no se libró. Eso seguro. Ella llevaba a su hijo consigo y se sentía fuerte y segura.

Entró en casa de Zacarías y al encontrarse con ella también se encontraron los dos primos en los vientres de sus madres. Y Juan saltó de alegría. Sintióse Isabel llena del Espíritu Santo, agradeció a su prima la visita con las palabras más repetidas en la historia de la humanidad: ***“Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús”***. Miles de millones de veces hemos saludado a María con estas palabras de Isabel. Por boca de su madre, Juan hace de precursor de Jesús y se reconoce inferior a Él: ***“¿Cómo es posible que la madre de mi Señor venga a mí?”***.

La respuesta de María es el Magníficat. Se llama “Magníficat” porque la primera palabra del himno “Proclama”, en latín, se dice “Magníficat”. Un himno de acción de gracias reconociendo que todo lo que está pasando es cosa de Dios, que ella es una pequeña criatura que se está dejando moldear por Dios. Que es el Todopoderoso el que levanta del polvo a los humildes y baja del trono a los poderosos. ***“Así estaba prometido a Abraham y a sus descendientes para siempre”*** y ella da gracias a Dios porque todas las promesas se han cumplido. Como hemos visto en el Antiguo Testamento era costumbre alabar a Dios, tras un acontecimiento importante, con himnos de este tipo. Y María estaba entroncada en su tiempo y en su gente. Lo cual no quiere decir que este himno saliera así, palabra por palabra, de boca de María. Pudo ser una composición de Lucas, apoyándose en el Antiguo Testamento. Lucas no estaba presente con una grabadora, cuando María lo pronunció. Te lo cito para que lo medites despacio.

***Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador,
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí:
su nombre es santo.
Y su misericordia llega a los fieles
de generación en generación.***

*Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes.
A los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos despide vacíos.
Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
a favor de Abrahán y su descendencia para siempre (Lucas 1, 46-55).*

Los nacimientos de Juan y Jesús. Con el nacimiento de Juan termina el primer capítulo; con el de Jesús comienza el segundo. Veamos antes el de Juan. Cuando el niño nace, a los ocho días, lo llevan a circuncidar. Era el rito de entrada en el pueblo de Dios, como nuestro bautismo. Todo el mundo quería que le pusieran el nombre de su padre Zacarías. No era costumbre israelita hacerlo, pero sí era lógico en un caso como éste. Su madre quiere ponerle Juan. Se lo preguntan a Zacarías y éste asiente por escrito que se le ponga Juan, es decir, **“Dios nos ha mostrado su favor”**. Sí era costumbre que el nombre expresara algo de la historia o estatus de la familia. Y así se hizo: Dios había favorecido en aquel niño a Zacarías e Isabel.

A Zacarías se le suelta la lengua y prorrumpe en un canto de acción de gracias. Es el segundo himno que nos vamos a encontrar. Todavía nos queda el del anciano Simeón. En su canto, Zacarías va a resumir toda la historia de la salvación, predicha por los profetas: Dios ha liberado a su pueblo; cumpliendo lo prometido, Dios le ha enviado un Salvador. Este título de Salvador es propio de Lucas, por lo que se cree que nació en las comunidades griegas, y ni Mateo ni Marcos lo utilizan. Para no alargarnos mucho, sólo te pongo unas estrofas. Léelo y medítalo tú entero.

*Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo;
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas...
Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor,
a preparar sus caminos,
anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de sus pecados... (Lucas 1, 68-79).*

Y llegamos al centro de la Biblia y de la historia. Sólo es un versículo: **“Y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada”**. Este versículo divide la historia en un antes y un después. Lucas se detiene más en este nacimiento que en el de Juan, indicándonos así

la superioridad de Jesús sobre el Bautista. Son veinte versículos en los que uno no entiende nada o lo comprende todo, dependiendo de si los miramos con ojos humanos o le pedimos prestados los ojos a Dios para ver todo con ojos de Dios, ojos de fe. No importa para nada la fidelidad histórica, cronológica o profana. Estamos en todo el meollo de la historia de la salvación, que es lo que interesa. Era costumbre en la antigüedad que el emperador mandara hacer censos para saber con qué gente se contaba de cara a los impuestos y al servicio militar.

Con motivo del censo llevado a cabo por Quirino, gobernador de Siria y de toda la región, entre los años 10-7 antes de Cristo, José y María, en avanzado estado de gestación, tienen que bajar desde Nazaret a Belén. 128 kilómetros, que se hicieron interminables por el estado de María. Todo estaba previsto por Dios para que el que se autocalificaría de Buen Pastor naciera en un establo de pastores, como un pobre pastor o, mejor, como un pastor pobre. 30.000 son los “sin techo” en España. Millones en el mundo entero. Pernoctan en cualquier rincón donde se pueden cobijar. Eso mismo tuvo que hacer José con María y el niño. Jesús fue un “sin techo”. Lo que hagamos por éstos, lo estamos haciendo por Jesús.

No sabemos si José era un emigrado a Nazaret o si lo fueron sus padres. Lo que sí era cierto es que pertenecía a la familia de David. Y, en aquella época, lo importante no era donde uno había nacido, sino el lugar de los antepasados, de quienes le venía a uno su mucha o poca categoría, dependiendo del honor o deshonor acumulado durante siglos. *“De casta le viene al galgo”*, decimos nosotros cuando un joven demuestra la categoría que sabemos que sus padres tenían. De casta le vino a José; y a su hijo Jesús le vino la casta de su padre José, ambos hijos de David.

Los pastores, representantes de los pobres y sencillos de la tierra, son los primeros en enterarse de que les ha nacido un Salvador. Los pastores eran pobres del todo, hasta de honor. Se decía entonces: *“No hay que educar al hijo para arreador de asnos, ni para camellero, barbero, barquero, pastor ni tendero, porque su trabajo es un trabajo de ladrones”*. (Posiblemente, por llevar a su rebaño a pastar en campos de otros o por quitarle ovejas al rebaño del vecino). Desde este día, los pobres son menos pobres, porque tienen a Dios de su parte. En todos estos relatos de Lucas resulta difícil distinguir el cuadro histórico real, de cómo sucedieron los hechos, de la envoltura con que el evangelista pintor Lucas nos presenta el kerigma, el anuncio de que el nacimiento de Jesús supuso para todos una gran alegría. Nosotros no podemos alargarnos más. Lee tú despacio todo el relato y da rienda suelta a tu imaginación.

Continúa diciendo Lucas que a los *“Ocho días, cuando lo circuncidaron le pusieron el nombre de Jesús, como lo había llamado el ángel ya antes de su nacimiento”* (2, 21). María no asistió a este acto, porque tenía que estar cuarenta días encerrada en casa purificándose por haber tenido al niño (Levítico 12). Cumplido el plazo de cuarenta días, Lucas nos presenta a José y María yendo al templo para presentar al niño y para la purificación de María; no necesariamente iban juntos a ambos actos. El niño se podía presentar otro día, aunque Lucas parece ponerlos

juntos. Para “rescatar al niño”, que al ser el primogénito le pertenecía a Dios según leemos en Levítico 12, José y María entregaron “la ofrenda de los pobres” que era un par de pichones, en vez de un cordero de un año que hubiese sido lo normal; como eran pobres, no tenían campo para criarlo ni dinero para comprarlo.

Al llegar al templo, María y José se encuentran con el anciano Simeón, que había recibido la promesa de no morir sin ver antes al Mesías. Lo reconoce en el pequeño Jesús y hace un canto de acción de gracias a Dios por haber visto con sus ojos al Salvador. Es el tercer himno que nos encontramos en estos dos capítulos. María y José quedan asombrados con lo que oyen al anciano Simeón, que bendice a los afortunados padres, a la vez que le anuncia a María que **“una espada de dolor te atravesará el corazón”**. Ana, una anciana profetisa que se había pasado su vida en el templo, se convierte en la primera catequista de Jesús, hablándole de Él a todos los que esperaban la salvación de Israel. Esta primera infancia de Jesús termina con la vuelta del matrimonio a Galilea, **“donde el niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría y gozando del favor de Dios”**.

Teniendo Jesús doce años, ocurre un acontecimiento que sólo Lucas nos narra. Te lo explico para que lo comprendas. Ya sabes que había tres fiestas, las fiestas de la peregrinación se llamaban, en las cuales había que subir a Jerusalén todos los años si se estaba a menos de un día de viaje o, al menos, una vez en la vida, si se estaba más lejos. El caso es que José y María suben a la Pascua ese año. El niño tiene doce años; la mayoría de edad religiosa para un muchacho judío era los trece (la civil era a los veinte), pero cumplidos los doce ya se lo llevaban a las peregrinaciones anuales y comenzaban las catequesis de adultos sobre la Torá a fin de que pudieran ir cumpliéndola.

Jesús está recibiendo esas catequesis de boca de los doctores de la ley, durante los días de la Pascua. El camino desde Galilea a Jerusalén, de más de cien kilómetros, era peligroso e iban en grupos. Al regreso a casa, las mujeres, más lentas en su caminar, salían antes que los hombres y por la tarde se reagrupaban todos. José pensó que el niño se había ido con su madre y María creyó que vendría entre los hombres, pues ya era un hombrecillo. Pero el niño no aparece. Un trastorno para la familia que pierde el grupo con el que viaja y un deshonor para José que, a la vista de todos, se ha mostrado incapaz de cuidar del niño, como era su obligación.

Vuelven corriendo a Jerusalén y lo encuentran, a los tres días, aprendiendo de los doctores. Lee la historia en Lucas 2, 41-52. Lucas destaca la inteligencia del niño y la queja de su madre por no haber avisado de su intención. La respuesta de Jesús a estas quejas maternas va a ser la primera palabra que se conserva de Él en el evangelio. Fíjate en el lugar en que la dice y en su contenido: se convierte en una aclaración de su identidad, hecha en el templo: la madre debe saber que, a partir de ahora, su relación con el Padre es prioritaria. Sus padres no lo entienden, pero Jesús obedece y sube a Nazaret para seguir bajo su autoridad hasta que llegue su momento. **“María guardaba todos estos recuerdos en su corazón”**, mientras Lucas sintetiza

veinte años de la vida de Dios, hecho hombre, en una sencilla frase: ***“Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en aprecio ante Dios y ante los hombres”***, como un niño más. Y así termina la infancia de Jesús.

Presentación en sociedad de Juan y Jesús. Esta parte ya la vimos en Mateo. Juan viene ***“a preparar los caminos del Señor”***, como había profetizado Isaías. Fíjate cómo el historiador Lucas da pelos y señales del momento histórico en que ocurren los hechos. Sigue Lucas trazando las dos vidas paralelas, la de Juan y la de Jesús. Termina la presentación de Juan y comienza la de Jesús. Primero su bautismo, donde hay una epifanía trinitaria: Jesús, el Espíritu en forma de paloma y la voz del Padre: ***“Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”***. Ya que está revelada la filiación divina de Jesús, el Hijo amado del Padre, Lucas revela su filiación humana, su genealogía, pero sin quedarse en Abrahán, como hizo Mateo, sino subiendo hasta Adán, como queriendo abrir el abanico a la humanidad entera, a la que Jesús se incorpora mediante Adán.

Las tentaciones son iguales que las de Mateo, con la pequeña diferencia de que Lucas las cambia de orden para que la última sea en el templo de Jerusalén. Terminan las tentaciones diciendo: ***“El diablo se alejó de él hasta el momento oportuno”*** (Lucas 4, 13). El momento oportuno será al comenzar la pasión, que vuelve para entrar en Judas: ***“Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era uno de los doce”*** (Lucas 22, 3). Durante el ministerio de Jesús, el maligno no está, no puede estar presente.

4. - Ministerio de Jesús en Galilea (capítulos 4, 14 al 9, 50). Como en Mateo y Marcos tienes prácticamente todo lo que nos cuentan estos capítulos, no tengo mucho que explicarte. Jesús ***“impulsado por el Espíritu”***, vuelve a Galilea y comienza a predicar en la sinagoga de su pueblo, Nazaret. Si quieres, para que lo estudies con más facilidad, dividimos estos seis capítulos en tres bloques.

El primero, hasta el capítulo 6, 11, lo podríamos titular ***“Aceptaciones y rechazos de Jesús en tu tierra”***. Léelos con este telón de fondo. Siempre ha sido, es y será así. Unos atacándolo y otros admirándolo. Nunca acompaña a Jesús la indiferencia. Recuerda lo que le dijo el anciano Simeón a María: ***“Este niño será signo de contradicción”***. Y así llevamos veinte siglos, y los que nos quedan. Gente que se manifiestan no creyentes y que no callan ni debajo del agua, atacan al Papa antes de que abra la boca y le exigen silencio sobre temas que el Papa no puede callar. No te pongo citas para no alargar el tema, pero he contado por lo menos quince ataques o alabanzas. Generalmente la gente sencilla es la que alaba y admira a Jesús y la gente importante, fariseos y maestros de la ley, ***“llenos de rabia, discutían qué hacer contra Jesús”*** (65, 11). Léelos tú en casa y lo compruebas.

El segundo bloque comienza en el capítulo 6, 13 con Jesús pasando una noche entera en oración con el Padre y, a la mañana siguiente, con la elección de los doce y **el sermón de la montaña** que vimos también en Mateo, pero que en Lucas es el

“sermón de la llanura”. Recuerda que ya lo explicamos: aquí los destinatarios no son judíos, sino griegos. El capítulo séptimo comienza diciendo que, **“cuando Jesús terminó de hablar, entró en Cafarnaún”** y allí, y en sus alrededores, hizo unos cuantos milagros y expuso algunas enseñanzas en parábolas. Naturalmente todo orientado a aclarar el misterio de su persona y a explicar las características del discípulo del Reino que Él viene a predicar y a fundar, y que continuará su misión en la tierra.

Te pongo un ejemplo de lo que te acabo de decir: La resurrección del hijo de la viuda de Naín, que sólo nos deja Lucas 6, 11-17. Jesús se acerca a la aldea de Naín con una gran comitiva. Todos contentos porque acaban de contemplar uno de los muchos milagros de Jesús. Esta comitiva de vida se encuentra de frente con una comitiva de muerte. Salen de Naín llevando a enterrar al hijo único de una pobre viuda. Como decimos nosotros, a Jesús se le parte el alma. Manda detener a la comitiva de muerte, resucita al niño y, como Elías con la viuda de Sarepta, le entrega el niño a su madre. La gente recuerda a Elías, el padre de los profetas de Israel, y llenos de temor alaban a Dios diciendo: **“Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios ha visitado a su pueblo”**. Te lo cito:

“En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, e iban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la entrada de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo: No llores. Se acercó al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: ¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate! El muerto se incorporó y empezó a hablar, y Jesús se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos, daban gloria a Dios diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros. Dios ha visitado a su pueblo. La noticia del hecho se divulgó por toda la comarca y por Judea entera”.

El tercer bloque de esta segunda parte comienza con el envío de los doce. En el capítulo 10 nos hablará de una segunda misión de setenta y dos discípulos. Mateo 10, en cambio, sólo nos habla de la primera, agrupando en ella el material que Lucas reparte entre las dos. Van a evangelizar a los pobres y a curar a los enfermos. No necesitan llevar nada. Les basta con el poder de Dios. **“Y si alguien no os recibe, al salir de aquel pueblo sacudíos el polvo de los pies, para probar su culpa”** (9, 5). Es como decirles: **“No queremos saber nada de vosotros pues os habéis excluido al rechazar la palabra”**. Todo judío que salía al extranjero, se sacudía los zapatos al volver y se lavaba cuidadosamente los pies para no tener parte con los extranjeros.

También es significativa en este bloque la multiplicación de los panes y los peces. La importancia de este milagro se deduce fácilmente de que es el único que narran los cuatro evangelistas. Tiene un hondo sabor eucarístico. Fíjate las palabras que usa Lucas: **“Jesús tomó los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, pronunció la bendición, los partió y se los iba dando a sus discípulos para que los**

distribuyeran entre la gente”. Ya lo hemos subrayado otras veces: bendecir, partir y repartir el pan. Como nosotros hacemos todos los domingos. Dios se hace pan para que cada domingo sintamos lo que aquellos paisanos de Betsaida: **“Comieron todos hasta quedar saciados”**. Como los hijos de Israel en su travesía por el desierto, donde no les faltó el maná. El pan milagroso es el alimento de los tres momentos de la Historia de la Salvación: el de Israel, el de Jesús y el de la Iglesia.

Siguiendo prácticamente los mismos pasos de Mateo, Lucas nos pone, tras la multiplicación de los panes, la confesión de Pedro, los anuncios de su pasión y la transfiguración. Como ya lo explicamos detenidamente, damos por terminado este capítulo y en el siguiente completamos la explicación del evangelio de Lucas. Comenzaremos con el largo viaje de subida a Jerusalén y terminaremos con el ministerio en la ciudad santa. Quince capítulos en total.

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

I Samuel 2, 1-10

Amós 7, 10-17

Lucas 2, 41-52

Actividades:

1. - El canto de María ante su prima Isabel, que conocemos como el Magníficat, tiene muchas resonancias en el Antiguo Testamento. La más clara es el canto de Ana la madre de Samuel. Léelo y medítalo, verás cómo te suena.

2. - En todos los evangelios salen relatos de vocación. Lucas 5, 27 nos narra la de Mateo-Leví en plena tarea recaudatoria. Muchos hemos sido llamados en medio de nuestro trabajo a predicar a Jesucristo. Como Amós. Vamos a estudiar su vocación.

3. - Uno de los pasajes de la infancia menos leído es la pérdida de Jesús en el templo. Vamos a dedicarle hoy el ratito de oración, a ver qué lecciones sacamos de él.

Tema 10. - EL EVANGELIO DE SAN LUCAS (IIª Parte)

1. - Introducción. Vamos a ver en este capítulo el resto del evangelio de Lucas. El largo viaje desde Galilea a Jerusalén y su actividad en la ciudad santa. Con un pequeño epílogo sobre la ascensión cerraremos el evangelio. Seguiremos el método de trabajo de siempre: lectura sin detenerse del evangelio, estudio de este libro para aclarar las dudas y, finalmente, lectura meditada y oración sobre el texto evangélico. No nos detenemos a aclarar y comentar cada perícopa (trocito) porque ya lo hicimos en el libro de Catequesis Familiar del Día del Señor, ciclo C, que es el de Lucas, el libro azul, que tienes en la Parroquia a tu disposición para seguir la misa de cada domingo, que es lo más importante de la semana.

2. - La subida a Jerusalén (9, 51 a 19, 28). Un largo viaje de más de cien kilómetros. Lucas le da mucha importancia a este viaje. A lo largo de él Jesús va a dar a sus discípulos unas hermosas catequesis sobre su persona y su misión. Ya sabes que el camino es un reflejo de la vida humana y, por tanto, el camino que vamos a recorrer con Jesús es modelo para nuestro caminar interior hacia Dios. Este viaje a Jerusalén es un noviciado, un catecumenado en el que Jesús prepara a sus apóstoles para el momento de la cruz. Fíjate en todo: en **Jesús**, decidido a cumplir su misión muriendo en la cruz, en los **apóstoles**, a los que no les falta el miedo ante lo que no entienden, y en la **gente**, cuyas actitudes de aceptación y rechazo a Jesús ya las vimos en el capítulo anterior y seguirán también aquí, aunque de forma menos explícita. La primera muestra de rechazo la van a tener en Samaría (Lucas 9, 51 ss). Jesús les prohíbe que respondan al mal con mal.

Durante más de diez capítulos vamos a acompañar a Jesús camino de Jerusalén, de la cruz. Lucas comienza aclarándonos que la subida a Jerusalén es un acto plenamente deliberado: ***“Jesús tomó la decisión de subir a Jerusalén”***. Él ha venido a cumplir la voluntad del Padre y ésta pasa por la cruz, que es el camino de su salida de este mundo para volver al cielo, junto al Padre. Ya lo había hablado con Moisés y Elías en el monte de la transfiguración: ***“Hablaban del éxodo que Jesús había de consumir en Jerusalén”*** (Lucas 9, 31). Buena parte de estos diez capítulos es exclusiva de Lucas, sobre todo algunas parábolas sobre la misericordia y el perdón.

Todo comienza con un rechazo a Jesús (9, 51-55), del que sólo nos da cuenta Lucas. Los samaritanos no le dan alojamiento porque va a Jerusalén. El Señor perdona a los samaritanos y sigue adelante catequizando a sus discípulos sobre las condiciones que ha de reunir el que quiera seguirlo. En la misma línea de catequización está el envío de los setenta y dos discípulos. Te voy a citar el texto entero con el comentario del libro de Catequesis Familiar porque todos somos discípulos y este texto para nosotros es muy importante. Fíjate que Jesús no quiere que lleven nada: sólo la paz y la buena noticia del evangelio, que el Reino de Dios

está cerca. Los discípulos regresaron contentos porque hasta los malos espíritus se les sometían, pero Jesús les dice: **“Alegraos más bien de que vuestros nombres están inscritos en el cielo”** (Lucas 10, 1-24).

“En aquel tiempo, designó el Señor otros setenta y dos, y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir Él. Y les decía: La mies es abundante y los obreros pocos: rogad, pues, al dueño de la mies que mande obreros a su mies. ¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. No llevéis talega, ni alforja, ni sandalias; y no os detengáis a saludar a nadie por el camino.

Cuando entréis en casa, decid primero: Paz a esta casa. Y si allí hay gente de paz, descansará sobre ellos vuestra paz; si no, volverá a vosotros. Quedaos en la misma casa, comed y bebed de lo que tengan: porque el obrero merece su salario. No andéis cambiando de casa. Si entráis en un pueblo y os reciben bien, comed lo que os pongan, curad a los enfermos que haya, y decid: está cerca de vosotros el Reino de Dios.

Cuando entréis en un pueblo y no os reciban bien, salid a la plaza y decid: Hasta el polvo de vuestro pueblo, que se nos ha pegado a los pies, nos lo sacudimos por vosotros. De todos modos sabed que está cerca el Reino de Dios. Os digo que ese día será más llevadero para Sodoma que para ese pueblo.

Los setenta y dos volvieron muy contentos y le dijeron: Señor, hasta los demonios se nos sometían en tu nombre. Él les contestó: Veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado potestad para pisotear serpientes y escorpiones y todo el ejército del enemigo. Y no os hará daño alguno. Sin embargo no estéis alegres porque se os sometan los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están escritos en el cielo”.

“Lucas coloca este envío de los setenta y dos después del de los doce (Lucas 9, 1). Los apóstoles eran doce, como las tribus de Israel. El número doce significa totalidad, mientras que el siete y el setenta indican multitud. Setenta y dos, son los pueblos paganos que se citan en Génesis 10. Esa cifra y esos enviados simbolizan a toda la Iglesia y, si tenemos en cuenta que ya antes había enviado a los apóstoles, simbolizan también a todos los seglares que, sintiéndose Iglesia, llevan la palabra de Dios a sus propios ambientes. Se ha dicho, y es verdad, que el primer milenio de la Iglesia fue de los monjes, el segundo del clero y el tercero será de los seglares. Éste es el evangelio de los apóstoles seglares. Tu evangelio.

¿Cómo evangelizar? ¿Cómo tiene que ser tu apostolado? Veamos:

.. La fuente de la misión está en la oración. El apóstol no es un "profesional". Él sabe que “ni el que planta es algo, ni el que riega tampoco, sino Dios que hace crecer” la palabra sembrada (Iª Corintios 3, 6). Y ese crecimiento entra dentro de los planes

insondables de Dios y de la santa libertad humana. Sólo nos resta rezar por los nuestros.

*.. La **debilidad del apóstol**: Somos como corderos en medio de lobos. Nuestra única fuerza está en una Palabra desarmada, que puede ser rechazada, burlada, resistida. Pero el apóstol sabe que en esa Palabra débil -débil por la libertad del que la recibe o rechaza- está su fortaleza. “No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte. Mira, yo pongo mis palabras en tu boca; hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar” (Jeremías 1, 8-9).*

*.. La **pobreza del apóstol**: “Ni talega, ni alforja, ni sandalias”. Nada. Parece hasta exagerado. Les está diciendo: sólo la fuerza del Espíritu. No caigáis en la tentación del poder, de la abundancia de bienes materiales en el apostolado.*

*.. Le siguen ocho versículos en los que desgrana una serie de consejos. En síntesis nos viene a decir: **el mensaje no es para todos**, sólo para el que lo quiera escuchar. Cuenta con la libertad del que oye. También nosotros debemos contar con ella. El apóstol **trae la paz y viene en son de paz...***

.. Si os reciben bien, vuestra paz descansará sobre ellos, comed con ellos, anunciadles el Reino.

.. Si no os reciben bien, marchaos de allí y dejadles hasta el polvo de vuestros pies. El día del juicio envidiarán a Sodoma y Gomorra, las ciudades malditas, por el juicio que recibirán (Génesis 13). Este acto de sacudir el polvo de los zapatos lo hacían en medio de la plaza pública, que estaba situada dentro de los muros de la ciudad, donde se reunía la gente sencilla a charlar o, también, a celebrar ritos y fiestas populares. El sacudirse el polvo significaba no querer tener parte con ellos. Así lo hacían también, por ejemplo, cuando volvían del extranjero.

*.. **¿Cuál será tu paga?**: “Vuestros nombres estarán inscritos en el cielo”. ¿Qué mayor garantía puede desearse?*

Todos estamos llamados a vivir esta experiencia. Todos estamos representados en esos setenta y dos. Es el momento del apóstol seglar”.

Un maestro de la ley, que se acerca para tenderle una trampa, le ofrece a Jesús la oportunidad de darles la gran catequesis de quién es el prójimo. Como el buen samaritano, el prójimo es aquel necesitado al que descubrimos y nos acercamos a ayudarlo. Sólo Lucas nos cuenta esta parábola. Desde luego, el maestro de Israel que vino a preguntarle no pudo hacerle mucha gracia que el bueno de la parábola fuera precisamente un samaritano. El escenario acompaña a los acontecimientos. Dice que “un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó”, es decir, 32 kilómetros de una gran cuesta abajo por un camino tortuoso y difícil para un viajero normal y fácil para el ladrón

que se oculta para asaltar. Te pongo la parábola, porque es muy importante para descubrir quién es el prójimo:

“Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de unos bandidos, que lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon, dejándolo medio muerto. Por casualidad, un sacerdote bajaba por aquel camino y, al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Y lo mismo hizo un levita que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, llegó a donde estaba él y, al verlo, le dio lástima, se le acercó, le vendó las heridas, echándole aceite y vino y, montándolo en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó dos denarios y, dándoselos al posadero, le dijo: Cuida de él y lo que gastes de más yo te lo pagaré a la vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que se portó como prójimo del que cayó en manos de los bandidos? Él contestó: El que practicó la misericordia con él. Jesús le dijo: Anda, haz tú lo mismo” (Lucas 10, 30-37).

Termina este capítulo diez con una visita a casa de Marta y María, de la que sólo Lucas nos da cuenta. En este pasaje se presentan dos formas de seguir a Jesús. María representa la escucha, Marta la acción. No son dos modelos contradictorios sino complementarios. De todas formas dice el evangelio que ***“María ha escogido la mejor parte y nadie se la quitará”***, pero también es verdad que si no llega a ser por Marta, Jesús y los suyos ese día no comen.

El capítulo 11 comienza con una catequesis sobre la oración. El verdadero discípulo de Jesús tiene que vivir de la oración. Es el aire que respira. Como modelo de oración, Jesús nos enseña el Padrenuestro. Los apóstoles le dicen a Jesús: “Enseñanos a orar” y Jesús les enseña el Padrenuestro. Luego el padrenuestro no es una oración sino un método para orar. Cada invocación es un paso del método. Por ejemplo, “Padre nuestro que estás en el cielo”: es la toma de conciencia de que estoy ante el Padre; situarse ante el Padre. 2º paso: “Santificado sea tu nombre”; dale gracias a Dios por todo.

Invocar al Padre y sentirse hijo lo lleva al deseo de que el Reino de Dios se haga presente entre nosotros. Así el mundo y nosotros seremos mejores. Pedir el pan de cada día. Dios ha puesto pan en el mundo para satisfacer todas las hambres, no todas las ambiciones de acaparar: ***“Danos cada día el pan que necesitamos”***. Tan importante como el pan es recibir el perdón de Dios y dárselo al hermano. Viviendo así, recibiremos la fuerza de lo alto para no caer en la tentación y mantenernos en el camino que Dios desea. Esta oración al Padre tiene que ser insistente. Lucas nos pone una parábola de Jesús en la que un hombre inoportuno consigue levantar a su amigo, a media noche, para que le deje comida porque otro amigo suyo ha llegado de viaje y él no tiene comida en casa. Así de pesados tenemos que ser con Dios.

Sigue leyendo el capítulo undécimo. No tiene dificultad. Te voy a citar dos versículos porque son exclusivos de Lucas y constituyen un homenaje precioso a su madre María. Jesús está hablando a la gente y ***“una mujer de entre la multitud le***

gritó: Dichosos el seno que te llevó y los pechos que te criaron. Pero Jesús le dijo: Más bien, dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica". Jesús viene a decir: más dichosa que por haberme engendrado y alimentado es porque escuchó la palabra de Dios y la puso en práctica. Lucas, simplemente, desplaza el centro de la grandeza de María a lo que él mismo diría en varias ocasiones: María lo conservaba todo en su corazón, meditando cada palabra.

Los capítulos siguientes (12, 13 y 14) vienen sintetizados en el versículo 22 del 13°. Dice: **"De camino hacia Jerusalén, recorría ciudades y aldeas enseñando"**. Instrucciones de vida cristiana. Ve leyéndolos poco a poco. Jesús nos invita a estar de su parte, sin temor. A que no nos apoyemos en la riqueza sino en la providencia de Dios que nunca nos fallará. Aquí nos deja Lucas la parábola del rico insensato que dedicó su vida a reunir riquezas como si nunca se fuera a morir. Nos habla de conversión y de dar frutos. En el capítulo 13, 10-17, hay un milagro exclusivo de Lucas: Jesús cura a una pobre mujer un sábado en la sinagoga. La mezquindad de los judíos era tal que el jefe de la sinagoga pone reparos a la curación por haber sido realizada el sábado. Jesús se defiende diciendo que si está permitido curar en sábado a un animal, cómo no va a curar Él a una hija de Abrahán. Y termina Lucas: **"Al hablar así quedaban confundidos todos sus adversarios, pero toda la gente se alegraba por los milagros que hacía"**. Como siempre que se habla: los de arriba escandalizados y los pobres entusiasmados.

Y llegamos al capítulo 15, sin duda, uno de los más bonitos de Lucas. Lucas, el evangelista pintor, gusta siempre de ponerles marcos a sus cuadros. Fíjate en el que le pone aquí: **"Entre tanto, todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para oírlo. Los fariseos y los maestros de la ley murmuraban: Éste acoge a los pecadores y come con ellos"** (versículos 1 y 2). Ésta es la actitud de quienes le rodeaban. Como respuesta, Jesús les dice tres parábolas que tienen este mensaje común: Así es mi Padre: va tras los descarriados para acarrearlos a Él. Y se lo va a explicar con parábolas: la de la oveja perdida, que también la trae Mateo 18, 12-14 y las de la moneda extraviada y la del hijo pródigo. Las dos primeras son cortitas y muy parecidas.

Lo que más destaca de ellas es el **"¡Alegraos conmigo porque he encontrado lo que había perdido!"**. Y por si le quedaba duda a alguno, Jesús remacha: **"Os aseguro que habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión"**. Las tres parábolas rebozan alegría en las vecinas, en las amigas, en el cielo, en los criados de la casa y, sobre todo, en el padre bueno, cuyo corazón revienta de alegría. ¡Lástima que el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo se autoexcluyera de la juerga que se lió en casa! Te voy a citar las dos que son propias de Lucas, la de la moneda perdida y la del hijo pródigo, que algunos prefieren llamarla la del padre bueno, como queriendo destacar más la figura del padre que representa a Dios.

“Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, reúne a las amigas y las vecinas para decirles: ¡Felicítadme!, he encontrado la moneda que se me había perdido. Os digo que la misma alegría habrá entre los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta”. Podemos pensar que la alegría es exagerada. Posiblemente sea así porque la alegría evangélica es así de exagerada. Una moneda, podría ser una dracma, era el sueldo de un día de un trabajador manual. Es la alegría del que come un día, cuando se hubiera perdido comer ese día, si la moneda no aparece. Y un hombre ganado para el cielo, siempre es un hombre, aunque sea un pecador (digamos para ser exactos: “y más si es un pecador”). Visto así, la alegría está justificada.

Pero veamos la parábola más bonita de Lucas. Creo que todos nos la sabemos desde que nos la enseñaron en la catequesis de primera comunión: ***“Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte que me toca de mi herencia. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todos sus bienes, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó a pasar necesidad.***

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a su campo a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se lo permitía. Recapacitando entonces se dijo: Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino a donde está mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.

Se puso en camino hacia donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos su padre le vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo. Su hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Sacad enseguida el mejor traje, y vestidlo; ponedle el anillo en las manos y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba. Éste le contestó: Ha vuelto tu hermano y tu padre le ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud. Él se indignó y se negaba a entrar, pero su padre salió e intentaba disuadirlo. Y él replicó a su padre: Mira, en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado. Y el

padre le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado” (Lucas 15, 11-32).

En las parábolas de Jesús, lo importante es definir los personajes para ver con cuál de ellos nos identificamos. En el 4º domingo de cuaresma del ciclo C, en el libro de Catequesis Familiar del Día del Señor, que ya te he ofrecido en otras ocasiones, te comento así los personajes de esta parábola:

“El hijo pródigo: *Toda una prenda. Quiere ser él mismo y no aguanta a nadie. Exige al padre su herencia y deserta del hogar, dejándose llevar lejos en alas de la libertad. Derrochador y manirroto, todo sucede muy deprisa. La vida le fue bien, hasta que se acabó el dinero. El pecado consiste en usar lo que hemos recibido de Dios sin contar con Dios. Nosotros también hemos recibido una buena herencia: La existencia, el cuerpo, la inteligencia, el mundo y sus cosas. Y en vez de considerarnos administradores, nos consideramos dueños y gastamos al margen de los planes de Dios.*

El estómago y la miseria le obligan. Acaba guardando cerdos, que era un trabajo degradante para un judío, que consideraba al cerdo como un animal impuro (Levítico 17, 7). La algarroba era el alimento de los animales y, como mucho, de los pobres. Fíjate que el hijo pródigo envidia la situación de un jornalero de su padre, cuando los jornaleros eran los últimos de la casa en el escalafón del honor. No pintaban prácticamente nada. Vuelve por hambre. Le mueve el deseo de la mesa, como tantos que vuelven a Dios "a pedir". Cuando ya no hay sitio para él en ninguna casa, vuelve a ver si se le abre, por lo menos, la del padre.

El hijo pródigo no huye sólo del Padre, también se va de la comunidad (de sus hermanos, criados, madre). Hay muchas clases de huidas: el que persigue placer, huye; el que teme al diálogo y al encuentro, huye; el que se aturde y se droga con lo que sea, huye; el que vive para el consumo, huye; el que no reflexiona ni reza, huye. Y vemos cómo la huida nos lleva a la insatisfacción, al nerviosismo, a la angustia. A cuidar cerdos y a pasar hambre. De hijo rico pasamos a esclavo. El hijo pródigo es un reflejo de la condición humana. Representa la imagen del hombre pecador que se aleja de Dios y hundido en la miseria vuelve a Él.

El hijo mayor: *Es buena persona, pero sólo aparentemente. Por dentro ya es otra cosa. Cree que el padre ha "perdido" la cabeza y se ha pasado; también por dentro, se revela contra la libertad de amar de Dios; le molesta que el padre quiera a todos; no acepta un "Dios compartido y repartido". No entiende que el amor es gratis y quiere cobrar prima de antigüedad y fidelidad. Y lo peor de todo, reniega de su hermano y de la fraternidad. ¡Cuántos cristianos antiguos están viendo con malos ojos que gente que vuelve a la Iglesia sean protagonistas en el banquete eucarístico, ayudando en el altar o dando la Comunión! Era tan responsable y solemne que no quiso entrar a la fiesta. Algunos no entienden una Iglesia que sea banquete eucarístico*

y fiesta.

Lo único que no hay que aprender de la parábola es la trastienda del hermano mayor. Es el que juzga, el que compara, el que mide, el que envidia; el hombre de la justicia sin misericordia, el hombre que cumple pero no ama, el hombre que no entiende lo que es gracia; su desprecio frente al hermano descarriado refleja muy bien nuestra actitud frente a los pecadores. Los hombres somos así: pecadores y a la vez inmisericordes con el pecador. Menos mal que Dios no es como nosotros. Dios es padre y nos quiere de verdad. Nos quiere no por lo que hacemos, el bien o el mal, sino porque es nuestro Padre y somos hijos suyos, pecadores o no. Nos quiere no porque seamos buenos, sino porque Él es bueno. Veamos:

El Padre: *Sin duda alguna es el protagonista de la parábola. El padre es amor. Todo lo demás es explicación de esa verdad. Dios es amor. Amor alegre. Rebosa alegría por el hijo encontrado. Sale a su encuentro porque el hijo corre el peligro de que sus paisanos, al verlo venir, reaccionen en su contra ya que ha puesto en entredicho el honor de su padre, al pedirle la herencia en vida. Su padre sale a protegerlo y, al ponerle anillo, traje y sandalias, lanza a todos los presentes el mensaje de que su hijo está de nuevo bajo su protección: vuelve a ser un hijo más en la casa.*

El padre necesitaba la vuelta del hijo porque no sabía qué hacer con tanto amor y el hijo hace feliz al padre. El padre es un Dios que ama más a los pecadores que a los justos, porque los pecadores se dejan querer. El hermano mayor era rico. Ésos son más difíciles para dejarse querer. El pobre anda por la vida sin precauciones. Y al dejarse querer, Dios puede mostrar y expresar la inmensidad desconcertante de su amor. Los pecadores se ven perdidos y endeudados con Dios; los buenos piensan que no deben nada a Dios. Es Dios quien está endeudado con ellos.

Este padre es amor a lo grande; amor en el que caben todos: buenos y malos. Una vez más: No vale la fe vieja. Es una fe que hay que contrastar continuamente con la Palabra. La parábola del padre bueno y el hijo pródigo nos invita a recomponer nuestra vieja Iglesia. A recomponernos nosotros, cada uno, interiormente. ¡Qué lástima que con un padre así la parábola no tuviera un final feliz! Y no lo tiene. Falta la conversión del hijo mayor, la conversión del bueno. El padre ha podido ofrecerle al macarra de su hijo todo: ternero, anillo, sandalias, traje... menos la acogida de su hermano mayor. No estaba a su alcance”.

Ya te dije que casi todos estos capítulos de la subida a Jerusalén son originales de Lucas. Hasta el capítulo 19, 29 se van a suceder catequesis, milagros y alguna que otra parábola original de Lucas como la del administrador astuto que tenemos en Lucas 16, 1-13. Las catequesis suelen ser en forma de parábolas preciosas y los milagros siempre cargados de ese mensaje común de Lucas: la misericordia del Señor. Preciosa es la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro, que se moría de hambre a su puerta sin que el rico se diera cuenta. Esta parábola también es exclusiva de Lucas. Yo pienso en el primero y tercer mundo: estamos sordos; no oímos ni el ruido de las pateras, ahí al

lado. Léela en Lucas 16, 19-31. Jesús sigue *“camino de Jerusalén, pasando por Galilea y Samaría”* (17, 11). Para no alargarnos en la exposición, no te pongo más citas, aunque no me faltan ganas. Todas las parábolas están citadas y comentadas en el libro Catequesis Familiares, tomo C, que es el dedicado a Lucas.

El capítulo 18 comienza con otra parábola muy bonita; ésta sobre la oración. Sólo Lucas nos la ofrece. La oración ha de ser persistente; el que reza no se puede cansar. Había una pobre viuda a la que un juez no le echaba cuenta. Ella, todos los días, dale que te pego a pedir justicia. Tan pesada se puso que el juez decidió escucharla para que lo dejara tranquilo. Jesús termina la parábola diciendo: Pues tú con Dios igual: reza día y noche, hasta que te escuche. A continuación, en la parábola del fariseo y el publicano, nos dirá Jesús el espíritu con que hay que orar: espíritu de humildad. Todas son catequesis para sus discípulos que sólo Lucas recoge.

Ve leyéndolas despacio que son todas muy fáciles. De este viaje a Jerusalén sólo te voy a destacar ya el encuentro de Jesús con Zaqueo. Lo tienes en Lucas 19, 1-10. Zaqueo era una prenda de Jericó que lo tenía todo porque robaba con las dos manos, pero no era feliz y arriesgó hasta el ridículo a ver si en Jesús encontraba eso que el dinero solo no da, la felicidad. Jesús fue a por él y este pez gordo entró contento en la red de la conversión: antepuso a Jesús al dinero. Sólo Lucas nos habla de Zaqueo. El texto y su comentario lo tienes en el domingo 31 del Tiempo Ordinario. Ciclo C, libro azul de Catequesis Familiar. Vete allí y léelos.

3. - Jesús en la ciudad santa (capítulos 19, 29 al 24, 49). Prácticamente, el resto del evangelio, menos los cuatro versículos finales dedicados a la ascensión. Si quieres, para más facilidad, dividimos la estancia de Jesús en Jerusalén en dos momentos: lo anterior a la pasión y ésta con la resurrección posterior. El capítulo 19 termina con la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén hasta llegar al templo y expulsar a los vendedores de recuerdos y ofrendas. En este pasaje no nos detenemos porque lo conoces bien de los otros evangelios. Sí nos detenemos en esta frase: *“Los jefes de los sacerdotes, los maestros de la ley y la gente importante del pueblo trataban de cómo acabar con Él. Pero no encontraban el modo de hacerlo, porque el pueblo entero estaba pendiente de su palabra”* (19, 47-48).

Esta cita va a definir su situación en Jerusalén. Todo este enfrentamiento terminará en la cruz. Los capítulos 20 y 21 van a presentarnos el acoso continuo a que someten a Jesús, intentando sorprenderlo. Jesús es consciente de todo. Él ha subido a Jerusalén a eso y ha anunciado repetidamente lo que le espera. Sus discípulos no están en la onda, lo que hace más dura la soledad de Jesús, pero a eso ha venido. Jesús no se está quieto y a los retos de sus enemigos responde con otros retos. Quizás el más fuerte sea la parábola de los labradores homicidas, que la recogen los tres sinópticos.

Un hombre tenía una viña arrendada y los arrendatarios se quisieron quedar con ella. Cuando el dueño de la viña (Dios) mandaba a sus emisarios (los profetas) a cobrar los frutos (de justicia) los mataron. Finalmente les mandó a su hijo (Jesús) esperando

que, por ser su hijo, lo respetarían. Pero lo mataron también para apropiarse de la viña. Y Jesús concluye la parábola con estas palabras: ***“La piedra que rechazaron los arquitectos se ha convertido en piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho. Ha sido un milagro patente”***. La piedra angular es Cristo resucitado y resucitador. Los maestros de la ley que serían malos, pero tontos no, se dan cuenta de que va por ellos y ***“quisieron echarle mano en aquel momento pero temieron al pueblo”***. Este temor al pueblo es una señal clara de que el prestigio de Jesús estaba por las nubes. Lucas concluye: ***“Y es que habían comprendido que la parábola iba por ellos”*** (20, 19).

En el resto del capítulo 20 siguen los enfrentamientos. Los enemigos de Jesús vienen con la moneda del César, queriendo enfrentarlo al poder de Roma, y con el tema de la resurrección y la ley del levirato (del cuñado ¿te acuerdas?). Jesús no se calla y le dice al pueblo que lo escucha: ***“Guardaos de los maestros de la ley, a quienes les gusta pasearse lujosamente vestidos y que todo el mundo los salude por la calle. Buscan los puestos de honor en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes. Éstos que devoran los bienes de las viudas con el pretexto de largas oraciones, tendrán un juicio muy riguroso”*** (20, 46-47). Dinamita pura, pura provocación de parte de Jesús que no les teme y habla. Y no se calla porque Él vino para hablar, no para estar callado. ¿No os suenan los personajes? Les gustaba pasearse lujosamente vestidos y que todo el mundo los saludara por las calles. Jesús no dice el color de sus ropajes. Sería el rojo, que luce mucho.

Como hacen Mateo y Marcos, Lucas dedica el final de su narración evangélica, (antes de entrar en la pasión, muerte y resurrección), al tema de la escatología, del final de los tiempos. Un solo capítulo, el 21, con material paralelo al de los otros dos sinópticos, sin nada nuevo: la destrucción del templo y de Jerusalén, la parábola de la higuera y signos del fin del mundo. Termina Lucas su discurso escatológico así: ***“Jesús enseñaba en el templo durante el día, y por la noche se retiraba al monte de los Olivos. Y todo el pueblo madrugaba para ir al templo a escucharlo”*** (21, 37-38).

Pasión y resurrección de Jesús. Dos capítulos (22 y 23) dedicados a la pasión y el 24 a la resurrección y ascensión. Aunque no presenta especiales novedades respecto a los otros relatos evangélicos, vamos a hacer un recorrido para ayudarte en su meditación. Las autoridades judías siguen en sus trece de acabar con Jesús. Recuerda que en Lucas 4, 13 dijimos que ***“el diablo se alejó de él hasta el momento oportuno”***. Éste es el ***“momento oportuno”***. Satanás vuelve y ***“entra en Judas, el Iscariote que va a tratar con los jefes de los sacerdotes y las autoridades del templo la entrega de Jesús”***. ¡Era tan bueno Jesús, y Judas lo había tratado tan de cerca, que Lucas tiene que recurrir a la intervención de Satanás para explicarse la traición del apóstol!

Sigue la celebración de la cena pascual. Ya sabes que la Pascua, o “fiesta de los panes sin levadura”, recordaba al pueblo judío la salida de Egipto. A partir de ahora será la fiesta de la muerte y resurrección de Cristo, que nos trae la liberación del pecado. Lee Lucas 22, 7-38. La cena comienza con una exclamación de Jesús que le sale del alma: ***“¿Cuánto he deseado celebrar esta Pascua con vosotros!”***. Ya te he explicado alguna

vez la importancia que tiene para los judíos el hecho de comer juntos, como gesto de identificación entre los comensales. La cena pascual era la comida familiar por excelencia. Ahí está la nueva familia de Jesús. Esta cena representa la nueva alianza, sellada en su sangre. Su relato de la institución de la eucaristía es muy parecido al de Pablo en Iª Corintios 11. Lucas o se inspiró en Pablo o fueron a una fuente común. Te subrayo también la unión eucaristía-servicio. Entre nosotros, el más importante es el que se rebaja más en el servicio a los demás.

Terminada la cena *“salió y fue, como de costumbre, al monte de los Olivos”* a rezar y a esperar su hora con miedo, con mucho miedo. Ahora sí tiene miedo Jesús, ante la pasión que se le viene encima. Reza al Padre para que aleje de Él ese sufrimiento, *“pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”*. Llega Judas, se consuma la entrega, todos huyen, menos Pedro que *“lo seguía de lejos”* y que, una vez llegados a casa del sumo sacerdote, *“se sienta con los que se estaban calentando en la chimenea”*, siguen las tres negaciones y nuestro buen Pedro, *“saliendo fuera, lloró amargamente”*. Tras una noche de burla, *“cuando se hizo de día, los ancianos del pueblo, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley se reunieron y lo llevaron al sanedrín”*. Aquí, Jesús se confiesa Hijo de Dios y queda sentenciado para ellos, que ya no necesitan testigos.

El capítulo 23 comienza llevando a Jesús a casa del gobernador Pilatos para que inicie el juicio civil y lo condenen a muerte. Pilatos, como vimos, no vivía en Jerusalén sino en la Cesarea marítima, pero estaba en la capital con motivo de las fiestas pascuales. Pilatos se dio cuenta de que aquel reo no era peligroso y tres veces repite el texto que no encontró en Jesús delito alguno digno de ser tomado en cuenta. Pero las autoridades de Jerusalén no estaban dispuestas a dejarse ir la presa, una vez que la habían cogido. De Pilatos pasa a Herodes, *“que le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le respondió absolutamente nada”*. Este cruel, adúltero y repugnante personaje confundió a Jesús con un personaje de feria y *“esperaba verle hacer algún milagro”*. Herodes se lo devuelve a Pilatos y éste, con una actitud cobarde, acaba cediendo a las presiones y entrega a Jesús para que le den muerte.

Lucas es el más explícito de los tres sinópticos a la hora de narrar el camino de la cruz. Dando a entender que muchos judíos estaban con Jesús, a pesar de la condena de las autoridades civiles y religiosas, pone a un grupo de mujeres lamentándose de la situación de Jesús. Son cinco versículos exclusivos de Lucas. Te los pongo y fíjate cómo Jesús aprovecha la situación para anunciar de nuevo la destrucción de la ciudad santa: *“Lo seguían una gran multitud del pueblo y de mujeres que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque vendrán días en que se dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron. Entonces se pondrán a decir a las montañas: ¡Caed sobre nosotras!, y a las colinas: ¡Aplastadnos! Porque si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?”* (Lucas 23, 27-31).

Jesús llega al Calvario (en hebreo Gólgota), que significa calavera o cráneo.

“Hay una leyenda según la cual allí se encontró el cráneo de Adán. La capilla de Adán en la iglesia del Santo Sepulcro recibe su nombre de esta creencia. Según la leyenda, la sangre de Cristo corrió sobre el cráneo de Adán, representado con frecuencia al pie de la cruz. La sangre del nuevo Adán limpia al viejo Adán” (Comentario Bíblico Internacional, página 1.304). Lucas presenta la muerte de Jesús sin gritos desgarradores, sino entregando confiadamente su espíritu al Padre. Tras la muerte la confesión de fe del centurión, paralela en los tres sinópticos, y el arrepentimiento general de toda la gente que **“al ver el espectáculo, volvía golpeándose el pecho”** (Lucas 23, 48).

Los tres sinópticos nos cuentan cómo José de Arimatea, miembro del Sanedrín, pide el cuerpo de Jesús a Pilatos para enterrarlo con todo respeto y así lo hicieron en un sepulcro nuevo, donde nadie había sido enterrado todavía. **“Era el día de la preparación de la Pascua y estaba comenzando el sábado. Las mujeres que habían acompañado a Jesús desde Galilea, lo iban observando todo de cerca y se fijaron en el sepulcro y en el modo en que habían colocado el cadáver. Después volvieron y prepararon aromas y ungüentos. Y el sábado descansaron según el precepto”** (Lucas 23, 54-56). Estas mujeres van a ser las mismas que oirán la mañana del domingo de boca de un ángel las palabras más importantes que se han oído en el mundo: **“¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado”**. (24, 5-6). Naturalmente, los cuatro evangelistas narran la resurrección; es el acontecimiento más importante y del que cuelga el cristianismo, nuestra fe.

En el capítulo 24 tenemos varias apariciones de Jesús, pero la más impresionante es la de los discípulos de Emaús. Marcos también nos la cuenta, pero sin detalles: **“Después de esto se apareció con aspecto diferente, a dos de ellos que iban de camino hacia el campo. También éstos fueron a dar las noticias a los demás, pero tampoco les creyeron”** (Marcos 16, 12-13). Lucas describe esta aparición al detalle. Es una preciosidad. Como regalo final de este libro, te la pongo entera para que la medites sin prisa. Sin duda alguna es la más bonita de las apariciones que nos han dejado los evangelios. Te la comento después, siguiendo el libro de Catequesis Familiar del Día del Señor, 3º domingo de Pascua del ciclo A, libro amarillo:

“Dos discípulos de Jesús iban andando aquel mismo día, el primero de la semana, a una aldea llamada Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros, comentando todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: ¿Qué conversación es ésa que traéis mientras vais de camino? Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le replica: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?

Él les preguntó: ¿Qué? Ellos le contestaron: Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo. Nosotros esperábamos que él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves, hace dos días que sucedió esto. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues fueron muy de mañana al sepulcro, no encontraron su cuerpo, e

incluso vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles, que les habían dicho que estaba vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no le vieron.

Entonces Jesús les dijo: ¡Qué necios y torpes sois para no creer lo que anunciaron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria? Y comenzando por Moisés y siguiendo por los profetas les explicó lo que se refería a Él en toda la Escritura. Ya cerca de la aldea donde iban, Él hizo ademán de seguir adelante, pero ellos le apremiaron diciendo: Quédate con nosotros porque atardece y el día va de caída. Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero Él desapareció.

Ellos comentaron: ¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: Era verdad: ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan”.

El texto se abre con los dos discípulos marchándose de Jerusalén y se cierra con la vuelta de los mismos. Jerusalén es la ciudad santa. En ella está el templo de Dios. Representa a la Iglesia porque allí están Pedro y la comunidad. Irse de Jerusalén era renegar de todo lo que había ocurrido allí, sobre todo de la cruz, que los había descorazonado. Se iban tristes. Querían olvidarlo todo, pero habían conocido de cerca a Jesús y ya no podían olvidar. Charlan y discuten sobre Jesús. Habían perdido la esperanza, pero no el amor. Recuerdan con cariño a Jesús. La tristeza, la rabia, la desesperanza, todo se mezcla en el corazón de aquellos decepcionados discípulos.

Jesús se acerca, pero ellos no eran capaces de reconocerlo. El verbo utilizado para indicar la ceguera que les impide reconocerlo, se utiliza en otros lugares *"para indicar que una persona está sometida a un poder extraño. Hay algo ajeno que les impide ver a Jesús tal como Él es"*, nos dice Paco Echevarría, en un precioso libro en el que comenta magistralmente esta catequesis de los discípulos de Emaús y que nos ha servido mucho para preparar estas líneas. Ya Lucas nos ha puesto en escena al catequista, Jesús, y a los catequizandos, Cleofás y su amigo. Todo lo demás va a ser una descripción del proceso que Jesús siguió para llevarlos de esa ceguera que les impide verlo, a la luz; de no reconocerlo al *"se les abrieron los ojos y lo reconocieron"*.

El camino se apoya en un trípode: Palabra, Eucaristía y Comunidad. Aquel domingo fue como uno cualquiera de los nuestros. Vamos a verlo.

Lo primero, LA PALABRA. Siempre viene a iluminar la vida de la persona. Aquel día la situación interior de Cleofás y su amigo viene reflejada en esta frase: *“Nosotros esperábamos que Él fuera el futuro liberador de Israel. Y ya ves...”*.

Hundimiento total. Esperaban a un rey y no al Siervo de Yavé. Esperaban un trono y no una cruz. Los planes de Cleofás y Dios no coinciden. Y ellos estaban tan agarrados a sus planes, que no están dispuestos a aceptar otros. Tenían el corazón duro como los garbanzos y Jesús se los iba a meter en el agua de la Palabra para que se reblandecieran.

Utiliza la Escritura para iluminar la situación. Ésa es la función de la catequesis: iluminar nuestra vida desde la Palabra de Dios. Después reconocerían que les ardía el corazón *“mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras”*. Ha sido un diálogo entre Dios y el hombre. Jesús, Dios, escucha las desesperanzas, las frustraciones, los desánimos y las dudas del corazón de aquellos muchachos. Y después, el hombre escucha los planes de Dios, su voluntad salvífica, *“era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria”*. Y, con una paciencia benedictina, les va explicando todo *“empezando por Moisés y acabando por los profetas”*. Cleofás y su amigo andaban despacio para tener más tiempo antes de llegar a la aldea y no perder parte de la explicación que les estaba proporcionando aquel forastero maravilloso que se les había acercado.

Lo segundo, COMPARTIR LA MESA, nuestra Eucaristía: Llegan a Emaús y Jesús *“hizo ademán de seguir adelante”*. Pero ellos le insistieron: Quédate con nosotros. ¡Qué oración más bonita! La presencia de Jesús en sus vidas se había hecho cálida y se sentían a gusto con Él. Jesús se hace rogar, respetando así la libertad de aquellos muchachos. Acepta la invitación y se sientan a la mesa. Era costumbre que el huésped presidiera la mesa, pronunciara la acción de gracias y partiera el pan. Es posible que Jesús tuviera una forma muy personal de hacer este rito y allí lo reconocieron, porque era su deseo darse a conocer en ese momento. Ya tenían los ojos abiertos, se los había abierto la Palabra por el camino. Después de la catequesis, siempre resulta más fácil entender la Eucaristía, como nosotros cada domingo. San Lucas está pensando en la celebración de la Eucaristía o Cena del Señor. Las palabras son las mismas: *“Tomó el pan, pronunció la bendición y se lo dio”*. No olvidemos que los evangelistas no son periodistas, sino catequistas que recomponen una catequesis sobre los hechos históricos.

Lo tercero, la COMUNIDAD, la vuelta a Jerusalén: Ésta es la tercera pata del trípode de nuestra vida de fe. Vuelven a Jerusalén de donde habían huido. Todo el texto está configurado para este momento del retorno. Allí van a encontrar a la comunidad de los creyentes que les van a confirmar la certeza de la resurrección. Todos juntos cuentan sus experiencias. Escuchan a los apóstoles y, a su vez, dan su propia experiencia de fe. El encuentro con Jesús los lleva a levantarse corriendo, rectificar su trayectoria y reintegrarse a la comunidad, que habían abandonado.

Palabra, Eucaristía y Comunidad constituyen el trípode de la evangelización. Las tres son imprescindibles. Es lo que hacemos cada domingo. Nos vemos en la catequesis y pasamos a la Eucaristía para reunirnos como comunidad. Vivimos nuestra vida comunitaria en la gran comunidad parroquial y en todas las pequeñas comunidades que se preparan para servirla.

En una última aparición en Lucas 24, 36-49 se nos insiste en que Jesús resucitado es realmente él mismo. Los discípulos lo tocan y come pescado con ellos, aunque ya no está sujeto a las limitaciones físicas y puede entrar en una habitación con las puertas cerradas o cambiar el aspecto de su rostro para que no le reconozcan los discípulos de Emaús. En esta aparición final los ratifica como testigos de los hechos que están viviendo y les promete el envío del Espíritu, “el don prometido por mi Padre”. Lee en casa esta última aparición narrada por Lucas.

4. - Epílogo de Lucas (24, 50-53). Es la despedida del evangelio de Lucas. La ascensión la describirá más detalladamente en el libro de los Hechos de los apóstoles. Fíjate que Lucas comienza su evangelio en el templo, con Zacarías haciendo la ofrenda en el altar, y lo termina también en el templo. Es la casa de Dios. El templo es central en el evangelio de Lucas. Día a día están en el templo, bendiciendo a Dios. Terminamos citándote este texto:

“Después los llevó fuera de la ciudad hasta un lugar cercano a Betania y, alzando las manos, los bendijo. Y mientras los bendecía se separó de ellos y fue llevado al cielo. Ellos, después de postrarse ante Él, se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría. Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios” (Lucas 24, 50-53).

PROPUESTA DE TRABAJO.

Lecturas:

Iº Reyes 3, 4-14

Iª Corintios 13. 1-13

Lucas 15, 11-32

Actividades:

1. - El templo y la oración son temas muy propios de Lucas. La lectura que te propongo es una preciosa oración de Salomón en el templo de Gabaón. Mira a ver si tu oración tiene ese mismo espíritu.

2. - Un tema importante en Lucas es el amor y la misericordia. Vamos a dedicar hoy un ratito al himno de Pablo al amor cristiano. Hagamos hoy un examen de conciencia a ver cómo andamos en esto del amor limpio.

3. - Posiblemente el trozo más bonito de Lucas sea la parábola del hijo pródigo y el padre bueno. Muchas veces la hemos meditado, pero vamos a hacerlo una vez más. No se agota nunca su contenido.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

- AGUIRRE MONASTERIO, R. y RODRÍGUEZ CARMONA, A.: **Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles**. Verbo Divino. Estella. 2002.
- ÁLVAREZ VALDÉS, A.: **Enigmas de la Biblia**. San Pablo. Madrid. 2002.
- BORRAGÁN MATA, V.: **Y la Palabra se hizo carne**. SERECA: Madrid. 2000.
- BRIÈRE, J. y otros: **Itinerario por el Nuevo Testamento**. Editorial Verbo Divino. Estella. 2003.
- BRIGHT, J.: **La historia de Israel**. Descleé de Brouwer. Bilbao. 2003.
- BRUCE J. MALINA: **Los evangelios sinópticos y la cultura mediterránea del siglo I**. Verbo Divino. Estella. 1996.
- CARBALLO, J. R.: **Las parábolas**. Nuevos horizontes. Nº 22. Editorial Biblia y fe. Madrid, 1991.
- CISTERNA, F. E.: **El evangelio de Marcos**. Editorial Claretiana. Buenos Aires. 2000.
- CLIMENT BONAFÉ, A.: **Los Apóstoles, testigos de la fe**. Edicep. Valencia. 2001.
- CODESAL, A.: **Evangelios concordados**. Apostolado Mariano. Sevilla. 1994.
- FARMER, W. R.: **Comentario Bíblico Internacional**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 1999.
- GARCÍA CORDERO, M.: **Biblia comentada**. BAC. Madrid. 1967.
- GELABERT, M.: **Creo en la resurrección**. San Pablo. Madrid. 2002.
- GONZÁLEZ RUIZ, J. M.: **El Evangelio según Marcos**. Alandar. Madrid. 1991.
- GUIJARRO OPORTO, S.: **Dichos primitivos de Jesús**. Sígueme. Salamanca. 2004.
- GUIJARRO OPORTO, S. y otros: **Comentario al Nuevo Testamento**. La Casa de la Biblia. Madrid. 1995.
- HOLMBERG, B.: **Historia social del cristianismo primitivo**. El Almendro. Córdoba. 1995.
- IGLESIAS, M.: **Nuevo Testamento**. Ediciones Encuentro. Madrid. 2003.
- ISCR SAN AGUSTÍN: **Nuevo Testamento**. Primera Parte. Madrid. 1993.
- JEREMÍAS, J.: **Las parábolas de Jesús**. Verbo Divino., Estella. 1974.
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, E.: **Historia de la Salvación**. Grafite Ediciones. Bilbao. 2000.
- LABOA, J.M^a y otros: **Historia de la Iglesia**. San Pablo. Madrid. 2005.
- LATOURELLE, R.: **Milagros de Jesús y Teología del milagro**. Sígueme. Salamanca. 1990.
- LOPEZ, M.A.: **El evangelio de Lucas**. Editorial claretiana. Buenos Aires. 2001.
- MAGGI, A.: **Galería de personajes del Evangelio**. Ediciones Almendro. Córdoba. 2003.
- MAIER, J.: **Entre los dos Testamentos**. Sígueme. Salamanca. 1996.
- MARCONCINI, B.: **Los sinópticos**. San Pablo. Madrid. 1998.
- MARTÍN NIETO, E.: **Diccionario Bíblico de urgencia**. Monte Carmelo. Burgos. 2003.
- MATEOS, J. y SCHÖKEL, L. A.: **Nuevo Testamento**. Ediciones Cristiandad. Madrid. 1987.

- MERTENS, H. A.: **Manual de la Biblia**. Herder. Barcelona. 1989.
- MUSSNER, F.: **Los milagros de Jesús**. Verbo Divino. Estella. 1970.
- OBERMAYER, H. y otros: **Diccionario Bíblico Manual**. Claret. Barcelona. 1993.
- O'CALLAGHAN, J.: **Los primeros testimonios del Nuevo Testamento**. Ediciones el Almendro. Córdoba. 1995.
- PACKER, J. I. y otros: **El mundo del Nuevo Testamento**. Editorial Vida. Miami. 1985.
- PIKAZA, X.: **Orígenes de Jesús**. Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.
- QUELLE PARRA, C.: **Los milagros**. Nuevos horizontes, nº 21. Editorial Biblia y fe. Madrid, 1991.
- QUESNEL, M y GRUSON, P.: **La Biblia y su cultura**. Sal Terrae. Santander. 2002.
- QUESNELM N.: **La historia de los evangelios**. DDB. Bilbao. 1990.
- RAMIS DARDER, F.: **Lucas, evangelista de la ternura de Dios**. Verbo Divino. Estella. 1997.
- RAMOS, F.: **El Nuevo Testamento**. Atenas. Madrid. 1988.
- RICHERS, J.: **El mundo de Jesús**. Ediciones Almendro. Córdoba. 1996.
- ROSSANO, P y Otros.: **Nuevo Diccionario de Teología Bíblica**. Ediciones Paulinas. Madrid. 1990.
- SÁENZ DE SANTAMARÍA, M.: **Los Evangelios**. Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.
- SALAS, A.: **Jesús de Nazaret**. Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.
- SALAS, A. y GALLEGO, E.: **¡Ven, Mesías!** Editorial Biblia y Fe. Madrid. 1991.
- SALAS, A.: **Evangelios sinópticos**. San Pablo. Madrid, 1993.
- SAN JERÓNIMO.: **Comentario al evangelio de Marcos**. Editorial Ciudad Nueva. Madrid. 1989.
- SÁNCHEZ MIELGO, G.: **Claves para leer los evangelios sinópticos**. San Esteban-Edibesa. Salamanca. 1998.
- VARIOS.: **Diccionario Enciclopédico de la Biblia**. Herder. Barcelona. 1993.
- VIDAL MANZANARES, C.: **Diccionario de Jesús y los Evangelios**. Verbo Divino. Estella. 2000.
- VIDAL MANZANARES, C.: **El Documento Q**. Planeta. Barcelona. 2006.
- White, L. M.: **De Jesús al cristianismo**. Verbo Divino. Estella (Navarra). 2007.

BIBLIAS UTILIZADAS EN LAS CITAS:

- Biblia para la Iniciación Cristiana**, Conferencia Episcopal Española, Madrid, 1977.
- Biblia del Peregrino**, Luis Alonso Schökel, EGA, Bilbao, 1996.
- Biblia de Jerusalén**, Descleé de Brouwer, Bilbao. 1975.
- Sagrada Biblia**, Nacar Colunga. Madrid. 1960.
- Sagrada Biblia**. Editorial Herder. Barcelona. 1965.
- La Biblia**. La casa de la Biblia. Madrid. 2002.

ORACIÓN PARA COMENZAR

Señor, me dispongo a estudiar tu Palabra. Nos dejaste dicho, por boca del profeta Isaías, que ella es como la lluvia y la nieve que bajan del cielo para empapar la tierra, haciéndola germinar para que tengan semilla el sembrador y pan el que come. Tu Palabra está viva y es eficaz: siempre hace tu voluntad y cumple tu encargo. Yo sé también, Señor, que para que ella cumpla en mí tu voluntad tengo que abrirle el corazón, haciendo silencio en mi interior. Hay mucha palabrería en nuestro entorno y resulta difícil oír tu voz. Envíame, Señor, tu Santo Espíritu. Concédeme el don de inteligencia para comprender tu Palabra y mueve mi voluntad para seguir sus indicaciones. Como el joven Samuel, aquí estoy a tu disposición: *¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!* Amén.

ORACIÓN TRAS CONCLUIR LA LECTURA

Te doy gracias, Padre, por tu Palabra y por lo que tu Espíritu Santo me ha enseñado en este rato de lectura. María, tu hija querida y madre nuestra, oía todo lo que se decía de Jesús y lo guardaba en su corazón, meditando cada palabra. Ella es la cristiana perfecta, modelo para todos los que queremos acercarnos a ti. Que también yo sepa guardar hoy en mi corazón tu Palabra y la medite día y noche, a ejemplo de María. Ayúdame a poner en práctica esta Palabra; que no sea oyente olvidadizo sino, al contrario, que en cada decisión de mi vida tu Palabra sea luz que me ilumine para actuar siempre según tu voluntad, acercándome más a ti y a mis

hermanos, los hombres. Te lo pido, Padre, por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

TEXTOS MARGINALES DEL LIBRO 7º

- 1.- Alejandro Magno entró a ocupar Palestina el año 332 antes de Cristo.
- 2.- Jesús nació en tiempos del rey Herodes, unos seis o siete años antes de lo que se pensó siempre.
3. – Herodes fue llamado “El Grande” por las grandes obras que realizó a lo largo de toda Palestina.
4. – Pilatos fue un gobernador sin escrúpulos que provocó continuamente al pueblo judío sin el más mínimo respeto a las tradiciones.
- 5.- El Sanedrín estaba compuesto de setenta y dos miembros bajo la presidencia del Sumo Sacerdote.
- 6.- El templo de Jerusalén se sostenía con limosnas y con un impuesto anual equivalente al jornal de dos días de trabajo, es decir, dos denarios por persona.
- 7.- Los levitas eran unos diez mil. Servían al templo y a los sacerdotes que oficiaban el culto.
8. – Te recuerdo las tres grandes fiestas de la peregrinación: Pascua, Pentecostés y Tabernáculos.
- 9.- Samaría estaba en el centro de Palestina, lo que dificultaba la ida desde Galilea, al norte, a Judea, al sur. Samaritanos y judíos no se hablaban.
10. – En tiempos de Jesús había unos 6.000 fariseos en Palestina. Se consideraban a sí mismos separados y superiores a los demás.
11. – Los sicarios eran unos fanáticos nacionalistas, siempre dispuestos a matar al romano que se les ponía a tiro de puñal.
12. – Las clases bajas o populares estaban constituidas por los asalariados. La mayoría de los pescadores pertenecían a ellas.
13. – En un principio, la palabra evangelio significó la recompensa que se le daba al que traía una buena noticia.
- 14.- El evangelio es la buena noticia que Dios ha dado a los pobres: la vida de su Hijo Jesús, nuestro Salvador.
- 15.- Los evangelios se formaron en tres momentos o etapas: la predicación de Jesús, la de los apóstoles y la redacción de los evangelistas.
16. – Jesús es el primer predicador del evangelio. En esta etapa no se escribió nada. Todo fue pura tradición oral.
17. – En la segunda etapa de la composición de los evangelios, los protagonistas fueron los apóstoles que lo predicaron, sin escribir apenas nada.
18. – En la tercera etapa los protagonistas fueron los evangelistas que sintetizaron todo lo que había sobre Jesús y lo pusieron por escrito.

19. – Los evangelios sinópticos son tres. Sinópticos significa “visión de conjunto” y son los tres primeros: Mateo, Marcos y Lucas.
- 20.- Los tres evangelios sinópticos tienen en común 330 versículos. ¿Quién copió de quién? Ésta es la “cuestión sinóptica”.
- 21.- Lucas escribió su evangelio para consolidar la fe de su discípulo Teófilo, fuera Teófilo un individuo o una comunidad.
22. – Los evangelios tienen una forma literaria propia, original, que los hace distintos de cualquier otro escrito de la Biblia.
- 23.- Para leer los evangelios también hay que utilizar unas claves, muy similares a las que dijimos para leer el resto de la Biblia.
24. – Ya sabemos que los evangelios no venían firmados cuando fueron apareciendo. Se los atribuimos a Mateo, Marcos, Lucas y Juan.
- 25.- Mateo era un judío culto convertido al cristianismo, como lo demuestran las muchas citas que nos ofrece del Antiguo Testamento.
- 26.- Se habla mucho de una primera edición del evangelio de Mateo, escrito en hebreo, pero no está totalmente demostrado.
27. – Parece ser que el evangelio de Mateo pudo escribirse en Antioquía de Siria, donde había una pujante comunidad de judíos convertidos al cristianismo.
28. – Los tres grandes temas de Mateo son Jesús, la Iglesia y la Escatología, la parusía de Jesús, su segunda venida al final de los tiempos.
29. – “El Hijo de Dios” es el título más importante de Jesús y fundamento de todos los demás.
30. – El evangelio de Mateo ha sido llamado con razón, el evangelio de la Iglesia. Sólo él utiliza la palabra Iglesia.
31. – La Iglesia no es ni se identifica con el Reino de los cielos. El “ya, pero todavía no” tiene en este campo una aplicación rigurosa.
32. – La palabra parusía significa venida. Mateo es el único evangelista que la utiliza.
- 33.- El evangelio de San Mateo está estructurado en cinco partes o libros, además de la presentación de Jesús y la conclusión de la pasión y resurrección.
- 34.- Cada parte, o libro, del evangelio de Mateo se compone de una sección narrativa y el discurso propiamente dicho.
- 35.- El discurso del cuarto libro del evangelio de Mateo es la vida de su comunidad cristiana y refleja los problemas que en ella había.
- 36.- A la espera vigilante de la segunda venida de Cristo, de la parusía, dedica Mateo las tres parábolas más impresionantes de su evangelio.
- 37.- Con las genealogías o listas de nombres se pretendía dar al individuo el honor acumulado por generaciones anteriores.
38. – El desposorio de María con José era parecido a nuestra toma de dichos, pero con mucho más significado de pertenencia mutua.
39. – La llegada de los Reyes Magos hizo perder a Herodes su compostura, ya que temía perder el trono.
40. – Es curioso el enorme paralelismo de las vidas de Jesús y Moisés. Ambos fueron perseguidos y tuvieron que huir de las iras del tirano de turno.
41. – Juan Bautista era un predicador que invitaba a la conversión: “Convertíos porque está cerca el Reino de Dios”.

42. – El sermón de la montaña es el mayor y mejor discurso que conservamos de Jesús. Más que explicarlo, es cuestión de leerlo y releerlo.
- 43.- Jesús, sólo Jesús, encarnó perfectamente el espíritu de las bienaventuranzas. Él es el bienaventurado.
- 44.- En la cultura de Jesús, el ojo derecho era el del honor. El discípulo tiene que estar dispuesto a ceder su honor ante el otro.
45. – La lepra era la mayor desgracia que podía venirle a un judío. Se consideraba contagiosa y, además, consecuencia de algún pecado.
- 46.- Los endemoniados son personas enfermas, cuyas enfermedades todavía se desconocían y se atribuían a personajes no humanos.
47. – Mateo nos presenta a un Jesús obrador de milagros. La mujer enferma se curó con sólo tocarle.
48. – La tarea de evangelizar es difícil y el apóstol se tiene que armar de valor y prudencia para llevarla a cabo.
- 49.- Juan el Bautista tuvo con Jesús un problema de imagen. Las obras de Jesús no se correspondían con la imagen que de Él tenía Juan.
- 50.- La blasfemia contra el Espíritu Santo es negarlo y negar su acción en nosotros. Es como la rama que se separa del tronco.
51. – El que acepta a Jesús tiene fe y a ése se le dará y le sobraré. El que no quiera aceptar, se quedará sin nada.
52. – A cambio de su confesión de fe, Jesús promete a Pedro que él será la roca sobre la que se asentará su Iglesia, con poder para atar y desatar.
53. – Frente al escándalo, Jesús propone la toma de conciencia de que somos comunidad: hay que salvar al hermano corrigiéndolo con delicadeza.
54. – Jesús, tras su entrada triunfal en Jerusalén, se va al templo para purificarlo de los vendedores que se acercaban a él a hacer negocios.
55. – Jesús advierte a sus discípulos del peligro que entrañan los fariseos porque se han sentado en la cátedra de Moisés, como únicos intérpretes de la ley.
- 56.- La parábola de los talentos nos viene a enseñar que no es suficiente con no ser malos, que hay que ser buenos.
57. – Toda la cena pascual que se iniciaba a las primeras horas del día 15 de Nisán, debía recordar al pueblo la liberación de Egipto.
58. – Dado que el reo Jesús estaba débil, Simón de Cirene fue obligado a llevar la cruz de Jesús hasta el calvario, según ley.
59. – Como Mateo escribe para judíos convertidos, es el único que añade el detalle de la custodia del sepulcro y del soborno a los guardias.
60. – Los apóstoles dudaron siempre. Las mujeres nunca dudaron y se convirtieron en evangelizadoras de los apóstoles.
61. – El evangelio de Marcos ha pasado de ser el patito feo de los tres a ser el primero y fuente de inspiración de los demás.
- 62.- El evangelio de Marcos es claro, sencillo, lineal, popular, concreto, sugestivo.
63. – Los destinatarios del evangelio de Marcos son cristianos de origen judío o gentil, aunque los gentiles debían ser mayoría.
64. – En el evangelio de Marcos, Jesús impone el silencio sobre su persona: es el secreto mesiánico.

65. – Pedro tiene que ponerse detrás de Jesús y seguir sus pasos si quiere ser su discípulo.
- 66.- Toda la segunda parte de Marcos busca revelar el secreto de la primera: el misterio de la persona de Jesús.
67. – El mismo Espíritu que se hace presente en el bautismo lleva a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo.
- 68.- El sentido de los milagros no es resaltar el poder de Jesús. Son signo de la presencia del Reino predicado por Él.
69. – El monte, como el desierto, es un lugar privilegiado porque en él se producen encuentros con Dios.
70. – El Reino de Dios llegará a cada uno de nosotros y a la humanidad entera, por encima de obstáculos y dificultades.
71. – El ciego de Betsaida es un símbolo del proceso de conversión interior que están viviendo los apóstoles.
72. – El milagro de la multiplicación de los panes es una anticipación de cada una de nuestras eucaristías: todos comen y sobra pan.
73. – La pregunta del millón no es ¿Crees en Jesús?, sino ¿En qué Jesús crees?, que es distinto.
74. – El escándalo de la cruz no es fácil de digerir. Por eso Jesús se lleva a los íntimos al monte y se transfigura ante ellos.
75. – El ciego Bartimeo es modelo para los discípulos de Jesús: tiene fe, pide con perseverancia, se desprende de lo que tiene y va a buscar a Jesús.
76. – La Iglesia es el nuevo Israel, la nueva viña del Señor. ¿Estamos dando los frutos que Dios espera de nosotros?
77. – Jesús quiere despedirse de los suyos y, como buen judío, aprovecha la pascua que se acerca para hacerlo en ese ambiente.
78. – Pilatos sabe de la inocencia de Jesús pero, como político, es oportunista y no pierde la ocasión de complacer a la gente.
79. – Lucas es llamado el evangelista pintor. Más que escribir dibuja lo que está diciendo.
80. – El evangelio de Lucas está escrito en un griego común, sencillo, pero evitando siempre expresiones que puedan parecer excesivamente vulgares.
81. – El evangelio de Lucas se escribió para cristianos procedentes del paganismo, en contacto con un mundo muy diverso del de Jesús.
- 82.- La misericordia, el perdón y el gozo que siguen al perdón son temas básicos en el evangelio de Lucas.
- 83.- El evangelio de Lucas es el más largo de los cuatro; aunque tenga menos capítulos que el de Mateo, lo supera en 92 versículos.
84. – La subida a Jerusalén de Jesús es la parte más doctrinal del evangelio de Lucas. Más que un viaje geográfico es un viaje teológico.
85. – Teófilo puede ser un personaje o la misma comunidad a la que se dirige Lucas. Teófilo significa “amado de Dios”.
86. – Zacarías era sacerdote del turno de Abías. El grupo estaba compuesto de unos 800 sacerdotes. Zacarías tuvo la suerte de que le tocara a él.

87. – Gracias a José, Jesús entronca con la familia de David, un descendiente del cual sería el Mesías de Israel.
88. – Isabel saludó a su prima con las palabras del avemaría. “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre”.
89. – “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación...”.
90. – Los pastores, representantes de los pobres y sencillos de la tierra, son los primeros en enterarse de que les ha nacido un Salvador.
91. – María guardaba todos los recuerdos de Jesús en su corazón, como cualquiera de nuestras madres.
92. – Lo que en Mateo es el sermón de la montaña, en Lucas es el sermón de la llanura porque éste no se dirige a judíos.
93. – La importancia del milagro de la multiplicación de los panes y los peces se deduce de que éste es el único milagro que se nos cuenta en los cuatro evangelios.
94. – Jesús es consciente de que la cruz es el único camino de su salida del mundo hacia el Padre.
95. – Una mujer de entre la multitud gritó a Jesús: Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron.
96. - ¡Lástima que el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo se autoexcluyera de la juerga que se formó en su casa!
97. - ¡Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco llamarme hijo tuyo. Trátame como a uno de tus criados.
98. – El hijo pródigo no huye sólo del padre; huye también de la comunidad, compuesta por su madre, su hermano, los trabajadores...
99. – Cuando sube a Jerusalén, Jesús es consciente de todo y sabe lo que le espera. Su soledad es más grande porque sus discípulos no están en su misma onda.
100. – Según una leyenda, el cráneo de Adán fue encontrado en el calvario y la sangre de Jesús, el nuevo Adán, cayó sobre él limpiándolo.
101. – Los discípulos de Emaús van tristes; querían olvidarlo todo, pero han conocido de cerca de Jesús y ya no pueden olvidar.
102. – Palabra, eucaristía y comunidad constituyen el trípode de la nueva evangelización. Las tres son imprescindibles.